

# Alice Munro

Escapada



se

Escapada es un libro de relatos sobre mujeres de edades y condiciones muy distintas: una joven que, aunque cree desearlo, es incapaz de dejar a su marido; una campesina que descubre, en un momento de lucidez, los límites y las falacias de la pasión. Otra mujer, personaje de tres de los cuentos, que abandona en uno de ellos su trabajo de profesora en una escuela de niñas para entregarse a un amor frenético y apasionado, vuelve más tarde, en otro relato, con una criatura a casa de los padres, donde reconsidera su vida y su matrimonio, y, al final, en el último, cree que su hija desaparecida ha caído en las garras de una secta religiosa.



Alice Munro

# Escapada

ePub r1.0

**Titivillus** 12.01.16

Título original: *Runaway*

Alice Munro, 2004

Traducción: Carmen Aguilar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*En memoria de mis amigas*

*Mary Carey*

*Jean Livermore*

*Melda Buchanan*

# ESCAPADA

Carla oyó el coche antes de que coronara la ligera pendiente que en estos alrededores llaman colina. Es ella, pensó. Mrs. Jamieson —Sylvia— volvía de sus vacaciones en Grecia. Desde la puerta del establo —pero lo suficientemente oculta para no ser vista de inmediato— contemplaba el camino que debía recorrer Mrs. Jamieson. Su casa estaba ochocientos metros más allá de la de Carla y Clark.

Si hubiera sido alguien dispuesto a doblar para llegar a su puerta ya tendría que haber reducido la velocidad. Aun así Carla tenía la esperanza de que no fuera ella.

Lo era. Mrs. Jamieson volvió la cabeza por un instante —tenía que concentrarse en conducir el coche a través de las zanjas y los charcos dejados por la lluvia en la grava—, pero no levantó la mano del volante para saludar, no había distinguido a

Carla. Carla vio de refilón el brazo bronceado desnudo hasta el hombro, el pelo de un color ligeramente más desteñido que antes —ahora más blanco que rubio plateado—, la expresión decidida, impaciente y divertida ante su misma impaciencia: precisamente como era de esperar que pareciera Mrs. Jamieson mientras sorteaba semejante camino. Cuando volvió la cabeza hubo algo parecido a un rutilante fogonazo —inquisidor, esperanzado—, que hizo retroceder a Carla.

Así fue.

Tal vez Clark no se hubiera enterado aún. Si estaba sentado ante el ordenador, daría la espalda a la ventana y al camino.

Pero Mrs. Jamieson quizá tuviera que hacer otro viaje. Al volver del aeropuerto a casa podría no haberse detenido para comprar víveres..., mas quizá lo haría cuando comprobara qué necesitaba. Entonces Clark podría verla. Y, cuando oscureciera,

las luces de la casa la delatarían. Pero estaban en julio y no oscurecía hasta tarde. Podría estar tan cansada que no se molestaría en encender las luces, se iría a la cama temprano.

Lo que sí podría es telefonar. En cualquier momento.

Era un verano de lluvia y más lluvia. La lluvia era lo primero que se oía por la mañana, cuando caía con fuerza sobre el techo de la caravana. En los senderos el barro era profundo, la hierba alta estaba empapada, las hojas soltaban chorros de agua al azar, incluso en los ratos en que no caían aguaceros del cielo y las nubes parecían clarear. Carla llevaba un viejo sombrero de fieltro australiano y ala ancha cada vez que salía y se metía la trenza larga y gruesa dentro de la camisa.

No llegaba nadie para hacer senderismo aunque Clark y Carla habían dado vueltas poniendo carteles en todos los campamentos, en los cafés, en la pizarra



de la oficina de turismo y en cualquier otro sitio que se les ocurriera. Solo unos cuantos alumnos iban a tomar lecciones de equitación; eran los de costumbre. No los grupos escolares de vacaciones ni los autobuses llenos de los campamentos, que les había permitido mantenerse el verano anterior. Y, hasta los alumnos de costumbre con quienes contaban, aprovechaban para hacer viajes de vacaciones o, sencillamente, cancelaban las clases porque el tiempo los desanimaba. Si llegaban demasiado tarde Clark les cobraba como siempre. Un par de ellos se quejaron y dejaron de ir.

Todavía les proporcionaban alguna entrada los tres caballos que tenían pupilos. Esos tres, más los cuatro de su propiedad, estaban a esas horas en el campo, husmeando la hierba bajo los árboles. Parecía no importarles advertir que por el momento la lluvia había amainado como solía hacer a ratos por la tarde. Justo lo preciso para levantar el ánimo: las nubes se volvían blancas, eran menos espesas y

dejaban pasar un resplandor difuso, que nunca llegaba a ser verdadera luz del sol y que, en general, desaparecía antes de la cena.

Carla había terminado de limpiar el establo. Le había costado su tiempo: le gustaba la rutina de los quehaceres domésticos, el espacio alto hasta el techo del establo, los olores. Fue a la pista de equitación para ver hasta qué punto estaba seco el suelo, en caso de que apareciera el alumno de las cinco.

La mayoría de los constantes chubascos no habían sido particularmente tupidos ni los afectó el viento pero, la última semana, llegó una repentina perturbación: una ráfaga atravesó las copas de los árboles y cayó un chaparrón casi horizontal, enceguedor. Al cabo de un cuarto de hora pasó la tormenta. Pero quedaron ramas cruzadas en el camino, cayeron cables y se desprendió un gran trozo de plástico del cobertizo. En el extremo del picadero se formó un charco como un lago y Clark

tuvo que trabajar hasta después del anochecer para cavar un canal que permitiera drenar el agua.

El cobertizo todavía no estaba reparado. Clark armó una cerca de alambre para evitar que los caballos se metieran en el barro y Carla señaló una huella más corta.

En ese momento, Clark navegaba por Internet en busca de algún sitio donde comprar algo que sirviera para remendar la techumbre. Cualquier almacén con ofertas a precios que estuvieran a su alcance o alguien que quisiera deshacerse de material de segunda mano. No iba a ir a Hy and Robbers Buckley's Building Supply del pueblo, que él llamaba Highway Robbers Buggery Supply<sup>[1]</sup> porque les debía mucho dinero y había tenido broncas con ellos.

Clark no solo tenía broncas con personas a quienes debiera dinero. Su simpatía, al principio conquistadora, podía volverse de pronto avinagrada.

Había sitios adonde no entraba, adonde siempre hacía ir a Carla por culpa de alguna gresca. La droguería era uno de esos sitios. Una mujer mayor pasó delante de él, es decir, se había olvidado de algo, volvió y se le adelantó en vez de volver a ponerse en la cola. Él protestó y la cajera le dijo: «Tiene enfisema». Clark contestó: «¿Ah, sí? Pues yo tengo almorranas». Llamaron al administrador. Dijo que era una grosería gratuita. La cafetería de la carretera era otro de esos lugares. Un día no le hicieron el anunciado descuento por el desayuno porque eran más de las once de la mañana. Clark discutió, luego dejó caer la taza de café al suelo y por poco no le da —eso decían— a un niño que estaba en su cochecito. Clark sostuvo que el niño estaba a ochocientos metros y que había tirado la taza porque no le habían hecho el descuento anunciado. Le dijeron que no lo había pedido. Contestó que no era cuestión de que él lo pidiera o no.

—Has perdido los estribos —dijo Carla.

—Es cosa de hombres.

Ella no le recordó su riña con Joy Tucker. Joy Tucker era la bibliotecaria del pueblo a quien le cuidaban el caballo. Era una yegua zaina joven y de mucho genio llamada *Lizzie*. Cuando Joy Tucker estaba de broma la llamaba *Lizzie Borden*<sup>[2]</sup>. El día anterior había llegado en su coche de un humor de perros, se había quejado de que todavía no estuviera arreglado el tejado del cobertizo y de que *Lizzie* tuviera un aspecto lamentable, como si hubiera cogido un resfrío.

La verdad es que a *Lizzie* no le pasaba nada. Clark intentó —a su manera— mostrarse complaciente. Pero entonces fue Joy Tucker quien perdió los estribos y dijo que ese sitio era un basural, que *Lizzie* merecía algo mejor. Clark contestó:

—¡Haga lo que le dé la gana!

Joy no se había llevado a *Lizzie* —o todavía no se la había llevado— como Carla esperaba. Pero Clark, para quien antes la pequeña yegua era su mascota, se negó a tener que ver con ella. En consecuencia *Lizzie* se sintió herida en sus sentimientos: se encabritaba durante los ejercicios y armaba un escándalo cuando había que examinarle los cascos como hacían todos los días para evitar que tuviera hongos. Carla tenía que estar atenta a los mordiscos.

Pero lo que más preocupaba a Carla era la ausencia de *Flora*, la cabra blanca que hacía compañía a los caballos en el establo y el campo. Hacía dos días que no había señales de ella. Carla temía que la hubieran atacado los perros salvajes, los coyotes o algún oso.

Había soñado con *Flora* esa noche y la noche anterior. En el primer sueño *Flora* llegaba directamente a la cama con una manzana roja en los labios pero, en el de la última noche, huía al ver

acercarse a Carla. Parecía tener una pata lisiada y, sin embargo, huía a todo correr. Conducía a Carla hasta una barricada protegida por alambre de púas, que podría ser de un campo de batalla, para luego deslizarse como una anguila blanca a través de ella —con pierna lisiada y todo— y desaparecer.

Los caballos vieron a Carla cruzar hasta el picadero y todos se dirigieron a la cerca —parecían empapados a pesar de las mantas neozelandesas—, para llamar su atención cuando volviera. Les habló en voz baja, les pidió perdón por ir con las manos vacías. Les acarició el cuello, les restregó la nariz y les preguntó si sabían algo de *Flora*.

*Grace* y *Juniper* bufaron y se acurrucaron contra ella, como si reconocieran el nombre de *Flora* y compartieran su preocupación, pero *Lizzie* se metió entre ellos, apartó la cabeza de *Grace* de la mano acariciadora de Carla y, por si acaso, le dio un mordisco en la mano. Carla dedicó bastante tiempo a regañarla.

Hasta hacía tres años, Carla no se había fijado nunca en ninguna casa rodante. Tampoco les llamaba así. Como a sus padres, «casa rodante» le habría parecido un término rebuscado. Algunas personas vivían en caravanas. Eso era todo. Una caravana no se diferenciaba de otra. Cuando Carla se instaló en una de ellas, cuando eligió esa vida con Clark, empezó a ver las cosas de otra manera. Comenzó a decir «casa rodante» y prestó atención a cómo las habían arreglado. En las cortinas que tenían colgadas, en cómo habían pintado las molduras, en las antojadizas balconadas, patios o habitaciones extras añadidas. Estaba impaciente por hacer esas mejoras en la suya.

Durante un tiempo Clark le siguió la corriente. Hizo escalones nuevos, dedicó mucho tiempo a buscar antiguas barandas de hierro forjado. No se quejó en absoluto por el dinero gastado en pintura para la cocina y el baño ni en tela para las cortinas. Carla pintaba a toda prisa: entonces no sabía que era



necesario quitar los goznes de las puertas de la alacena. Ni que era necesario forrar las cortinas, que ya se habían desteñido.

Pero Clark sí se mostró reacio a quitar la alfombra —la misma en todos los ambientes—, que Carla daba por sentado reemplazarían. El dibujo consistía en cuadraditos marrones con figuras y garabatos color habano sobre marrón rojizo. Durante mucho tiempo creyó que eran las mismas figuras y garabatos dispuestos de igual manera en cada cuadrado. Cuando tuvo más tiempo, muchísimo más tiempo para examinarlos, descubrió que eran cuatro trazos empalmados para formar grandes cuadrados idénticos. A veces podía distinguir con facilidad el diseño y otras tenía que esforzarse para verlo.

Estudiaba la alfombra cuando llovía, el humor de Clark pesaba en todo el espacio interior y él no quería prestar atención más que a la pantalla del ordenador. En esos casos lo mejor era inventar o recordar alguna tarea que hubiera que hacer en el

establo. Los caballos no la miraban cuando no estaba contenta, pero *Flora* —a quien nunca ataban— se le acercaba, se restregaba contra ella y levantaba la vista con expresión no del todo de simpatía en sus relucientes ojos amarillo verdoso. Parecía más bien un gesto de burlona complicidad.

*Flora* era una cabrita a medio criar cuando Clark se la llevó de la granja adonde había ido a regatear el precio de una montura. Los dueños de la granja renunciaban a la vida de campo o, por lo menos, a la cría de animales. Habían vendido los caballos, pero no conseguían deshacerse de las cabras. Clark había oído decir que una cabra era capaz de dar sensación de bienestar y comodidad a un establo y quería comprobarlo. Los granjeros pretendieron que la cabra se preñara, pero ella nunca dio muestras de estar en celo.

Al principio solo era la mascota de Clark. Lo seguía a todas partes, brincaba para llamarle la atención. Era rápida, garbosa y provocativa como un

gatito. Su semejanza con una cándida chiquilla enamorada les hacía reír a los dos. Cuando creció pareció apegarse más a Carla y, con ese apego, se volvió de repente más lista, menos veleidosa: en cambio parecía capaz de tener una suerte de humor contenido y solapado. La conducta de Carla con los caballos era tierna, rigurosa y más bien maternal, pero su camaradería con *Flora* era muy distinta. *Flora* no le permitía en ningún sentido tratarla con superioridad.

—¿Sin señales de *Flora* todavía? —preguntó mientras se quitaba las botas que usaba en el establo.

Clark había puesto un aviso de «cabra extraviada» en la Web.

—Hasta ahora no —contestó con voz preocupada, pero no malhumorada.

Sugirió, y no por primera vez, que *Flora* podría haberse largado en busca de un macho cabrío.

De Mrs. Jamieson ni una palabra. Carla puso la tetera en el fuego. Clark murmuraba para sus adentros, como solía hacer cuando estaba frente al ordenador.

A veces se contestaba a sí mismo. «Mierda», decía ante cualquier reto. O se reía. Pero cuando después ella le preguntaba de qué, no recordaba cuál era la gracia.

Carla le gritó:

—¿Quieres té?

Para su sorpresa, él se levantó y fue a la cocina.

—Así es la cosa —dijo Clark—. Así es la cosa, Carla.

—¿Cómo?

—Pues que llamó por teléfono.

—¿Quién?

—Su Majestad. La reina Sylvia. Acaba de

volver.

—No oí el coche.

—No te he preguntado si lo oíste.

—Bueno, ¿y para qué llamó?

—Quiere que vayas y le ayudes a poner la casa en orden. Eso dijo. Mañana. Le dije que con seguridad irías. Pero más vale que la llames y lo confirmes.

Carla dijo:

—No veo por qué tengo que hacerlo si ya se lo has dicho tú —echó el té en las tazas—. Le limpié la casa antes de que se marchara. No creo que haya nada que hacer por ahora.

—A lo mejor han entrado negros mientras ella estaba fuera y han hecho un batifondo. Nunca se sabe.

—No tengo por qué hablarle ya, en este momento

—dijo Carla—. Quiero tomar el té y darme una ducha.

—Cuanto antes mejor.

Carla se llevó el té al baño y desde allí gritó:

—Tenemos que ir a la lavandería. Las toallas huelen a humedad hasta cuando están secas.

—No cambiemos de tema, Carla.

Incluso después de haberse metido bajo la ducha le gritó desde el otro lado de la puerta:

—No te voy a dejar escurrir el bulto, Carla.

Carla creyó que todavía estaría en la puerta cuando salió, pero había vuelto al ordenador. Se vistió como si fuera al pueblo —confiaba en que si salían, iban a la lavandería y tomaban un capuchino en el café, podrían hablar de otra manera y sería posible llegar a un ten con ten—. Entró en el *living* a paso ligero y lo rodeó desde atrás con los brazos. Apenas lo hizo la envolvió una oleada de

desconsuelo —el calor de la ducha habría dado rienda suelta a las lágrimas—, se inclinó sobre él derrumbada y llorando.

Clark apartó las manos del teclado, pero no se movió.

—No te pongas hecho una fiera conmigo —suplicó Carla.

—No soy una fiera. No soporto que te pongas así, eso es todo.

—Me pongo así porque eres una fiera.

—No me digas lo que soy. Me estás asfixiando. Empieza a hacer la cena.

Es lo que hizo. Era ya evidente que el alumno de las cinco no iba a ir. Sacó patatas y empezó a pelarlas, pero no podía contener las lágrimas ni ver lo que hacía. Se secó la cara con papel de cocina, cortó otro trozo para llevárselo y salió bajo la lluvia. No fue al establo porque sin *Flora* le

resultaba demasiado deprimente. Caminó por el sendero de vuelta a los bosques. Los caballos estaban en el otro campo. Se acercaron a la valla para mirarla. Todos, excepto *Lizzie* que brincó y resolló un poco, tuvieron la sensatez de comprender que tenía la atención puesta en otra cosa.

Todo empezó cuando leyeron el aviso fúnebre, el aviso fúnebre de Mr. Jamieson. Estaba en el periódico de la ciudad y su cara apareció en el noticiero de la tarde. Hasta el año anterior no habían conocido a los Jamieson más que como vecinos encerrados en sí mismos. Ella enseñaba botánica en un *College* a sesenta y cinco kilómetros de distancia, de modo que pasaba mucho tiempo en la carretera. Él era poeta.

Es lo único que todo el mundo sabía. Pero él parecía estar ocupado en otras cosas. Para ser poeta y un hombre mayor —tal vez tuviera veinte años más que Mrs. Jamieson— era recio y activo. Mejoró el sistema de desagüe de su casa, limpió la alcantarilla



y la recubrió con piedras. Cavó, plantó y cercó un huerto; abrió sendas entre los bosques; se ocupaba de las reparaciones de la casa.

La casa en sí era un desatino triangular de aspecto extraño, construido por él hacía años con algunos amigos sobre los cimientos de una antigua granja derruida. Se decía que eran hippies, aunque Mr. Jamieson era un poco demasiado viejo para serlo, incluso antes de que apareciera Mrs. Jamieson. Corría el rumor de que cultivaban marihuana en los bosques, la vendían y guardaban el dinero en frascos sellados de cristal, enterrados por la finca. Clark oyó contar la historia a personas conocidas del pueblo. Decía que eran gilipolces.

—Alguien habría entrado y cavado ya. Alguien habría encontrado la manera de hacerle decir dónde estaban.

Hasta que no leyeron la nota necrológica, Carla y Clark no se enteraron de que él hubiera ganado un

premio importante cinco años antes de morir. Un premio como poeta. Nadie había hablado nunca de eso. Por lo visto a la gente le parecía creíble lo del dinero procedente de la droga enterrado en frascos de cristal, pero no que hubiera ganado dinero por escribir poesía.

Poco después Clark dijo:

—Podíamos haberle hecho pagar.

Carla supo en el acto de qué hablaba, pero lo tomó a broma.

—Ya es demasiado tarde —contestó—. No puedes pagar una vez muerto.

—Él no puede. Ella sí podría.

—Se ha marchado a Grecia.

—No se va a quedar en Grecia.

—Dijo que no lo sabía —afirmó Carla con más serenidad.

—No he dicho que lo hiciera.

—Ella no tiene la menor idea del asunto.

—Eso podríamos aclararlo.

—No, no —dijo Carla.

Clark continuó como si Carla no hubiera dicho nada.

—Podríamos decir que vamos a presentar una querrela. La gente saca dinero de esas cosas a cada rato.

—¿Cómo lo ibas a hacer? No puedes querrellarte con una persona muerta.

—Podríamos amenazar con acudir a los periódicos. Un poeta de primera. Los periódicos se lo tragarían. Lo único que tenemos que hacer es amenazarla y cederá.

—Deliras —dijo Carla—. Bromeas, ¿no?

—No —replicó Clark—. De verdad que no.

Carla declaró que no quería hablar más del asunto y él accedió.

Pero al día siguiente volvieron a hablar del asunto. Al siguiente, al otro y al otro. Clark tenía a veces ideas, como esa, imposibles de poner en práctica, que hasta podrían ser ilícitas. Hablaba de ellas con creciente entusiasmo y luego —Carla no sabía bien por qué— las hacía de lado. Si la lluvia hubiera cesado, si la temporada se hubiera convertido en un verano normal, él podría haber dejado que la idea siguiera el camino de las otras. Pero no fue así y durante el último mes había insistido en el plan, como si fuera perfectamente factible y serio. La cuestión era cuánto dinero pedir. Si era demasiado poco, la mujer podría no tomarlos en serio, podría llegar a pensar que se estaban tirando un farol. Si era mucho podría soliviantarse y ponerse terca.

Carla dejó de decir que era una broma. Pero sí insistió en que no iba a funcionar. Además la gente

esperaba que los poetas fueran así. De manera que no merecía la pena gastar dinero para ocultarlo.

Clark sostenía que la cosa funcionaría si se hacía bien. Carla debía derrumbarse y contar a Mrs. Jamieson toda la historia. Entonces entraría Clark como si el asunto hubiera sido una sorpresa para él, algo que acabara de descubrir. Se saldría de sus casillas, hablaría de contárselo a todo el mundo. Dejaría que fuera Mrs. Jamieson la primera que hablara de dinero.

—A ti te ofendían. Te importunaban y humillaban. Y a mí me ofendían y humillaban porque eres mi mujer. Es una cuestión de honor.

Clark le hablaba así una y otra vez. Ella trataba de desviar la conversación, pero él insistía.

—Convenido —dijo él—. Convenido.

Y todo por lo que ella le había contado, cosas de las que ahora no podía retractarse ni negar.

—A veces se interesa por mí.

—¿El vejestorio?

—Cuando ella no está a veces me pide que entre en su cuarto.

—Sí.

—Cuando ella sale de compras y la enfermera tampoco está.

Una brillante idea suya que en el acto complace a Clark.

—¿Y tú qué haces? ¿Entras?

—A veces.

—Te pide que entres en su habitación... Bueno, ¿y tú qué haces? ¿Entras?

Ella simula sentirse cohibida.

—A veces.

—Te llama a su habitación. ¿Y...? ¿Carla, y...?

—Entro para ver qué quiere.

—Bueno, ¿y qué quiere?

Todo preguntado y contestado entre susurros aunque no haya nadie que pueda oírlo, aunque estén en la intimidad recoleta de su cama. Una anécdota de alcoba en la que los detalles son importantes y hay que precisarlos cada vez, siempre con convincente reluctancia, timidez, risas sofocadas, lascivia. Y no era solo él quien se sentía impaciente y complacido. También ella. Ansiosa por gustarle y excitarlo, por excitarse. Satisfechos cada vez que resultaba.

Y en una parte de su mente era verdad: veía al viejo cachondo, el bulto que formaba en la sábana, desde luego postrado, casi sin poder hablar, pero muy competente en el lenguaje por señas, indicando su deseo, intentando empujarla suavemente, toquetearla con su complicidad, predisponerla a participar en sus ardidés e intimidades. (El obligado rechazo de Carla quizá, cosa extraña, un tanto

decepcionante para Clark).

De vez en cuando surgía una imagen que ella debía desbaratar si no quería estropearlo todo. Pensaba en el verdadero cuerpo inerte entre las sábanas, drogado y encogiéndose a ojos vista en su cama de hospital alquilada, apenas atisbado unas cuantas veces cuando Mrs. Jamieson o la enfermera de turno se olvidaban de cerrar la puerta. La verdad es que nunca había llegado a estar más cerca de él.

Lo cierto es que temía ir a casa de los Jamieson, pero necesitaba el dinero y le daba lástima Mrs. Jamieson que parecía tan acosada y desconcertada como si anduviera en sueños. Una o dos veces, Carla había estallado y hecho algo verdaderamente tonto, solo para distender el ambiente. Lo mismo que hacía cuando los jinetes que montaban por primera vez a caballo cometían torpezas, se aterrorizaban y se sentían humillados. También trataba de hacerlo cuando Clark se empecinaba en sus momentos de mal humor. Con él ya no le servía de nada. Pero



decididamente el cuento de Mr. Jamieson había dado resultado.

No había manera de evitar los charcos del sendero, la hierba alta empapada a lo largo del camino ni las zanahorias silvestres que acababan de florecer. Pero el aire era bastante templado para no enfriarse. Tenía la ropa empapada como si su mismo sudor o las lágrimas que le corrían por la cara la hubieran calado igual que la llovizna. El llanto se había apagado a tiempo. No tenía con qué sonarse la nariz —el pañuelo de papel chorreaba—, pero se inclinó y se sonó con fuerza en un charco.

Levantó la cabeza y lanzó el largo silbido vibrante con que Clark y ella llamaban a *Flora*. Esperó un par de minutos y llamó a *Flora* por su nombre. Una vez y otra: silbido y nombre, silbido y nombre.

*Flora* no contestó.

Sin embargo casi era un alivio sentir el sencillo

dolor de haber perdido a *Flora*, de haber perdido a *Flora* quizá para siempre, comparado con el lío en que se había metido con Mrs. Jamieson y el suplicio de sus altibajos con Clark. Por lo menos la desaparición de *Flora* no tenía que ver en absoluto con lo que ella —Carla— pudiera haber hecho mal.

Sylvia no tenía nada que hacer en la casa más que abrir las ventanas. Y pensar —con una ansiedad que la consternaba sin sorprenderla demasiado— cuánto tardaría en poder ver a Carla.

Toda la parafernalia de la enfermedad había desaparecido. El cuarto que fuera dormitorio de Sylvia y su marido —luego convertido en cámara mortuoria—, estaba limpio, ordenado para que pareciera que allí no había pasado nunca nada. Carla le ayudó en esa faena durante los pocos días frenéticos transcurridos entre la cremación del marido y la partida de Sylvia rumbo a Grecia. Las prendas de ropa que León había usado y algunas que no se había puesto nunca —incluso regalos de las

hermanas que jamás salieron de los paquetes—, fueron apiladas en el asiento trasero del coche y entregadas en la tienda de segunda mano. Sus píldoras, sus enseres de afeitarse, las latas sin abrir de tónicos que lo sostuvieron tanto tiempo como fue posible, los paquetes de galletas de sésamo que una vez comiera a docenas, los frascos de plástico llenos de una loción que le aliviaba el dolor de espalda, las pieles de cordero donde yacía... Todo eso fue a parar a bolsas de plástico arrastradas afuera como la basura, sin que Carla cuestionara nada. Nunca dijo, «A lo mejor alguien podría usar eso», ni señaló que cartones enteros de latas estaban sin abrir. Cuando Sylvia dijo, «Querría no haber llevado la ropa al pueblo. Querría haberlo quemado todo en el incinerador», Carla no se mostró sorprendida.

Limpieron el horno, restregaron las alacenas, enjuagaron paredes y ventanas. Un día Sylvia estaba en el salón repasando las cartas de pésame

recibidas. (No había papeles acumulados ni libretas que fuera necesario revisar, como sería de esperar tratándose de un escritor. No había trabajos sin terminar ni borradores garabateados. Meses antes él le había dicho que lo había tirado todo. «Sin contemplaciones»).

La pared en declive de la fachada sur de la casa tenía grandes ventanales. Sylvia levantó los ojos, sorprendida por la sombra de Carla, las piernas desnudas, los brazos desnudos en lo alto de la escalera, la cara resuelta coronada con un rizo de pelo color diente de león, demasiado corto para la trenza. Rociaba y restregaba vigorosamente el cristal. Cuando vio que Sylvia la miraba se detuvo, extendió los brazos como si estuviera despatarrada allí y puso cara de gárgola tontucia. Las dos se echaron a reír. Sylvia sintió que esa risa la recorría de pies a cabeza como una corriente juguetona. Volvió a sus cartas y Carla reanudó la limpieza. Decidió que todas esas palabras amables —sinceras

o de cumplido, elogiosas o compungidas— podían seguir el camino de las pieles de cordero y las galletas.

Cuando oyó que Carla apartaba la escalera y se quitaba las botas en la terraza se sintió de pronto cohibida. Se quedó donde estaba con la cabeza inclinada mientras Carla entraba en la habitación camino de la cocina, para meter el cubo y los trapos bajo el fregador. Carla apenas hizo un alto, era rápida como los pájaros, pero de refilón dejó caer un beso en la cabeza inclinada de Sylvia. Siguió de largo silbando algo casi inaudible.

Desde entonces Sylvia no se quitaba el beso de la mente. No tenía ningún significado particular. Era una manera de decir «ánimo» o «casi he acabado». Significaba que eran buenas amigas, que habían hecho juntas muchas tareas dolorosas. O quizá solo que había salido el sol. Que Carla pensaba volver a su casa y ocuparse de los caballos. Sin embargo, Sylvia lo consideró un florecimiento halagüeño,

cuyos pétalos se le desparramaban por dentro con tumultuosa calidez, como sofocón menopáusico.

Era frecuente que entre sus alumnas de cualquiera de las clases de botánica hubiera alguna especial, una cuya inteligencia, dedicación y torpe egotismo —hasta cierta genuina pasión por el mundo de la naturaleza— le recordara su juventud. Esas chicas merodeaban a su alrededor, la idolatraban, esperaban alguna suerte de intimidad que, en la mayoría de los casos, ni siquiera imaginaban. Y no tardaban en crisparle los nervios.

Carla no se parecía en nada a ellas. Si a alguien se semejaba en la vida de Sylvia, sería a ciertas chicas conocidas en el instituto: las que eran brillantes, pero nunca demasiado brillantes; buenas atletas, pero no exageradamente competitivas; vitales, pero no bravuconas. Alegres por naturaleza.

—Estuve con mis dos viejas amigas en ese pueblecito, ese pueblecito minúsculo. Esa clase de

lugares donde muy de tarde en tarde paran los autobuses de turistas, un pueblo perdido. Los turistas bajaban, echaban un vistazo y se quedaban desconcertados porque no estaban en ninguna parte. No había nada que comprar.

Sylvia hablaba de Grecia. Carla estaba a pocos palmos de ella. Fascinada, la muchacha de miembros largos estaba al fin sentada allí, molesta, en la habitación llena de recuerdos. Apenas sonreía, asentía con gesto tardo.

—Al principio —dijo Sylvia— yo también estaba desconcertada. Hacía muchísimo calor. Pero lo que se dice de la luz es verdad. Es maravillosa. Y entonces descubrí qué se podía hacer allí. Y solo eran unas pocas cosas sencillas que, sin embargo, podían llenar el día. Caminas ochocientos metros por la carretera en una dirección para comprar aceite y ochocientos metros en dirección contraria para comprar pan o vino..., y ya ha pasado la mañana; comes algo bajo los árboles y después de

comer el calor es demasiado intenso para hacer nada como no sea cerrar las persianas, echarse en la cama y, a lo mejor, leer. Al principio lees. Luego resulta que ni siquiera haces eso. ¿Por qué leer? Más tarde notas que las sombras son más largas, te levantas y vas a nadar. ¡Ay! —se interrumpió a sí misma—. Me olvidaba...

Pegó un salto y fue a buscar el regalo que había comprado. No lo había olvidado en absoluto. No quiso dárselo a Carla apenas llegó, quería que saliera a relucir con más naturalidad y, mientras hablaba, pensaba en el momento en que pudiera mencionar el mar, la ida a nadar. Para luego decir, como dijo:

—Al hablar de nadar me acordé de esto porque es una pequeña réplica, ¿sabes?, es la pequeña réplica de un caballo encontrado bajo el mar. Labrada en bronce. La sacaron al cabo de tantísimo tiempo. Se supone que es del siglo II a. C.



Cuando Carla entró y echó una mirada para ver qué trabajo le esperaba, Sylvia dijo:

—No, espera, siéntate un minuto, no he tenido con quién hablar desde que he vuelto. Por favor.

Carla se sentó al borde de la silla con las piernas separadas y las manos entre las rodillas. Por alguna razón tenía pinta de estar desolada. Como si buscara la manera de ser educada, pero distante, preguntó:

—¿Cómo lo ha pasado en Grecia?

Estaba de pie con el papel sedoso arrugado que envolvía el caballo y no había quitado del todo.

—Se dice que representa un caballo de carrera —explicó Sylvia—. Es el trote final, el último *sprint* para ganar la carrera. También se ve al jinete que espolea al caballo hasta llevarlo al límite de sus fuerzas.

No contó que el muchacho le recordó a Carla

aunque no pudiera decir por qué. No tendría más de once o doce años. Es posible que el brazo que sostenía las riendas, las arrugas de su frente infantil o la concentración y el tremendo esfuerzo le recordaran en cierto modo a Carla, cuando la primavera anterior limpiaba los cristales. Las piernas firmes en *shorts*, los hombros anchos, los golpazos contra el cristal y la manera de estirarse como si invitaran y hasta obligaran a Sylvia a reírse.

—Eso se ve —dijo Carla examinando a conciencia la figura bronceada verdosa—. Muchas gracias.

—De nada. Vamos a tomar un café, ¿quieres? Acabo de hacerlo. En Grecia el café es demasiado fuerte, más fuerte de lo que me gusta, pero el pan es un manjar del cielo. Y los higos maduros son increíbles. Siéntate un momento más, por favor. No dejes que siga y siga hablando de lo mismo. ¿Y por aquí qué ha pasado? ¿Cómo han ido las cosas aquí?

—Ha llovido casi todo el tiempo.

—Ya lo veo. Veo que ha llovido mucho —gritó Sylvia desde el rincón de la cocina de la gran estancia.

Mientras servía el café decidió no decir nada del otro regalo que le había traído. No le costó nada (el caballo le había costado más de lo que la muchacha podía imaginar). El otro regalo era solo una preciosa piedrecilla blanca rosada, recogida durante un paseo por la carretera.

«Esta es para Carla», había dicho a su amiga Maggie, que caminaba con ella. «Sé que es una tontería. Solo quiero que tenga un trocito de esta tierra».

Ya les había hablado de Carla a Maggie y a Soraya, la otra amiga que viajaba con ella. Les había contado que la presencia de la muchacha contaba cada vez más para ella, que parecía haberse estrechado entre las dos un lazo inexplicable, que la

consoló en los terribles meses de la primavera pasada.

«Era simplemente el placer de ver a alguien..., de ver entrar en casa a alguien tan lozana y saludable como ella».

Maggie y Soraya se rieron con amabilidad, pero turbadas.

«Siempre hay una muchacha», dijo Soraya.

Estiró los brazos pesados y bronceados para desperezarse.

«En algún momento todas nos encaprichamos con una», agregó Maggie.

A Sylvia le enfadó vagamente esa palabra pasada de moda, «encapricharse».

«Tal vez sea porque León y yo no tuvimos hijos», contestó. «Es estúpido. Transferencia del amor maternal».

Sus amigas hablaban al mismo tiempo. Decían de manera ligeramente distinta algo referente a que podría ser estúpido pero, de cualquier modo, amor.

Sin embargo, ese día la muchacha no se parecía en nada a la Carla que Sylvia recordaba, no era ese espíritu sereno y vital, la criatura joven, generosa y despreocupada, cuya imagen la acompañara en Grecia.

Apenas se interesó por el regalo. Se mostró casi huraña cuando le alcanzó la taza de café.

—Había algo que creo te habría gustado mucho —dijo Sylvia animosa—. Las cabras. Eran bastante pequeñas incluso cuando ya estaban del todo crecidas. Unas eran manchadas, otras blancas y brincaban alrededor por las rocas exactamente igual..., igual que los espíritus del lugar. —Se rio con risa forzada, no podía callarse—.

—No me habría sorprendido que tuvieran diademas en los cuernos. ¿Cómo está tu cabrita? He

olvidado el nombre.

—*Flora* —dijo Carla.

—Sí, *Flora*.

—Ya no la tengo.

—¿No la tienes? ¿La has vendido?

—Ha desaparecido. No sabemos qué ha sido de ella.

—¡Oh!, lo siento. Lo siento de veras. ¿Y no habrá posibilidad de que vuelva?

No hubo contestación. Sylvia miró de frente a la muchacha, cosa que hasta ese momento no había sido capaz de hacer. Vio que tenía los ojos cuajados de lágrimas, la cara llena de manchas —con aspecto casi sucio— y que parecía dominada por la angustia.

No hizo nada por evitar la mirada de Sylvia. Apretó los labios contra los dientes, cerró los ojos y se meció de atrás hacia adelante, como si ahogara un

aullido. De pronto, para desconcierto de Sylvia, aulló. Aulló, lloró, tragó una bocanada de aire, las lágrimas le rodaron por las mejillas, moqueó y empezó a mirar desesperadamente alrededor en busca de algo para limpiarse. Sylvia salió corriendo y volvió con puñados de *Kleenex*.

—Tranquilízate, estás aquí, aquí estás bien —le dijo, pensando que lo que debía hacer era cogerla en brazos.

Pero no tenía ninguna gana de hacerlo y podría empeorar las cosas. La muchacha podría darse cuenta de que Sylvia lo hacía a desgana, de lo incómodo que le resultaba semejante situación.

Carla dijo algo y volvió a decirlo:

—¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!

—No, no lo es. Algunas veces todos tenemos que llorar. No pasa nada, no te preocupes.

—Es una barbaridad.

Y Sylvia no pudo evitar sentir que, conforme se prolongaba esa manifestación de dolor, la muchacha se volvía más y más vulgar, más parecida a aquellas alumnas lacrimosas suyas metidas en su despacho, el de Sylvia. Algunas de ellas lloraban por las notas, pero a menudo era un gimoteo táctico, breve, nada convincente. La mayoría de las veces se echaban a llorar como Magdalenas y resultaba que la cosa tenía que ver con algún lío amoroso, los padres o un embarazo.

—No se trata de tu cabra, ¿verdad?

—No. No.

—Más vale que tomes un vaso de agua —dijo Sylvia.

Dio tiempo a que el agua saliera fría, mientras trataba de pensar qué debía hacer o decir y, cuando volvió, Carla empezaba a tranquilizarse.

—Así. Así —dijo Sylvia al ver cómo tragaba



Carla el agua—. ¿No estás mejor?

—Sí.

—No es la cabra. ¿Qué es?

Carla contestó:

—No puedo soportarlo más.

¿Qué era lo que no podía soportar?

Resultó que era al marido.

Siempre estaba enfadado con ella. Se portaba como si la odiara. No había nada que ella hiciera bien, no había nada que pudiera decir. Vivir con él la estaba volviendo loca. A veces creía estar ya loca. A veces creía estarlo.

—¿Te ha lastimado, Carla?

No. No la había lastimado físicamente. Pero la odiaba. La despreciaba. No podía soportar verla llorar y ella no podía evitar llorar porque él siempre estaba enfadado.

No sabía qué hacer.

—Quizá sí sepas qué hacer —dijo Sylvia.

—¿Marcharme? Lo haría si pudiera —Carla volvió a chillar—. Daría cualquier cosa por marcharme. No puedo. No tengo un céntimo. No tengo ningún sitio adonde ir en este mundo.

—Bueno. Piénsalo. ¿Es eso del todo verdad? —preguntó Sylvia con su mejor talante de consejera—. ¿No tienes padres? ¿No me has contado que te criaste en Kingston? ¿No tienes familia allí?

Los padres se habían trasladado a British Columbia. Odiaban a Clark. Les daba igual que estuviera viva o muerta.

¿Hermanos o hermanas?

Un hermano nueve años mayor que ella. Estaba casado y vivía en Toronto. A él tampoco le importaba nada. Clark no le gustaba. Su mujer era una esnob.

—¿Has pensado alguna vez en una casa de acogida de mujeres?

—Ahí no te quieren si no te han maltratado. Todo el mundo se enteraría y perjudicaría nuestro negocio.

Sylvia esbozó una sonrisa.

—¿Es momento para pensar en eso?

Carla se rio de verdad.

—Lo sé —dijo—, estoy loca.

—Escucha —pidió Sylvia—. Escúchame. Si tuvieras el dinero para irte ¿te irías? ¿Adónde te irías? ¿Qué harías?

—Iría a Toronto —contestó Carla sin titubear—. Pero no en busca de mi hermano. Me quedaría en un motel o algo así y conseguiría trabajo en un picadero.

—¿Crees que podrías hacerlo?

—Trabajaba en un picadero el verano que

conocí a Clark. Ahora tengo más experiencia de la que tenía entonces. Mucha más.

—Lo dices como si lo tuvieras planeado —dijo Sylvia pensativa.

—Ahora sí.

—Entonces ¿cuándo te irías si pudieras?

—Ahora. Hoy. En este momento.

—¿Lo único que te detiene es la falta de dinero?

Carla dio un profundo suspiro:

—Es lo único que me detiene.

—Bueno, vale. Escucha lo que te propongo. No creo que debas ir a un motel. Creo que debes coger el autobús a Toronto y quedarte en casa de una amiga mía. Se llama Ruth Stiles. Tiene una casa grande, vive sola y le gustaría tener a alguien con ella. Puedes quedarte allí hasta que encuentres trabajo. Te ayudaré con algún dinero. Tiene que haber montones

y montones de picaderos en Toronto.

—Los hay.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Quieres que llame y pregunte a qué hora sale el autobús?

Carla dijo que sí. Temblaba. Se pasaba las manos por las muslos de arriba abajo y sacudía bruscamente la cabeza de un lado a otro.

—No lo puedo creer —dijo—. Le devolveré el dinero. De verdad, gracias. Se lo devolveré. No sé qué decir.

Sylvia ya estaba en el teléfono, llamando a la terminal de autobuses.

—Chist... Estoy anotando los horarios. —Escuchó y colgó—. Sé que lo harás. ¿Estás de acuerdo con lo de Ruth? Se lo diré. Queda un problema pendiente. —Miró con ojos críticos los *shorts* y la camiseta de Carla—. No puedes ir con esa ropa.

—No puedo ir a casa para buscar nada —contestó Carla asustada—. Ya me las arreglaré.

—El autobús tendrá aire acondicionado. Te vas a congelar. Algo mío habrá que te sirva. ¿No tenemos más o menos la misma altura?

—Usted es diez veces más delgada.

—Pero no lo era.

Al final se decidieron por una chaqueta de hilo marrón apenas usada —Sylvia consideraba una equivocación haberla comprado, el estilo era demasiado llamativo para ella—, unos pantalones sastre color habano y una camisa de seda color crema. Las zapatillas de Carla tendrían que adaptarse al conjunto porque calzaba dos números más que Sylvia.

Carla fue a darse una ducha, cosa que no se había preocupado por hacer dado su estado de ánimo esa mañana.

Sylvia telefonó a Ruth. Esa tarde tenía que acudir a una reunión, pero dejaría la llave en casa de los vecinos de arriba y todo lo que debía hacer Carla era llamar al timbre.

—Tendrá que tomar un taxi en la terminal. Supongo que podrá arreglárselas para hacerlo — advirtió Ruth.

Sylvia se echó a reír.

—No es ninguna inútil, no te preocupes. Es una persona que está pasando un mal momento, nada más.

—Muy bien. Quiero decir que me parece muy bien que lo supere.

—No es en absoluto una inútil —insistió Sylvia, mientras pensaba que Carla se estaba probando los pantalones y la chaqueta de hilo.

Qué pronto se había recuperado del ataque de desesperación y qué guapa estaba con la ropa nueva.

El autobús pararía en el pueblo a las dos y veinte. Sylvia decidió hacer unas tortillas francesas para el almuerzo, poner la mesa con el mantel azul oscuro, bajar los vasos de cristal y abrir una botella de vino.

—Espero que tengas hambre y comas algo — dijo, cuando Carla salió limpia y reluciente con la ropa prestada.

Tenía la piel pecosa y tersa arrebolada por la ducha, el pelo húmedo oscurecido sin trenzar, los graciosos rizos aplastados contra la cabeza. Dijo tener hambre pero, cuando intentó llevarse un trozo de tortilla a la boca con el tenedor, el temblor de las manos se lo impidió.

—No sé por qué tiemblo así. Debo estar excitada. Nunca creí que pudiera ser tan fácil.

—Es demasiado precipitado —contestó Sylvia—. Probablemente no te parezca del todo real.



—Y sin embargo lo es. Ahora todo parece verdaderamente real. Era antes cuando estaba en las nubes.

—Tal vez cuando tomas una decisión, cuando tomas una decisión de verdad, pase eso. O así debía ser.

—Si has conseguido una amiga —dijo Carla con sonrisa intencionada mientras el rubor le cubría la frente—. Si has conseguido una amiga, una verdadera amiga, como usted. —Dejó cuchillo y tenedor en la mesa, y levantó torpemente con las dos manos el vaso de vino—. Bebo por una verdadera amiga —exclamó sin demasiada soltura—. Seguramente no debería tomar ni un sorbo, pero lo haré.

—Yo también —replicó Sylvia aparentando alegría. Bebió, pero estropeó el momento al añadir —: ¿Lo vas a llamar por teléfono? Tiene que saberlo. Por lo menos tiene que saber dónde estás a

la hora en que te espere en casa.

—No, no voy a telefonar —Carla parecía alarmada—. No puedo hacerlo. Quizás usted...

—No, yo no.

—No, sería una estupidez. No tendría que haberlo dicho. Es difícil pensar con sensatez. Lo que tal vez haga sea dejarle una nota en el buzón. Pero no quiero que la lea demasiado pronto. Ni siquiera quiero que pasemos delante de la casa cuando me lleve al pueblo. Quiero que vayamos por la parte de atrás. De modo que si escribo la nota..., si la escribo, ¿podría usted deslizarla en el buzón a la vuelta?

Sylvia aceptó. No se le ocurría otra alternativa.

Llevó papel y bolígrafo. Sirvió un poco más de vino. Carla se quedó pensativa y luego escribió unas palabras.

*Me he marchado. Hestaré muy bien*<sup>[3]</sup>.

Eran las palabras que Sylvia leyó al desdoblar el papel cuando volvía de la terminal de autobuses. Estaba segura de que Carla sabía que «hestaré» se escribe sin «h». Solo se trataba del exaltado estado de confusión en que «hestaba» al escribir la nota. En un estado de confusión tal vez más profundo de lo que Sylvia creía. El vino le había hecho brotar un torrente de palabras, que no parecía acompañado por ninguna pena ni ningún disgusto en particular. Habló del establo donde trabajaba cuando a los dieciocho años conoció a Clark y acababa de salir del instituto. Los padres querían que fuera al *College*, siempre que la dejaran estudiar veterinaria. Lo que en realidad quería y había querido toda su vida era trabajar con animales y vivir en el campo. En el instituto era una de esas chicas desgarbadas, una de esas chicas de quienes las demás se burlan, pero no le importaba.

Clark era el mejor profesor de equitación que tenían. Montones de mujeres estaban tras él, iban a

clase de equitación solo porque él era el profesor. Carla le tomaba el pelo por su círculo de admiradoras y al principio a él parecía gustarle, pero después empezó a fastidiarle. Ella le pidió disculpas y trató de remediarlo haciéndole hablar de su sueño —en realidad de sus planes—, de tener una escuela de equitación, un establo, en el campo. Un día Carla entró en el establo, lo encontró ensillando un caballo y se dio cuenta de que se había enamorado de él.

Ahora pensaba que se trataba de atracción sexual. Tal vez solo fuera cuestión de sexo.

Cuando llegó el otoño y se suponía que ella dejaría el trabajo y entraría en el *College* de Guelph, se negó a marcharse. Dijo necesitar un año libre.

Clark era muy guapo, pero no había esperado a terminar ni siquiera la escuela secundaria. Perdió por completo el contacto con su familia. Pensaba que la familia era un veneno que se lleva en la

sangre. Fue auxiliar en un hospital psiquiátrico; pinchadiscos de una estación de radio en Lethbridge, Alberta; miembro de un equipo de vialidad cerca de Thunder Bay; aprendiz de barbero; vendedor en un almacén de suministros militares. Era de los únicos trabajos de los que le había hablado.

Carla le puso el apodo de *Gypsy Rover* [Gitano Errante] por la canción, la antigua canción que su madre solía cantar. Le dio por cantarla sin parar en casa y la madre se dio cuenta de que algo pasaba.

*La última noche ella durmió en cama de  
plumas*

*con un edredón de seda por cubierta.*

*Esta noche dormiré en el suelo duro y  
frío...*

*Junto a su amante gitano.*

La madre le dijo: «Te va a partir el corazón, tenlo por seguro». El padrastro, que era ingeniero, ni

siquiera le garantizaba que Clark tuviera tanto poder. «Es un perdedor», decía. «Un tiro al aire». Como si Clark fuera un chinche que pudiera sacudirse de la ropa.

Por eso Carla contestó: «¿Es capaz un tiro al aire de ahorrar dinero para comprar una granja? Pues eso es lo que ha hecho». «No estoy dispuesto a discutir contigo», fue lo único que le contestó el padrastro. En todo caso no era hija suya, añadió, como si así diera por cerrada la cuestión.

Como es natural Carla se escapó con Clark. La conducta de los padres no podía conducir a otra cosa.

—¿Te pondrás en contacto con tus padres cuando te hayas establecido? —preguntó Sylvia—. ¿Cuándo te hayas establecido en Toronto?

Carla enarcó las cejas, hundió las mejillas y formó una «O» con la boca:

—Ñopo —dijo.

Sin duda estaba un poco bebida.

De vuelta en casa después de haber dejado la nota en el buzón, Sylvia fregó los platos que todavía estaban en la mesa, lavó y le sacó brillo a la sartén, echó el mantel y las servilletas azules al cesto de ropa sucia y abrió las ventanas. Hizo todo eso con una vaga sensación de arrepentimiento e irritación. Había sacado una pastilla de jabón con aroma de manzana para que la chica se duchara y el olor flotaba por la casa, como estuvo flotando en el coche.

En algún momento, a última hora dejó de llover. No podía quedarse quieta y fue a dar una caminata a lo largo del sendero abierto por León. El agua se había llevado gran parte de la gravilla que él pusiera en los sitios cenagosos. Siempre salían a caminar en primavera para ver las orquídeas silvestres. Ella le decía los nombres de cada flor silvestre, que él

olvidaba —excepto el de las lilas—. León solía llamar Dorothy Wordsworth<sup>[4]</sup> a Sylvia.

La última primavera, Sylvia salió una vez y recogió un ramillete de petunias violetas. Él apenas las miró —como a veces la miraba a ella— con expresión de agotamiento, de rechazo.

Seguía viendo a Carla, a Carla que subía al autobús. Su agradecimiento era sincero, pero ya casi por compromiso; saludó con la mano y gesto desenfadado.

A alrededor de las seis, Sylvia llamó a Toronto —a Ruth—, a sabiendas de que Carla no podía haber llegado todavía. Respondió el contestador automático.

—Ruth —dijo Sylvia—. Soy Sylvia. Te llamo por la chica que te he mandado. Espero que no se convierta en una carga para ti. Espero que todo vaya bien. Te puede parecer un poco pagada de sí misma. Tal vez sea cuestión de juventud. Mantenme al tanto.



¿Vale?

Llamó de nuevo antes de acostarse, pero se volvió a encontrar con el contestador. «Soy Sylvia una vez más. Solo quería saber cómo va todo». Colgó. Eran entre las nueve y las diez de la noche, todavía no había oscurecido por completo. Ruth no habría vuelto y la muchacha no querría contestar el teléfono en casa ajena. Intentó acordarse del nombre de los vecinos del piso de arriba. Seguro que aún no se habrían ido a la cama. Pero no lo recordó. Más valía así. Telefonarles sería armar un lío, mostrarse demasiado ansiosa, exagerar demasiado.

Se metió en la cama pero le resultó imposible quedarse allí. Cogió un acolchado ligero, fue al salón y se echó en el sofá, donde había dormido los últimos tres meses de vida de León. No creía poder conciliar el sueño tampoco allí: no había cortinas en la ventana y, por el tono del cielo, supo que había salido la luna aunque no podía verla.

De pronto se encontró dentro de un autobús en alguna parte —¿sería en Grecia?—, con una cantidad de gente que no conocía. El motor del autobús hacía un ruido alarmante como de golpeteo. Despertó y se dio cuenta de que alguien aporreaba la puerta delantera.

«¿Carla?», pensó.

Carla mantuvo la cabeza baja hasta que el autobús dejó el pueblo atrás. Los cristales de las ventanillas eran polarizados, nadie podía ver nada desde fuera, pero ella debía evitar mirar. Por si acaso aparecía Clark. Podía salir de alguna tienda o estar esperando para cruzar la calle, por completo ajeno a que lo estaba abandonando, creyendo que era una tarde cualquiera. No, creyéndola la tarde en que el plan —el de él— se había puesto en marcha, ansioso por saber hasta qué punto lo seguiría ella.

Una vez fuera del pueblo levantó la vista, aspiró una profunda bocanada de aire, se fijó en los campos

que, a través de los cristales, se veían ligeramente teñidos de violeta. La presencia de Mrs. Jamieson la había rodeado de una notable sensación de seguridad, de cordura. Y había hecho que su escapada pareciera la cosa más razonable que imaginarse pueda, lo único que una persona en el pellejo de Carla podía hacer, si se respetaba a sí misma. Carla había sido capaz de hablar con desacostumbrada franqueza, incluso de demostrar madurez, de revelar su vida a Mrs. Jamieson de una manera que parecía dirigida a ganarse su simpatía, a ser al mismo tiempo contradictoria y sincera. Había optado por vivir de acuerdo con lo que, según creía, era el deseo de Mrs. Jamieson..., de Sylvia. Tenía, sí, cierta aprensión de decepcionar a Mrs. Jamieson —que se le antojaba persona excepcionalmente sensible y rigurosa—, pero no creía correr ningún peligro de hacerlo.

Si no se viera obligada a depender de ella demasiado tiempo.

El sol brillaba desde hacía rato. Cuando se sentaron a comer hacía relucir los vasos de vino. No había llovido desde temprano. El viento soplaba lo suficiente para levantar la hierba a los lados del camino y los juncos en flor, libres ya de los terrones empapados. Nubes veraniegas, no nubes de lluvia, cruzaban raudas el cielo. La campiña entera estaba cambiando, se sacudía y dejaba ir en la auténtica luminosidad de un día de julio. Y conforme avanzaban a toda velocidad no veía rastro alguno del pasado reciente: ni grandes charcos en los campos que mostraran dónde habían sido barridas por el agua las semillas, ni larguiruchos maíces mustios, ni granos de cereal caídos.

Se le ocurrió que debía comentarlo con Clark: por alguna razón inexplicable a lo mejor habían elegido un rincón húmedo y deprimente del país, habiendo otros lugares donde habrían podido prosperar.

¿O todavía podrían?

Luego se le ocurrió, por supuesto, que ya no le diría nada a Clark. Nunca jamás. No le importaría lo que le pasara a él, a *Grace*, a *Mike*, a *Juniper*, a *Blackberry* ni a *Lizzie Borden*. Si por casualidad volvía *Flora*, ella no se enteraría.

Era la segunda vez que dejaba todo atrás. La primera fue como la vieja canción de los Beatles: dejar una nota en la mesa, salir a hurtadillas de la casa a las cinco de la mañana, encontrar a Clark en el *parking* de la iglesia, un poco más allá. Tarareaba la canción mientras escapaban a toda velocidad. «Se va de casa. Adiós, adiós». Recordaba cómo salía el sol tras ellos, cómo miraba las manos de Clark al volante, el vello negro de sus hábiles antebrazos, el olor del interior de la furgoneta, olor a combustible y metal, a herramientas y establos. A través de las juntas herrumbradas de la furgoneta se colaba el viento frío de la mañana otoñal. Era la clase de vehículo en el cual su familia no se habría metido nunca, el tipo de vehículo que rara vez aparecía en

las calles donde vivían.

Recordaba la preocupación de Clark por el tráfico esa mañana (habían llegado a la autopista 401), su inquietud por cómo respondería el coche, sus contestaciones cortantes, la concentración de sus ojos, hasta su ligera irritación por la atolondrada alegría de ella... Todo eso la ilusionaba. Tanto como los desórdenes del pasado de Clark, su confesada soledad, la ternura que era capaz de tener con un caballo y con ella. Lo veía como el artífice de la vida que les esperaba, ella cautiva, con una sumisión a la vez genuina y exquisita.

«No sabes lo que estás dejando atrás», le decía su madre en la única carta recibida y nunca contestada. Pero en aquellos estremecedores momentos de la huida a primera hora del amanecer, sabía lo que dejaba atrás aunque solo tuviera una vaga idea de lo que tenía por delante. Despreciaba a los padres, su casa, el patio trasero, los álbumes de fotos, las vacaciones, la licuadora, el «tocador de

señoras», los vestidos, el sistema de riego subterráneo. En la breve nota que dejó escrita había usado la palabra «auténtico».

*Siempre he echado de menos un estilo de vida más auténtico. Sé que no puedo esperar que lo comprendáis.*

El autobús paró en el primer pueblo de la carretera. La terminal estaba en una gasolinera. La misma a la que solían ir Clark y ella al principio para comprar combustible barato. En aquellos días su mundo abarcaba varios pueblos de la campiña que los rodeaba y a veces se portaban como turistas y probaban el plato del día en bares de hoteles de mala muerte. Pies de cerdo, chucrut, panqueques de patata, cerveza. Y cantaban en el camino de vuelta como paletos zafios.

Pero poco después empezaron a considerar las salidas como una pérdida de tiempo y dinero. Es lo que la gente hace antes de entender las realidades de

la vida.

Lloraba, se le llenaron los ojos de lágrimas sin darse cuenta. Se dedicó a pensar en Toronto, en los primeros pasos que tenía por delante. El taxi, la casa que nunca había visto, la cama ajena donde dormiría sola. A la mañana siguiente miraría el listín telefónico en busca de direcciones de picaderos, iría adonde fuera necesario en busca de trabajo.

No podía imaginarlo. Ella viajando en metro o autobús, cuidando otros caballos, hablando con gente nueva, viviendo todos los días entre multitud de personas, ninguna de las cuales sería Clark.

Una vida, un lugar, elegidos precisamente por esa razón: para que no estuviera Clark.

Lo más extraño y tremendo que iba teniendo claro sobre ese, su futuro mundo —tal y como ahora lo veía—, es que en ese mundo ella no existiría. Se limitaría a caminar por ahí, abrir la boca y hablar, hacer esto o aquello. En realidad no estaría allí. Y lo



que era aún más raro es que lo estaba haciendo con la esperanza de recuperarse. Como diría Mrs. Jamieson —y como habría dicho ella muy convencida— «se haría cargo de su vida». Sin que nadie la fulminara con la mirada, sin que el humor de nadie le contagiara su amargura.

Pero ¿qué más le daría? ¿Cómo sabría que estaba viva?

Mientras se escapaba —ahora de él—, Clark conservaba un lugar en su vida. Pero cuando la huida acabara, cuando no hiciera más que seguir adelante ¿qué pondría en lugar de Clark? ¿Qué otra cosa, qué otra persona podría significar nunca un desafío tan vital?

Se las arregló para dejar de llorar, pero empezó a temblar. Iba por mal camino y tendría que controlarse, tendría que dominarse. «Domínate», le decía a veces Clark, al pasar por algún sitio donde ella estuviera acurrucada tratando de no llorar. Y

eso era precisamente lo que tenía que hacer.

Pararon en otro pueblo. Era el tercero desde que había subido al autobús. Quería decir que habían pasado por el segundo sin que se diera cuenta. El autobús habría parado, el conductor habría anunciado el nombre del pueblo y ella no había visto ni oído nada, sumida en el arrebato del miedo. No tardarían en llegar a la carretera principal y el autobús correría como un bólido hasta Toronto.

Y ella estaría perdida.

Estaría perdida. ¿Qué sentido tenía coger un taxi, dar la nueva dirección, levantarse por la mañana, cepillarse los dientes y lanzarse al mundo? ¿Por qué tenía que conseguir un trabajo, llevarse comida a la boca, dejarse llevar por cualquier transporte público de un lado a otro?

Sentía que los pies estaban a enorme distancia de su cuerpo. En los flamantes pantalones, las rodillas le pesaban como plomo. Se hundía en la

tierra como el caballo lisiado que no va a volver a levantarse.

El autobús ya había cargado a los pocos pasajeros que, con sus paquetes, esperaban en ese pueblo. Una mujer con un niño en el cochecito despedía a alguien con la mano. El edificio que tenían detrás, el café que servía de parada al autobús, también se movía. Por las ventanas y ladrillos cruzaba una vaharada nebulosa, que parecía fuera a disolverlos. Con peligro para su vida Carla impulsó su cuerpo enorme, sus miembros de plomo. Se tambaleó y gritó:

—Déjeme bajar.

El conductor frenó y gritó irritado:

—¿No iba usted a Toronto?

Los pasajeros le lanzaban miradas furtivas de curiosidad, nadie parecía entender su angustia.

—Tengo que bajar aquí.

—Hay baño al fondo.

—No. No. Tengo que bajar.

—No la voy a esperar. ¿Entendido? ¿Lleva equipaje abajo?

—No. Sí. No.

—¿Ningún equipaje?

Una voz dijo en el autobús:

—Claustrofobia. Eso es lo que le pasa.

—¿Está usted mareada? —preguntó el conductor.

—No. Lo único que quiero es bajar.

—Bueno, muy bien. A mí tanto me da.

—Ven a buscarme. Por favor. Ven a buscarme.

—Ahí voy.

Sylvia había olvidado echar la llave de la puerta. Se dio cuenta de que en ese momento debería cerrar en vez de abrir, pero era demasiado tarde, ya

había abierto.

Y allí no había nadie.

Sin embargo estaba segura, segurísima, de que el golpeteo era real.

Cerró la puerta, esta vez con llave.

Oyó un tamborileo guasón, un repiqueteo tintineante que venía de la pared de los ventanales. Encendió la luz, pero no vio nada y la volvió a apagar. Sería algún animal ¿quizás una ardilla? Las puertas francesas que se abrían entre las ventanas y daban al patio tampoco estaban cerradas con llave. Ni siquiera cerradas del todo. Las había dejado entreabiertas para ventilar la casa. Empezó a cerrarlas, alguien se rio muy cerca de ella, tan cerca que estaba en la habitación.

—Soy yo —dijo una voz de hombre—. ¿La he asustado?

Estaba apoyado contra el cristal, a su lado.

—Soy Clark, Clark, el que vive un poco más allá.

Sylvia no le iba a pedir que entrara, pero no se atrevía a cerrarle la puerta en las narices. Él podría sujetarla antes de que pudiera hacerlo. Tampoco quería encender la luz. Dormía con una camiseta larga. Tendría que haber pegado un tirón al edredón del sofá y haberse envuelto en él, pero era demasiado tarde.

—¿Quiere vestirse? —preguntó Clark—. Aquí tengo precisamente lo que necesita.

Llevaba una bolsa de compras en la mano. Se la tiró, sin hacer ademán de alcanzársela.

—¿Cómo dice? —Sylvia hablaba con voz entrecortada.

—Mire y vea. No es una bomba. Ahí está, cójala.

Sylvia metió la mano en la bolsa sin mirar. Algo

blando. Y en ese momento reconoció los botones de su chaqueta, la seda de la blusa, el cinturón de los pantalones.

—Se me ocurrió que era mejor devolverle esto. Es suyo, ¿no?

Sylvia apretó las mandíbulas para que no le castañetearan los dientes. La boca y la garganta se le habían secado de forma alarmante.

—Entendí que todo esto era suyo —dijo él en voz baja.

Sylvia tenía la lengua estropajosa. Le costó decir:

—¿Dónde está Carla?

—¿Se refiere usted a Carla, mi mujer?

Ahora podía verle mejor la cara. Podía ver cómo estaba disfrutando la escena.

—Mi mujer, Carla, está en la cama, en casa. Está

durmiendo en la cama. En su sitio.

Era un hombre guapo con pinta de tonto. Alto, espigado, bien formado, pero con una actitud que parecía forzada. Un aire de amenaza intencionada y contenida. Un rizo de pelo negro le caía sobre la frente, un bigotito presumido, ojos que parecían a la vez prometedores y burlones, una sonrisa infantil siempre al borde de la ofuscación.

Nunca le había caído bien: lo había comentado con León. León decía que su actitud un tanto confianzuda no era más que inseguridad en sí mismo.

El hecho de que estuviera inseguro de sí mismo no significaba que en ese momento ella estuviera a salvo.

—Está agotada —dijo Clark—, después de su aventurilla. Tendría que haberse visto usted la cara... Tendría que haberse visto usted la cara que ha puesto al reconocer esa ropa. ¿Qué pensó usted? ¿Que la había asesinado?



—Me pilló por sorpresa —contestó Sylvia.

—Apuesto a que sí. Después de la generosa ayuda prestada para que escapara.

—La ayudé —dijo Sylvia con gran esfuerzo—. La ayudé porque parecía estar en un aprieto.

—Aprieto —repitió él como si estudiara la palabra—. Imagino que lo estaba. Se vio en un tremendo aprieto cuando saltó de ese autobús, buscó un teléfono y me llamó para que fuera a buscarla. Lloraba de tal manera que me costó adivinar lo que me decía.

—¿Quería volver?

—¡Oh, claro! Puede estar segura de que quería volver. Es una muchacha con muchos altibajos en sus emociones. No creo que usted la conozca tanto como yo.

—Parecía muy feliz con la idea de poder marcharse.

—No me diga... Bueno, creo en su palabra. No he venido aquí para discutir con usted.

Sylvia no dijo nada.

—Vine para decirle que no me hacen gracia sus injerencias en mi vida con mi mujer.

—Además de ser su mujer es un ser humano — dijo Sylvia a pesar de saber que haría mejor en callarse.

—¡Vaya por Dios! ¿Así es la cosa? ¿Mi mujer es un ser humano? ¿De veras? Gracias por la información. Pero no trate de hacerse la lista conmigo, Sylvia.

—No me estaba haciendo la lista.

—Bueno. Me alegro. No quiero enfadarla. Solo tengo un par de cosas importantes que decirle. Una: no quiero que meta las narices nunca en nada que tenga que ver con la vida de mi mujer ni con la mía. Otra, que no quiero que ella vuelva por aquí. No es

que Carla tenga demasiado interés en venir, de eso estoy segurísimo. Por el momento no tiene demasiada buena opinión de usted. Y ya es hora de que aprenda usted a limpiar la casa. Ahora — continuó—, ahora ¿le ha entrado esto bien en la cabeza?

—Más que de sobra.

—¡Vaya!, espero que sí. Espero que sí.

Sylvia dijo:

—Sí.

—¿Y sabe qué otra cosa se me ocurre?

—¿Cómo?

—Creo que me debe usted algo.

—¿Cómo?

—Creo que debe ofrecerme... Que debe ofrecerme sus disculpas.

—Muy bien. Si así lo quiere..., lo lamento.

Clark cambió de postura, quizá solo para extender la mano y, al verlo moverse, Sylvia se estremeció.

Él se echó a reír. Puso la mano en el marco de la puerta para asegurarse de que ella no fuera a cerrarla.

—¿Qué es eso? —preguntó Sylvia.

—¿Qué es qué? —repitió él como si ella estuviera maquinando un ardid, un ardid que no serviría de nada.

Pero en ese momento captó la imagen de algo reflejado en la ventana y giró en redondo para mirar.

Frente a la casa había una parcela lisa y ancha de terreno que, en esa época del año, se cubría con frecuencia de niebla por la noche. Esa noche la niebla estaba ahí, lo había estado todo aquel rato. Pero en ese momento se produjo un cambio. La

niebla se había espesado, había tomado otro perfil, se había transformado en algo puntiagudo y radiante. Primero fue una bolita de diente de león que se tambaleaba hacia delante, luego se condensó en una especie de animal sobrenatural, blanco puro, endemoniadamente anguloso, algo así como un unicornio enorme, que se abalanzaba hacia ellos.

—¡Dios mío! —exclamó piadosamente Clark en voz baja.

Aferró a Sylvia por el hombro. El gesto no alarmó en absoluto a Sylvia: lo aceptó convencida de que lo hacía para protegerla o para tranquilizarse él.

Y en eso quedó al descubierto la visión. Salió entre la niebla, entre la luz creciente —parecía la de un coche que pasara por el camino trasero, probablemente en busca de sitio donde aparcar—, entre todo eso surgió una cabra blanca. Una saltarina cabrita blanca, apenas más grande que un perro

pastor.

Clark soltó el hombro de Sylvia y dijo:

—¿De dónde demonios vienes?

—Es su cabra —aventuró Sylvia—. ¿No es su cabra?

—*Flora* —confirmó él—. *Flora*.

La cabra se detuvo a un metro de ellos, intimidada, y dejó caer la cabeza.

—*Flora* —repitió Clark—. ¿De dónde demonios vienes? Nos has acojonado.

Nos.

*Flora* se acercó sin levantar la vista. Embistió contra las piernas de Clark.

—¡Condenado y estúpido animal! —exclamó con voz temblorosa—. ¿De dónde vienes?

—Se había perdido —dijo Sylvia.

—Sí, se había perdido. La verdad es que no pensábamos volver a verla.

*Flora* alzó la cabeza. La luz de la luna captó el destello de sus ojos.

—Nos has asustado —insistió Clark—. ¿Estuviste por ahí buscando novio? Nos acojonaste ¿a usted no? Creimos que eras un fantasma.

—Fue efecto de la niebla —dijo Sylvia.

Cruzó la puerta y salió al patio. Del todo a salvo.

—Sí.

—Y además los faros de ese coche.

—Fue como una aparición —Clark se había recuperado.

Se alegró de haber encontrado esa palabra.

—Sí.

—La cabra del espacio sideral. Eso es lo que eres. Eres una condenada cabra del espacio sideral —repitió, acariciando a *Flora*.

Pero cuando Sylvia extendió la mano para hacer lo mismo —en la otra mano todavía tenía la bolsa con la ropa usada por Carla—, *Flora* bajó de inmediato la cabeza como dispuesta a dar un buen topetazo.

—Las cabras son impredecibles —comentó Clark—. Pueden parecer mansas, pero no lo son. Cuando ya están criadas no lo son.

—¿*Flora* ya está criada? Parece tan pequeña...

—Nunca será más grande de lo que es.

Se quedaron mirando a la cabra como si esperaran que les fuera a dar más tema de conversación. Pero por lo visto no iba a ser así. Desde ese momento no podrían avanzar ni retroceder. Sylvia creyó ver que una sombra de



pesar cruzaba la cara de Clark.

Él lo reconoció y dijo:

—Es tarde.

—Supongo que sí —como si se tratara de una visita cualquiera.

—Vamos, *Flora*, es hora de volver a casa.

—Ya me las arreglaré para conseguir quien me ayude si lo necesito. De cualquier modo, de momento creo que no hará falta —añadió casi riéndose—. Los dejaré en paz.

—Seguro. Será mejor que entre. Se va a enfriar.

—Antes la gente creía que las nieblas nocturnas eran maléficas.

—Eso sí que es una novedad para mí.

—Bien, pues, buenas noches. Buenas noches, *Flora*.

Sonó el teléfono.

—Con su permiso —dijo Sylvia.

Clark levantó la mano y se dio vuelta.

—Buenas noches.

Era Ruth.

—¡Ay! —contestó Sylvia—. Cambio de planes.

No durmió pensando en la cabrita, cuya aparición entre la niebla cada vez le parecía más prodigiosa. Hasta se le ocurrió que León podría haber tenido algo que ver. Si ella fuera poetisa escribiría un poema sobre un tema como ese. Pero sabía por experiencia que las cosas que ella creía podría escribir un poeta nunca habían atraído a León.

Carla no oyó salir a Clark. Pero se despertó cuando entró. Él le dijo que había estado dando una vuelta por el establo.

—Hace un rato pasó un coche por la carretera y sentí curiosidad por saber qué hacía aquí. No pude volver a dormirme hasta que salí para ver si todo estaba en orden.

—¿Y estaba todo en orden?

—Hasta donde pude ver... Una vez levantado se me ocurrió hacer una visita allá arriba. Devolví la ropa.

Carla se sentó en la cama.

—¿La despertaste?

—Sí, se despertó. Asunto arreglado. Tuvimos una pequeña conversación.

—¡Oh!

—Todo está aclarado.

—¿No le habrás hablado de aquello, verdad?

—Aquello era hablar por hablar. De veras. Créeme. Pura fabulación.

—Está bien.

—Tienes que creerme.

—Te creo.

—Lo inventé todo.

—Está bien.

Clark se metió en la cama.

—Tienes los pies fríos —dijo Carla—. Como si estuvieran húmedos.

—Hay mucho rocío. Ven aquí. Cuando leí tu nota me sentí vacío por dentro. De verdad. Si alguna vez te fueras, no quedaría nada de mí.

Siguió el buen tiempo. En las calles, en las tiendas, en el correo, los vecinos se saludaban unos a otros celebrando que por fin hubiera llegado el verano. Los pastizales y hasta las pobres cosechas dañadas levantaron cabeza. Los charcos se secaron, el barro se convirtió en tierra. Soplaban un ligero

viento templado y todo el mundo tenía otra vez ganas de hacer cosas. El teléfono sonaba. Pedían información sobre senderismo, lecciones de equitación. Los campamentos de verano volvían a estar interesados y cancelaban las giras a museos. Llegaban furgonetas con su carga de niños revoltosos. Los caballos, libres de mantas, hacían cabriolas a lo largo de los cercos.

Clark se las arregló para hacerse con un trozo de techado bastante grande a buen precio. Dedicó todo el día siguiente al Día de la Escapada (así llamaba al viaje de Carla en autobús) al arreglo del picadero.

Durante un par de días, mientras cada uno se ocupaba de sus tareas, se saludaban con la mano. Si ella pasaba cerca de él y no había nadie alrededor, Carla le besaba el hombro a través de la tela ligera de la camisa veraniega.

—Si alguna vez intentas escaparte de mí te voy a

poner morada.

—¿Serías capaz?

—¿Capaz de qué?

—¿De ponerme morada?

—Ya lo creo...

Estaba animoso, irresistible, como cuando lo conoció.

Pájaros por todas partes. Mirlos con alas rojas, tordos, un par de palomas que cantaban al amanecer. Muchos cuervos y gaviotas en misión de reconocimiento sobre el lago, grandes pavipollos sentados en las ramas de un roble seco a casi un kilómetro de distancia se secaban las voluminosas alas, se elevaban de vez en cuando para intentar volar, aleteaban un poco por ahí, luego recobraban la compostura dejando que el sol y el calor cumplieran con su deber. En poco más de un día estaban recuperados, volaban alto, hacían círculos y

se dejaban caer en tierra, desaparecían por encima de los bosques y volvían para descansar en el árbol desnudo que les resultaba familiar.

Volvió a aparecer la dueña de *Lizzie* —Joy Tucker—, bronceada y cordial. Harta de la lluvia se había ido a pasar las vacaciones haciendo caminatas en las Montañas Rocosas. Ya estaba de vuelta.

—Una sincronización perfecta desde el punto de vista del tiempo —dijo Clark.

Joy Tucker y él empezaron a bromear enseguida como si no hubiera pasado nada.

—*Lizzie* parece estar en buena forma —declaró ella—. Pero ¿dónde está su amiguita? ¿Cómo se llama...? ¿*Flora*?

—Ha desaparecido —contestó Clark—. A lo mejor se ha largado a las Montañas Rocosas.

—Había montones de cabras allí. Con unos cuernos fantásticos.

—Eso he oído decir.

Durante tres o cuatro días estuvieron demasiado ocupados para fijarse si había algo en el buzón. Cuando Carla lo abrió encontró la factura del teléfono, la promesa de que si se suscribían a cierta revista podrían ganar un millón de dólares y la carta de Mrs. Jamieson.

*Querida Carla:*

*He estado pensando en los acontecimientos (más bien dramáticos) de los últimos días y me he encontrado muy a menudo hablando conmigo misma, en realidad contigo, y creo que debo transmitirte lo que siento aunque solo sea por carta. Y no te preocupes, no tienes necesidad de contestar.*

Mrs. Jamieson seguía diciendo que temía haberse involucrado demasiado en la vida de Carla y haber cometido en cierto modo el error de creer



que la libertad de Carla y su libertad eran la misma cosa. Lo único que le interesaba era su felicidad y ahora se daba cuenta de que ella —Carla— debía encontrarla en su matrimonio. Esperaba que quizá la escapada y las turbulentas emociones hubieran hecho brotar sus verdaderos sentimientos y, tal vez al mismo tiempo, el reconocimiento de los verdaderos sentimientos de su marido.

Decía entender perfectamente que Carla quisiera evitarla en el futuro; que siempre agradecería la existencia de Carla en su vida en momentos tan difíciles.

*Lo más extraño y maravilloso en esa cadena de acontecimientos creo que es la reaparición de Flora. La verdad es que más bien parece un milagro. ¿Dónde habría estado todo ese tiempo y por qué eligió ese momento para volver? Estoy segura de que tu marido te lo habrá contado. Estábamos hablando en la puerta del patio y yo —que*

*estaba de frente— fui la primera que vio ese algo blanco, que bajaba hacia nosotros salida de la noche. Desde luego era efecto de la niebla a ras de tierra. Pero fue verdaderamente terrorífico. Creo que lancé un grito. En mi vida había sentido semejante hechizo, en el auténtico sentido de la palabra. Supongo que debo ser sincera y decir miedo. Allí estábamos, dos adultos muertos de frío y, en ese instante, salió de la niebla la pequeña, perdida, Flora.*

*Tiene que haber algo especial en su aparición. Como es natural sé que Flora es un animalillo común y corriente, y que probablemente habrá pasado ese tiempo lejos ocupada en quedarse preñada. En cierto sentido su vuelta no tiene nada que ver con nuestras vidas de seres humanos. Sin embargo, su aparición en ese momento,*

*sí tuvo profundo efecto en tu marido y en mí. Cuando dos personas separadas por sentimientos hostiles se encuentran al mismo tiempo desconcertadas —mejor dicho, asustadas— por la misma aparición, brota entre ellas un lazo y se encuentran unidas de la manera más inesperada. Unidas en su calidad humana... Es lo único que se me ocurre para explicarlo. Nos despedimos casi como amigos. De manera que Flora tiene su sitial de ángel bueno en mi vida. Quizá también lo tenga en la de tu marido y en la tuya.*

*Con mis mejores deseos, Sylvia Jamieson*

Tan pronto Carla leyó la carta la estrujó. Luego la quemó en el fregador. Las llamas se elevaron de forma alarmante, Carla puso el tapón, recogió toda esa asquerosa mezcla negra y la tiró al váter, que es lo primero que debía haber hecho.

Estuvo ocupada el resto del día, el siguiente y al otro. Durante ese tiempo tuvo que llevar a dos tandas de turistas por la senda, dar lecciones a niños individualmente y en grupo. Por la noche, cuando Clark la rodeaba con sus brazos —atareado como ahora estaba nunca se sentía demasiado cansado, nunca contrariado—, a Carla no le costaba nada mostrarse dispuesta.

Era como si tuviera una aguja envenenada en algún rincón de los pulmones y, respirando con cautela, pudiera evitar sentirla. Pero, de vez en cuando, debía hacer una aspiración profunda y allí seguía.

Sylvia alquiló un piso en el pueblo del *College* donde enseñaba. No puso la casa en venta o, por lo menos, no había ningún cartel en la fachada. León Jamieson había conseguido cierto premio póstumo: la noticia apareció en los periódicos. Esa vez no se habló de dinero.

Cuando llegaron los días secos y dorados del otoño —estación alentadora y provechosa—, Carla se dio cuenta de que se había acostumbrado a la punzante idea que llevaba dentro. Ya no era tan punzante... La verdad es que ya no la sorprendía. Estaba poseída por una idea casi seductora, una constante tentación.

No tenía más que levantar los ojos, no tenía más que mirar en una dirección, para saber adonde podría irse. Dar un paseo por la tarde, una vez acabadas las faenas diarias. Hasta el borde de los bosques, hasta el árbol desnudo donde se reunían los pavipollos.

Y en eso los huesecillos sucios en la hierba. El cráneo con unos cuantos jirones de piel ensangrentada pegados. Un cráneo que podía sostener con una mano, como una taza de té. La clave en una mano.

A lo mejor no. Allí no había nada.

Podían haber pasado otras cosas. Él podría haber ahuyentado a *Flora*. O haberla atado a la parte trasera de la furgoneta para llevarla a cierta distancia y soltarla. Haberla devuelto al lugar donde la habían comprado para no verla alrededor, trayéndoles el recuerdo a la memoria.

Podría estar en libertad.

Pasaron los días y Carla no se acercó al lugar. Resistió la tentación.

# DESTINO

A mediados de junio de 1965 venció el contrato con Torrance House. A Juliet no le han ofrecido contrato indefinido —la profesora a quien reemplazaba se ha recuperado—, así que camino de su casa hace lo que llama un pequeño rodeo. Un pequeño rodeo para ver a una amiga que vive costa arriba.

Hace alrededor de un mes fue con otra profesora —Juanita, el único miembro del personal de su edad y su única amiga— a ver el reestreno de la película *Hiroshima Mon Amour*. Juanita le confesó después que, como la protagonista de la película, estaba enamorada de un hombre casado, padre de uno de sus alumnos. Juliet le dijo que en cierto modo estaba en la misma situación, pero no había permitido que la cosa se formalizara ante la dramática súplica de la esposa, inválida y casi clínicamente muerta. Juanita dijo desear que la mujer de su amante

estuviera clínicamente muerta, pero no lo estaba: era enérgica, poderosa y podía conseguir que la despidieran.

Poco después, igual que si la hubieran conjurado esas mentiras indignas y verdades a medias, llegó una carta. El sobre parecía manoseado como si hubiera pasado mucho tiempo metido en un bolsillo. Iba dirigido solo a «Juliet (profesora), Torrance House, 148Z Mark St., Vancouver, B. C.». La directora se la dio a Juliet y le dijo: «Supongo que es para ti. Es raro que venga sin apellido, pero la dirección está bien. Imagino que pueden haberla averiguado».

*Querida Juliet:*

*Había olvidado en qué escuela dabas clases, pero el otro día lo recordé, cuando menos lo esperaba, de modo que me pareció señal de que debía escribirte. Espero que todavía estés allí, para ti debe de ser*



*bastante desagradable irte antes de acabar el curso porque, la verdad, me diste la impresión de ser perseverante.*

*¿Te gustaría el clima de nuestra costa occidental? Si crees que en Vancouver llueve demasiado, imagínate lo que significa llover el doble como llueve aquí.*

*Pienso a menudo en ti sentada mirando las escaleras estrellas. Habrás visto que escribí «escaleras»<sup>[5]</sup>, la noche está avanzada y hace tiempo que estoy en la cama.*

*Ann sigue igual. Cuando volví de mi viaje me pareció que se había deteriorado mucho, noté en el acto que había decaído en los dos o tres últimos años. Cuando la veía todos los días no notaba su empeoramiento.*

*No creo haberte dicho que me detendría*

*en Regina para ver a mi hijo, que ahora tiene once años. Vive allí con su madre. También a él lo encontré muy cambiado.*

*Me alegra haber recordado finalmente el nombre de la escuela, pero mucho me temo no poder recordar tu apellido. Sellaré esta carta y espero que el apellido acuda a mi memoria.*

*Pienso mucho en ti.*

*Pienso mucho en ti.*

*Pienso mucho en ti...*

El autobús lleva a Juliet desde el centro de Vancouver hasta Horseshoe Bay y luego al ferry. Después cruza la península por tierra hasta otro ferry y de nuevo por tierra hasta el pueblo donde vive el hombre que escribió la carta. Whale Bay. ¡Con qué rapidez—incluso antes de Horseshoe Bay— se pasa de la ciudad al bosque! Durante ese curso ha vivido

entre los céspedes y jardines de Kerrisdale, con las montañas de la costa norte a la vista como telón de fondo cada vez que aclaraba el tiempo. Los terrenos de la escuela estaban al resguardo y bien cuidados, protegidos por muros de piedra con plantas en flor en todas las estaciones del año. Y los terrenos de las casas de los alrededores también. Esa cuidada abundancia: rododendros, acebos, laurel y glicinas. Pero antes de llegar a Horseshoe Bay ya se espesa el auténtico el bosque, que deja de ser parque arbolado. De ahí en más agua y piedras, árboles umbrosos, musgo colgante. De vez en cuando la columna de humo de alguna casita húmeda y destartalada, con el patio lleno de leña, tablones y neumáticos, coches y componentes de coches, bicicletas rotas o en uso, juguetes, todo lo que queda a la intemperie cuando la gente no tiene garages ni sótanos.

Los pueblos donde para el autobús no son en absoluto pueblos urbanizados. En algunos sitios unos

cuantos edificios idénticos —sedes de empresas— unos al lado de otros; la mayoría de las casas son como las de los bosques, cada una con su patio abarrotado, como si hubieran sido construidas una a la vista de otra solo por casualidad. Las calles no están asfaltadas, salvo la carretera que las cruza; no hay aceras. Ningún edificio amplio y sólido para alojar la oficina de correos ni las oficinas municipales; ninguna manzana de tiendas decoradas, construidas para llamar la atención. Ningún monumento bélico, fuentes de agua ni reducidos parques en flor. A veces un hotel, que apenas parece un pub. A veces una escuela o un hospital modernos, decentes, pero bajos y simples como cobertizos.

En algún momento —fue evidente en el segundo ferry— tuvo tantas dudas sobre su plan que el estómago empezó a atenazarle.

Pienso mucho en ti

Pienso mucho

El tipo de cosas que la gente dice cuando quiere ofrecer algún consuelo o está inspirado por el afán de tener a alguien en un puño.

En Whale Bay habría un hotel o por lo menos cabañas para turistas. Allí iría. Había dejado la maleta grande en la escuela para recogerla a la vuelta. No llevaba más que el bolso de viaje colgado al hombro, no quería llamar la atención. Se quedaría una noche. Tal vez lo llamara.

¿Para decirle qué?

Que volvía de visitar a una amiga de la escuela, a Juanita, que tenía un refugio de verano... ¿en dónde? Juanita tenía una cabaña en los bosques, era el tipo de mujer que no le tiene miedo al aire libre (nada menos parecido a la auténtica Juanita, que rara vez se bajaba de los tacones altos). Resultó que la cabaña no estaba tan lejos de Whale Bay. Terminada la visita a la cabaña y a Juanita, Juliet había pensado —había pensado— que, puesto que estaba tan

cerca..., había pensado que muy bien podría...

Piedras, árboles, agua, nieve. Todas esas cosas en constante cambio, eran la escena vista al otro lado de la ventanilla del tren, una mañana entre Navidad y Año Nuevo. Piedras grandes, unas puntiagudas otras lisas como rocas erosionadas, gris oscuras o negras del todo. La mayoría de los árboles de hoja perenne, pinos, abetos o cedros. Los abetos —los abetos negros— tenían lo que parecían arbolillos extra, miniaturas de sí mismos, tiesos en las copas. Los árboles de hoja caduca eran espinosos y estaban pelados: serían álamos, alerces de Canadá o alisos. Algunos tenían los troncos moteados. La nieve formaba capas gruesas en lo alto de las rocas y embadurnaba los árboles por donde les daba el viento. Se extendía como una cubierta lisa por encima de la superficie de muchos lagos congelados grandes o pequeños. Solo en algún que otro arroyo oscuro y estrecho que fluyera a mucha velocidad se veía agua libre de hielo.

Juliet tenía un libro abierto en el regazo, pero no leía. No quitaba los ojos de lo que pasaba a su lado. Iba sola en un asiento doble y el que tenía enfrente estaba desocupado. Era el espacio donde le habían armado la cama por la noche. En ese momento el guarda estaba ocupado en el coche dormitorio, desmantelando el montaje nocturno. En algunos sitios todavía caían hasta el suelo los sudarios verde oscuro con cremallera. Esa ropa olía como la tela de una tienda de campaña, tal vez fuera el ligero olor de la ropa de dormir y los neceseres. Cada vez que alguien abría las puertas de cualquiera de los dos extremos del vagón entraba una ráfaga de frío invernal. Los pasajeros más remolones iban a desayunar, otros volvían de desayunar.

Había huellas en la nieve, huellas de animales pequeños. Las sartas de gotas condensadas serpenteaban y se desvanecían.

Juliet tenía veintiún años y ya había hecho una licenciatura y una maestría en Lenguas clásicas.

Trabajaba en su tesis de doctorado, pero se había dejado tiempo libre y enseñaba latín en una escuela privada para niñas de Vancouver. Aunque no tenía preparación docente, la escuela aceptó contratarla para cubrir una vacante inesperada. Sería una suplencia que duraría medio curso lectivo. Lo más probable es que nadie más hubiera contestado al anuncio. El sueldo era menor del que hubiera aceptado ninguna profesora calificada. Pero Juliet estaba encantada de ganar algún dinero, después de años de vivir con becas mezquinas.

Era una chica alta, de cutis claro y figura esbelta, pelo castaño también claro que ni siquiera con laca conseguía ahuecar. Parecía una estudiante espabilada. La cabeza alta, la barbilla bien redondeada, boca ancha de labios delgados, nariz respingona, ojos luminosos y frente que con frecuencia se ruborizaba ante el esfuerzo o los elogios. Sus profesores estaban encantados con ella —agradecían que en esta época alguien quisiera



estudiar lenguas muertas y, con más razón, si era alguien tan bien dotado... Pero también les preocupaba. El problema es que era una niña. Si se casaba, cosa que muy bien podría suceder porque no tenía mala pinta para una becada —no tenía mala pinta en absoluto—, desperdiciaría todo su trabajo... y el de ellos. Si no se casaba probablemente se convertiría en una mujer amargada y solitaria, perdería ascensos en beneficio de los hombres (que los necesitaban más porque tenían que sostener a la familia). Y no sería capaz de defender la rareza de haber elegido lenguas clásicas, de aceptar que la gente lo viera como algo fuera de lugar —o árido—, de mantener el tipo como haría un hombre. Las preferencias extrañas eran simplemente más fáciles para los hombres, la mayoría de los cuales encontrarían mujeres dispuestas a casarse con ellos. No así al revés.

Cuando le llegó la oferta de trabajo la apremiaron para que aceptara. Será estupendo para

ti. Recorrerás un poco el mundo. Verás algo de la vida real.

Juliet estaba acostumbrada a ese tipo de consejos aunque la desconcertaba que los dieran esos hombres, que no parecían ni daban la impresión de haberse afanado demasiado por recorrer el mundo real. En el pueblo donde se había criado su nivel de inteligencia se consideraba a menudo incluido en la misma categoría que el de un lisiado o en el del que tiene un pulgar de más. La gente se precipitaba a señalar los correspondientes fallos: su torpeza para coser a máquina, atar un paquete bien hecho o notar que le asomaba la enagua. ¿Qué iba a ser de ella?, se preguntaban.

Les pasaba hasta a sus padres, que estaban orgullosos de ella. La madre quería que todos la consideraran encantadora y con ese propósito la obligó a aprender a patinar y a estudiar piano. Ninguna de las dos cosas las hacía con gusto ni bien. El padre solo pretendía que se amoldara. Tienes que

amoldarte —le decía—, de lo contrario te harán la vida imposible. (El consejo ignoraba el hecho de que ni él ni —especialmente— la madre se hubieran amoldado y no por eso eran desdichados. A lo mejor dudaban de que Juliet tuviera tanta suerte).

La tengo, dijo Juliet una vez que estuvo en el *College*. Al Departamento de Lenguas Clásicas me amoldo muy bien. Estoy estupendamente.

Pero desde ahí le llegaba el mismo mensaje de sus profesores, que parecían apreciarla y congratularse con su presencia. La jovialidad de los profesores no ocultaba su preocupación. Lánzate al mundo le decían. Como si donde hubiera estado hasta entonces fuera la nada.

A pesar de todo en el tren fue feliz.

Taiga, pensó. No sabía si era la palabra precisa para lo que buscaba. En cierto sentido se había formado de sí misma la imagen de una mujer de novela rusa, que se mete en un paisaje desconocido,

aterrorizador y estimulante, donde los lobos aullarían por la noche y donde ella encontraría su destino. No le importaba si en la novela rusa ese destino era sombrío, trágico o las dos cosas.

En todo caso la cuestión no era el destino personal. Lo que de verdad la atraía —lo que la fascinaba— era la misma indiferencia, la repetición, el descuido y el desprecio por la armonía que se encuentra en la superficie de la confusa capa precámbrica.

Por el rabillo del ojo apareció una sombra. Luego la pierna de un pantalón en movimiento.

—¿Está ocupado este asiento?

Era evidente que no lo estaba. ¿Qué podía decir?

Mocasines con borla, pantalones color habano, chaqueta marrón y color habano con rayas finas color granate que hacía juego con los pantalones, camisa azul oscuro, corbata granate con pintas

azules y doradas. Todas prendas nuevas y —excepto los zapatos— todas ligeramente más grande de lo debido, como si el cuerpo que llevaban dentro se hubiera encogido un poco desde que las compraran.

Era un cincuentón, con mechones de brillante pelo castaño dorado aplastado contra el cuero cabelludo. (No podía ser teñido, o sí, ¿a quién se le iba a ocurrir teñir tan escasa cantidad de pelo?). Las cejas más oscuras, rojizas y tupidas como si fueran viseras. El cutis de la cara grumoso, denso como la superficie de la leche agria.

¿Era feo? Sí, desde luego. Era feo pero, en su opinión, lo eran muchos, muchísimos hombres de su edad. Más adelante no diría que era increíblemente feo.

Enarcó las cejas, se ensancharon los ojos lacrimosos como si quisieran transmitir cordialidad. Se sentó frente a ella.

—No hay mucho que ver ahí fuera —dijo.

—No —Juliet fijó la mirada en su libro.

—¡Oh! —continuó él como si la conversación estuviera bien encaminada—. ¿Hasta dónde viaja?

—A Vancouver.

—Yo también. Cruzando todo el país. Puede verse entero si uno se lo propone.

—Hum...

Pero él insistió.

—¿Subió en Toronto también?

—Sí.

—Yo soy de allí, de Toronto. He vivido allí toda mi vida. ¿Usted también?

—No —contestó Juliet que volvió a su libro, haciendo todo lo posible por prolongar la pausa.

Pero algo —su educación, su desazón, sabe Dios si su compasión— más fuerte que ella, le hizo soltar

el nombre de su lugar de origen y luego lo localizó haciendo referencia a la distancia que lo separaba de varios pueblos más importantes, señalando su situación con respecto al lago Hurón y a Georgian Bay.

—Tengo una prima en Collingwood. La campiña es bonita allí. Fui un par de veces a verla. A ella y a su familia. ¿Viaja usted sola? ¿Como yo?

Golpeaba una mano contra otra sin parar.

—Sí.

Basta, piensa, basta ya.

—Es la primera vez que hago un viaje largo. ¡Menudo viaje para hacerlo sola!

Juliet no contestó.

—La vi ahí sola leyendo su libro y pensé «a lo mejor está sola y también tiene un largo camino por delante, a lo mejor podríamos hacer causa común...».

Ante esas palabras, «causa común», Juliet sintió que la recorría un escalofrío. Entendió que no estaba tratando de tener una aventura con ella. Una de las cosas anonadantes que a veces pasaban es que hombres bastante torpes, solitarios y nada atractivos le hicieran propuestas descaradas, dando por sentado que era cosa hecha. Pero no era eso lo que él quería. Quería una amiga, no una novia. Quería «entablar amistad».

Juliet sabía que a muchos podía parecerles rara y solitaria... En cierto modo lo era. Pero durante gran parte de su vida había estado rodeada de personas que pretendían desviar su atención, hacerle perder el tiempo y vaciarle el alma. Y casi siempre lo permitía.

Estar disponible, ser amable (especialmente si no gozas de la simpatía general): eso es lo que se aprende en un pueblo pequeño y también en una residencia estudiantil. Amoldarse a cualquiera que



quiera expresarte aunque no sepan en absoluto cómo eres.

Miró a ese hombre de frente y no sonrió. El vio su determinación y parpadeó con inquietud.

—¿Es bueno el libro que lleva ahí? ¿De qué se trata?

Juliet no iba a decir que hablaba de la antigua Grecia y del tremendo apego que los griegos sentían por lo irracional. No iba a enseñar griego, pero se suponía que daría un curso llamado «El pensamiento griego», por eso volvía a leer a Dodd, para ver qué podía sacar en limpio. Dijo:

—Quiero leer. Creo que voy a ir al vagón mirador.

Se levantó y empezó a caminar, pensando que no debía haber dicho adonde iba. Él podría levantarse, seguirla, disculparse, pergeñar otra súplica. Además en el vagón mirador haría frío y lamentó no haber

llevado su suéter. Imposible volver a recogerlo.

El paisaje que envolvía el vagón mirador —el último—, le pareció menos agradable que la vista desde la ventanilla del coche dormitorio. Ahora siempre tenía frente a los ojos la intromisión del tren mismo.

Quizá lo que le molestara era que, como temía, hacía frío. Y estaba inquieta. Pero no se arrepentía. Si se hubiera quedado un instante más él le habría extendido su mano húmeda —estaba convencida de que la tendría húmeda, seca o escamosa—, habrían intercambiado nombres, le habría hecho una encerrona. Era la primera vez que conseguía salir airosa de una situación semejante.

Y contra el rival más deplorable y contrito posible. Seguía oyéndole mascullar la frase «entablar amistad». Impertinencia y pretextos. Los pretextos por costumbre. La impertinencia, resultado de cierta esperanza o empeño por quebrar la pátina

de su soledad, su estado de ansiedad.

Era necesario, pero no había sido fácil, no había sido en absoluto fácil. La verdad es que era algo más que un logro haberse mantenido firme con alguien que está en esas condiciones. Mucho más que si se hubiera tratado de alguien con don de gentes y seguro de sí mismo. Por un tiempo Juliet se sentiría un tanto compungida.

No había más que otras dos personas sentadas en el vagón mirador. Dos mujeres mayores, las dos solas. Juliet vio que un lobo grande cruzaba la superficie helada y lisa de un pequeño lago. Sabía que también ellas lo habrían visto. Pero nadie rompió el silencio y lo agradeció. El lobo no hizo caso del tren, no titubeó ni echó a correr. Tenía el pelo largo, plateado, sombreado de blanco. ¿Creería que lo hacía invisible?

Mientras contemplaba al lobo llegó otro pasajero. Un hombre, que se sentó al otro lado del

pasillo, a la altura de la butaca de ella. También llevaba un libro. Detrás llegó una pareja mayor: ella menuda y vivaz; él, robusto y torpe, lanzaba suspiros desdeñosos.

—¡Qué frío hace aquí! —dijo cuando estuvieron sentados.

—¿Quieres que vaya a buscar tu chaqueta?

—No te molestes.

—No es ninguna molestia.

—Me acostumbraré enseguida.

La mujer no tardó en decir:

—La verdad es que desde aquí se ve muy bien.

Él no contestó y ella hizo otro intento.

—Se ve todo el panorama.

—Para lo que hay para ver...

—Espera a que crucemos las montañas. Eso sí

que estará bien. ¿Te gustó el desayuno?

—Los huevos no estaban cuajados.

—Sí, ya lo sé —lamentó la mujer—. Estaba pensando que tendría que haberme metido en la cocina y haberlos hecho yo misma.

—Cocinilla. La llaman cocinilla.

—Creí que eso era en los barcos.

Juliet y el hombre que estaba al otro lado del pasillo levantaron al mismo tiempo los ojos de los libros y cruzaron la mirada con una indiferencia que no dejaba traslucir ninguna reflexión. En ese par de segundos el tren redujo la velocidad, se detuvo y los dos miraron a otro lado.

Habían llegado a un pequeño poblado en los bosques. A un lado estaba la estación pintada de rojo oscuro, al otro unas pocas casas pintadas del mismo color. Casas o barracas para los trabajadores. Anunciaron que la parada sería de diez

minutos.

El andén estaba limpio de nieve. Juliet miró adelante y vio que algunas personas bajaban para dar una vuelta. Le habría gustado bajar también, pero no sin abrigo.

El hombre al otro lado del pasillo bajó los escalones sin echar una mirada alrededor. En algún sitio abrieron puertas y entró una ráfaga de aire frío. El señor mayor preguntó qué hacían allí y cómo demonios se llamaba el pueblo. La mujer fue a la parte delantera del vagón para tratar de ver el nombre, pero no lo consiguió.

Juliet leía algo sobre las ménades. Los rituales se celebraban por la noche, en pleno invierno, decía Dodd. Las mujeres subían a la cima del monte Parnaso y, si una tormenta de nieve las dejaba aisladas, mandaban una partida para rescatarlas. Bajaban a las futuras ménades con las ropas tiesas como el cartón que, en el colmo del frenesí,

aceptaban ser rescatadas. A Juliet el ritual se le antojaba bastante contemporáneo, en cierto modo explicaba el histerismo de las *ceremonias* actuales. ¿Lo verían así los estudiantes? Probablemente no. Probablemente, como todos los estudiantes, serían inmunes a cualquier espectáculo o implicación. Y, quienes no lo estuvieran, no querrían demostrarlo.

Sonó el aviso de partida, dejó de entrar el aire fresco, hubo confusas maniobras de cambio de vías. Levantó los ojos para observar y, a cierta distancia, vio que la máquina desaparecía en una curva.

Luego un bandazo o sacudida, una sacudida que pareció recorrer todo el tren. Allí arriba la sensación de que el vagón se mecía. Una frenada abrupta.

Todo el mundo se quedó sentado a la espera de que el tren reanudara la marcha. Nadie hablaba. Hasta el marido quejica estaba callado. Pasaron los minutos. Las puertas se abrían y cerraban. Gritaban

voces de hombres, se extendía el temor y la agitación. En el coche salón, justo debajo, una voz autoritaria... Podría ser la del revisor. Pero era imposible oír lo que decía. Juliet se levantó, caminó hasta la parte delantera del vagón y miró desde arriba los coches que iban delante. Vio correr algunas siluetas por la nieve.

Una de las mujeres solas se acercó a su lado.

—Sabía que algo iba a pasar —dijo la mujer.

La otra mujer sola estaba detrás de ellas.

—No será nada —comentó—. A lo mejor es una rama cruzada en las vías.

—Tienen el chisme ese que va delante del tren —contestó la primera mujer—. Lo llevan para coger cosas como ramas que puedan estar cruzadas en las vías.

—A lo mejor se ha caído.

Las dos mujeres hablaban con el mismo acento



del norte de Inglaterra, sin la cortesía habitual entre extraños o conocidos. Juliet se fijó bien en ellas y se dio cuenta de que posiblemente fueran hermanas aunque una tuviera la cara más joven y tosca. De manera que viajaban juntas pero se sentaban aparte. Habrían tenido una riña.

El revisor subía las escaleras del vagón mirador. A medio camino se dio vuelta para decir algo.

—No es nada serio ni hay razón para preocuparse, señores, por lo visto hemos dado con un obstáculo en las vías. Lamentamos el retraso y nos pondremos en marcha en cuanto sea posible, pero podemos tardar un buen rato. El camarero me dice que dentro de unos minutos habrá café gratis aquí.

Juliet lo siguió escaleras abajo. En cuanto se levantó se dio cuenta de que tenía un problema personal que la obligaba a volver a su asiento y al bolso de viaje, estuviera o no todavía allí el hombre

a quien había desairado. Mientras atravesaba los vagones se encontraba con otras personas que iban de un lado a otro. La gente se apretaba contra las ventanillas en uno de los costados del tren o se detenía entre los vagones, como si esperaran que se abrieran las puertas. Juliet no tenía tiempo de hacer preguntas pero, conforme se deslizaba como podía, oía decir que podría haber sido un oso, un alce o una vaca. Y todos se preguntaban qué estaría haciendo una vaca allí en el matorral, por qué no estaban durmiendo los osos o si algún borracho se habría quedado dormido en las vías.

En el coche comedor la gente bebía el café gratis, sentada a las mesas de donde habían quitado los manteles blancos.

Ni en el asiento de Juliet ni en el de enfrente había nadie. Cogió el bolso y se precipitó al aseo de señoras. La regla era la pesadilla de su vida. En una ocasión le importunó incluso durante un importante examen escrito de tres horas, porque no se podía

salir del aula en busca de recursos.

Abochornada, acalambrada, un poco mareada y con náuseas se dejó caer en el váter, se quitó el tampón empapado, lo envolvió en papel higiénico y lo tiró al debido recipiente. Se levantó y sacó uno nuevo del bolso. Vio que el agua y la orina del váter se habían puesto color carmesí con su sangre. Iba a pulsar el botón de la cisterna cuando leyó la advertencia de que no debía apretarse con el tren parado. Era por supuesto para el caso de que el tren estuviera detenido cerca de la estación donde se produjera la descarga, porque sería muy desagradable para la gente que pudiera verla. Allí podía correr el riesgo.

Pero justo en el momento en que iba a apretar el botón oyó voces cerca, no en el tren sino al otro lado de la ventanilla de cristal esmerilado del aseo. Seguramente operarios que pasaban por allí.

Podría quedarse en aquel sitio hasta que el tren

se moviera pero, ¿cuánto tardaría? Decidió que lo único que podía hacer era cerrar los ojos y salir.

Volvió a su asiento original. Frente a ella un niño de cuatro o cinco años pintarrajeaba con lápiz las páginas de un libro para colorear. La madre le habló a Juliet del café gratis.

—Será gratis pero, por lo visto, tienes que ir y buscarlo tú misma —dijo—. ¿Te molestaría vigilarlo un momento mientras voy?

—No quiero quedarme con ella —protestó el chiquillo sin levantar la vista.

—Iré yo —propuso Juliet.

Pero en ese momento entró el camarero con el carrito del café.

—Ahí está —dijo la madre—. No debí haberme quejado tan pronto. ¿Has oído decir que era un ca-dá-ver?

Juliet sacudió la cabeza.

—Ni siquiera tenía ningún abrigo puesto. Alguien lo vio salir y caminar hacia delante, pero nadie sospechó lo que iba a hacer. Tiene que haber doblado la curva, de modo que el maquinista no pudo verlo hasta que fue demasiado tarde.

Unos cuantos asientos más adelante, en el lado del pasillo donde se sentaba la madre, dijo un hombre:

—Ahí vuelven.

Algunas personas al lado de Juliet se levantaron y se asomaron para ver. El niño también se levantó y aplastó la cara contra el cristal. La madre le pidió que se sentara.

—Tú colorea. Mira el lío que has hecho por todos los renglones. Yo no puedo mirar —dijo a Juliet—. No puedo soportar ver semejantes cosas.

Juliet se levantó y miró. Vio a un reducido grupo de hombres que volvía lentamente a la estación.

Algunos se habían quitado los abrigos y los habían apilado encima de la camilla que un par de ellos llevaba.

—No se puede ver nada —dijo detrás de Juliet un hombre a una mujer que no se había levantado—. Lo llevan completamente tapado.

No todos los hombres que avanzaban con la cabeza gacha eran empleados del ferrocarril. Juliet reconoció al que estaba sentado frente a ella en el coche mirador.

Al cabo de otros quince minutos, el tren empezó a moverse. En la curva no se veía sangre a ninguno de los dos lados. Pero había una zona pisoteada, nieve amontonada con palas. El hombre que iba detrás de ella estaba otra vez de pie y dijo:

—Supongo que es ahí donde ocurrió.

Siguió observando un rato por si había algo más que ver, luego se dio vuelta y se sentó. En vez de

acelerar para recuperar el tiempo perdido el tren parecía ir más despacio que antes. Sería por respeto o por temor a lo que pudiera haber delante, al doblar la curva siguiente. El jefe de camareros atravesó el vagón anunciando el primer turno del almuerzo. La mujer y el niño se levantaron de inmediato y lo siguieron. Empezaron a desfilan los pasajeros y Juliet oyó decir a una mujer que pasaba a su lado:

—¿De veras?

La mujer se dirigió a ella y dijo en voz baja:

—Eso dicen. Lleno de sangre. La sangre que habría salpicado al arrollarlo el tren...

—No lo cuentes.

Poco después, terminado el desfile y el almuerzo, pasó el hombre: el hombre del vagón mirador que habían visto fuera, caminando por la nieve.

Juliet se levantó enseguida y fue tras él. En el

espacio oscuro y frío entre vagón y vagón, en el momento en que él empujaba la pesada puerta, le dijo:

—Perdón, tengo que preguntarle algo.

Allí se oía de repente el ruido estrepitoso de las ruedas contra los rieles.

—¿Qué me quiere preguntar?

—¿Es usted médico? ¿Vio al hombre que...?

—No, no soy médico. No hay ningún médico a bordo. Pero tengo alguna experiencia en medicina.

—¿Qué edad tenía?

El hombre la miró con forzada paciencia y cierto disgusto.

—Es difícil decirlo. No era joven.

—¿Llevaba una camisa azul? ¿Tenía el pelo castaño claro?



Él sacudió la cabeza, no para contestar la pregunta sino para rechazarla.

—¿Era conocido suyo? —preguntó—. Si lo era debe decírselo al revisor.

—No lo conocía.

—Entonces, perdóneme...

Abrió la puerta y se alejó.

Era natural. Creyó que Juliet sentía una repugnante curiosidad, como muchas otras personas.

«Lleno de sangre». Eso era lo repugnante, más repugnante de lo que parecía.

Nunca podría contar a nadie el equívoco producido, la macabra irrisión del caso. Si alguna vez hablara del asunto, la gente pensaría que ella era el colmo de la vulgaridad y la vileza. Y en lo que acabaría el equívoco —el cuerpo hecho trizas del suicida— sonaría al narrarlo, apenas menos trivial y horroroso que su sangre menstrual.

Nunca se lo contaría a nadie. (Lo cierto es que, pocos años después, sí se lo contó a una mujer llamada Christa, una mujer cuyo nombre aún no conocía).

Sintió la imperiosa necesidad de hablar con alguien. Sacó su libreta de notas y, en una de las páginas rayadas, empezó a escribir una carta a los padres.

*Todavía no hemos llegado al límite de Manitoba y la mayoría de la gente se queja de que el paisaje es más bien monótono, pero no pueden decir que al viaje le haya faltado el incidente dramático. Esta mañana nos detuvimos en un pueblucho de los bosques del norte todo pintado de un deprimente rojo ferrocarril, un pueblucho dejado de la mano de Dios. Iba sentada en el vagón mirador al final del tren, muerta de frío porque ahí cicatean la calefacción*

*(deben pensar que las bellezas del paisaje te harán olvidar la molestia) y me daba pereza volver al vagón, tropezando, para buscar mi suéter. Allí nos quedamos diez o quince minutos antes de reanudar la marcha.*

*Vi que la máquina tomaba una curva más adelante y luego, de repente, se produjo una suerte de Golpazo Aterrador...*

El padre, la madre y ella siempre hacían gala de llevar anécdotas entretenidas a casa. La costumbre exigía un ajuste sutil no solo a los hechos sino a la actitud de cada uno en el mundo. O eso descubrió Juliet cuando su mundo era la escuela. Se convirtió en observadora prolija e invulnerable. Ahora, lejos de casa, esa postura se había convertido en hábito, casi en obligación.

Pero apenas hubo escrito las palabras «Golpazo Aterrador», se sintió incapaz de seguir. Incapaz de

seguir con su lenguaje de siempre.

Intentó mirar por la ventanilla pero la escena, compuesta por los mismos ingredientes, había cambiado. A unos ciento sesenta kilómetros más adelante, parecía que la temperatura fuera más templada. Los lagos estaban bordeados, pero no cubiertos de hielo. El agua oscura, las rocas oscuras bajo las nubes invernales envolvían el espacio en tinieblas. Se cansó de observar y cogió su Dodd. Lo abrió por cualquier parte porque, al fin y al cabo, ya lo había leído todo. Cada pocas páginas parecía haberse dado una orgía de subrayados. La atrajeron esos pasajes pero, cuando los leyó, lo que antes había señalado con tanto entusiasmo parecía confuso e inquietante.

*[...] lo que para la visión parcial de los vivos aparece como el acto de un demonio, la perspicacia más amplia de los muertos lo percibe como facetas de la justicia cósmica...*

El libro se le escapó de las manos, se le cerraron los ojos y se vio caminando con algunos chiquillos (¿estudiantes?) por la superficie de un lago. En cualquier sitio donde pusieran los pies aparecía una grieta de cinco lados, todas ellas perfectamente lisas, de modo que el lago quedaba como un suelo azulejado. Los chiquillos le preguntaban el nombre de esos azulejos de hielo y les contestaba muy segura que era *iambic pentameter*. Ellos se reían y con su risa ensanchaban las grietas. Se daba cuenta de su error y sabía que solo la palabra correcta salvaría la situación. Pero no podía dar con ella.

Despertó y vio al hombre, al hombre a quien había seguido y dado la lata entre los vagones. Estaba sentado frente a ella.

—Dormías —esbozó una sonrisa por lo que había dicho—. Evidentemente.

Se había quedado dormida con la cabeza

colgando hacia delante, como si fuera una anciana, y le caía un hilillo de baba por la comisura de los labios. Supo también que tendría que ir al aseo de inmediato, con la esperanza de no tener manchada la falda. Dijo:

—Perdón —lo mismo que él le había dicho la última vez.

Cogió el bolso y se alejó con toda la premeditada prisa que fue capaz de aparentar.

Cuando volvió —lavada, arreglada y segura—, él seguía allí.

Le habló al instante. Dijo querer disculparse.

—Se me ocurre que estuve grosero contigo. Cuando me preguntaste...

—Sí —contestó Juliet.

—Estabas en lo cierto. En la descripción que hiciste de él.

Sus palabras sonaron menos a descargo que a explicación sincera y necesaria. Si ella no se hubiera molestado en hablar, él no habría hecho más que levantarse y marcharse no demasiado decepcionado, puesto que ya había cumplido con lo que se había propuesto.

Para su vergüenza, los ojos de Juliet se llenaron de lágrimas. Fue tan inesperado que no le dio tiempo para mirar a otro lado.

—No te preocupes —dijo él—. Tranquila.

Juliet asintió varias veces, gimoteó desconsoladamente y se sonó la nariz con el primer pañuelo de papel que encontró en el bolso.

—Ya pasó —contestó.

Y le contó lo ocurrido con absoluta franqueza. Le contó que el hombre se había inclinado hacia ella y le había preguntado si el asiento estaba ocupado; que se sentó y ella pretendió mirar por la ventanilla

hasta que no pudo más y simuló leer su libro; que él le preguntó dónde había tomado el tren y así descubrió dónde vivía; que trató de seguir la conversación hasta que ella se levantó y se marchó.

Lo único que no comentó fue la frase de «entablar amistad». Sabía que si la decía volvería a estallar en lágrimas.

—La gente importuna a las mujeres —dijo él—. Más que a los hombres.

—Sí. Es verdad.

—Piensa que las mujeres están más obligadas a ser amables.

—Pero lo único que él quería era hablar con alguien —añadió Juliet, cambiando un poco de actitud—. Quería hablar con alguien con más desesperación de la que yo tenía por no hablar con nadie. Me doy cuenta ahora. Y no parezco mezquina. No parezco cruel. Pero lo fui.



Se hizo un silencio. Una vez más consiguió dominar los sollozos y las lágrimas.

Él preguntó:

—¿Nunca te ha pasado querer librarte de alguien?

—¡Sí!, pero nunca lo he hecho. Nunca he llegado tan lejos. ¿Por qué lo hice esta vez? Porque él era tan apocado... Y toda la ropa que llevaba era nueva, como si la hubiera comprado para el viaje. Probablemente estuviera muy deprimido y creyó que hacer un viaje sería una buena manera de conocer gente y hacer amigos. A lo mejor no pensaba hacer más que un trecho corto. Pero dijo que iba a Vancouver y yo tendría que haber cargado con él. Durante días.

—Sí.

—Muy bien podría haberlo hecho.

—Sí.

—Claro.

—Mala suerte —dijo él con una leve sonrisa—. La primera vez que tienes el valor de desairar a alguien se tira bajo el tren.

—Pudo ser la gota que colmó el vaso —contestó ella un poco a la defensiva—. Pudo ser eso.

—Lo que tienes que hacer es estar alerta en el futuro.

Juliet levantó la barbilla y le clavó los ojos.

—Quieres decir que estoy exagerando.

Luego, repentinamente y de forma incontrolable como un llanto, empezó a temblarle la boca y estalló en una risa maligna.

—Imagino que me estoy excediendo un poco.

—Un poco —concedió él.

—¿Crees que dramatizo?

—Es natural.

—Pero crees que hago mal —dijo ella y dominó la risa—. ¿Crees que sentirme culpable no es más que una manera de congraciarme conmigo misma?

—Lo que creo es que... Creo que eso es secundario. En tu vida pasarán cosas, probablemente te pasarán otras cosas en la vida..., y harán que esto te parezca secundario. Habrá otras cosas de las que podrás sentirte culpable.

—¿No es eso lo que siempre dice la gente? ¿A los que son más jóvenes? La gente dice «¡Ay!, algún día cambiarás de opinión. Espera y verás». Como si no tuvieras derecho a tener sentimientos profundos. Como si no fueras capaz de tenerlos.

—Sentimientos —dijo él—... Yo hablaba de experiencia.

—Pero lo que dices es algo así como que la culpa no sirve de nada. La gente lo dice. ¿Es verdad

eso?

—Quien lo dice eres tú.

Siguieron hablando mucho tiempo en voz baja pero, con tanta intensidad, que quienes pasaban a su lado a veces los miraban atónitos, incluso con disgusto, como suele hacer la gente cuando por casualidad escuchan al pasar discusiones bizantinas. Al rato Juliet se dio cuenta de que, aunque estaba discutiendo —con buenas razones, creía— la necesidad de ciertos sentimientos de culpa tanto en la vida pública como en la privada, de momento había dejado de sentir ninguno. Hasta podría decirse que estaba disfrutando.

Él sugirió que fueran al salón, donde podrían tomar café. Una vez allí Juliet descubrió que estaba bastante hambrienta y la hora del almuerzo había pasado hacía rato. Todo lo que pudieron conseguir fueron galletas saladas y cacahuetes. Juliet se los engulló de tal manera, que no fue posible recuperar

el hilo de la profunda conversación que habían mantenido antes. En cambio hablaron de ellos. Él se llamaba Eric Porteous, vivía en un lugar llamado Whale Bay un poco al norte de Vancouver, en la costa occidental. Pero no iba a llegar allí de un tirón, se detendría en Regina para ver a personas que hacía mucho no veía. Era pescador, pescaba langostinos. Juliet le preguntó a qué experiencia médica se había referido y contestó:

—¡Oh!, no es muy amplia. Estudié un poco de medicina. Cuando estás en el monte o en el barco puede pasar cualquier cosa. A las personas con quienes trabajas. O a ti mismo.

Estaba casado. Su mujer se llamaba Ann.

Ocho años atrás, contó, Ann sufrió un accidente de tráfico. Durante varias semanas estuvo en coma. Salió de eso pero estaba paralizada, incapacitada para andar y hasta para alimentarse sola. Parecía saber quién era él y quién era la mujer que la

cuidaba —con ayuda de esa mujer podía mantenerla en casa—, pero los intentos de hablar, de entender lo que ocurría a su alrededor pronto se desvanecieron.

Habían estado en una fiesta. Ella no tenía demasiadas ganas de ir, pero él sí. Ann decidió volver a casa caminando por su cuenta, porque no la hacía muy feliz lo que pasaba en la fiesta.

Fueron una pandilla de borrachos de otra fiesta quienes se salieron de la carretera y la atropellaron. Adolescentes.

Por suerte Ann y él no tenían hijos. Sí, por suerte.

—Se lo cuentas a cualquiera y se siente en la obligación de decir, «es terrible». «¡Qué tragedia!».

—¿Y eso te molesta? —dijo Juliet, que a punto había estado de decir algo por el estilo.

—No —contestó él.

Pero todo el asunto era mucho más complicado

que eso. ¿Se daba cuenta Ann de que era una tragedia? Seguramente no. ¿Y él? Uno se acostumbra, es un nuevo tipo de vida. Nada más.

Cualquier experiencia placentera que Juliet pudiera haber tenido con los hombres era pura fantasía. Uno o dos astros de cine, el adorable tenor —no el héroe viril y sin corazón— de cierta antigua grabación de *Don Giovanni*, Enrique V como lo leía en Shakespeare y como lo representaba Laurence Olivier en la película.

Era ridículo, patético, pero ¿qué necesidad había de que nadie lo supiera nunca? En la vida real había sufrido humillaciones y desengaños, que trató de quitarse de la cabeza lo antes posible.

En los bailes del instituto había pasado por la experiencia de estar catalogada muy por encima de otras chicas no deseadas; aunque se aburriera, en el *College* hacía intentos desesperados para mostrarse entusiasta en las citas con jóvenes que no le gustaban

demasiado, a quienes ella tampoco gustaba. El último año salió con el sobrino de su director de tesis —que estaba de visita— y perdió la virginidad a las tantas de la noche en el césped de Willis Park. No se podía hablar de violación porque estaba decidida a no oponerse.

Cuando volvían a casa él le dijo que no era su tipo. Se sintió demasiado humillada para responder —en ese momento ni siquiera se había dado cuenta—, que tampoco él era el suyo.

Nunca había tenido fantasías con ningún hombre real en particular, salvo con cualquiera de sus profesores. En la vida real los hombres mayores le parecían un tanto desagradables.

¿Cuántos años tendría ese hombre? Llevaba casado por lo menos ocho años y quizá dos o tres más. Quería decir que tendría treinta y cinco o treinta y seis. Tenía el pelo oscuro y rizado con algunos mechones grises a los lados, la frente amplia



y la piel curtida, los hombros anchos y un poco encorvados. Era apenas más alto que ella. Los ojos separados, oscuros, ansiosos y a la vez recelosos. La barbilla redondeada, con hoyuelos, agresiva.

Juliet le habló de su trabajo, le dijo el nombre de la escuela: Torrance House. («¿Cuánto apuestas a que la llaman Tormentos?»). Le contó que no era profesora, pero que, en el *College*, se conformaban con alguien que hubiera terminado una licenciatura de griego y latín. Era difícil que nadie fuera más allá.

—¿Y tú por qué lo hiciste?

—¡Oh!, me imagino que solo por ser distinta.

Dijo haber sabido de siempre que nunca debía decírselo a ningún hombre ni muchacho, para que no perdiera interés de inmediato.

—Y porque me gusta. Me gusta todo eso. De verdad.

Cenaron juntos —bebieron un vaso de vino cada uno— y luego subieron al coche mirador, donde se sentaron solos en la oscuridad. Esa vez Juliet se había llevado el suéter.

—La gente debe creer que por la noche no hay nada que ver aquí —dijo él—. Pero mira las estrellas que se pueden ver en una noche despejada.

La noche era efectivamente despejada. No había luna —por lo menos todavía no— y las estrellas aparecían en la densa espesura, a la vez apenas visibles y brillantes. Como cualquiera que hubiera vivido y trabajado en barcos, era un buen conocedor del mapa celeste. Juliet solo podía localizar la Osa Mayor.

—Esa es tu estrella —señaló él—. Fíjate en las dos que están junto a la Osa en el lado opuesto al asa. ¿Las ves? Esas dan la pista. Síguelas. Síguelas y encontrarás la Estrella Polar.

Y así continuó.

Le señaló Orion y le explicó que en invierno es la mayor constelación del hemisferio norte. Y Sirio, la Canícula, en esa época del año la estrella más brillante de todo el cielo boreal.

A Juliet le gustaba que la instruyera, pero también le gustó que le llegara el turno de ser ella la instructora. Él sabía los nombres, pero no la historia. Ella le contó que Enopion había dejado ciego a Orion, pero que recuperó la vista mirando al sol.

—Lo dejó ciego por ser tan bello, pero Hephaestus acudió en su auxilio. De todos modos lo mató Artemisa y se transformó en constelación. Es lo que sucedía si alguien verdaderamente valioso se metía en serios aprietos: se convertía en constelación. ¿Dónde está Casiopea?

Él le señaló una «W» no demasiado nítida y añadió:

—Se supone que es una mujer sentada.

—También le ocurrió por culpa de la belleza.

—¿Era peligrosa la belleza?

—Ya lo creo. Ella estaba casada con el Rey de Etiopía y era la madre de Andrómeda. Hacía alarde de su belleza y, para castigarla, fue desterrada al cielo. ¿No existe también una Andrómeda?

—Es una galaxia. Esta noche no podrás verla. Es la más lejana que puedes ver a simple vista.

Aunque la guiara, aunque le señalara adonde debía mirar, nunca la tocó. Claro que no. Estaba casado.

—¿Quién era Andrómeda? —preguntó él.

—Estaba atada a una roca, pero Perseo la rescató.

Whale Bay.

Un muelle largo, muchas grandes embarcaciones, una gasolinera y una tienda con un cartel en el

escaparate que advertía ser también parada de autobús y oficina de correo.

El coche aparcado al lado de la tienda tiene un letrero que indica su condición de taxi. Juliet se queda clavada en el sitio donde se ha bajado del autobús. El taxi toca la bocina. El conductor sale del coche y se dirige a ella.

—Está sola —dice—. ¿Adónde va?

Juliet le pregunta si hay algún lugar donde reciban turistas. Es evidente que hotel no puede haber.

—No sé si este año hay alguien que alquile habitaciones. Puedo preguntar. ¿No conoce a nadie por aquí?

No tenía más remedio que dar el nombre de Eric.

—Ah, ya —contesta el hombre con alivio—. Suba, estaremos allí en un tris. Pero, ¡qué lástima!, muy bien puede haberse perdido el velatorio.

En el primer momento Juliet entiende que él ha dicho «la espera». ¿O «el peso»?<sup>[6]</sup> Cree que se trata de competiciones entre pescadores.

—Momentos tristes —comenta el conductor, ya al volante—. De todos modos ella no iba a recuperarse nunca.

*Velatorio.* La mujer. Ann.

—No importa —dice el conductor—. Espero que todavía queden algunas personas merodeando por allí. Desde luego se ha perdido el funeral. Ayer. Fue escandaloso. ¿No puede mantenerse al margen?

—No.

—No tendría que haberle llamado velatorio. El velatorio es antes del entierro ¿no es así? No sé cómo se llama lo que se hace después. No podría llamarse fiesta ¿verdad? No tengo más que llevarla hasta allí y enseñarle todas las flores y ofrendas ¿verdad?

Tierra adentro, apartado de la carretera principal, después de unos cuatrocientos metros de camino escarpado de tierra está el Union Cemetery de Whale Bay. Y cerca del muro está el montón de tierra completamente cubierto de flores. Flores naturales marchitas, flores artificiales relucientes, una pequeña cruz de madera con el nombre y la fecha. Cintas de relumbrón rizadas esparcidas por el césped del cementerio. El conductor le llama la atención sobre las muchas huellas dejadas el día anterior por el trajín de tantos coches.

—La mitad de ellos ni siquiera la habían visto nunca. Pero lo conocían a él y querían venir fuera como fuera. Todo el mundo conoce a Eric.

Hacen el camino de vuelta, pero no hasta la carretera principal. Juliet quiere decir al conductor que ha cambiado de idea, que no quiere visitar a nadie, que quiere esperar en la tienda hasta que llegue el próximo autobús en dirección contraria. Puede decir que se ha equivocado de día y que está

tan avergonzada por haber faltado al entierro, que no quiere aparecer en absoluto.

Pero no sabe por dónde empezar. Y de cualquier manera el conductor hablará de ella.

Siguen por caminos estrechos llenos de curvas, más allá de unas cuantas casas. Cada vez que pasan un sendero de entrada sin doblar, Juliet tiene la sensación de que le han concedido un respiro.

—Bueno, ¡menuda sorpresa! —dice el conductor que ahora sí ha doblado—. ¿Adónde se ha ido todo el mundo? Había media docena de coches cuando pasé por aquí hace una hora. Ni la furgoneta de Eric está. Se acabó la fiesta. Lo siento..., no debía haber dicho eso.

—Si no hay nadie aquí, lo mejor que puedo hacer es marcharme.

—¡Oh, alguien habrá! No se preocupe por eso. Ailo está aquí. Ahí está su bicicleta. ¿Conoce a



Ailo? ¿Sabe?, es la que llevaba la casa.

El conductor baja y le abre la puerta.

En cuanto Juliet baja, aparece un perrazo amarillo dando saltos y ladrando. Una mujer grita desde el porche de la casa.

—¡Anda, vamos, *Pet!* —dice el conductor, que se embolsa la tarifa y se mete rápidamente en el coche.

—Calla *Pet*. Calla. Cálmate. No te va a hacer nada —le grita a Juliet—. No es más que una cachorra.

Por muy cachorra que sea, piensa Juliet, no quiere decir que no sea capaz de tirarla al suelo. En ese momento llega un perro marrón rojizo para sumarse al jaleo. La mujer baja los escalones pegando gritos:

—*Pet, Corky* ¡A portarse bien! ¡Apenas crean que te han asustado se te echarán encima!

El «apenas» sonó a exclamación de impaciencia.

—No estoy asustada —dijo Juliet y dio un salto atrás al ver que la nariz de la perra amarilla le rozaba con brusquedad el brazo.

—Venga, entra, pues. Callaros los dos si no queréis que os dé un palo en la cabeza. ¿Confundiste el día del entierro?

Juliet sacudió la cabeza como para decir que lo sentía. Se presentó.

—Sí, es muy triste. Soy Ailo.

Se dieron la mano.

Ailo es una mujer alta, ancha de hombros, gorda pero no fofa, con pelo blanco amarillento lacio caído sobre los hombros. La voz es bronca e insistente, con variada profusión de sonidos guturales. ¿Acento alemán, holandés, escandinavo?

—Más vale que te sientes aquí en la cocina. Todo está hecho un lío. Te serviré un café.

La cocina resplandece, con tragaluz arriba y techo inclinado. Hay fuentes, vasos y cacharros desparramados por todos lados. *Pet* y *Corky* han seguido mansamente a Ailo hasta la cocina y empiezan a lamer cualquier cosa que haya en la asadera. En la asadera que Ailo había puesto en el suelo.

Más allá de la cocina, dos amplios escalones arriba hay una especie de salón sombrío, tenebroso, con grandes almohadones tirados por el suelo.

Ailo empuja una silla hacia la mesa.

—Anda, siéntate. Toma un poco de café y come algún bocado.

—Gracias, no te molestes.

—No es ninguna molestia. Acabo de hacer café. Tomaré uno mientras trabajo. Y sobra tanta comida...

Con el café pone delante de Juliet un trozo de

pastel verde brillante, cubierto con un poco de merengue deslavazado.

—Jalea de lima —dice, sin darlo por bueno—. A lo mejor sabe bien. ¿O es ruibarbo?

—Está muy rico —asegura Juliet.

—¡Qué jaleo se ha armado aquí! Limpié después del velatorio. Lo dejé todo en orden. Pero llegó el entierro. Después del entierro tengo que volver a arreglarlo todo.

Su voz está cargada de inquina. Juliet se siente obligada a decir:

—Cuando termine puedo ayudarte.

—No, no lo creo. Sé dónde va cada cosa.

Se afana sin prisas, pero con decisión y eficiencia. (Las mujeres como ella nunca aceptan ayuda. Saben de antemano lo que se puede esperar de ti). Sigue secando vasos, fuentes y cubertería, pone lo que va secando en alacenas y cajones. Luego

restriega los cacharros —incluso el que les quita a los perros—, los mete en agua jabonosa, refriega las superficies de la mesa y los aparadores, retuerce los manteles como si fueran cogotes de pollo. Y entre una tarea y otra habla con Juliet.

—¿Eras amiga de Ann? ¿La conocías de antes?

—No.

—No, claro. No lo creo. Eres demasiado joven. ¿Entonces por qué has venido al entierro?

—No vine al entierro. No sabía nada. Vine de visita.

Intenta que suene a un capricho suyo, como si tuviera muchos amigos y vagabundeara por ahí visitándolos por casualidad.

Con insólita y desafiante energía Ailo lustra una cacerola, al parecer decidida a no contestar a esas últimas palabras. Antes de hacerlo, deja que Juliet espere mientras sigue trasteando con varios

cacharros más.

—Viniste a ver a Eric. No te equivocaste de casa. Eric vive aquí.

—¿Tú no vives aquí, verdad? —pregunta Juliet, como si eso cambiara la situación.

—No. No vivo aquí. Vivo al pie de la montaña con mi marido.

La palabra «marido» tiene su carga de orgullo y reproche.

Sin preguntar, Ailo llena la taza de Juliet, luego la suya. Lleva un trozo de pastel para ella. Tiene una capa rosada en la base y otra cremosa encima.

—Tarta de ruibarbo. Hay que comérsela o se echará a perder. No tengo hambre pero, de todas maneras, la como. ¿Quieres un trozo?

—No, gracias.

—En fin. Eric se ha marchado. Esta noche no

volverá. No lo creo. Ha ido a ver a Christa.  
¿Conoces a Christa?

Juliet hace un forzado movimiento de cabeza.

—Todos los que vivimos aquí sabemos cuál es la situación del vecino. Nos conocemos bien. No sé qué pasará donde tú vives. ¿En Vancouver? —Juliet asiente—. En una ciudad. No es lo mismo. Para que Eric cuidara tan bien a su mujer necesitaba ayuda ¿sabes? Yo soy una de las que le ha ayudado.

Con escasa prudencia Juliet pregunta:

—¿Pero no te paga?

—Claro que me paga. Pero esto es algo más que un trabajo.

Y también necesita otro tipo de ayuda. Ayuda de una mujer. ¿Entiendes lo que quiero decir? No la de una mujer casada, no me gustan esas cosas, no está bien, es la manera de tener peleas. Eric tuvo primero a Sandra, desde que Sandra se marchó tiene a

Christa. Durante algún tiempo fueron Christa y Sandra a la vez, eran buenas amigas y todo iba bien. Pero Sandra tiene a sus hijos, quería trasladarse adonde hubiera escuelas más importantes. Christa es artista. Hace cosas con maderas que encuentra en la playa. ¿Cómo se llama esa madera?

—Maderos flotantes —contesta Juliet con desgano.

Está paralizada por la decepción, por la vergüenza.

—Así es la cosa. Las lleva a algunos sitios donde se encargan de venderlas. Hace maravillas. Animales y pájaros, pero no realistas. ¿Irreales?

—¿Abstractos?

—Sí. Sí. Nunca tuvo hijos. No creo que piense irse. ¿Te lo había contado Eric? ¿Quieres un poco más de café? Todavía queda un poco en el cacharro.

—No, gracias. No, no me lo había contado.



—Pues bueno. Ahora te lo cuento yo. Si has terminado voy a lavar la taza.

Da un rodeo para empujar suavemente a la perra amarilla, echada al otro lado de la nevera.

—Levántate, perezosa. Nos vamos enseguida a casa. Hay un autobús que vuelve a Vancouver, pasa a las ocho y diez —dice, ocupada en el fregador, de espaldas—. Puedes venirte a casa conmigo y cuando sea la hora te llevará mi marido. Puedes comer con nosotros. Voy en bicicleta, iré despacio para que puedas seguirme. No es lejos.

El futuro inmediato parece estar tan firmemente dispuesto, que Juliet se levanta sin darse cuenta y busca alrededor su bolso. Luego se vuelve a sentar en otra silla. La nueva perspectiva de la cocina parece haberle infundido valor.

—Creo que me quedaré aquí.

—¿Aquí?

—No llevo mucho peso. Caminaré hasta el autobús.

—¿Cómo vas a encontrar el camino? Está a más de kilómetro y medio.

—Eso no es nada.

Juliet se pregunta cómo va a acertar con el camino, pero piensa que al fin y al cabo lo único que debe hacer es ir ladera abajo.

—No va a volver ¿sabes? —dice Ailo—. Esta noche no.

—No importa.

Ailo se encoge de hombros ostensible y desdeñosamente.

—Vamos, *Pet*. Arriba. —Sin mirar a Juliet añade—: *Corky* se queda aquí. ¿Quieres que la deje dentro o fuera?

—Supongo que fuera.

—En ese caso la ataré, de modo que no se escape. Puede no querer quedarse con una extraña.

Juliet no dice nada.

—La puerta se cierra al salir ¿sabes? De manera que si quieres salir y volver a entrar tienes que sujetarla. Pero cuando te vayas ya no. Se cierra sola. ¿Comprendido?

—Sí.

—Aquí no acostumbábamos a echar el cerrojo, pero ahora hay demasiados forasteros.

Después de haber estado mirando las estrellas, el tren se detuvo un rato en Winnipeg. Bajaron y caminaron con un viento tan frío que les costaba respirar y ni qué decir hablar. Cuando volvieron a subir al tren se instalaron en el salón y pidieron brandy.

—Nos hará entrar en calor y te hará dormir — dijo él.

Él no pensaba dormir. Se quedaría despierto hasta bajar en Regina, ya cerca del amanecer.

Cuando la acompañó de vuelta a su vagón, la mayoría de las literas ya estaban preparadas y las cortinas verde oscuro estrechaban los pasillos. Todos los coches tenían nombre. El de ella se llamaba Miramichi.

—Este es —susurró Juliet en el espacio entre los vagones.

Él ya empujaba la puerta con la mano para dejarla pasar.

—Aquí nos despedimos, pues.

Apartó la mano de la puerta, mantuvieron el equilibrio en medio del traqueteo y pudo besarla a gusto. Terminado el beso no la soltó, siguió abrazado a ella, le acarició la espalda y empezó a besarle la cara.

Juliet lo apartó y le dijo precipitadamente:

—Soy virgen.

—Sí. Sí.

Se rio, le besó la nuca, la soltó y abrió de un empujón la puerta que tenía frente a ella. Se deslizaron por el pasillo hasta que Juliet localizó su litera. Se aplastó contra la cortina, se volvió a la espera de que volviera a besarla o tocarla, pero él se escabulló casi como si se hubieran encontrado por casualidad.

Qué estupidez. Qué desastre. Temía, como es natural, que la acariciara, bajara más la mano y tropezara con el nudo que había hecho para ajustarse una compresa al cinturón. Si hubiera sido de las chicas que confiaban simplemente en el tampón, no habría ocurrido nada de eso.

¿Y por qué había dicho «virgen»? Cuando llegó a tan desagradables extremos en Willis Park, afirmar esa condición no le había parecido en absoluto un impedimento. Debe de haber estado pensando qué le

diría —en ningún caso habría sido capaz de contarle que estaba con la menstruación—, en caso de que él pretendiera ir más lejos. De cualquier modo ¿cómo iba él a tenerlo planeado? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿En la litera, en un sitio tan reducido y con los demás pasajeros probablemente todavía despiertos alrededor? De pie, balanceándose de un lado a otro, apretados contra una puerta que cualquiera podría llegar y abrir, en el precario espacio que había entre los vagones?

Ahora él podría contarle a alguien que la había escuchado toda la velada haciendo alarde de lo que sabía de mitología griega, hasta que, cuando por fin la besó para desearle buenas noches y librarse de ella, empezó a lloriquear diciendo que era virgen.

No parecía hombre capaz de hacer semejante cosa, de hablar así, pero no podía evitar imaginarlo.

Estuvo despierta hasta bien entrada la noche; no se durmió hasta que el tren se detuvo en Regina.

Ya sola, Juliet podría haber explorado la casa. Pero ella no hace esas cosas. Pasaron por lo menos veinte minutos antes de poder librarse de la presencia de Ailo. No teme que Ailo pueda volver para vigilarla o para buscar algo que hubiera olvidado. Ailo no es el tipo de persona que olvida cosas, ni siquiera después de un día agotador.

Y si hubiera creído que Juliet podía robar algo, la habría echado a patadas.

Es, sí, la clase de persona que reivindica su sitio, sobre todo su sitio en la cocina. Todo lo que está al alcance de la vista de Juliet habla de los cuidados de Ailo, desde las plantas en maceta (¿hierbas?) sobre el alféizar de la ventana, hasta la tabla de picar y el linóleo lustrado.

Y, cuando se las ha arreglado para relegar a Ailo —sin sacarla de la cocina sino ocultándola, por ejemplo, detrás de la nevera antigua—, a Juliet se le atraviesa Christa. Eric tiene una mujer. Claro que la

tiene. Ve a una Ailo más joven y seductora. Caderas anchas, brazos fuertes, pelo largo completamente rubio sin mechones grises, pechos que se menean descaradamente bajo la camisa suelta. La misma agresiva falta de elegancia. Pero sensual. La misma manera de saborear y masticar las palabras, para luego lanzarlas.

Acuden a su mente otras dos mujeres. Briséis y Criseis. Las dos compañeras de juego de Aquiles y Agamenón. Las dos retratadas como «las de las fascinantes mejillas». Cuando el profesor leyó esa palabra (que no puede recordar), Juliet se ruborizó y él pareció sofocar una sonrisa. En aquel momento Juliet lo despreció.

De manera que si Christa resulta ser una versión más ordinaria y nórdica que Briséis y Criseis, ¿será Juliet capaz de despreciar también a Eric?

¿Pero cómo lo va a saber si baja a la carretera y coge el autobús?



La verdad es que nunca pensó en subir a ese autobús. Eso parece. Una vez que se ha quitado de en medio a Ailo es más fácil descubrir sus verdaderas intenciones (las de Juliet). Al final se levanta y hace más café, lo echa a un jarro, no a las tazas que Ailo había puesto.

Está demasiado nerviosa para sentir hambre, pero revisa las botellas del aparador, que la gente debe de haber llevado para el velatorio. Aguardiente de cerezas, aguardiente de melocotón, Tía María, vermú dulce. Las botellas están abiertas, pero los contenidos no parecen haber tenido mucho éxito. Lo que sí han bebido en serio es el contenido de las botellas vacías que Ailo ha dejado alineadas al lado de la puerta. Gin, whisky, cerveza y vino.

Le echa Tía María al café y se lleva la botella escalones arriba hasta el amplio cuarto de estar.

Es uno de los días más largos del año. Pero los árboles de alrededor, los arbustos de hoja perenne y

los ciruelos silvestres de ramas rojizas cierran el paso a la luz del sol poniente. La claraboya mantiene la cocina iluminada, en cambio las ventanas del cuarto de estar no son más que largas rendijas en la pared y la oscuridad ha empezado a espesarse. El suelo no está terminado: viejas alfombras deshilachadas cubren a trozos el contrachapado... Y la habitación está amueblada de manera absurda sin orden ni concierto. Lo que más se ve son los almohadones tirados por el suelo, un par de escabeles cubiertos de piel agrietada. Un enorme sillón de piel con respaldo reclinable y posapiés. Un sofá cubierto con una colcha auténtica de retales hecha jirones, un televisor antiguo y estanterías de ladrillos y tablones para libros, en donde no hay libros sino pilas de viejas *National Geographics*, unas cuantas revistas de navegación y ejemplares de *Popular Mechanichs*.

Es evidente que Ailo no ha estado por ahí limpiando ese cuarto. Hay restos de ceniza

derramados por las alfombras en donde han estado los ceniceros. Y migas por todas partes. A Juliet se le ocurre que podría buscar el aspirador —si es que lo hay—, pero piensa que aunque pudiera hacerlo funcionar lo más probable es que ocurriera algún percance: por ejemplo, podría estrujar las alfombras desgastadas y que la máquina las chupara. De modo que se limita a sentarse en el sillón de piel y añadir más Tía María, conforme baja el nivel del café.

Esa costa no le gusta mucho. Los árboles son demasiado grandes, están apiñados y no tienen personalidad propia: lo único que hacen es formar un bosque. Las montañas son demasiado imponentes e inverosímiles, las islas que flotan sobre las aguas del estrecho de Georgia son insistentemente pintorescas. Esa casa, con sus espacios amplios, techos inclinados y madera sin refinar es inhóspita y acartonada.

La perra ladra de vez en cuando, pero sin apremio. Es posible que quiera entrar y tener

compañía. Juliet nunca ha tenido perros: un perro en la casa sería un testigo, no una compañía, y no haría más que hacerla sentir incómoda.

La perra puede estar ladrándole a un ciervo merodeador, a un oso o a un puma. En los periódicos de Vancouver decían algo de un puma —cree que de esa costa—, que había atacado a un niño.

¿Quién querría vivir donde hubiera que compartir todo el espacio exterior con animales hostiles y merodeadores?

«Kalipareón. De las encantadoras mejillas». En ese momento se acuerda. La palabra homérica centellea en su libro. Y más allá de eso de pronto es consciente de todo su vocabulario griego, de todo lo que parece haber sido metido en un armario desde hace casi seis meses. Porque ya no enseñaba griego. Lo había dejado de lado.

Eso es lo que pasa. Lo haces de lado durante algún tiempo y de vez en cuando miras el armario en

busca de otra cosa y no *tardas* en acordarte, en pensar. Entonces se convierte en algo que está ahí, en el armario, y otras cosas se apeñuscan frente a ese algo, en lo alto de ese algo hasta que, al final, no piensas en él en absoluto.

Esa cosa que era tu apreciado tesoro. No piensas en ella. Una pérdida que no podrías advertir de golpe, ahora convertida en algo que apenas recuerdas.

Eso es lo que pasa.

¿Y si no lo haces de lado, si vives de eso día a día? Juliet piensa en los profesores ya mayores de la escuela, qué poco le importa a la mayoría de ellos lo que enseñan, sea lo que sea. Por ejemplo Juanita, que enseña español porque cuadra con su nombre de bautismo (es irlandesa) y quiere hablarlo bien, usarlo en sus viajes. No se puede decir que el español sea su tesoro.

Pocas personas, muy pocas, tienen un tesoro y, si

tú lo tienes, debes aferrarte a él. No puedes dejarte atracar y que te lo quiten.

El Tía María con el café ha dado en cierto modo resultado. La hace sentirse despreocupada, pero llena de energía. Le permite pensar que, después de todo, Eric no es tan importante. Es alguien con quien podría coquetear. «Coquetear» es la palabra. Como hacía Afrodita con Anchises, y una buena mañana escabullirse.

Se levanta y encuentra el cuarto de baño, vuelve y se echa en el sofá con la colcha encima, demasiado adormilada para que le molesten los pelos ni el olor de *Corky*.

Despierta ya bien entrada la mañana aunque el reloj de la cocina no marque más que las seis y veinte.

Le duele la cabeza. Hay un frasco de aspirina en el cuarto de baño: toma dos, se lava, se peina, saca el cepillo de dientes del bolso y se limpia los

dientes. Luego hace café y come una rebanada de pan casero, sin molestarse en calentarlo ni ponerle mantequilla. Se sienta a la mesa de la cocina. La luz del sol se desliza entre los árboles, salpica de reflejos cobrizos los troncos de los ciruelos silvestres. *Corky* empieza a ladrar y ladra un buen rato hasta que la furgoneta entra en el patio y la silencia.

Juliet oye cerrar la puerta de la camioneta, lo oye hablar con la perra y se aterroriza. Quiere esconderse en cualquier sitio (después diría «podría haberme puesto a cuatro patas bajo la mesa»), pero naturalmente no se le ocurre hacer algo tan absurdo). Es como el momento en que en la escuela anuncian al ganador del premio. Pero peor, porque no tiene ninguna esperanza razonable. Y porque no va a tener otra oportunidad más trascendental que esa en su vida.

Cuando se abre la puerta no puede levantar los ojos. Tiene los dedos de las dos manos cruzados y

apretados sobre las rodillas.

—Estás aquí —dice él.

Se ríe, triunfante y asombrado, como ante el caso más increíble de descaro y atrevimiento. Cuando abre los brazos es como si una bocanada de viento entrara en la habitación y le hiciera levantar la vista.

Hace seis meses no sabía que ese hombre existiera. Hace seis meses el hombre que murió bajo las ruedas del tren todavía estaba vivo, seguramente eligiendo la ropa para su viaje.

—Estás aquí.

Por el tono de voz, Juliet sabe que la está llamando. Se levanta, casi atontada, y ve que es mayor, más robusto, más impetuoso de lo que lo recordaba. Eric avanza hacia ella y Juliet se siente escudriñada de pies a cabeza, invadida por el alivio, arrebatada de felicidad. Qué inconcebible parece. Qué próximo al abandono de uno mismo.



Eric no se había sorprendido tanto como aparentó. Ailo lo había llamado la noche anterior para advertirle la presencia de la muchacha forastera, Juliet, y se había ofrecido para verificar si la chica había tomado o no el autobús. Él pensó que en cierto modo convendría dar ocasión a que lo hubiera hecho —tal vez para tentar al destino—, pero cuando Ailo lo llamó y le dijo que la chica no se había ido, lo sobresaltó la alegría que sintió. No volvió de inmediato a casa ni le contó nada a Christa, aunque sabía que no tardaría en tener que hacerlo.

Todo eso lo asimila Juliet poco a poco en las semanas y meses siguientes. Alguna información le llega por casualidad, alguna otra como resultado de sus imprudentes indagaciones.

Su revelación (la de no ser virgen) no tiene la menor importancia.

Christa no se parece en nada a Ailo. No tiene

caderas anchas ni pelo rubio. Tiene el pelo oscuro, es una mujer delgada, aguda, a veces taciturna, que se hará gran amiga de Juliet y será su puntal en años venideros: aunque nunca renunciará del todo al hábito de la socarronería maliciosa, al parpadeo irónico de una rivalidad embozada.

# PRONTO

Dos perfiles se enfrentan uno a otro. Uno es el perfil de una vaquilla blanca, con expresión llamativamente mansa y tierna; el otro el de un hombre de cara agria, ni joven ni viejo. Parece un funcionario de poca monta, tal vez un cartero. Lleva gorra de cartero. Tiene los labios pálidos, le brilla el blanco de los ojos. Una mano tendida hacia arriba, que probablemente ofrece algo, desde el margen inferior de la pintura: un arbolito o una rama exuberante, cuajada de alhajas.

En el margen superior de la pintura hay nubes oscuras, bajo ellas unas cuantas casas tambaleantes y una iglesia de juguete con su cruz de juguete, apoyada en la superficie curva del suelo. Dentro de la curva un hombrecillo (dibujado sin embargo en escala mayor que el edificio) camina pensativo con la guadaña al hombro; y una mujer en la misma

escala parece esperarlo. Pero cuelga cabeza abajo.

También hay otras cosas. Por ejemplo, una muchacha ordeñando una vaca, dentro del morro de la vaquilla.

Juliet decidió en el acto comprar el grabado para sus padres.

—Me recuerda a ellos —dijo a Christa, la amiga de Whale Bay que la había acompañado a hacer compras.

Estaban en la tienda de regalos de la Galería de Arte de Vancouver.

Christa se echó a reír.

—¿El hombre avinagrado y la vaca? Se sentirán muy halagados.

Christa nunca tomaba las cosas muy en serio al principio, antes tenía que tomarlas a broma. A Juliet no le importaba. A los tres meses de embarazo del bebé que se convertiría en Penélope se había librado

de pronto de las náuseas y, fuera por esa u otra razón, le daban ataques de euforia. Pensaba todo el tiempo en comer y hasta se había negado a entrar en la tienda de regalos porque había descubierto un ambigú.

Le gustó el cuadro pero, especialmente, las figuritas y las desvencijadas construcciones de la parte superior. El hombre de la guadaña y la mujer colgada cabeza abajo.

Se fijó en el título. *El pueblo y yo*.

Tenía un significado infinito.

—Chagall. Me gusta Chagall —dijo Christa—. Picasso era un cabrón.

Juliet estaba tan contenta con lo que había encontrado, que apenas le hizo caso.

—¿Sabes lo que se supone que dijo? «Chagall es para chicas horteras». —Insistió Christa—. ¿Qué tienen de malo las chicas horteras?, tendría que

haber dicho Chagall. Picasso es para personas que hacen morisquetas.

—Lo que quería decir es que me hace pensar en sus vidas —Juliet volvía al tema de sus padres—. No sé por qué, pero así es.

Ya le había contado a Christa algunas cosas de sus padres: cómo vivían en su curioso pero feliz aislamiento, aunque el padre fuera un maestro de escuela que despertaba grandes simpatías. Vivían recluidos en parte por los problemas cardíacos de Sara, pero también porque estaban suscritos a revistas que a su alrededor nadie leía, porque escuchaban programas de la red nacional de radio, que nadie escuchaba. Porque Sara se hacía la ropa —a veces torpemente— con moldes de *Vogue* en vez de con los de Butterick. Incluso porque seguían dando cierta impresión juvenil en vez de engordar y repantigarse en un sillón como los padres de los compañeros de clase de Juliet. Juliet pintaba a Sam parecido a ella —cuello largo, barbilla un poco

prominente, pelo lacio castaño claro— y a Sara como una rubia pálida, frágil, una belleza menuda y desaliñada.

Cuando Penélope tenía trece meses, Juliet viajó en avión con ella a Toronto y después cogió el tren. Era el año 1969. Bajó en una estación a unos treinta kilómetros del pueblo donde se había criado y donde Sara y Sam todavía vivían. Por lo visto el tren ya no paraba allí.

La decepcionó tener que bajar en esa estación desconocida y no ver reaparecer en el acto los árboles, las aceras, las casas que recordaba y, enseguida, la suya, la casa de Sara y Sam, amplia pero sencilla, sin duda con la misma pintura blanca agrietada y gastada, detrás de su acogedor y frondoso arce.

Sara y Sam, ahí en ese pueblo donde nunca los habían visto, estaban sonrientes pero ansiosos, apagados.

Sara lanzó un curioso chillido, como si algo le hubiera dado un picotazo. Un par de personas que estaban en el andén se dieron vuelta para mirar.

Por lo visto no era más que emoción.

—Vamos de largo y de corto, pero seguimos haciendo juego.

En el primer momento Juliet no entendió qué quería decir. Después lo descubrió. Sara llevaba una falda de lino negro que le llegaba a la pantorrilla y chaqueta que hacía juego. El cuello de la chaqueta y los puños eran de tela verde lima brillante con lunares negros. Le cubría el pelo un turbante de la misma tela verde. O se había hecho ella misma el conjunto o se lo habría encargado a una modista. Los colores no la favorecían, parecía que le hubieran dado una pasada de polvo de tiza por la piel.

Juliet llevaba un vestido negro muy corto.

—Me preguntaba qué dirías de mí, vestida en



verano de negro como si estuviera de luto —añadió Sara—. Y aquí estás tú vestida igual. Estás muy elegante, soy una entusiasta de los vestidos cortos.

—Y del pelo largo —dijo Sam—. Una hippy en toda regla. —Inclinó la cabeza para ver la cara del bebé—. ¡Hola, Penélope!

—¡Es una muñeca! —exclamó Sara.

Se acercó para coger en brazos a Penélope, a pesar de que esos brazos que asomaban de las mangas eran palillos demasiado frágiles para sostener semejante carga. No tuvo que hacerlo porque Penélope, que se había puesto tensa al oír por primera vez la voz de la abuela, se puso a chillar y dio vuelta a su cabeza para esconderla en el escote de Juliet.

Sara se echó a reír.

—¿Soy un espantajo?

Una vez más controló mal la voz, que pasaba del

colmo de la estridencia a desvanecerse por completo. Eso era nuevo..., aunque a lo mejor no del todo nuevo. Juliet tenía idea de que la gente siempre se fijaba en la manera de hablar y reírse de la madre, pero en el pasado lo que habría sorprendido eran esos arranques de júbilo, algo infantiles y exagerados (no a todos les gustaba ninguna de las dos cosas; dirían que nunca dejaba de querer llamar la atención).

Juliet dijo:

—Está muy cansada.

Sam presentó a la mujer joven que estaba detrás de ellos, conservando la distancia como si se cuidara de que no la identificaran con el grupo. Y la verdad es que a Juliet no se le había ocurrido que formara parte de él.

—Juliet, esta es Irene, Irene Avery.

Juliet alargó como pudo la mano sin dejar de

sostener a Penélope ni sujetar la bolsa de pañales y, cuando fue evidente que Irene no estaba dispuesta a dársela —o no se dio cuenta del ademán—, sonrió. Irene no devolvió la sonrisa. Se quedó inmóvil, pero dio la impresión de que estuviera deseando salir disparada.

—¡Hola! —dijo Juliet.

—Encantada de conocerte —contestó Irene en voz bastante audible, pero inexpresiva.

—Irene es nuestra hada madrina —explicó Sara y entonces, sí, cambió la cara de Irene. Frunció un poco el ceño, evidentemente abochornada.

No era tan alta como Juliet —que era alta—, pero sí más ancha de hombros y caderas, de brazos fuertes robustos y barbilla desafiante. Tenía el pelo negro, hirsuto, echado hacia atrás y recogido en una coleta; cejas espesas más bien hostiles; la clase de cutis que se broncea fácilmente. Ojos verdes o azules —un color algo sorprendente con esa piel—,

profundos y difíciles de penetrar. Mantenía la cabeza ligeramente gacha y torcía la cara hacia un lado. Su recelo era empedernido y premeditado.

—Hace un montón de cosas como las hadas —dijo Sam con su pronunciado guiño estratégico—. Digo a los cuatro vientos que las hace.

En ese momento, Juliet recordó que en las cartas hablaban de una mujer que iba a ayudarles porque las fuerzas de Sara se deterioraban a ojos vista. Pero Juliet la había imaginado mucho mayor. Con toda seguridad Irene no era mayor que ella.

El coche era el mismo Pontiac que Sam había comprado de segunda mano por lo menos diez años antes. La pintura azul original dejaba ver rayones aquí y allí, gran parte se había desteñido hasta parecer gris y los efectos de la sal se notaban en el borde inferior oxidado de la carrocería.

—La vieja yegua gris —dijo Sara casi sin aliento, después del la breve trayecto hecho desde el

andén.

—No nos ha abandonado —contestó Juliet.

Hablaba con admiración, como por lo visto esperaban que hiciera. Había olvidado que eso es lo que ellos llamaban «coche», el nombre que ella misma le daba.

—¡Ah, no! Nunca nos ha abandonado —dijo Sara una vez sentada con ayuda de Irene en el asiento trasero—. Ni nosotros la abandonamos a ella.

Juliet se sentó en el asiento delantero jugueteando con Penélope, que otra vez lloriqueaba. Dentro del coche el calor era sofocante aunque había estado aparcado con las ventanillas bajas a la escasa sombra de los álamos de la estación.

—La verdad es que estoy pensando en cambiarlo por una furgoneta —comentó Sam mientras daba marcha atrás.

—No lo dice en serio —chilló Sara.

—Para el negocio —continuó Sam—. Sería mucho más práctica.

Y haría alguna propaganda cada vez que cruzara las calles aunque solo fuera por el nombre escrito en la puerta.

—Está de broma —insistió Sara—. ¿Cómo voy a ir yo por ahí en un coche que diga «Verduras frescas»? ¿Acaso soy una calabaza o un repollo?

—Más vale que te calles, mujer —pidió Sam—, o cuando llegemos a casa estarás sin aliento.

Después de casi treinta años dedicado a la enseñanza en escuelas públicas de todo el país —diez años en la última—, Sam había decidido dejar la docencia y meterse en el negocio de vender verduras a tiempo completo. Siempre había cultivado una huerta grande y frambuesas en el terreno contiguo a la casa. Vendían lo que sobraba a

unos cuantos vecinos del pueblo. Pero por lo visto esa faena se iba a convertir en su manera de ganarse la vida: vender a verdulerías y quizá, con el tiempo, poner un puesto a la entrada del mercado.

—¿Hablas en serio de eso? —preguntó en voz baja Juliet.

—¡Caray, que si hablo en serio!

—¿No vas a echar de menos la enseñanza?

—¡Ni loco, vamos! Estaba harto. Estaba hasta la coronilla.

Era verdad que durante todos esos años nunca le habían ofrecido el cargo de director. Juliet suponía que esa era la razón para que estuviera harto. Era un maestro excepcional, de esos cuyas travesuras y energía todos recordarían. Su sexto curso era distinto a todos los demás en la vida de sus alumnos. Sin embargo siempre lo habían postergado, una y otra vez, casi con seguridad por esa misma razón.

Consideraban que sus métodos socavaban la autoridad. Era fácil imaginar a las *autoridades* diciendo que no era el hombre indicado para ocupar la dirección de ninguna escuela. Haría menos daño donde estaba.

Le gustaba trabajar al aire libre, sabía cómo hablar con la gente, seguramente le iría muy bien vendiendo verduras.

Pero a Sara le horrorizaba la idea.

A Juliet tampoco le gustaba. Y, sin embargo, si había que tomar partido, estaba de parte de su padre. Ella no se iba a dejar tildar de esnob.

La verdad es que se veía a sí misma —se veía a sí misma, a Sam y a Sara, pero sobre todo a Sam y a ella—, como personas que estaban por encima de cuantos los rodeaban. ¿Qué importaba, pues, que se dedicara a vender verdura?

Sam empezó a hablar en voz más baja y con tono



conspirativo.

—¿Cómo se llama?

Se refería a la pequeña.

—Penélope. De ninguna manera le llamaremos Penny. Penélope.

—No, eso ya lo sé, pregunto cuál es su apellido.

—¡Ah, bueno! Creo que el apellido es Henderson-Porteous. O Porteous-Henderson. Pero, ¿no será demasiado largo para alguien que ya se llama Penélope? Lo sabíamos, pero queríamos que se llamara Penélope. De alguna manera lo arreglaremos.

—Vaya, pues. ¿Le ha dado su apellido? Bueno, algo es algo. Quiero decir que me parece muy bien.

Juliet se quedó un momento desconcertada, pero se le pasó enseguida.

—¡Claro que se lo ha dado! —dijo, aparentando

que la cosa le hacía gracia y la había dejado perpleja—. Es suya.

—Sí, claro. Claro que sí. Pero dadas las circunstancias...

—No tengo en cuenta las circunstancias. El hecho de no estar casados no significa absolutamente nada. Donde vivimos y entre la gente que conocemos a nadie se le ocurre pensar en eso.

—Seguramente no —contestó Sam—. ¿Estaba casado con su primera mujer?

Juliet les había hablado de la mujer de Eric, a quien él había cuidado durante los ocho años que vivió después del accidente automovilístico.

—¿Con Ann? Sí. Bueno, la verdad es que no lo sé. Pero sí. Creo que sí. Sí.

Sara gritó desde el asiento trasero:

—¿No sería buena idea parar a comer un helado?

—Tenemos helado en la nevera de casa — contestó en voz alta Sam. Y para asombro de Juliet añadió en voz baja—: Llévala a cualquier sitio para darle un capricho y montará un numerito.

Las ventanillas seguían bajas, el aire caliente entraba en el coche. Era pleno verano: una estación que, hasta donde Juliet había visto, nunca llegaba a la costa occidental. Los árboles de maderas nobles se encorvaban en los lejanos confines de los campos y formaban cuevas de sombra azul oscuro. Frente a ellas, bajo la despiadada luz solar, los granos dorados y las praderas verdes. Alubias, avena, trigales, maizales frescos y lozanos encandilaban la vista.

Sara dijo:

—¿A beneficio de quién es la conferencia que mantenéis ahí delante? Aquí atrás el viento no deja oír.

Sam contestó en voz alta:

—Nada de particular. Le preguntaba a Juliet si su compañero sigue pescando.

Eric se ganaba la vida pescando langostinos desde hacía muchos años. Empezó por estudiar medicina. Aquello se acabó porque le hizo un aborto a una amiga (no a una novia). Todo anduvo bien, pero la historia salió a relucir. Es algo que Juliet tenía pensado revelar a padres de ideas tan avanzadas. Tal vez quisiera pintar a Eric como hombre educado, no como un pescador cualquiera. Pero ¿qué importaba eso ahora que Sam era verdulero? Y, además, a lo mejor su amplitud de criterio no era tan de fiar como ella creía.

Vendía algo más que verduras frescas y frutos del bosque. Mermeladas, zumos envasados, salsas, todo salía de la cocina. La mañana de la visita de Juliet estaban haciendo mermelada de frambuesa. Irene era la encargada de la tarea. Tenía la blusa

húmeda de vapor o sudor, pegada a la piel entre los omóplatos. Muy a menudo echaba un vistazo al televisor que, en la mesa de ruedas, habían llevado del vestíbulo de atrás a la puerta de la cocina, de modo que era necesario apretujarse para entrar. En la pantalla había un programa matutino infantil, dibujos animados de Bullwinkle. De vez en cuando Irene soltaba carcajadas ante las payasadas de los personajes y Juliet sonreía para demostrar camaradería. Irene no se daba por enterada.

Había que despejar parte de la mesada para que Juliet pudiera hervir y chafar el huevo que Penélope iba a desayunar, además de hacer café y tostadas para ella.

—¿Tienes sitio suficiente? —preguntó Irene con voz opaca como si Juliet fuera una intrusa, cuyas exigencias no pudieran preverse.

De cerca era posible ver la cantidad de vello negro que crecía en los antebrazos de Irene. También

le crecían algunos en las mejillas junto a las orejas.

De reojo observaba todo lo que Juliet hacía, la veía toquetear las llaves de la cocina (en ese primer momento no recordaba cuál correspondía a cada hornilla), la observaba sacar el huevo del cazo, quitarle la cáscaras (que se había pegado y salía a trozos pequeños y no con facilidad en grandes pedazos), la observaba elegir la taza donde lo iba a aplastar.

—No la dejarás que tire eso al suelo... —se refería a la taza de porcelana—, ¿no tienes un plato de plástico para ella?

—La vigilaré —contestó Juliet.

Resultó que Irene también era madre. Tenía un hijo de tres años y una hija que todavía no había cumplido dos. Se llamaban Trevor y Tracy. El padre se había matado el verano anterior en un accidente en la granja de pollos donde trabajaba. Irene era tres años menor que Juliet: veintidós años. Fue

proporcionando los datos sobre el marido y los hijos a medida que Juliet le hacía preguntas y la edad la dedujo por lo que dijo después:

Cuando Juliet dijo «lo siento» a propósito del accidente del marido, sintiendo que había cometido una grosería por curiosa y que estaba siendo hipócrita al condolerse, Irene contestó:

—Sí. Muy oportuno para celebrar el día en que cumplía veintiún años —como si las desgracias fueran algo que se acumulara, igual que los dijes de una pulsera.

Una vez que Penélope comió todo el huevo que estuvo dispuesta a aceptar, Juliet se la apoyó en la cadera y se la llevó arriba.

A medio camino se dio cuenta de que no había lavado la taza.

No tenía dónde dejar a la pequeña, que aún no caminaba, pero sí podía andar a gatas a toda

velocidad. Desde luego imposible dejarla ni cinco minutos en la cocina con el agua hirviendo del esterilizador, la mermelada caliente y los cuchillos de picar... Era demasiado pedir a Irene que la vigilara. Y lo primero que había hecho Penélope esa mañana fue negarse a hacer buenas migas con Sara. Juliet la llevó hasta la cancela de la escalera que subía al desván —después de cerrar la puerta— y la dejó allí para que jugara en los escalones mientras ella iba a buscar el viejo parque. Afortunadamente Penélope era una experta en escalones.

La casa era de dos pisos con habitaciones de techo alto, pero como cajoneras: o así le parecían ahora a Juliet. El tejado era muy empinado, de modo que se podía andar por el centro del desván. Juliet solía hacerlo de niña. Daba vueltas por ahí contándose algún cuento que hubiera leído, cuentos a los cuales añadía algo o modificaba. Bailaba —también bailaba— frente a un público imaginario. El público real consistía en muebles rotos o barnizados



de cualquier manera; baúles viejos; un abrigo inmenso y pesado de búfalo; la caseta para un vencejo púrpura (regalo de antiguos alumnos de Sam, que nunca consiguió atraer ninguno); el casco alemán que se suponía había llevado el padre de Sam al volver de la Primera Guerra Mundial; el cuadro de un aficionado, que sin pretenderlo resultaba cómico, de la *Emperadora de Irlanda* hundiéndose en el golfo de San Lorenzo, con monigotes que salían volando en todas direcciones.

Y allí, apoyado contra la pared, estaba *Mi pueblo y yo*. Al descubierto, nadie había intentado esconderlo. No estaba como era de esperar lleno de polvo, de modo que no llevaba ahí mucho tiempo.

Buscó unos minutos y encontró el parque. Era un mueble muy bonito, pesado, con suelo de madera y barandillas altas. Encontró el cochecito de niños. Los padres lo habían guardado todo con la esperanza de tener otro hijo. Sara tuvo por lo menos un aborto. Los domingos por la mañana, las risas en la cama de

los padres le hacían pensar a Juliet que la casa había sido invadida por un misterioso y hasta bochornoso jolgorio, nada conveniente para ella.

El cochecito era de los que se pliegan para convertirlo en silla de paseo. Era algo que Juliet había olvidado o no sabía. Sudorosa y cubierta de polvo se puso a trabajar para transformarlo. Siempre le resultaban difíciles ese tipo de tareas, nunca entendía de buenas a primeras cómo encajaban las cosas. Podría haber bajado el chisme, salido al jardín y pedir ayuda a Sam, si no fuera por la idea de encontrarse con Irene. Los ojos parpadeantes de Irene, las miradas de soslayo pero fiscalizadoras, la habilidad de las manos. Su manera de estar al acecho, ese algo que no era posible llamar desprecio. No sabía cómo llamarle. Una actitud indiferente, pero no de intransigencia: como la de los gatos.

Por lo menos consiguió dar forma a la sillita. Era voluminosa, el doble de grande de la que estaba

acostumbrada a usar. Y como es lógico estaba sucia. Igual que ella a esas alturas y más aún Penélope en los escalones. Justo al lado de la mano de la niña había algo que Juliet no había visto hasta ese momento. Un clavo. La clase de cosas a las que no prestas atención hasta que tienes una criatura en edad de llevárselo todo a la boca y no puedes quitarle la vista de encima ni un instante.

Y Juliet no se había mantenido alerta. Ahí todo la distraía. El calor, Irene, las cosas que le resultaban familiares y las que desconocía.

*El pueblo y yo.*

—¡Ay! —dijo Sara—. Esperaba que no te dieras cuenta. No lo tomes a mal.

La solana era ahora la habitación de Sara. Habían colocado persianas de bambú en todas las ventanas y, en el reducido cuarto inundado de luz amarillo amarronada que una vez fuera parte de la galería, persistía el calor. Sin embargo, Sara llevaba

un pijama rosa de lana. El día antes, en la estación —con las cejas delineadas, el lápiz de labios color frambuesa, el turbante y el traje—, a Juliet le pareció una anciana francesa (y no es que Juliet hubiera visto muchas ancianas francesas). Pero, en ese momento, con el pelo blanco ralo suelto, los ojos ansiosos bajo cejas casi inexistentes, más parecía una niña envejecida y grotesca. Estaba sentada apoyada en las almohadas y tapada hasta la cintura con el cubrecama. Cuando esa mañana la había acompañado hasta el cuarto de baño descubrió que, a pesar del calor, usaba calcetines y escarpines en la cama.

Al lado de la cama le habían puesto una silla de respaldo alto porque para ella era más fácil alcanzar la silla que la mesilla de noche. En la mesilla había píldoras y otras medicinas, polvo de talco, loción humectante, una taza a medio tomar de té con mucha leche, un vaso con vestigios de algún tónico oscuro, probablemente hierro. Encima de la cama revistas:

viejos números de *Vogue* y de *Ladies Home Journal*.

—No, no lo tomo a mal —contestó Juliet.

—Lo teníamos colgado. Estaba en el cuarto de estar de atrás, al lado del comedor. Después papá lo descolgó.

—¿Por qué?

—A mí no me dijo nada. No me dijo que lo fuera a hacer. Un buen día desapareció.

—¿Por qué lo habrá descolgado?

—Se le habrá cruzado alguna idea por la cabeza.

—¿Qué idea?

—¡Ay! Creo ¿sabes?, que probablemente tenga algo que ver con Irene. Se le habrá ocurrido que a Irene podría molestarle.

—No había nadie desnudo en el cuadro. No es como el Botticelli.

Era cierto que había un grabado de *El nacimiento de Venus* colgado en el cuarto de estar de Sara y Sam. Era objeto de bromas equívocas cuando invitaban a otros maestros a cenar.

—No. Pero era *moderno*. Creo que a papá lo ponía incómodo. Es posible que se pusiera nervioso cuando veía que Irene lo miraba. Tendría miedo de que ella pudiera sentir..., una especie de desprecio por nosotros. ¿Me entiendes? Que pensara que éramos unos extravagantes. No le gustaría que Irene pensara que somos esa clase de personas.

—¿La clase de personas que cuelgan esa clase de pinturas? ¿Quieres decir que le importa tanto lo que Irene piense de nuestros *cuadros*?

—Tú conoces a papá.

—Él no teme estar en desacuerdo con otras personas. ¿No era eso lo que le provocaba disgustos en el trabajo?

—¿Cómo? Oh, sí. Puede estar en desacuerdo. Pero a veces es muy considerado. E Irene es..., es muy considerada con él. Irene no tiene precio para nosotros.

—¿Habrá creído papá que Irene dejaría de trabajar con vosotros por tener pinturas extravagantes?

—Yo habría dejado la pintura donde estaba, querida. Valoro mucho cualquier cosa que venga de ti. Pero papá...

Juliet no dijo nada. Desde que tenía nueve o diez años hasta alrededor de los catorce, Sara y ella sabían de qué pie calzaba Sam. «Tú sabes cómo es papá».

Era la época en que las dos hablaban de mujer a mujer. Intentaban hacer permanentes caseras en el pelo fino y rebelde de Juliet; de las sesiones de costura salían conjuntos que nadie era capaz de hacer. Cuando Sam se quedaba en la escuela hasta

tarde porque tenía alguna reunión, las cenas consistían en sándwiches de mantequilla de cacahuètes, tomate y mayonesa. Sara le contaba y volvía a contar anécdotas de los amigos y amigas de su adolescencia, las bromas que se hacían, lo bien que lo pasaban cuando también era maestra, antes de que el corazón empezara a fallarle. Anécdotas incluso anteriores, de cuando estaba en cama con fiebre reumática y tenía dos amigos imaginarios, Rollo y Maxine, que descubrían misterios—incluso asesinatos—, como los personajes de ciertos libros de cuentos para niños. Episodios fugaces del ardoroso noviazgo con Sam, los desastres con el coche prestado, la vez que Sam se presentó en su casa disfrazado de vagabundo.

Sara y Juliet hacían caramelos de leche, pasaban trencillas por los pasacintas de los ribetes de las enaguas, siempre las dos ligadas una con otra. Y de repente Juliet no quiso saber nada más de todo eso, prefería quedarse charlando por la noche en la



cocina con Sam, preguntarle por los agujeros negros, la Edad de Hielo, Dios. Le fastidiaba que Sara cortara el hilo de sus conversaciones haciendo preguntas ingenuas, siempre con la intención de llevar la conversación de vuelta a sí misma. Por eso las charlas tenían que ser por la noche, tarde: para dar por sentado que ni Sam ni ella hablaban nunca de nada. «Espera hasta que nos libremos de Sara». Claro que solo por un tiempo.

Ese recuerdo siempre iba ligado a otro: «Sé buena con Sara. Arriesgó su vida para que nacieras, merece la pena recordarlo».

—A papi nunca le ha importado estar en desacuerdo con personas que están por encima de él —dijo Sara dando un profundo suspiro—. Pero tú sabes cómo es con personas que están por *debajo*. Hace cualquier cosa con tal de asegurarse de que no se sientan distintas a él, es él quien debe ponerse a su altura...

Juliet lo sabía, claro que lo sabía. Sabía cómo hablaba Sam con el muchacho de la gasolinera, sabía las bromas que hacía en la ferretería. Pero no contestó nada.

—Tiene que hacerles la pelota —continuó Sara con súbito cambio de tono, un deje de malevolencia, una leve risa sofocada.

Juliet limpió la sillita. Penélope y ella salieron a dar un paseo por el pueblo. Tenía la excusa de necesitar cierta marca de jabón desinfectante suave para lavar los pañales. Si usaba jabón corriente a la niña podría brotarle sarpullido. Pero sus razones eran otras, irreprimibles y solapadas.

Tomó el camino que había hecho muchos años de su vida para ir a la escuela. Incluso cuando ya iba al *College* y volvía de visita a casa era siempre la misma: una niña que va a la escuela. ¿Nunca dejaría de ir a la escuela? Acababa de ganar el premio intercolegial de Traducción del Latín, cuando

alguien se lo preguntó a Sam. Y Sam contestó: «Me temo que no». Y no pasó de ahí. Dios lo librara de hablar de premios. Que lo hiciera Sara... Aunque Sara podría haber olvidado ya por qué le habían dado el premio.

Y ahí estaba ella, transformada. Como cualquier otra mujer joven que empuja el cochecito de la hija. Preocupada por el jabón para los pañales. Y era algo más que su hija. Hija de su amor. A veces hablaba así de Penélope, pero solo con Eric. Eric lo tomaba a broma, ella lo decía en broma porque desde luego vivían juntos, lo habían hecho durante un tiempo y pensaban seguir haciéndolo. El hecho de que no estuvieran casados no significaba nada para él —hasta donde Juliet sabía— y a veces ella misma se olvidaba del asunto. Pero de vez en cuando y, especialmente en aquel momento, allí, en casa, era su condición de madre soltera lo que le producía cierto arrebató de orgullo, un tonto estremecimiento de gozo.

—Así que fuiste a zascandilear por ahí —dijo Sam. (¿Había usado alguna vez la palabra «zascandilear»? Sara y Juliet decían «callejear»)—. ¿Viste a algún conocido?

—Tenía que ir a la droguería —contestó Juliet—. Estuve hablando con Charlie Little.

Charlaban en la cocina a las once y pico de la noche. Juliet pensaba que era la mejor hora para preparar los biberones del día siguiente.

—¿Con el Pequeño Charlie? —siempre tuvo esa costumbre, que ella ya no recordaba, la costumbre de seguir llamando a las personas por los apodosos que les habían puesto en la escuela—. ¿Tuvo éxito el retoño?

—Claro que sí.

—Faltaría más...

Sam estaba sentado a la mesa, bebía whisky de centeno y fumaba un cigarrillo. Era una novedad que

bebiera whisky. Porque el padre de Sara era un borracho —no un borrachín empedernido, siguió ejerciendo su profesión de veterinario, pero sí lo suficiente para ser el terror de la casa y hacer que a la hija le horrorizara la bebida—, Sam nunca pasaba de tomar una cerveza en casa. Por lo menos que Juliet supiera.

Juliet había entrado en la droguería porque era el único sitio donde podía comprar el jabón para los pañales. No esperaba encontrar a Charlie aunque fuera el negocio familiar. Las últimas noticias que tenía de él es que iba a estudiar ingeniería. Se lo dijo esa mañana, tal vez sin demasiado sentido de la oportunidad, pero él contestó con toda naturalidad y jovialidad que la cosa no había funcionado. Estaba entrado en carnes, le escaseaba el pelo, había perdido parte de su energía y brillantez. Saludó calurosamente a Juliet, piropeó tanto a Juliet como a la niña, hasta el punto de abochornarla. Notó que se le acaloraban la cara y el cuello, que sudaba

ligeramente durante toda la conversación. En el instituto él no tenía tiempo para ella, como no fuera para dedicarle un saludo formal porque sus maneras siempre fueron afables, desenvueltas. Invitaba a salir a las chicas más codiciadas de la escuela y, según le dijo, estaba casado con una de ellas, Janey Peel. Tenían dos hijos, uno de ellos de la edad de Penélope, otro mayor. Esa fue la razón, dijo —con un dejo insinuante que pareció deberse a la situación de Juliet—, esa fue la razón de que no hubiera seguido con la idea de estudiar ingeniería.

Supo ganarse una sonrisa y un gorgorito de Penélope y charló con Juliet como compadres, como con alguien que ya estuviera a su altura. Ella se sintió estúpidamente halagada y ufana. Pero algo más que eso llamó la atención de Charlie, algo más que la mano izquierda sin anillo de Juliet, que la alusión a su matrimonio con Janey. Algo más. La ensalzó veladamente. Quizá la viera ahora como una mujer que exhibe el fruto de una vida sexual sin

tapujos. Nada menos que Juliet. La bobalicona. La becaria.

—¿Se parece a ti? —preguntó Charlie cuando se agachó para escudriñar a Penélope.

—Se parece más al padre —contestó Juliet sin darle demasiada importancia, pero con un arrebatado de orgullo.

El sudor le perlaba el labio superior.

—¿Sí? —Se levantó y habló con tono confidencial—. Te voy a decir algo. Pensé que era una vergüenza...

Juliet le contó a Sam:

—Me dijo que pensaba que era una vergüenza lo que te había pasado.

—¿Sí? ¿Lo dijo? ¿Y qué le contestaste?

—No supe qué decir. No sabía qué pretendía decir. Pero no quería que él se diera cuenta.

—No, claro.

Juliet se sentó a la mesa.

—Me gustaría tomar un trago, pero no me gusta el whisky.

—¿De modo que ahora tú también bebes?

—Vino. Hacemos nuestro propio vino. En Whale Bay todo el mundo lo hace.

Entonces Sam le contó un chiste. Un chiste que de ninguna manera le habría contado antes. Se trataba de una pareja que va a un motel y acaba con la frase: «Es lo que siempre le digo a las chicas de la escuela dominical: no hace falta beber ni fumar para pasar un buen rato».

Juliet se rio, pero notó que se ponía colorada como le había pasado con Charlie.

—¿Por qué dejaste tu trabajo? —preguntó Juliet  
—. ¿Fue por culpa mía?



—¡Anda, ya! —Sam se rio—. No creas que eres tan importante. No hicieron nada para que me fuera. No me despidieron.

—Bueno, pues. Te fuiste tú.

—Me fui yo.

—¿No tuvo nada que ver conmigo?

—Me fui porque estaba hasta la mismísima coronilla de vivir siempre con la soga al cuello. Estuve años a punto de irme.

—¿No tuvo nada que ver conmigo?

—Bueno, verás. Tuve una discusión. Se decían cosas.

—¿Qué cosas?

—No tienes por qué saberlas. Y no te preocupes —añadió al cabo de un momento—. No me echaron. No podían echarme. Hay leyes. Es como te lo he contado: estaba dispuesto a irme a cualquier parte.

—Pero no te das cuenta —dijo Juliet—. No te das cuenta. No te das cuenta de lo *estúpido* que es todo eso ni de lo desagradable que es vivir en un sitio así donde la gente dice cosas que, si se las contara a personas que conozco, no las creerían. Les parecería una broma.

—Bueno. Desgraciadamente tu madre y yo no vivimos donde vives tú. Vivimos aquí. A ese compañero tuyo ¿también le parece una broma? No quiero seguir hablando del asunto esta noche, me voy a la cama. Voy a echarle un vistazo a mamá y me voy a la cama.

—El tren de pasajeros —insistió Juliet con renovada energía, hasta con rencor—, todavía para aquí. ¿No es así? ¿No queríais que bajara aquí? ¿No es verdad?

El padre, que ya salía de la cocina, no contestó.

La luz del último farol del pueblo cruzaba la cama de Juliet. Habían talado el enorme arce

hogareño que fue reemplazado por una de las parcelas de ruibarbo de Sam. La noche anterior había dejado las cortinas cerradas para dar sombra a la cama, pero esa noche tenía necesidad de aire libre. Tuvo que poner la almohada a los pies de la cama, lo mismo que a Penélope, que se había dormido como un ángel aunque le diera la luz en la cara.

Querría haber tomado un poco de whisky. Estaba echada con el cuerpo rígido de decepción y rabia, imaginando una carta para Eric. «No sé qué estoy haciendo aquí, nunca debí haber venido, tengo ganas de estar en casa».

En casa.

Apenas asomaban las primeras luces del amanecer la despertó el ruido del aspirador. Luego una voz —la de Sam— interrumpió el ruido y volvió a dormirse. Cuando al fin despertó pensó que tenía que haber sido un sueño. De lo contrario también se

habría despertado Penélope y no se había despertado.

La cocina estaba un poco más fresca esa mañana, ya no había olor a fruta fermentada. Irene ajustaba trozos de tela de algodón a cuadros y ponía etiquetas en todos los frascos.

—Creí haber oído que pasabas el aspirador —dijo Juliet sacando fuerzas de flaqueza—. Debo haberlo soñado. Eran apenas las cinco de la mañana.

De momento Irene no contestó. Escribía una etiqueta. Escribía muy concentrada y se mordía los labios.

—Era ella —contestó cuando hubo terminado—. Despertó a tu padre que tuvo que levantarse y hacerla callar.

No parecía verosímil. El día anterior Sara no había salido de la cama más que para ir al baño.

—Me lo contó él —dijo Irene—. Se despierta a

medianoche, piensa ponerse a hacer algo, y entonces él tiene que levantarse y hacerla volver a la cama.

—Serán rachas de energía —comentó Juliet.

—Sí —Irene empezaba a escribir otra etiqueta.

Terminó y se encaró con Juliet.

—Quiere despertar a tu padre y llamar la atención, eso es lo que pasa. Él está muerto de cansancio y tiene que tirarse de la cama para atenderla.

Juliet se dio vuelta. No quería dejar a Penélope en el suelo —como si la criatura no estuviera segura allí—, se la apoyó en la cadera, sacó el huevo con una cuchara, dio un golpecito a la cáscara, lo peló y lo aplastó con una mano.

Mientras daba de comer a Penélope temía hablar, por si su tono de voz la asustaba y empezaba a chillar. Pero Irene intuyó algo. Con voz más contenida —pero con un retintín desafiante— dijo:

—Llegan a ese extremo. Cuando están tan enfermos no lo pueden remediar. No pueden pensar más que en sí mismos.

Sara tenía los ojos cerrados, pero los abrió de inmediato.

—¡Oh, mis queridas! —exclamó como si se riera para sus adentros—. Mi Juliet. Mi Penélope.

Penélope parecía haberse acostumbrado a ella. Por lo menos esa mañana no lloraba ni apartaba la cara.

—Aquí —pidió Sara y cogió una de sus revistas—. Siéntala aquí y que se entretenga con esto.

Al principio Penélope pareció desconfiar, después cogió una página y la arrancó con todas sus fuerzas.

—Ya estamos —dijo Sara—. A todos los bebés les gusta destrozar revistas. Lo recuerdo.

En la silla que estaba junto a la cama había un

cuenco con crema de trigo casi sin tocar.

—¿No has desayunado? ¿No era eso lo que querías?

Sara miró el cuenco como si quisiera hacer alguna observación seria, pero no supo qué decir.

—No me acuerdo. No, me figuro que no era eso lo que quería —tuvo un leve ataque de risa sofocada y jadeó—. ¿Quién sabe? Se me habrá cruzado por la cabeza que..., que podría estar envenenándome.

Cuando se recuperó añadió:

—Lo he dicho en broma. Pero es muy violenta. Irene. No debemos subestimarla..., a Irene, digo. ¿Has visto los pelos que tiene en los brazos?

—Como pelos de gato —contestó Juliet.

—Como de zorrillo.

—Esperemos que ninguno de ellos caiga en las mermeladas.

—No me hagas..., no me hagas reír más...

Penélope estaba tan ensimismada destrozando revistas, que al poco rato Juliet pudo dejarla con Sara y llevar el cuenco a la cocina. Sin decir nada se puso a hacer un ponche de huevo. Irene entraba y salía, llevando cajas con frascos de mermelada al coche. Desde los escalones traseros Sam quitaba con la manguera la tierra de las patatas recién sacadas. Había empezado a canturrear, al principio en voz demasiado baja para que se oyeran las palabras. Cuando Irene subió los escalones levantó el tono.

*Buenas noches, Irene.*

*buenas noches, Irene.*

*Buenas noches, Irene.*

*Te veré en sueños.*

Irene, que trajinaba en la cocina, gritó:

—No cante esa canción que habla de mí.



—¿Qué canción habla de ti? —preguntó Sam con fingido asombro—. ¿Quién canta ninguna canción que hable de ti?

—Usted. Usted, ahora mismo.

—¡Ah, esa canción! ¿Esa canción que habla de Irene? ¿La chica de la canción? ¡Caray...! Olvidé que ese fuera también tu nombre.

Volvió a empezar, pero canturreando en sordina. Irene escuchaba ruborizada, con el pecho agitado, a la espera de poder pescar alguna palabra.

—No cante nada que tenga que ver conmigo. Si pronuncia mi nombre se refiere mí.

De pronto Sam estalló a pleno pulmón.

*Me casé el sábado por la noche,  
mi mujer y yo nos establecimos...*

—¡Basta ya! ¡Cállese! —gritó Irene con los ojos desorbitados, exacerbada—. Si no se calla ya,

saldré y lo rociaré con la manguera.

Sam repartía esa tarde mermelada por varias tiendas y por unas cuantas casas de regalos que le habían hecho encargos. Pidió a Juliet que lo acompañara. Había comprado una sillita flamante para llevar a Penélope en el coche.

—Es una de las cosas que no teníamos en el desván —dijo—. Cuando tú eras pequeña no sé si las había. De todos modos daba igual. No teníamos coche.

—¡Es fantástica! —exclamó Juliet—. Espero que no te haya costado una fortuna.

—Es una bagatela —contestó Sam, haciéndole agacharse para subir al coche.

Irene estaba en la huerta recogiendo más frambuesas. Esas serían para pasteles. Sam hizo sonar dos veces la bocina y saludó con la mano al salir. Irene decidió responder y levantó el brazo,

como si se quitara una mosca de encima.

—Es una preciosidad. No sé cómo habríamos podido sobrevivir sin ella. Pero me parece que es bastante grosera contigo.

—Casi no la conozco.

—No. La dejas patitiesa, la asustas.

—No, en absoluto. No es eso.

Juliet trató de decir algo que fuera elogioso de Irene o por lo menos neutral y preguntó cómo había muerto el marido.

—No lo sé. No sé si era un delincuente o solo un inmaduro. Lo cierto es que se enredó con unos gamberros que formaban una pandilla para robar pollos y, como es lógico, cuando lo intentaron se disparó la alarma, salió el granjero con un rifle y, se propusiera o no matarlo, lo mató.

—¡Dios mío!

—Irene y sus parientes políticos llevaron el caso a los tribunales, pero el granjero zafó. Bueno, acabó zafando. Debe haber sido duro para Irene. Aunque por lo visto el marido no era ninguna alhaja.

Juliet admitió que debió haber sido muy duro para ella y preguntó si Irene había sido alumna suya en la escuela.

—No, no, no. Apenas ha ido a la escuela, por lo que he podido descubrir.

Contó que la familia vivía al norte, cerca de Huntsville. Sí. En algún lugar cerca de allí. Un día fueron todos al pueblo. Padre, madre y críos. El padre dijo que tenía cosas que hacer y que se reuniría con ellos un rato después. Les dijo dónde. Y cuándo. Se quedaron dando vueltas por ahí, sin dinero, hasta que llegó la hora prevista. Y no apareció nadie.

—No tenía la menor intención de aparecer. Los abandonó. De modo que se vieron obligados a

acudir a la asistencia social. Vivieron en una choza en el campo, donde la vida era más barata. La hermana mayor de Irene, que era el puntal de la familia, más que la madre se me ocurre, murió de un ataque de apendicitis. No hubo manera de llevarla al pueblo, había tormenta de nieve y no tenían teléfono. Irene no quiso entonces volver a la escuela porque, en cierto modo, la hermana la protegía de los demás compañeros, que se portaban mal con ella. Ahora puede estar más curtida, pero no creo que lo haya estado siempre. Es posible que, incluso ahora, no sea más que una pose.

»Y ahora —continuó Sam—, la madre de Irene se ocupa de su niña y su niño pero, para asombro de todos, al cabo de tantos años el padre ha reaparecido y está intentando conseguir que la madre vuelva con él. Si eso ocurriera, Irene no sabe lo que va a hacer porque no quiere que sus hijos se acerquen a él.

»Los niños también son riquísimos. La niña tiene

el paladar mellado, ya la han operado una vez, pero necesitará otra operación más adelante. Quedará bien. Pero no deja de ser un problema más.

Un problema más.

¿Qué le pasaba a Juliet? No le daba ninguna lástima. La sublevaba, la deprimía esa letanía de infortunios. Era demasiado. Cuando en la historia salió a relucir el paladar mellado, lo que en realidad habría querido era protestar. *Demasiado*.

Sabía que hacía mal, pero no era capaz de dejarse conmover. Temía decir nada más, por si acaso sus palabras traicionaban la dureza de su corazón. Temía decirle a Sam: «Espero que no pretendas mezclarnos con gente así».

—Quiero decirte —dijo Sam—, que cuando vino para ayudarnos yo ya no sabía qué hacer. El último otoño el estado de tu madre era total y absolutamente catastrófico. Y no es que se dejara estar. No. Habría sido mejor. Habría sido mejor que

no hiciera nada. Lo que hacía era empezar una tarea para luego no poder con ella. Una y otra vez. Y eso no era del todo nuevo. Quiero decir que yo tenía que estar siempre tras ella, cuidarla y ayudarle en las faenas domésticas. Los dos, tú y yo, lo hacíamos ¿te acuerdas? Siempre fue esa niña dulce y bonita, enferma del corazón, y estaba acostumbrada a que la atendieran. A lo largo de los años un par de veces se me ha ocurrido que podría haberse esforzado más. Pero todo iba tan mal... Llegamos al extremo de que al volver a casa yo encontrara la lavadora en medio de la cocina y la ropa mojada esparcida por todas partes. Y cualquier mezcla para hornear empezada y abandonada, carbonizada, hecha chicharrón en el horno. Temía que ella misma ardiera. Que ardiera la casa. Le decía y repetía «quédate en la cama». Pero no lo hacía, armaba escándalos y lloraba. Intenté que acudieran en nuestra ayuda un par de muchachas, que de ninguna manera consiguieron manejarla. Y en eso..., apareció Irene. Irene —dijo, lanzando un

profundo suspiro—. Bendigo aquel día. Lo confieso. Bendigo aquel día.

Añadió que, como todo lo bueno, aquello estaba por acabarse. Irene se iba a casar. Con un viudo de cuarenta o cincuenta años. Granjero. Se suponía que tenía dinero y, por el bien de Irene, Sam esperaba que fuera verdad. Porque el hombre no tenía mucho más que lo hiciera recomendable.

—¡Te lo juro por Dios! Por lo que he visto no le queda más que un diente. Mala señal en mi opinión. Es demasiado orgulloso o tacaño para hacerse una dentadura postiza.

—¿Cuándo es el acontecimiento?

—En algún momento del otoño. En otoño.

Penélope había dormido todo ese tiempo: se durmió en su sillita apenas se pusieron en marcha. Las ventanillas delanteras estaban bajas, Juliet olía el heno recién cortado, enfardado... Ya nadie hacía



almiares. Quedaban algunos olmos en pie, ahora milagros aislados.

Se detuvieron en un pueblo levantado a lo largo de una única calle en un valle estrecho. Las rocas asomaban por las laderas del valle: era el único sitio en muchos kilómetros a la redonda donde se veían rocas enormes. Juliet recordaba haber estado allí cuando existía un parque donde cobraban entrada. En el parque había una fuente y una casa de té que servía tarta de frambuesas, helados... y, con seguridad, otras cosas que no recordaba. En las rocas, las cuevas tenían los nombres de los Siete Enanitos. Sam y Sara se sentaban en el suelo junto a la fuente y comían helados mientras ella se precipitaba a explorar las cuevas. (Que desde luego no eran gran cosa ni nada profundas). Juliet quería que los padres la acompañaran, pero Sam decía: «Ya sabes que tu madre no puede trepar».

—Anda, corre tú —la animaba Sara—. Vuelve y cuéntanos todo lo que veas.

Sara iba vestida de punta en blanco. Falda de tafeta negra que se desparramaba en círculo por la hierba. Se llamaban faldas campana.

Tiene que haber sido un día especial.

Juliet se lo preguntó a Sam cuando salió de la tienda. Así, de pronto, no se acordó. Luego sí. Un antro para sacar perras, dijo. No sabía cuándo había desaparecido.

A todo lo largo de la calle Juliet no pudo encontrar rastros de la casa de la fuente ni de la casa de té.

—Una portadora de paz y orden —dijo Sam y Juliet tardó un momento en darse cuenta de que seguía hablando de Irene—. Da una mano en lo que sea. Corta el césped y pasa la azada por el jardín. Haga lo que haga lo hace con empeño y cree que es un privilegio hacerlo. Eso es lo que nunca acaba de asombrarme.

¿Cuál habría sido el motivo para aquel derroche? ¿Un cumpleaños? ¿Un aniversario?

Sam hablaba con insistencia, hasta con solemnidad, por encima del ruido que hacía el coche luchando por subir montaña arriba.

—Me hizo recuperar la fe en las mujeres.

Sam se entretenía en todas las tiendas después de decir a Juliet que no tardaría más de un minuto. Volvía bastante rato más tarde y contaba que no había podido ser más breve. La gente tenía ganas de hablar, la gente había hecho reserva de chistes para contarle. Algunos salían con él para ver a su hija y a la pequeña.

—De modo que esa es la muchacha que habla latín —dijo una mujer.

—Ahora lo tiene un poco olvidado —contestó Sam—. Ahora tiene con qué entretenerse.

—Apuesto a que sí —la mujer estiraba el cuello

por la ventanilla para mirar a Penélope—. ¿Pero no son una bendición? ¡Ay, los muy meones!

Juliet pensaba hablar con Sam de la tesis a la cual planeaba volver..., aunque por el momento solo fuera un sueño. Esos temas surgían espontáneamente entre ellos. Con Sara no. Sara diría: «Ahora tienes que decirme qué vas a hacer con tus estudios». Juliet abreviaría el trámite y Sara podría preguntarle cómo hacía para conservar en la memoria todos esos nombres griegos sin equivocarse. Pero Sam sabía de lo que hablaba. En el *College* contaba que su padre le había explicado qué quería decir *thaumaturgy* cuando, a los doce o trece años, tropezó con la palabra. Le preguntaban si su padre era un erudito.

—Claro —contestaba ella—, es maestro de sexto.

Ahora tenía la sensación de que él intentaría desanimarla sutilmente. Y a lo mejor no tan sutilmente. Podría usar las palabras «poco realista».

Declarar que había olvidado cosas que ella no podía creer hubiera olvidado.

O tal vez sí. En la cabeza del padre se habían cerrado algunas recámaras, velado las ventanas: juzgaba lo que había dentro demasiado inútil, demasiado desacreditado para encontrarse con la luz del día.

Juliet habló con más rudeza de lo que se proponía.

—¿Quiere casarse? Irene, ¿quiere casarse?

La pregunta —hecha en ese tono y después de un prolongado silencio— sobresaltó a Sam.

—No lo sé —contestó. Y al cabo de un momento añadió—: No me lo explico.

—Pregúntaselo —sugirió Juliet—. Debes tener ganas de preguntárselo, a juzgar por lo que dices sentir por ella.

Siguieron un par de kilómetros en silencio. Era

evidente que lo había ofendido.

—No sé de qué hablas —dijo él.

—Happy, Grumpy, Dopey, Sleepy, Sneezy —dijo Sara.

—Doc —añadió Juliet.

—Doc. Doc. Happy, Sneezy, Doc, Grumpy, Bashful, Sneezy... No. Sneezy, Bashful, Doc, Grumpy... Sleepy, Happy, Doc, Bashful...

Sara contó con los dedos y dijo:

—¿No he contado ocho? Fuimos allí más de una vez. Le llamábamos «El santuario del pastel de frambuesas»... ¡Ay, cuánto me gustaría volver!

—Pues mira, allí no hay nada —dijo Juliet—. Ni siquiera pude descubrir dónde estaba.

—Estoy segura de que yo lo encontraría. ¿Por qué no fui con vosotros? Un paseo veraniego. ¿Qué fuerzas hacen falta para dar un paseo en coche? Papá

siempre dice que no tengo fuerzas.

—Fuiste a esperarme.

—Sí, fui. Pero él no quería que fuera. Me dio un arrechucho.

Manoteó alrededor para colocarse las almohadas detrás de la cabeza, pero no lo consiguió, lo hizo Juliet.

—¡Maldito sea! ¡Menuda piltrafa estoy hecha! Sin embargo, creo que podría darme un baño. ¿Y si viene alguien?

Juliet preguntó si esperaba a alguien.

—No. ¿Pero si viniera?

Juliet la llevó al cuarto de baño y Penélope la siguió a gatas. Cuando el agua estuvo lista y la abuela dentro de la bañera, Penélope decidió que el baño tenía que ser también para ella. Juliet la desnudó. Abuela y nieta se bañaron juntas. Desnuda, Sara no parecía una anciana sino más bien una

muchacha envejecida, una muchacha que hubiera sufrido una extraña enfermedad que la hubiera consumido, agostado.

Penélope aceptaba su presencia sin alarmarse, pero sujetaba con fuerza su jabón amarillo con forma de pato.

Fue en la bañera cuando por fin Sara decidió preguntar con mucha circunspección por Eric.

—Estoy segura de que es un buen hombre —dijo.

—A veces —contestó Juliet sin darle importancia.

—Se portó tan bien con su primera mujer...

—Con su única mujer —corrigió Juliet—. Hasta ahora.

—Estoy segura de que ahora que tienes esta nena..., eres feliz, quería decir. Estoy segura de que eres feliz.



—Todo lo que se puede ser cuando se vive en pecado —contestó Juliet, que sorprendió a la madre escurriéndole una esponja en la cabeza enjabonada.

—Eso es lo que quiero decir —dijo Sara después de agacharse y taparse la cara con un chillido de placer—. ¿Juliet?

—¿Sí?

—Sabes que no hablo con mala intención cuando digo despropósitos de papá. Sé que me quiere. Pero es desdichado.

Juliet soñó que volvía a ser niña y estaba en su casa, aunque la disposición de las habitaciones fuera ligeramente distinta. Miraba por la ventana de uno de los cuartos que no podía identificar y veía un arco de agua centelleante en el aire. El agua salía de una manguera. El padre, que le daba la espalda, regaba el jardín. Al cabo de un rato, una silueta que entraba y salía entre las plantas de frambuesa

resultaba ser Irene: una Irene más infantil, ágil y alegre. Esquivaba el agua que salía de la manguera. Se escondía, reaparecía, la mayoría de las veces con éxito, pero siempre la volvía a atrapar por un instante antes de que huyera. Se suponía que el juego era divertido pero, tras la ventana, Juliet lo observaba con indignación. El padre siempre le daba la espalda y, aun así, ella creía —en cierto modo *veía*—, que mantenía la manguera baja frente a él y que solo era la boca de la manguera lo que movía hacia atrás y hacia delante.

El sueño estaba teñido de pegajoso desagrado. No del tipo de desagrado que se empeña en formarse de piel afuera sino del que se infiltra por los conductos sanguíneos más estrechos.

Al despertar perduró la sensación. El sueño le pareció vergonzoso. Obvio, banal. Una lasciva complacencia de su propia creación.

A media tarde se oyó un golpe en la puerta

principal. Nadie utilizaba esa puerta: a Juliet le costó abrirla.

El hombre allí de pie llevaba una camisa amarilla de manga corta bien planchada y pantalones color habano. Tal vez fuera un poco mayor que ella, alto pero con aspecto frágil, de pecho ligeramente hundido. Saludó con gesto rotundo y sonrisa imperturbable.

—Vengo a ver a la señora de la casa —dijo.

Juliet no le hizo pasar y entró en la solana.

—Hay un hombre en la puerta —anunció—. Debe querer vender algo. ¿Me lo quito de encima?

Sara se levantó con esfuerzo.

—No, no —contestó jadeando. Arréglame un poco ¿quieres? Es Don. Es mi amigo Don.

Don ya había entrado en la casa y se lo oía cerca de la solana.

—Nada de alboroto, Sara. Soy yo. ¿Estás presentable?

Con mirada feliz y entusiasta Sara echó mano del cepillo de pelo que no podía dominar, se rindió y se pasó los dedos por el pelo. Su voz tenía un timbre de alegría.

—Me temo que estoy todo lo presentable posible. Adelante.

Apareció el hombre y se precipitó hacia ella, que le abrió los brazos.

—Hueles a verano —le dijo—. ¿De qué es? — Le toqueteó la camisa—. Olor a planchado. A algodón planchado. ¡Caramba, qué rico es!

—La planché yo. Sally está en la iglesia trajinando con las flores. No es mal trabajo ¿eh?

—Es precioso —contestó Sara—. Pero a ti casi no te dejan entrar. Juliet te tomó por un vendedor. Juliet es mi hija. Mi querida hija. ¿Te lo había dicho,

no? Te había dicho que iba a venir. Don es mi pastor, Juliet. Mi amigo y pastor.

Don se irguió y tomó la mano de Juliet.

—¡Qué bueno que estés aquí! Me alegro mucho de conocerte. Y la verdad es que no estabas tan desencaminada. Soy una especie de vendedor.

Juliet sonrió amablemente ante la broma del pastor.

—¿De qué iglesia es usted pastor?

La pregunta hizo reír a Sara.

—¡Ay, querida! Has mostrado la hilacha, ¿verdad?

—Soy de Trinity —dijo Don con su imperturbable sonrisa—. Y en cuanto a mostrar la hilacha..., no es ninguna novedad para mí que ni Sam ni Sara van a ninguna iglesia de la comunidad. De todas maneras yo empecé a dejarme caer por aquí porque tu madre es una dama encantadora.

Juliet no podía recordar si la iglesia llamada Trinity pertenecía a la Iglesia Anglicana o a la Iglesia Unida de Cristo.

—¿Quieres ofrecerle a Don alguna silla aceptable, querida? Ahí está inclinado sobre mí como una cigüeña. ¿Algún refresco, Don? ¿Quieres un ponche? Juliet me prepara ponches deliciosos. No. Seguramente es demasiado pesado. Acabas de entrar del calor del día. ¿Té? También es caliente. ¿Algún zumo? ¿De qué tenemos zumo, Juliet?

Don dijo:

—Lo único que necesito es un vaso de agua. Sería muy bien venido.

—¿De verdad no quieres té? —Sara estaba casi sin aliento—. Pues yo tomaría un poco. Podrías tomar media taza ¿no te parece, Juliet?

A solas en la cocina —veía a Irene en el jardín, ese día trabajaba con la azada alrededor de los

guisantes—, Juliet cavilaba si lo del té no era una excusa para hacerla salir de la habitación y tener unas palabras en privado. Unas palabras en privado..., ¿no sería una breve oración en privado? La idea la ponía enferma.

Ni Sam ni Sara habían pertenecido nunca a ninguna Iglesia aunque Sam le hubiera contado a alguien al principio de su vida allí que eran druidas. Se corrió la voz de que pertenecían a una Iglesia sin representación en el pueblo y el dato les sirvió para superar el aprieto de no ser en absoluto religiosos. Juliet asistió un tiempo a la escuela dominical de la Iglesia Anglicana solo porque tenía una amiga anglicana. En la escuela Sam nunca se había rebelado contra la obligación de leer La Biblia ni de rezar el Padrenuestro todas las mañanas, como tampoco se negaba a cantar el «Dios guarde a la Reina».

«Hay momentos en que hay que jugarse y en otros no merece la pena hacerlo», decía. «Si con eso

se conforman, siempre puedes escurrir el bulto y contarle a los críos un par de cosas sobre la evolución».

Hubo un tiempo en que Sara se interesó por la fe baptista, pero Juliet creía que ese interés se había desvanecido.

Preparó suficiente té para los tres y encontró galletas integrales en la alacena. También encontró la bandeja de cobre que Sara sacaba en las grandes ocasiones.

Don aceptó una taza y se bebió de un trago el agua helada que Juliet no olvidó llevarle, pero rehusó con la cabeza las galletas.

—Para mí no, gracias.

Pareció decirlo con especial énfasis. Como si la devoción se lo impidiera.

Le preguntó a Juliet dónde vivía, cómo era el clima de la costa occidental, en qué trabajaba su



marido.

—Es pescador de langostinos, pero no es mi marido —contestó Juliet con tono amable.

Don asintió. ¡Oh, sí!

—¿Es bravo el mar allí?

—A veces.

—Whale Bay. Nunca había oído hablar de ese pueblo. Pero ahora lo recordaré. ¿A qué iglesia vas en Whale Bay?

—No vamos. No vamos a la iglesia.

—¿No hay ningún templo de tu Iglesia cerca?

Sonriente, Juliet sacudió la cabeza.

—No *hay* ninguna Iglesia que sea nuestra. No creemos en Dios.

La taza de Don repiqueteó un poco al dejarla en el plato. Dijo que lamentaba oírlo.

—De verdad siento oírtelo decir. ¿Cuánto tiempo hace que piensas así?

—No lo sé. Nunca me lo he planteado en serio.

—Y tu madre me ha contado que tenéis un hijo. Tienes una niña ¿verdad?

Juliet dijo que sí, que la tenía.

—¿Y no la has bautizado? ¿Pretendes criarla como pagana?

Juliet dijo esperar que algún día Penélope formara su propia opinión sobre el asunto.

—Pero sí, pretendemos criarla apartada de cualquier religión. Sí.

—Es triste —dijo Don con calma—. Es triste por vosotros. Tú y tu..., le llames como le llames, habéis decidido rechazar la gracia de Dios. Bien. Sois adultos. Pero negársela a la niña..., es como negarle el alimento.

Juliet se dio cuenta de que iba a perder la compostura.

—Pero es que no *creemos* —dijo—. No creemos en la gracia de Dios. No es lo mismo que negarle el alimento, es negarnos a criarla en la mentira.

—Mentira. A lo que creen millones de personas en todo el mundo le llamas mentiras. ¿No te parece un poco soberbio de tu parte decir que Dios es mentira?

—Millones de personas no creen en él. Lo único que hacen es ir a la iglesia —contestó Juliet con voz acalorada—. Lo que hacen es no pensar. Si hay Dios, será Dios quien me ha dado un cerebro... ¿y pretende que no lo use? Además —añadió procurando mantenerse firme—, millones de personas creen en algo distinto. En Buda, por ejemplo. ¿Y por qué va a ser verdad cualquier cosa que crean millones de personas?

—Cristo está vivo —dijo Don de inmediato—.

Buda no.

—Eso es hablar por hablar. ¿Qué más da? Si de eso se trata no veo ninguna evidencia de que ninguno de los dos esté vivo.

—*Tú* no la ves. Pero otros sí. ¿Sabes que Henry Ford, Henry Ford II, que tiene todo lo que cualquiera puede desear en la vida, cae de rodillas y reza a Dios todas las noches?

—¿Henry Ford? —levantó la voz Juliet—. ¿Henry Ford? ¿Qué me importa a mí *Henry Ford*?

La discusión estaba tomando el rumbo que todas las discusiones de ese tipo están destinadas a tomar. La voz del pastor, que empezó siendo más apenada que furiosa —aunque siempre transmitiera una convicción férrea— estaba adoptando un tono estridente y severo mientras Juliet que empezó, según creía, ofreciendo razonable resistencia —con calma, sagacidad y exasperante cortesía—, había montado en cólera, era mordaz y agresiva. Los dos

lanzaban conclusiones y réplicas más ofensivas que provechosas.

Entretanto Sara mordisqueaba una galleta sin mirarlos. De vez en cuando se estremecía, como si las palabras la hirieran pero, al mismo tiempo, estuvieran fuera de su alcance.

Lo que acabó con la discusión fueron los aullidos de Penélope, que había despertado mojada, se había quejado un rato sin escandalizar, luego con más fuerza y, al fin, se dejó llevar por la furia. Sara fue la primera que la oyó y trató de llamarles la atención.

—Penélope —dijo en voz baja, luego levantó el tono—, Juliet, Penélope.

Juliet y el pastor la miraron distraídos, hasta que él dijo bajando repentinamente la voz:

—Tu bebé.

Juliet salió corriendo de la habitación. Temblaba

cuando levantó a Penélope, por poco la pincha al cambiarle los pañales. Penélope dejó de llorar, no porque se hubiera consolado sino porque la alarmó que la trataran de manera tan brusca. Sus grandes ojos húmedos, su mirada de asombro preocuparon a Juliet, que intentó calmarse, hablarle con toda la dulzura de la que era capaz y cogerla en brazos. Caminó con ella de un lado para otro por el pasillo de arriba. Penélope tardó en tranquilizarse, pero a los pocos minutos cedió la tensión de su cuerpo.

Juliet sintió que le pasaba lo mismo y, cuando creyó que las dos habían recuperado cierto control y serenidad, llevó a Penélope abajo.

El pastor había salido de la habitación de Sara y la esperaba. En una voz que pudo sonar contrita aunque parecía más bien temerosa, dijo:

—Bonita criatura.

Juliet contestó:

—Gracias.

Y pensó que lo mejor que podían hacer era despedirse, pero parecía que hubiera algo que lo detuviera. Siguió mirándola, no se movió. Estiró la mano como si quisiera cogerla por los hombros y la dejó caer.

—¿Tienes por casualidad...? —empezó a decir él y sacudió ligeramente la cabeza.

El «tienes» sonó balbuceante.

—Zummm —dijo y se palmeó la garganta. Señaló en dirección a la cocina.

Lo primero que se le ocurrió a Juliet es que estaba borracho. Se le tambaleaba levemente la cabeza hacia atrás y adelante, los ojos parecían cubiertos por un velo. ¿Había llegado borracho, había traído algo en el bolsillo? Entonces se acordó. Una chica, una alumna de la escuela donde dio clases seis meses. Esa chica, diabética, sufría una

especie de ataque, se le trababa la lengua, se angustiaba, tartamudeaba si pasaba demasiado tiempo sin comer algo.

Apoyó a Penélope en la cadera, lo cogió del brazo y lo llevó a la cocina. Zumo. Era lo que le habían dado a la niña, de eso hablaba él.

—Un momento, un momento, enseguida estarás bien —dijo.

Él se mantenía derecho, con las manos apoyadas en la mesada y la cabeza baja.

No había zumo de naranja —recordó haberle dado lo último que quedaba a Penélope esa mañana y pensado que debía comprar más. Pero había una botella de soda de uvas, que a Sam y a Irene les gustaba beber cuando volvían de trabajar en el jardín.

—Toma —dijo. Y se las arregló con una mano como estaba acostumbrada a hacer para llenar un



vaso—. Toma. —Mientras él bebía añadió—: Lo siento. No hay zumo. Pero es cuestión de azúcar ¿no es así? ¿No necesitas tomar un poco de azúcar?

El pastor bebió y asintió:

—Sí. Azúcar. Gracias.

Ya se le había aclarado la voz. Juliet también recordó que a la chica de la escuela le pasaba lo mismo: se recuperaba enseguida como por milagro. Antes de recuperarse y tranquilizarse del todo, mientras todavía tenía la cabeza inclinada, cruzaron la mirada. Al parecer no a propósito sino por casualidad. La mirada del pastor no era de agradecimiento ni perdón... No era una mirada en absoluto personal sino la mirada perdida de un animal atónito, fija en cualquier cosa que pudiera encontrar. En pocos minutos los ojos, la cara se convirtieron en la cara del hombre, del pastor, que dejó el vaso encima de la mesa y huyó de la casa sin decir palabra.

Cuando Juliet fue a buscar la bandeja del té, Sara estaba dormida o simulaba estarlo. Los límites entre el sueño, la somnolencia y la vigilia eran tan tenues que resultaba difícil distinguirlos. En todo caso habló y dijo en un tono que era casi susurro:

—¿Juliet?

Juliet se detuvo en el vano de la puerta.

—Debes creer que Don es..., más bien un tontucio. Pero no está bien. Es diabético. La cosa es grave.

—Sí —contestó Juliet.

—Necesita tener fe.

—Razón cavernícola —comentó Juliet pero, en voz tan baja, que seguramente Sara no la oyó porque siguió hablando.

—Mi fe no es de tan corto alcance. —Dijo con voz temblorosa (y en ese momento, a juicio de Juliet, estudiadamente patética)—. No sé cómo explicarlo.

Es..., todo lo que puedo decir es que es *algo*. Es un *algo* maravilloso. Cuando las cosas se ponen de verdad feas para mí..., cuando se ponen tan feas..., ¿sabes lo que pienso en esos momentos? Pienso, muy bien. Pienso... «Pronto. Pronto veré a Juliet».

*Temido (queridísimo) Eric:*

*¿Por dónde empezar? Estoy bien y Penélope también. Dadas las circunstancias. Camina con mucha seguridad alrededor de la cama de Sara, pero todavía se cuida de no dar pasos sin apoyo. El calor del verano es increíble, comparado con el de la costa occidental. Incluso cuando llueve. Es bueno que llueva porque Sam está metido de lleno en el negocio del mercado de verduras. El otro día fui con él en el antiguo vehículo a repartir frambuesas frescas, mermelada de frambuesas (hecha por una especie de Ilse Koch joven que habita nuestra cocina) y*

*patatas de la estación recién arrancadas. Está bastante agresivo. Sara se queda en cama y dormita o lee revistas pasadas de moda. Vino un pastor a visitarla y los dos nos enzarzamos en una discusión estúpida sobre la existencia de Dios o algún tema igual de arriesgado. La visita aquí va muy bien aunque...*

Es una carta que Juliet encontró años después. Eric debe haberla conservado por casualidad... No tenía particular importancia en sus vidas.

Volvió una vez más a la casa de su infancia para asistir al entierro de Sara, poco después de haber escrito esa carta. Irene ya no estaba por allí y Juliet no recordaba haber preguntado dónde estaba ni que se lo hubieran dicho. Lo más probable es que se hubiera casado. Como hizo Sam al cabo de dos años. Se casó con una maestra que había sido compañera suya, una mujer bondadosa, bonita, competente. Vivían en la casa de ella: Sam echó

abajo la casa donde había vivido con Sara y amplió la huerta. Cuando su mujer se retiró compraron una caravana y empezaron a hacer largos viajes invernales. Visitaron dos veces a Juliet en Whale Bay. Eric los llevó a pasear en su barca. Sam y él se llevaban bien. Como Sam decía eran carne y uña.

Cuando leyó la carta, Juliet se estremeció, como le pasa a cualquiera, al descubrir la voz archivada y turbadora de un pasado inventado por uno mismo. La dejó absorta la aparente jovialidad de la carta, comparada con sus dolorosos recuerdos. Luego pensó que en aquel tiempo se habría producido alguna alteración de la que no tuvo conciencia. Alguna alteración en cuanto a cuál consideraba su casa. Si la de Whale Bay con Eric o la de allí, la de antes, donde había transcurrido toda su vida anterior.

Lo que sucede en tu casa es lo que tratas de proteger todo lo posible, tanto tiempo como sea posible.

Y ella no había protegido a Sara. Cuando Sara dijo «Pronto veré a Juliet», Juliet no supo qué contestar. ¿No podría haberse empeñado en hacerlo? ¿Era acaso tan difícil? No tenía más que decir «sí». Para Sara habría significado mucho... A ella, desde luego, le habría costado tan poco... Pero se dio vuelta y salió, se llevó la bandeja del té a la cocina, lavó y secó las tazas. Y también el vaso de soda de uvas. La dejó sin nada.

# SILENCIO

En la corta travesía en ferry desde Buckley Bay a Denman Island, Juliet bajó de su coche y se instaló en la proa del barco donde soplabla la brisa veraniega. Una mujer la reconoció y empezaron a hablar. No es raro que la gente eche una segunda mirada a Juliet, se pregunte dónde la ha visto antes y a veces lo recuerde. Aparece con regularidad en el Canal Provincial de Televisión, entrevista a personas que llevan una vida singular o notable, modera con habilidad paneles de debate en un programa llamado *Temas del día*. Ahora lleva el pelo muy corto, todo lo corto posible, un pelo que ha tomado color rojizo oscuro y entona con el color de la armadura de las gafas. Suele usar pantalones negros —como hoy—, una camisa de seda color marfil y de vez en cuando chaqueta negra. Es lo que su madre habría llamado una mujer llamativa.

—Perdón, la gente siempre debe molestarla.

—Me gusta —contesta Juliet—. Salvo si acabo de salir del dentista o algo por el estilo.

La mujer tiene más o menos la misma edad que Juliet. Pelo largo negro con algunos mechones grises, no está maquillada y lleva una camisa larga de mezclilla. Vive en Denman. Por eso Juliet le pregunta qué piensa del Centro de Equilibrio Espiritual.

—Es que mi hija está allí —explica Juliet—. Está haciendo retiros espirituales o siguiendo un curso, no sé cómo lo llaman. Son seis meses. Esta es la primera vez en seis meses que voy a verla.

—Hay un par de sitios como ese —dice la mujer—. Son de los que van y vienen. No quiero decir que sean sospechosos. Simplemente que, como sabes, por lo general están por ahí en los bosques y no tienen mucho que ver con la comunidad. Pero, bueno ¿qué sentido tendrían los retiros espirituales si no se



aislaran?

Dice que Juliet debe de estar deseando volver a ver a su hija. Juliet contesta que sí. Y mucho.

—Estoy mal acostumbrada —reconoce Juliet—. Mi hija tiene veinte años, este mes cumplirá veintiuno... Y no nos hemos separado casi nunca.

La mujer cuenta que tiene un hijo de veinte años, una hija de dieciocho y otra de quince. Que algunas veces les *paga* el retiro espiritual a uno por uno o a todos juntos.

Juliet se ríe.

—Yo tengo solo esa. No puedo garantizar que no vaya a hacer todo lo posible por embarcarla de vuelta, porque me la cedieran unas cuantas semanas.

Es el tipo de conversación de madre cariñosa pero cargante, en la que le resulta fácil enfrascarse (Juliet es experta en réplicas conciliadoras). La verdad es que Penélope le ha dado escasos motivos

de queja y, si quisiera ser del todo sincera, en ese momento diría que un día sin contacto con su hija era difícil de soportar. Ni qué decir si eran seis meses. Penélope había trabajado como camarera de hotel durante el verano en Banff, había hecho viajes en autobús a México y haciendo autostop a Terranova. Pero siempre había vivido con Juliet y nunca habían estado seis meses separadas.

«La disfruto», podría haber dicho Juliet. «No porque sea una de esas chicas que van repartiendo canciones y bailes, donaire y alegría, buscando el lado positivo. Creo haberla educado para algo mejor que eso. Tiene garbo, piedad y más sabiduría que si llevara ochenta años en la tierra. Es reflexiva por naturaleza, no esquemática como yo. Un poco reticente como su padre. Tiene una belleza angelical, como mi madre, rubia como mi madre pero no tan frágil. Enérgica y noble. Está moldeada, diría yo, como una cariátide. Y en contra de lo que piensa la mayoría de la gente no estoy ni remotamente celosa.

Todo este tiempo sin ella —sin saber una palabra de ella porque el Equilibrio Espiritual no permite cartas ni llamadas telefónicas—, todo este tiempo he vivido en una especie de desierto y, cuando llegó el mensaje, me sentí como un trozo de tierra resquebrajada que recibe un buen trago de lluvia».

Espero verte el domingo por la tarde. Ya era hora.

Hora de volver a casa, confiaba Juliet que quisiera decir pero, naturalmente, eso dependería de Penélope.

Penélope había trazado un mapa rudimentario y Juliet no tardó en aparcar frente a una antigua iglesia, es decir, frente al edificio de una iglesia construida setenta u ochenta años atrás, cubierta de estuco, no tan antigua ni en absoluto parecida a las imponentes iglesias que había en la parte de Canadá donde Juliet se criara. Detrás de la iglesia había otro edificio más reciente —con tejado inclinado y

ventanas que cubrían toda la fachada—, además de un sencillo escenario, algunos bancos y lo que parecía ser una pista de voleibol con una red bamboleante. Todo estaba venido a menos y la parcela de terreno había sido recuperada por los enebros y los álamos.

Un par de personas —no podía decir si eran hombres o mujeres— hacían trabajos de carpintería en el tablado. Otras estaban sentadas en los bancos, formando pequeños grupos. Todos llevaban ropa corriente, no túnicas amarillas ni nada por el estilo. Durante unos minutos nadie se fijó en el coche de Juliet. Después se levantó una de las personas que estaban en los bancos y, sin prisa, se dirigió a ella: un hombre de mediana edad con gafas.

Juliet bajó del coche, lo saludó y preguntó por Penélope. Él no dijo palabra —a lo mejor obedecía la regla del silencio—, pero asintió, se volvió y entró en la iglesia. De allí salió enseguida, no Penélope sino una mujer pesada, lerda de

movimientos, de pelo blanco, que llevaba vaqueros y un suéter suelto.

—Es un honor conocerla —dijo—. Entre, por favor. He pedido a Donny que nos haga un poco de té.

Tenía cara franca y lozana, sonrisa a la vez picara y tierna, y lo que Juliet supuso debía llamar ojos centelleantes.

—Me llamo Joan —se presentó.

Juliet esperaba un sobrenombre, algo así como «Serenidad» o con sabor oriental, de ninguna manera tan vulgar y conocido como Joan. Después pensó como es lógico en la papisa Juana.

—He dado con el sitio ¿verdad? Soy forastera en Denman —dijo Juliet con un tono que desarmaría a cualquiera—. ¿Usted sabe que he venido a ver a Penélope?

—Sí, claro, a Penélope... —Joan arrastraba las

sílabas del nombre con cierto tono halagador.

El interior de la iglesia estaba oscurecido con telas color púrpura colgadas de los altos ventanales. Habían retirado los reclinatorios y otros adornos de iglesia. Cortinas lisas blancas estiradas formaban cubículos privados, como en una sala de hospital. Sin embargo, el cubículo adonde condujeron a Juliet no tenía cama, solo una mesita, un par de sillas de plástico y algunos estantes donde se apilaban en desorden papeles sueltos.

—Todavía estamos en el proceso de arreglar aquí las cosas —dijo Joan—. Juliet. ¿Puedo llamarla Juliet?

—Sí, claro que sí.

—No estoy acostumbrada a hablar con celebridades —Joan mantenía las manos juntas bajo la barbilla, en pose de oración—. No sé si debo ser informal o no.

—No soy ninguna celebridad.

—¡Oh!, lo es. No diga esas cosas. Y quiero confesar ahora mismo cuánto admiro el trabajo que hace. Es un rayo de sol en la oscuridad. Lo único que merece la pena ver en televisión.

—Gracias —dijo Juliet—. Recibí una nota de Penélope...

—Lo sé. Pero lamento tener que decirle, Juliet, lo lamento mucho y no quiero que se sienta usted decepcionada... Penélope no está aquí.

La mujer dice esas palabras —«Juliet no está aquí»— en voz tan baja como es posible. Se creería que la ausencia de Penélope podría convertirse en tema de entretenida reflexión, incluso de mutuo deleite.

Juliet tiene que tomar aliento. Tarda unos minutos en poder hablar. La invade el terror. El presentimiento. Se esfuerza por echarse atrás y

considerar el hecho con razonable ponderación.  
Hurga en su bolso.

—Me decía que esperaba...

—Lo sé, lo sé —dice Joan—. Tenía la intención de estar aquí, pero no pudo.

—¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?

—No puedo decírselo.

—¿Quiere decir que no puede o que no quiere?

—No puedo. No lo sé. Pero puedo decirle una cosa que posiblemente la tranquilice. Haya ido adonde haya ido, haya decidido lo que haya decidido, será lo que debe hacer. Será lo que debe hacer para su espiritualidad y su desarrollo.

Juliet decide pasar por alto esas últimas palabras. Se le atraganta la palabra «espiritualidad» que, como suele decir, lo abarca todo desde los mantras budistas hasta la misa mayor. Jamás imaginó que Penélope, con su inteligencia, se metiera en



semejante cosa.

—Creo que debo saberlo —dice—, en caso de que quiera que le mande alguna de sus cosas.

—¿Sus pertenencias? —Joan parece incapaz de reprimir una amplia sonrisa aunque de inmediato la convierte en expresión de ternura—. En estos momentos Penélope no está demasiado preocupada por sus «pertenencias».

En medio de cualquier entrevista Juliet ha sentido muchas veces que la persona con quien se enfrenta tiene reservas hostiles, que no eran evidentes antes de que las cámaras empezaran a rodar. Una persona a quien Juliet ha subestimado, que le ha parecido bastante estúpida, puede tener esa suerte de fortaleza. Hostilidad picara pero certera. En ese caso la cuestión es no demostrar nunca que te han desconcertado, no dar nunca el menor indicio de devolver la hostilidad.

—Cuando hablo de «desarrollo» me refiero

naturalmente a desarrollo interior —insiste Joan.

—Entiendo —contesta Juliet, mirándola a los ojos.

—Penélope ha tenido la maravillosa ocasión de conocer en su vida a personas interesantes, ha *crecido* con una persona interesante, usted es su *madre*... Pero ¿sabe?, a veces falta una dimensión, los hijos ya criados sienten que se los ha *privado* de algo...

—¡Oh, sí! —dice Juliet—. Sé que los hijos ya crecidos tienen toda clase de quejas.

Joan ha decidido atacar a fondo.

—Debo decirlo, ¿no faltaba por completo en la vida de Penélope la dimensión espiritual? Entiendo que no se formó en un hogar basado en la fe.

—La religión no era un tema prohibido. Hablábamos de ella.

—Tal vez haya sido la manera en que hablaban

de ella. ¿Al estilo intelectual? Ya sabe lo que quiero decir. Es usted tan inteligente... —añade con amabilidad.

—Eso lo dice usted.

Juliet es consciente de que el control de la entrevista y de ella misma está tambaleándose y de que tal vez ya esté perdido.

—No es que lo diga *yo*, Juliet. Lo dice *Penélope*. Penélope es una muchacha adorable y querida, pero se ha acercado a nosotros en estado de extrema necesidad. Necesidad de cosas que en casa no tenía a su disposición. Ahí estaba usted, con su vida maravillosa, ocupada y exitosa... Pero, Juliet, debo decirle que Penélope ha conocido la soledad. Ha conocido la desdicha.

—¿No las ha conocido la mayoría de la gente en uno u otro momento? ¿La soledad y la desdicha?

—No soy quién para decirlo. ¡Ay, Juliet! Es

usted una persona asombrosamente perspicaz. La he visto a menudo por televisión y he pensado, ¿cómo llega derecho al corazón de las cosas sin dejar de ser nunca amable y cortés con la gente? Nunca creí poder estar sentada con usted cara a cara. Ni mucho menos estar en condiciones de *ayudarle*...

—Es posible que en eso se equivoque.

—Se siente herida. Es natural que se sienta herida.

—También es cosa mía.

—Y bien. A lo mejor se pone en contacto con usted. Al fin y al cabo...

Penélope se puso en contacto con Juliet un par de semanas después. Llegó una tarjeta de cumpleaños suya —del cumpleaños de Penélope—, el 19 de junio. Cumplía veintiún años. Era el tipo de tarjeta que se manda a un conocido cuyos gustos se ignoran. No la burda tarjeta jocosa, la

verdaderamente ingeniosa, ni la tarjeta sentimental. En el anverso había un ramillete de pensamientos atados con un lazo color púrpura, una de cuyas puntas deletreaba las palabras «Feliz cumpleaños». Palabras que se repetían en el interior, con el añadido de «deseándote un muy» en letras doradas encima.

No estaba firmada. En el primer momento, Juliet pensó que quien le mandaba la tarjeta a Penélope había olvidado firmarla, y que ella, Juliet, la había abierto por error. Alguien que tuviera el nombre de Penélope y la fecha de su nacimiento en el archivo. Podría ser el dentista o el instructor que le enseñó a conducir. Pero cuando se fijó en la letra del sobre vio que no había ningún error: estaba sin duda su nombre, escrito de puño y letra por Penélope.

Los sellos ya no daban ninguna pista. Todos decían «Correo de Canadá». Juliet tenía la vaga idea de que había maneras de saber por lo menos de qué provincia venía una carta pero, para eso, había que

hacer la consulta en la oficina de Correos, ir allí con la carta y muy probablemente te citarían para exponer el caso y tu derecho para acceder a la información. Y con toda seguridad alguien la reconocería.

Fue a ver a su vieja amiga Christa, que había vivido en Whale Bay cuando ella también vivía allí, incluso antes de que naciera Penélope. Christa estaba en Kitsilano, en una residencia para incapacitados. Sufría esclerosis múltiple. Su habitación en la planta baja tenía un pequeño patio privado. Juliet estaba sentada allí con ella, mirando el poco sol que caía sobre el césped y la glicina a lo largo de la cerca que, toda florecida, ocultaba los contenedores de basura.

Juliet le contó la historia de su viaje a Denman Island. No se la había contado a nadie y esperaba no tener que contársela a nadie más. Todos los días en el camino de vuelta a casa se preguntaba si no encontraría a Penélope en el piso. O por lo menos una carta. Y la hubo —la tarjeta poco amable—, que

abrió rasgando el sobre con manos temblorosas.

—Algo es algo —dijo Christa—. Te hace saber que está bien. Ya llegará algo más. Llegará. Ten paciencia.

Juliet habló con amargura de Mother Shipton<sup>[7]</sup>. Así la llamaba después de haber barajado, sin que la conformara, el nombre de papisa Juana. Qué maldita artimaña, dijo. Cuánta asquerosidad, cuánta maldad detrás de esa fachada barata de beatería. Era imposible imaginar que Penélope se hubiera dejado embaucar por ella.

A Christa se le ocurrió que a lo mejor Penélope había visitado el lugar pensando escribir algo sobre el tema. alguna suerte de investigación periodística. Trabajo de campo. El punto de vista personal: la cosa personal y detallista tan de moda en la actualidad.

¿Hacer investigación durante seis meses?, preguntó Juliet. Penélope tendría que haber calado a

Mother Shipton en diez minutos.

—Es extraño —admitió Christa.

—No te enteras más de lo que te permiten enterarte ¿no es así? —continuó Juliet—. Hasta preguntar me habría dado asco. Así me siento en el mar. Me siento estúpida. Desde luego la mujer se empeñó en hacerme sentir estúpida. Como la protagonista que espeta algo en una obra de teatro y nadie le hace caso porque todos saben algo que ella no sabe...

—Ya no se hacen ese tipo de comedias —dijo Christa—. Ahora nadie sabe nada. No... Penélope no me hacía más confidencias que a ti. ¿Por qué me las iba a hacer? Sabía que acabaría contándotelas.

Juliet se quedó callada un rato y luego murmuró enfurruñada:

—Hay cosas que no me has contado.

—¡Oh, por el amor de Dios! —dijo Christa sin



ninguna animosidad—. No volvamos sobre eso.

—De acuerdo, no volvamos otra vez sobre lo mismo —concedió Juliet—. Estoy de muy mal humor, eso es todo.

—Domínate. Es una de las cruces de tener hijos. Después de todo no te ha dado tantos disgustos. Dentro de un año esto será historia antigua.

Juliet no le había contado que al final no había sido capaz de marcharse con dignidad. Se dio vuelta y gritó enfurecida con tono suplicante.

—¿Qué te dijo ella?

Y allí estaba Mother Shipton de pie mirándola, como si se lo esperara. Mientras sacudía la cabeza se extendió por sus labios apretados una sonrisa de suficiencia y desdén.

Durante el siguiente año, Juliet recibió de vez en cuando llamadas telefónicas de personas que habían sido amigas de Penélope. Su contestación a las

preguntas que le hacían siempre era la misma. Penélope había decidido tomarse un año de descanso. Se había ido de viaje. Su agenda de viaje no estaba en modo alguno planificada y Juliet no tenía manera de ponerse en contacto con ella ni ninguna dirección que pudiera proporcionarles.

No llamó nadie que hubiera sido amigo íntimo de ella. Podría significar que las personas próximas a Penélope sabían muy bien dónde estaba. O podría ser que también ellas estuvieran de viaje en el extranjero, hubieran conseguido trabajo en otras provincias, hubieran cambiado de vida y estuvieran demasiado abrumadas o corriendo demasiados riesgos para ocuparse de viejos amigos.

(En esa etapa de la vida, viejos amigos son aquellos a quienes no se ha visto durante seis meses).

Cada vez que entraba en su casa lo primero que hacía era fijarse si la luz del contestador automático

titilaba: precisamente lo que siempre había tratado de evitar, pensando que sería alguien que despotricara sobre sus declaraciones públicas. Probaba engaños estúpidos como contar los pasos que daba hasta llegar al teléfono, fijarse en la manera de levantar el auricular, en la manera de respirar. «Que sea ella».

Nada daba resultado. Al cabo de un tiempo pareció que el mundo se hubiera vaciado de personas que Penélope conociera, de los pretendientes que había rechazado o de los que la habían rechazado a ella, de las chicas con quienes chismorreaba y a quienes seguramente haría confidencias. Penélope había estado interna en una escuela privada para niñas —Torrance House— en vez de asistir al instituto. Eso significaba que la mayoría de sus antiguas amigas —incluso las que lo siguieron siendo en el *College*— iban de otras ciudades. Algunas de Alaska, Prince George o Perú.

En Navidad no llegó ningún mensaje. Pero en

junio sí otra tarjeta, por el estilo de la primera, sin una sola palabra escrita. Juliet tomó un vaso de vino antes de abrirla y luego la tiró. Tenía ataques de llanto, de vez en cuando tiritonas incontrolables, que acababan en arranques de furia. Caminaba por la casa, dándose puñetazos en la palma de la mano. La furia iba dirigida a Mother Shipton, pero la imagen de esa mujer se había desvanecido y, finalmente, Juliet hubo de reconocer que esa mujer no era más que un sucedáneo.

Desterró todas las fotografías de Penélope a su cuarto, con fajos de dibujos y pinturas al pastel hechas antes de que se fueran de Whale Bay, sus libros y la cafetera europea para una taza que le había regalado con el dinero ganado en el primer verano que trabajó en McDonald's. También desterró los caprichosos regalos para el piso, como el diminuto abanico de plástico para pegar en la nevera, un tractor de juguete con cuerda, la cortina de cuentas de cristal para la ventana del cuarto de

baño. Cerró la puerta del dormitorio y, con el tiempo, pasaba delante de ella sin conmoverse.

Juliet dedicó mucho empeño al proyecto de salir de ese piso, para darse el gusto de vivir en un nuevo entorno. Pero dijo a Christa que no podía hacerlo porque esa era la dirección que tenía Penélope, el correo solo se lo remitirían al nuevo domicilio durante tres meses y, en ese caso, su hija no podría encontrarla.

—Siempre podrá encontrarte en el trabajo — contestó Christa.

—¿Quién sabe cuánto tiempo seguiré allí? Ella estará probablemente en alguna comunidad donde no le permitan comunicarse con nadie. Con algún gurú que se acuesta con todas las mujeres y las manda a mendigar por las calles. Si la hubiera mandado a la escuela dominical y le hubiera enseñado a rezar sus oraciones diarias es posible que esto no hubiera pasado. Debí haberlo hecho. Debí haberlo hecho.

Habría servido de vacuna. Descuidé su *espiritualidad*. Lo dijo Mother Shipton.

Cuando Penélope apenas tenía trece años fue de campamento a las montañas Kootenay de la Columbia Británica con una amiga de Torrance House y su familia. Juliet era partidaria de ese tipo de viajes. Penélope solo estuvo un año en Torrance House (la habían aceptado en condiciones económicas muy convenientes porque la madre había sido profesora allí). A Juliet le gustó que tuviera una amiga tan leal y que la familia estuviera dispuesta a recibirla. También le gustaba que fuera de campamento, algo que los niños corrientes hacen y Juliet nunca tuvo ocasión de hacer cuando era pequeña. A ella tampoco le habría interesado, enterrada como estaba ya en los libros, pero recibió de buen grado las señales de que Penélope resultaba una niña más normal de lo que había sido ella.

Eric tenía sus recelos con la idea. Pensaba que Penélope era demasiado joven. No le gustaba que se

fuera de vacaciones con gente a quien apenas conocía. Además estaba interna en una escuela y no la veían muy a menudo... ¿Por qué entonces acortar el tiempo que podían pasar con ella?

Juliet tenía otra razón: quería quitar de en medio a Penélope las primeras dos semanas de las vacaciones de verano porque las relaciones entre Eric y ella no eran demasiado buenas. Quería resolver las cosas que no estaban resueltas. No quería aparentar que todo iba bien, solo para no perjudicar a la niña.

En cambio a Eric le habría gustado más que sus diferencias se limaran, que se ocultaran y se dejaran de lado. Según la forma de pensar de Eric, los buenos modales servirían para restablecer la buena relación, la apariencia de cariño bastaría para seguir adelante hasta redescubrir el auténtico amor. Y, si nunca conseguían más que conservar las apariencias..., pues bien, eso llevarían ganado. Así podría manejar las cosas.

Y sin duda podía, pensaba descorazonada Juliet.

Con Penélope en casa habría razones para portarse bien —para que Juliet se portara bien puesto que, en opinión de Eric, era ella quien atizaba los rencores—, cosa que a él le convenía.

Juliet le contó lo que pensaba, dando así lugar a una nueva fuente de resentimiento, porque Eric echaba mucho de menos a Penélope.

La razón de sus peleas era antigua y muy corriente. En la primavera, a través de la revelación —y la sinceridad o tal vez la malevolencia de su antigua vecina Ailo, que conservaba cierta lealtad a la difunta mujer de Eric y tenía sus reservas con Juliet—, Juliet descubrió que Eric se había acostado con Christa. Christa había sido durante mucho tiempo su íntima amiga pero, antes de eso, novia de Eric, su *amante* (aunque ya nadie hablara del asunto). La había dejado cuando le pidió a Juliet que se fuera a vivir con él. Juliet sabía ya entonces todo



lo de Christa y no era razonable objetar lo que hubiera ocurrido antes de que Eric y ella formaran pareja. Y no lo hizo. Lo que sí objetaba —lo que decía le había partido el corazón— sucedió después. (Eric seguía sosteniendo que había sido hacía mucho tiempo). Había ocurrido cuando Penélope tenía un año y Juliet se la había llevado a Ontario. Cuando fue a visitar a sus padres. A visitar —como siempre recalca— a su madre moribunda. Mientras estuvo lejos, queriendo y añorando a Eric con toda el alma (lo creía de verdad), Eric no hizo más que volver a sus antiguas costumbres.

Al principio confesó haberlo hecho una vez (borracho), pero acosado y con algunos tragos de más, dijo que posiblemente habría sido con mayor frecuencia.

¿Posiblemente? ¿No se acordaba? ¿Tantas veces que no podía acordarse?

Sí, podía acordarse.

Christa fue a ver a Juliet para calmarla y decirle que no había sido nada serio. (Ese era también el estribillo de Eric). Juliet la despachó y le dijo que no volviera a pisar nunca su casa. Christa decidió que era un buen momento para ir a visitar a su hermano, que vivía en California.

La rabia de Juliet contra Christa era más que nada una formalidad. Entendía que unos cuantos revolcones en el heno con una antigua novia (la deplorable descripción de Eric en su mal concebido intento por minimizar las cosas) no eran de ninguna manera más amenazantes que un abrazo apasionado con una mujer a quien se acaba de conocer. Su furia contra Eric era tan profunda e irreprimible, que dejaba escaso lugar para culpar a nadie más.

Las conclusiones de Juliet eran que Eric no la quería ni la había querido nunca, que a sus espaldas se había burlado de ella con Christa. Que la había convertido en un hazmerreír ante de gente como Ailo (que siempre la tuvo aborrecida). Que la había

tratado con desprecio, que veía con desprecio el amor que ella le tenía (o le había tenido), que vivía con ella en el engaño. El sexo no significaba nada para él o, en todo caso, no significaba lo que significaba (o había significado) para ella. Él lo practicaría con cualquiera que tuviera al alcance.

Solo la última de esas conclusiones tenía algún atisbo de verdad y, cuando estaba en sus cabales, Juliet lo sabía. Pero hasta ese atisbo de verdad era suficiente para que el mundo se le viniera abajo. No debía ser así, pero lo era. Y Eric no era capaz —con toda sinceridad no lo era— de ver por qué tenía que serlo. No le sorprendió que ella se quejara, armara un escándalo, ni siquiera que llorara (aunque una mujer como Christa no lo habría hecho nunca), pero que se sintiera de verdad herida, que se considerara despojada de cuanto la sostenía —por algo que había pasado *doce años antes...*, eso no podía entenderlo.

A veces le parecía que Juliet hacía teatro para

sacar partido; otras veces se sentía invadido por el auténtico pesar de haberla hecho sufrir. La profundidad del dolor los excitaba y hacían el amor maravillosamente bien. Cada vez que lo hacían él creía que todo había acabado, que la tortura había quedado atrás. Siempre se equivocaba.

En la cama Juliet se reía y le hablaba de Pepys y Mrs. Pepys<sup>[8]</sup>, ardientes de pasión en parecidas circunstancias. (Aunque tenía casi abandonados los estudios de lenguas clásicas, Juliet era una lectora incansable y todo lo que en esa época leía parecía tener que ver con adulterios). Nunca con tanta frecuencia ni con tanto ardor, decía Pepys, aunque también contara que su mujer pensaba asesinarlo cuando estuviera dormido. Juliet se reía de eso pero, media hora después, cuando Eric iba a despedirse antes de salir en la barca para ver cuántos langostinos habían caído en las trampas, ponía cara de piedra y le daba un beso con gesto de resignación, como si se fuera a encontrar con alguna

mujer en plena bahía, bajo el cielo lluvioso.

Fue algo más que lluvia. El mar estaba apenas picado cuando Eric salió pero, a última hora de la tarde empezó de pronto a soplar el viento del sudeste y levantó olas en Desolation Sound y el estrecho de Malaspina. Siguió soplando casi hasta que, en esa noche de la última semana de junio, oscureció del todo alrededor de las once. Para entonces se había perdido un velero con tres adultos y dos niños a bordo. También dos barcos pesqueros —uno con dos hombres a bordo y otro con uno solo: Eric.

El día siguiente amaneció claro y soleado: las montañas, las aguas, las costas, todo límpido y resplandeciente.

Era sin duda posible que no todas esas personas hubieran desaparecido, que hubieran encontrado refugio y pasado la noche en cualquiera de la multitud de pequeñas calas. Era más probable que lo

hubieran conseguido los pescadores que la familia del velero, que no era del lugar sino de Seattle y estaba de vacaciones. Esa mañana salieron de inmediato barcas para buscar en tierra firme, en las costas de las islas y en las aguas.

Primero encontraron los cuerpos de los niños ahogados, con los salvavidas puestos; y, a última hora del día, los de los padres. No encontraron al abuelo hasta el día siguiente. Los cuerpos de los hombres que pescaban juntos no aparecieron nunca, aunque sí los restos del bote arrastrado hasta cerca de Refuge Cove.

El cuerpo de Eric se encontró el tercer día. A Juliet no le permitieron verlo. Se decía que algo lo había atacado (algún animal), después de que la marea lo dejara en la costa.

Quizá por eso —porque no había posibilidad de ver el cuerpo ni necesidad de funeraria— entre los viejos amigos y compañeros pescadores de Eric

surgió la idea de incinerarlo en la playa. Juliet lo aceptó. Era necesario hacer un certificado de defunción, de modo que telefonearon al médico de Powell River, que iba una vez por semana a Whale Bay. Él dio a Ailo —que todas las semanas le servía de asistente— y a una enfermera licenciada la autorización para hacerlo.

En la playa había muchos maderos a la deriva, muchas cortezas de árboles cubiertas de sal marina, con las que se hacen soberbias hogueras. En un par de horas todo estuvo listo. Corrió la noticia... A pesar del poco tiempo disponible empezaron a llegar mujeres con comida. Fue Ailo quien se hizo cargo de todo: su sangre escandinava, su porte erguido y el pelo blanco suelto parecían ajustarse con naturalidad al papel de Viuda del Mar. Los chiquillos corrían alrededor de los leños y eran ahuyentados de la creciente pira, del sudario que envolvía el bulto sorprendentemente reducido, que había sido Eric. Las mujeres de una de las Iglesias

proporcionaron un gran recipiente de café en esa ceremonia semipagana y, para cuando llegara el momento, en los baúles de los coches y en las cabinas de los camiones dispusieron a discreción cajones de cerveza y botellas de bebidas de todo tipo.

Surgió la cuestión de quién hablaría y de quién encendería la pira. Le preguntaron a Juliet, ¿lo haría ella? Y Juliet —tensa y afanada sirviendo jarros de café— dijo que sería un error porque, como viuda, se suponía que debía arrojarse a las llamas. La verdad es que se rio cuando lo dijo y quienes lo preguntaron se echaron atrás, temerosos de que le diera un ataque de histeria. El hombre que más a menudo compartía la barca con Eric aceptó encender la hoguera, pero dijo no ser orador. Varios pensaron que de cualquier modo no habría sido una buena elección, puesto que su mujer pertenecía a la Iglesia Anglicana y él podría haberse sentido obligado a decir cosas que habrían disgustado a Eric si hubiera



podido oírlas. Entonces se ofreció el marido de Ailo: un hombrecito desfigurado años atrás por un incendio a bordo. Era un socialista recalcitrante y ateo. En su discurso se perdió bastante en la trayectoria de Eric, salvo cuando lo proclamó Hermano de Lucha. Se explayó de modo sorprendente, cosa que luego se atribuyó a la vida reprimida que llevaba bajo la férula de Ailo. Puede haber habido cierta inquietud entre la muchedumbre antes de que terminara su retahíla de quejas por las injusticias, cierta sensación de que la ceremonia se estaba convirtiendo en algo no tan dramático, solemne ni desgarrador como era de esperar. Pero cuando el fuego empezó a arder se desvaneció esa sensación, se produjo un silencio reverencial, incluso —o especialmente— entre los niños, hasta el momento en que uno de los hombres gritó: «¡Sacad a los críos de aquí!». Fue cuando el fuego alcanzó el cuerpo, haciendo que la gente tomara conciencia —aunque fuera un poco tarde— de que,

en el instante en que las llamas devoraran la grasa, el corazón, los riñones y el hígado podrían producirse estampidos o ruidos chisporroteantes, que pondrían los pelos de punta. Una buena cantidad de chiquillos fueron sacados en volandas del lugar por las madres, algunos de buena gana, otros consternados. De modo que el acto final de la incineración fue casi una ceremonia masculina y ligeramente escandalosa aunque, en este caso, lícita.

Juliet se quedó con los ojos abiertos de par en par, balanceándose en cuclillas, con la cara pegada al fuego. No estaba del todo allí. Pensaba en... ¿quién era? —¿Trelawny?—, sacando el corazón de Shelley de las llamas. El corazón, con su larga historia de trascendencia. Era extraño pensar cómo incluso en esa época, no hacía tanto tiempo, un órgano carnal era considerado algo tan precioso, el ámbito del coraje y del amor. No era más que carne ardiendo. Nada que tuviera que ver con Eric.

Penélope no sabía nada de lo ocurrido. Había

una nota breve en el diario de Vancouver — naturalmente no sobre la incineración en la playa sino sobre los ahogados—, pero ni los periódicos ni los noticieros radiales llegaban a las profundidades de las montañas Kootenay. Cuando volvió a Vancouver llamó por teléfono a casa desde la de su amiga Heather. Contestó Christa —llegó demasiado tarde a la ceremonia y se quedó con Juliet para ayudar en lo que pudiera—. Christa dijo que Juliet no estaba —era mentira— y pidió hablar con la madre de Heather. Le contó lo ocurrido y le dijo que ella llevaría a Juliet en coche a Vancouver. Saldrían enseguida y Juliet le diría la verdad a Penélope una vez que estuvieran allí.

Christa dejó a Juliet en la puerta de la casa donde estaba Penélope y Juliet entró sola. La madre de Heather la llevó a la solana. Allí estaba Penélope. Penélope recibió la noticia con expresión aterrorizada y, cuando Juliet la abrazó —casi por formulismo—, con algo parecido al bochorno. Tal

vez en casa de Heather, en la solana blanca, verde y anaranjada, mientras los hermanos de Heather tiraban la pelota al cesto en el patio trasero, la funesta noticia apenas podía abrirse paso. No se habló de la incineración: en esa casa y en ese vecindario habría parecido algo primitivo, grotesco. También por esa razón Juliet adoptó una actitud más desenvuelta de lo que hubiera querido: casi daba la impresión de tomar el asunto con *espíritu deportivo*.

Después de dar un toquecito en la puerta entró la madre de Heather con vasos de té helado. Penélope se bebió el suyo de un trago y fue a reunirse con Heather, que merodeaba por el pasillo.

La madre de Heather aprovechó para hablar con Juliet. Se disculpó por molestarla en ese momento con cuestiones materiales, pero no disponían de mucho tiempo. El padre de Heather y ella se iban a los pocos días al este para visitar a unos parientes. Estarían fuera un mes y tenían pensado llevar a Heather con ellos. (Los chicos se iban de

campamento). Pero Heather había decidido no ir y pidió quedarse allí, en casa, con Penélope. No era posible dejar solas a dos chiquillas de trece y catorce años... Había pensado que tal vez a Juliet le conviniera pasar un tiempo lejos de su casa, tomarse un respiro, después de lo ocurrido. Después de la pérdida y la tragedia sufridas.

Juliet no tardó en amoldarse a vivir en un mundo distinto, en una casa impecable, espléndida y muy bien amueblada, con lo que se llaman comodidades —que para ella eran lujos— por todas partes. En una calle que hacía curva, flanqueada por casas semejantes, detrás de arbustos bien podados y vistosos macizos de flores. Hasta el clima fue durante ese mes perfecto: templado, esplendoroso con una brisa agradable. Heather y Penélope iban a nadar, jugaban al bádminton en el jardín, iban al cine, hacían pastas, se daban atracones, hacían dieta, tomaban sol, llenaban la casa de música con canciones que a Juliet le parecían irritantes y bobas.

A veces invitaban a otras amigas. No invitaban a muchachos pero mantenían largas, provocativas y superficiales conversaciones con los que pasaban de largo por la casa o se reunían en la de al lado. Juliet oyó por casualidad decir a Penélope a una de las amigas que las visitaban:

—Bueno, la verdad es que apenas lo conocía.

Hablaba del padre.

Qué extraño.

Penélope nunca tuvo miedo de salir en la barca, como le pasaba a Juliet, cuando las aguas estaban picadas. Le daba la lata para que la llevara y a veces lo conseguía. Cuando iba detrás de Eric con su salvavidas anaranjado, llevando un timón que pudiera manejar, siempre ponía cara de concentrada formalidad y dedicación. Aprendió a izar las velas y era experta, rápida e implacable, en descabezar y embolsar el pescado. En cierta etapa de su infancia —entre los ocho y once años—, siempre decía que

cuando fuera mayor saldría a pescar. Eric le decía que ya había chicas que lo hacían. Juliet pensaba que posiblemente lo hiciera porque Penélope era brillante, pero no libresca, desbordaba vida y no le tenía miedo a nada. Pero cuando Penélope no lo oía, Eric decía esperar que se le quitara la idea de la cabeza, no le deseaba esa vida a nadie. Siempre hablaba de las penurias y la incertidumbre del trabajo que había elegido aunque estuviera orgulloso de hacerlo. Juliet pensaba lo mismo.

Y ahora lo negaba. Lo negaba Penélope, que acababa de pintarse las uñas de los dedos de los pies color púrpura y llevaba un tatuaje falso en el ombligo. A él, que había llenado su vida. Lo negaba ella.

A Juliet le parecía estar haciendo lo mismo. Es verdad que estaba muy afanada buscando trabajo y un lugar donde vivir. Ya había puesto en venta la casa de Whale Bay... No se le ocurrió en ningún momento seguir viviendo allí. Había vendido la

furgoneta y regalado las herramientas de Eric, las velas que se habían recuperado y la barca. El hijo mayor de Eric, que vivía en Saskatchewan, fue a buscar al perro.

Había presentado solicitudes de trabajo en el departamento de consultas de la biblioteca del *College* y en la biblioteca pública. Tenía la impresión de que conseguiría un cargo en alguna de las dos. Buscó pisos por las zonas de Kitsilano, Dunbar o Point Gray. La limpieza, la pulcritud y las facilidades de la vida urbana le seguían sorprendiendo. Así vivía la gente en sitios donde los hombres no trabajan a la intemperie y donde las actividades relacionadas con el trabajo no terminan de puertas adentro. Donde el clima puede ser un factor en tu talante, pero nunca en tu vida, donde problemas tan alarmantes como los cambios de hábitos y la oferta de langostinos y salmón pueden ser si acaso curiosidades o ni siquiera se repara en ellos. En comparación, la vida que llevara en Whale



Bay hasta hacía tan poco tiempo le parecía imprevisible, fatigosa, agotadora. Y ella misma se había librado de las pesadumbres de los últimos meses: se sentía enérgica, competente y tenía mejor aspecto.

¡Si Eric viera cómo estaba ahora!

En esos momentos siempre pensaba en Eric. No es que dejara de tener conciencia de su muerte: la tenía día y noche. Sin embargo seguía siendo su constante punto de referencia, como si todavía fuera la persona que, más que nadie, se preocupara por su existencia. Como si todavía fuera la persona ante cuyos ojos esperara lucirse. También la persona a quien ofrecía razones, información, sorpresas. Hasta tal punto era un hábito en ella, surgía tan automáticamente, que su muerte no conseguía impedirlo.

Ni siquiera habían dado por acabada su última riña. Todavía tenía en cuenta su traición. Cuando

ahora se vanagloriaba un poco de sí misma era acuciada por el recuerdo de esa traición.

La tempestad, la recuperación del cuerpo, la incineración en la playa... Todo eso era como un espectáculo que se hubiera visto obligada a presenciar, obligada a creer, un espectáculo que seguía sin tener nada que ver con Eric ni con ella.

Consiguió trabajo en la biblioteca de consultas, encontró un piso de dos dormitorios que apenas podía pagar, Penélope volvió a Torrance House como externa. Liquidaron los asuntos pendientes en Whale Bay, dieron por terminada su vida allí. Hasta Christa se trasladó en primavera y se instaló en Vancouver.

Antes de eso, un día —un día de febrero—, Juliet estaba bajo el cobertizo en la parada del autobús del campus, al terminar el trabajo de la tarde. Había dejado de llover, por el oeste se veía una franja roja en el cielo despejado, por donde el

sol había caído al otro lado del estrecho de Georgia. Esa señal de que los días se alargaban, la promesa de un cambio de estación tuvo un efecto inesperado y aplastante en ella.

Tomó plena conciencia de que Eric había muerto.

Como si todo ese tiempo, mientras estuvo en Vancouver, la hubiera estado esperando en alguna parte, esperando ver si reanudaría la vida con él. Como si estar con él fuera una posibilidad todavía abierta. Desde que estaba allí había seguido viviendo su vida contra el telón de fondo de Eric, sin acabar nunca de entender que Eric no existía. De él no quedaba nada. En el mundo cotidiano y rutinario su recuerdo se alejaba.

De modo que eso es el dolor... Siente como si le hubieran echado encima un saco de cemento que hubiera fraguado rápidamente. Apenas puede moverse. Subir al autobús, bajar del autobús,

caminar cincuenta metros hasta su edificio (¿porqué está viviendo ahí?), es como subir a un acantilado. Y ahora tenía que ocultárselo a Penélope.

Durante la cena empezó a temblar, pero no podía aflojar los dedos para dejar caer el cuchillo y el tenedor. Penélope rodeó la mesa y le abrió las manos a la fuerza.

—Es por papá ¿verdad? —preguntó.

Más adelante Juliet contaría a unas pocas personas —Christa entre ellas—, que habían sido las palabras más tremendamente piadosas y tiernas que nadie le hubiera dicho nunca.

Penélope recorrió de arriba abajo con sus manos frescas los brazos de Juliet. Al día siguiente llamó a la biblioteca diciendo que su madre estaba enferma y la cuidó durante un par de días. Se quedó en casa hasta que Juliet se repuso. O por lo menos hasta que lo peor hubo pasado.

Durante esos días Juliet se lo contó todo a Penélope. Christa, la riña, la incineración en la playa (que hasta entonces se las había arreglado de milagro para ocultarle). Todo.

—No tendría que abrumarte con tantas cosas.

Penélope dijo:

—Sí, es verdad, a lo mejor no. —Pero agregó con devoción—: Te perdono. Creo que no soy una niña.

Juliet volvió al mundo. La especie de ataque vivido en la parada de autobús se repitió muchas veces, pero no con tanta intensidad.

Gracias a sus tareas de investigación en la biblioteca conoció a algunas personas del Canal Provincial de Televisión y aceptó un trabajo que le ofrecieron. Llevaba un año allí cuando empezó a hacer entrevistas. Toda la lectura indiscriminada hecha durante años (que tanto criticaba Ailo en los

días de Whale Bay), todos los pellizcos de información recogidos, sus ansias aleatorias de saber y su rápida capacidad de asimilación, le fueron muy útiles. Cultivó un estilo autocrítico y ligeramente bromista que, en general, funcionaba de maravilla. Ante las cámaras era difícil que nada la desconcertara. Aunque la verdad es que al volver a casa caminaba de aquí para allá soltando quejas y maldiciones, cuando recordaba haber percibido cualquier problema técnico, cualquier tropiezo o, lo que todavía era peor, alguna palabra mal pronunciada.

Al cabo de cinco años dejaron de llegar las tarjetas de cumpleaños.

—No significa nada —dijo Christa—. No eran más que para avisarte que en algún sitio estaba viva. Ahora supone que has recibido el mensaje. Confía en que no mandes a nadie a que le siga el rastro. Eso es todo.

—¿Le eché demasiado peso encima?

—¡Oh, Jul!

—No hablo solo de la muerte de Eric. Después hubo otros hombres. Le transmití demasiada amargura.

Porque Juliet había tenido dos amoríos cuando Penélope tenía entre catorce y veintiún años, y, en los dos casos, se las arregló para sentirse locamente enamorada aunque luego se avergonzara. Uno de los hombres era mucho mayor que ella y estaba casado. El otro era bastante menor y le alarmaba el ardor de lo que sentía por él. Más adelante tampoco ella se los explicaba. La verdad es que le tenía sin cuidado, decía.

—Yo no diría que fuera así —contestó Christa, que estaba cansada—. No lo sé.

—¡Ay, Dios! ¡Qué estúpida! Ya no me obsesiono de esa manera con los hombres, ¿verdad?

Christa no dijo que podría ser por falta de candidatos.

—No, Jul. No.

—Lo cierto es que no hice ninguna barbaridad —dijo Juliet exaltada—. ¿Por qué sigo empecinada en que ha sido culpa mía? Penélope es un enigma, eso es todo. Necesito enfrentar el hecho. Un enigma y una desaprensiva —añadió aparentando decisión.

—No —replicó Christa.

—Tienes razón. No..., es verdad.

Cuando pasó el segundo junio sin saber una palabra, Juliet decidió mudarse. Durante los primeros cinco años —le contó a Christa—, esperaba la llegada de junio preguntándose qué pasaría. Tal y como estaban en ese momento las cosas, se lo preguntaba todos los días. Y todos los días sufría una decepción más.

Se mudó a un edificio alto del West End. Se



propuso tirar cuanto había en el cuarto de Penélope pero, al final, lo metió todo en bolsas de basura y se las llevó con ella. El piso no tenía más que un dormitorio, pero había un trastero en el sótano.

Hacía jogging en Stanley Park. Rara vez hablaba de Penélope ni siquiera con Christa. Tenía un novio —así le llamaban ahora—, que jamás había oído una palabra de su hija.

Christa adelgazó y se volvió más taciturna. Un día de enero murió, casi repentinamente.

Nadie aparece en televisión toda la vida. Por muy agradable que tu cara haya parecido a los televidentes, llega un momento en que prefieren a alguien distinto. Le ofrecieron otros trabajos —investigación, hacer la voz en *off* en programas sobre la naturaleza—, pero los rechazó de buena gana, diciendo que necesitaba un cambio total. Volvió al estudio de las lenguas clásicas; pensó en reanudar su tesis doctoral. Para ahorrar se mudó del

edificio alto a un piso de *soltera* todavía más reducido que el anterior.

El novio había conseguido un cargo docente en China.

El piso estaba en el sótano de una casa, pero las puertas corredizas traseras se abrían a nivel de tierra. Y tenía un patiecito con suelo de ladrillo, un emparrado con alverjillas y clemátides, hierbas y flores en maceta. En pequeña escala, por primera vez en su vida se convirtió en jardinera, como había sido su padre.

En las tiendas o en el autobús del campus a veces le decían: «Perdóname, pero tu cara me resulta conocida» o «¿No eres la señora que solía aparecer en televisión?». Al cabo de un año dejaron de preguntarle nada. Pasaba mucho tiempo demorándose en la lectura y tomando café en las mesas de las terrazas de los bares sin que nadie se fijara en ella. Se dejó crecer el pelo. Durante los

años en que se lo teñía color cobrizo había perdido el vigor del castaño natural: ahora era castaño plateado, fino y ondulado. Ella misma se recordaba a su madre, Sara. El pelo suave, rubio, suelto de Sara, que se puso gris y luego blanco.

Ya no tenía sitio para recibir gente a cenar y había perdido interés en las recetas. Comía lo suficiente para nutrirse, pero siempre lo mismo. Sin proponérselo perdió contacto con la mayoría de sus amigos.

No era de extrañar. Llevaba una vida tan diferente como era posible de la de mujer vital, con inquietudes, siempre bien informada que había sido antes. Vivía entre libros, leía en sus horas de vigilia, sentía la necesidad compulsiva de profundizar, de alterar cualquiera de las premisas del silogismo que tuviera entre manos. A veces dejaba pasar por alto las noticias del mundo durante una semana entera.

Abandonó la tesis y empezó a interesarse por

algunos de los escritores llamados novelistas griegos, cuya obra llegó bastante tarde a la historia de la literatura griega (en el primer siglo a. C., como había aprendido a llamarle) y llegó hasta principios de la Edad Media. Aristeides, Longus, Heliodoro, Aquiles Tatio. Gran parte de sus obras se han perdido o solo quedan fragmentos y, además, se las considera indecorosas. Pero hay una novela de Heliodoro llamada *Aethiopica* (originalmente en una biblioteca privada, rescatada en el asedio de Buda), conocida en Europa desde que se imprimió en Basilea en 1534.

En la historia, la Reina de Etiopía da a luz una criatura blanca y teme ser acusada de adulterio. Entrega al bebé —una niña— a los gimnosofistas, los filósofos desnudos, que eran eremitas y místicos. A la niña, llamada Chariclea, la llevan finalmente a Delfos donde se convierte en sacerdotisa de Artemisa. Allí conoce a un noble de Tesalia llamado Theagenes que se enamora de ella y, con la ayuda de

un egipcio muy listo, se la lleva. La reina egipcia nunca ha dejado de echar de menos a la hija y contrata al mismo egipcio para que la busque. Continúan los infortunios y las aventuras hasta que los personajes principales se encuentran en Merow y, una vez más, Chariclea es rescatada justo cuando el padre está a punto de sacrificarla.

Era substancial la abundancia de temas interesantes y esa historia, como es lógico, ejerció una fascinación perdurable en Juliet. En especial la parte referida a los gimnosofistas. Trató de averiguar todo lo que pudo sobre esa gente, en general llamados filósofos hindúes. En este caso ¿se supone que la India linda con Etiopía? No... Heliodoro apareció lo bastante tarde como para saber más geografía. Los gimnosofistas fueron trotamundos, se extendieron por todas partes, atraieron y ahuyentaron a quienes vivieran cerca con su rígida entrega a la pureza de vida y pensamiento, su desprecio por las pertenencias, incluso por la

vestimenta y la alimentación. A una muchacha bonita criada entre ellos podrían inculcarle algún perverso afán de llevar una vida contemplativa, llena de privaciones.

Juliet había hecho un nuevo amigo llamado Larry. Enseñaba griego y permitió a Juliet guardar las bolsas de basura en el sótano de su casa. A Larry le gustaba imaginar cómo podrían convertir *Aethiopica* en comedia musical. Juliet se prestó a esa fantasía hasta llegar a inventar canciones maravillosamente tontas y ridículos efectos teatrales. Pero en secreto le seducía la idea de concebir un final distinto, un final que implicara renunciamiento, investigación retrospectiva; un final en el cual la muchacha con seguridad encontraría farsantes, charlatanes, impostores, burdas falacias de lo que realmente buscaba. Es decir, la reconciliación final con la Reina de Etiopía: pecadora, arrepentida, pero de buen corazón.

Juliet estaba casi segura de haber visto a Mother

Shipton allí en Vancouver. Había llevado alguna ropa que no volvería a usar nunca (su ropero era cada vez más utilitario) a la tienda de segunda mano del Ejército de Salvación y, cuando dejaba la bolsa en el recibidor, vio a una anciana gorda con un capisayo suelto, poniendo parches a unos pantalones. La mujer hablaba con otras trabajadoras. Tenía pinta de supervisora, una jefa campechana pero vigilante, que asumiría ese papel le hubiera sido o no asignado.

Si de verdad era Mother Shipton, había caído muy bajo en este mundo. Pero no del todo. Porque si era Mother Shipton ¿cómo no iba a tener acopio de optimismo y aplomo para que la auténtica caída fuera imposible?

Acopio de sermoneo, de perverso sermoneo, también.

«Ha venido a nosotros en estado de extrema necesidad».

Juliet le había contado a Larry la historia de Penélope. Necesitaba que alguna persona la supiera.

—¿Debí haberle hablado de una vida noble? ¿Del sacrificio? De dedicar tu vida a las necesidades de extraños? Debo haber actuado como si bastara con que fuera como yo. ¿Le habrá asqueado eso?

Larry no era hombre que buscara nada en Juliet excepto su amistad y buen humor. Era lo que solía llamarse un solterón a la antigua usanza, asexuado hasta donde se sabía (pero probablemente lo que ella sabía no era mucho), gazmoño ante cualquier revelación personal, siempre ameno.

Habían aparecido otros dos hombres que la querían como pareja. A uno de ellos lo conoció sentada a la mesa de una de las terrazas. Acababa de enviudar. A Juliet le gustó, pero su soledad era tan evidente y su manera de perseguirla tan desesperada, que se alarmó.



El otro hombre era el hermano de Christa, con quien se había encontrado varias veces en vida de Christa. Le gustaba su compañía: en muchos aspectos se parecía a Christa. Hacía mucho tiempo que su matrimonio había fracasado, no estaba desesperado. Por Christa sabía que había mujeres dispuestas a casarse con él, a quienes él evitaba. Pero era demasiado racional. Su manera de haberla elegido, rayana en haberlo hecho a sangre fría, tenía algo de humillante.

¿Y por qué humillante? No porque ella estuviera enamorada de él.

Fue mientras todavía se veía con el hermano de Christa —se llamaba Gary Lamb—, cuando tropezó con Heather en una calle del centro de Vancouver. Juliet y Gary acababan de salir del cine donde habían visto la película de la tarde y hablaban de dónde ir a cenar. Era una tarde templada de verano, todavía no había oscurecido.

En la acera, una mujer se separó de un grupo de personas. Fue derecha a Juliet. Una mujer delgada ya cerca de los cuarenta años. Elegante con reflejos color caramelo en el pelo oscuro.

—Mrs. Porteus. Mrs. Porteus.

Juliet reconoció la voz aunque no la hubiera reconocido por la cara. Heather.

—Es increíble —dijo Heather—. Estoy aquí desde hace tres días y me voy mañana. Mi marido está en un congreso. Estaba pensando que apenas conozco ya a nadie aquí, me doy vuelta y la veo a usted.

Juliet le preguntó en dónde vivía y contestó que en Connecticut.

—Hace apenas quince días fui a visitar a Josh... ¿Se acuerda de mi hermano Josh? Visitaba a mi hermano Josh y familia en Edmonton cuando tropecé con Penélope. Igual que ahora, en plena calle. No...,

la verdad es que fue en el muelle, en ese muelle fenomenal que tienen. Iba con un par de sus hijos, había ido a comprarles uniformes a la escuela adonde van. Los chicos. Las dos nos quedamos pasmadas. Al principio no la reconocí, pero ella me reconoció a mí. Había viajado en avión, claro. Desde ese lugar perdido allá en el norte. Pero dice que es bastante civilizado. Me dijo que usted seguía viviendo aquí. Bueno, estoy con esta gente, son amigos de mi marido, y no voy a tener tiempo de llamarla por teléfono...

Juliet hizo un gesto para decir que naturalmente no tendría tiempo de llamarla ni ella esperaba que lo hiciera.

Le preguntó cuántos hijos tenía.

—Tres. Son unos monstruos. Espero que crezcan pronto. Pero mi vida es un paseo comparada con la de Penélope. Tiene *cinco*.

—Sí.

—Tengo que salir corriendo. Vamos a ver la película. No sé nada de ella, ni siquiera me gusta el cine francés. Pero ha estado muy bien este encuentro. Mis padres se han mudado a White Rock. Siempre la veían en televisión. Presumían con los amigos de que usted hubiera estado viviendo en casa. Dicen que ya no aparece. ¿Se hartó del asunto?

—Sí. Algo así.

—Ya voy, ya voy...

Abrazó y besó a Juliet como hace ahora todo el mundo y corrió a reunirse con sus acompañantes.

Veamos. Penélope no vivía en Edmonton: había *bajado* a Edmonton. En avión. Eso significaba que viviría en Whitehorse o Yellowknife. ¿De qué otro sitio podría decir que era *bastante* civilizado? Es posible que lo dijera con ironía, para tomarle un poco el pelo a Heather.

Tenía cinco hijos y por lo menos dos eran

varones. Se habían quedado sin uniformes de escuela. Es decir, que iban a una escuela privada. Eso significaba dinero.

En el primer momento Heather no la había reconocido. ¿Quería decir que estaba envejecida? ¿Quería decir que había perdido la silueta después de cinco embarazos, que no *se cuidaba*? Heather sí se había cuidado. Hasta cierto punto Juliet también. ¿Era una de esas mujeres a quienes la mera idea de luchar por conservarse bien le parecía ridícula, demostraba inseguridad en sí mismas? O solo algo para lo cual no tenía tiempo, más allá de cualquier otra consideración.

Juliet creía que Penélope se relacionaba con trascendentalistas, que se había convertido en una mística, que hacía vida contemplativa. O bien — todo lo contrario, pero siempre sencilla y espartana —, que se ganaba la vida de manera ruda y arriesgada pescando en las aguas frías de Inside Passage, cerca de la costa de la British Columbia,

tal vez con un marido, tal vez con unos cuantos hijos fornidos.

En absoluto. Llevaba la vida de una matrona próspera y práctica. Quizás estuviera casada con un médico o con uno de esos funcionarios gubernamentales, que están a cargo de las zonas del norte del país durante la época en que su control se va cediendo gradual y cautelosamente —pero con bombos y platillos— a los nativos. Si alguna vez volvía a ver a Penélope se reirían de lo equivocada que estaba Juliet. Se reirían cuando hablaran de sus encuentros por separado con Heather, de lo sorprendentes que habían sido.

No. No. El hecho es que seguramente ya se había reído demasiado con Penélope. Fueron demasiadas las cosas tomadas en broma. Lo mismo que demasiadas cosas —cosas personales, amores que quizá no fueron más que placeres— se convertían en tragedias. A Juliet le faltaron inhibiciones maternas, formalidad y dominio de sí misma.

Penélope había dicho que ella, Juliet, seguía viviendo en Vancouver. No le había contado nada a Heather de la ruptura. Seguro que no. Si se lo hubiera contado Heather no habría hablado con tanta espontaneidad.

¿Cómo sabía Penélope que ella todavía estaba allí, a menos que se hubiera fijado en el listín telefónico? Y si lo había hecho ¿qué significaba eso?

Nada. No pretendas darle ningún significado.

Caminó hasta la esquina para reunirse con Gary que, con mucho tacto, se había apartado de la escena del encuentro.

Whitehorse. Yellowknife. Era sin duda doloroso saber el nombre de esos sitios: sitios adonde podría llegar en avión. Sitios donde podría merodear por las calles, concebir planes para conseguir indicios.

Pero no estaba tan loca. No debía ser tan loca.

Durante la cena pensó que la noticia que acababa

de conocer la ponía en mejores condiciones para casarse con Gary o para vivir con él... Lo que él quisiera. No había por qué preocuparse ni mantenerse a la espera en lo que a Penélope concernía. Penélope no era un fantasma, estaba a salvo —hasta donde cualquiera puede estar a salvo— y seguramente era tan feliz como puede serlo cualquiera. Había tomado distancia de Juliet y a Juliet, a su vez, no le quedaba más remedio que tomar también distancia.

Pero Penélope le había dicho a Heather que Juliet vivía en Vancouver. ¿Dijo «Juliet»? ¿«Mamá»? ¿O mi «madre»?

Juliet le contó a Gary que Heather era hija de unos viejos amigos. Nunca le había hablado de Penélope y él nunca se había dado por enterado de la existencia de Penélope. Es posible que Christa se lo hubiera contado y que él mantuviera silencio fuera por consideración o porque no era cosa suya. O que Christa se lo hubiera contado y él lo hubiera



olvidado. O que Christa nunca le hubiera hablado de Penélope ni hubiera mencionado su nombre.

Si Juliet viviera con él, lo ocurrido con Penélope nunca saldría a la luz, Penélope no existiría.

Ni Penélope existía. La Penélope que Juliet buscaba había desaparecido. La mujer con quien Heather se había encontrado en Edmonton —la madre que llevaba a sus hijos a Edmonton para comprarles uniformes de colegio—, cuyo cuerpo y cuya cara habían cambiado tanto que Heather no la reconoció, no era ninguna conocida de Juliet.

¿Creía eso Juliet?

Si Gary vio que estaba inquieta simuló no notarlo. Pero quizá fuera esa noche cuando los dos comprendieron que nunca se juntarían. Si hubiera habido alguna posibilidad de que se juntaran, ella le habría dicho:

*Mi hija se marchó sin despedirse de mí y quizá sin saber que se marchaba. Que se marchaba para siempre. Después, poco a poco creo, se le ocurrió lo mucho que ansiaba alejarse. Simplemente ha encontrado la manera de hacer su vida.*

*Es posible que, lo que no puede enfrentar, sea tener que darme una explicación. O que de verdad no tenga tiempo. ¿Sabes?, siempre tenemos la idea de que hay una u otra razón y seguimos intentando descubrir razones. Pero creo que la razón no es algo tan fácil de sacar a la luz. Cierta pureza en su naturaleza. Sí. Cierta refinamiento, rectitud y pureza, cierta dureza pétrea en su sinceridad. Mi padre solía decir de alguien que le disgustaba, que esa persona no le servía de nada. ¿Podrían esas palabras no significar más que lo que decían? A mí, Penélope no*

*me sirve de nada.*

*Es posible que no pueda aguantarme. Es posible.*

Juliet tiene amigos. No muchos..., pero amigos. Larry sigue visitándola y le hace bromas. Continúa con sus estudios. La palabra «estudios» no parece cuadrar muy bien con lo que hace... Sería mejor decir «investigación».

Escasa de dinero trabaja algunas horas a la semana en el café donde pasaba tanto tiempo en las mesas de la terraza. Cree que ese trabajo equilibra sus enredos con los griegos antiguos... Tanto que cree no lo dejaría aunque no lo necesitara.

Sigue esperando una palabra de Penélope, pero no hasta quedar extenuada. Espera como las personas que saben es mejor la esperanza de bendiciones no merecidas, de remisiones espontáneas, cosas por el estilo.

# PASIÓN

Hace poco, Grace fue a buscar la casa de verano de los Travers en el valle de Ottawa. No había estado en esa parte del país desde hacía muchos años y, naturalmente, estaba muy cambiada. La autopista 7 evitaba pueblos que antes atravesaba y era recta en lugares donde, según recordaba, había curvas. Esa zona del Escudo Canadiense está plagada de lagos pequeños, que los mapas corrientes no tienen sitio para identificar. Incluso cuando localizó Little Sabot Lake —o creyó haberlo localizado— parecía haber demasiados caminos que llegaran a él desde la carretera comarcal y luego, cuando ya se hubo decidido por uno de esos caminos, lo cruzaban varios otros asfaltados, todos con nombres que no recordaba. Es verdad que, cuando estuvo allí cuarenta años antes, las calles no tenían nombre. Ni estaban asfaltadas. Solo existía el camino de tierra

que conducía al lago y el otro camino de tierra que corría bastante al azar por la orilla.

Ahora había un pueblo. O tal vez se lo podría llamar suburbio; no vio ninguna oficina de correos ni siquiera la menos prometedora tienda de comestibles. El asentamiento ocupaba cuatro o cinco calles hacia el interior a lo largo del lago, con casitas alineadas adosadas unas a otras o con reducidos terrenos. Algunas eran sin duda casas de veraneo: las ventanas ya estaban tapiadas, como siempre se hacía en la estación invernal. Pero otras tenían aspecto de estar habitadas todo el año: habitadas en muchos casos por gente que llenaba los patios de juegos de plástico, parrillas, bicicletas de entrenamiento, motocicletas y mesas de pícnic, ante las cuales había personas almorzando o tomando cerveza ese todavía templado día de septiembre. También las habitaban personas que no estaban visibles... Podrían ser estudiantes o hippies que vivieran solos y colocaban banderas o papel

aluminio a modo de cortinas. Casas pequeñas, baratas, la mayoría decentes, algunas preparadas para pasar el invierno, otras no.

Grace habría dado la vuelta de no haber visto la casa octogonal con grecas a lo largo del techo y puertas en todas las fachadas. La casa de los Woods. Recordaba que tenía ocho puertas, pero parecía no haber más que cuatro. Nunca había entrado para ver si el espacio estaba dividido en habitaciones. Tampoco creía que nadie de la familia Travers hubiera entrado nunca en ella. En otros tiempos, la casa estaba rodeada por grandes setos y brillantes álamos blancos, que el viento costero siempre hacía susurrar. Mr. y Mrs. Woods eran viejos —como ya lo era Grace— y no parecía que los visitaran amigos ni niños. La original y pintoresca casa tenía ahora aspecto abandonado, equívoco. Contra cualquiera de sus lados se aglomeraban los vecinos con sus trazas de gueto, sus vehículos a veces desguazados, sus juguetes y coladas.

Lo mismo pasaba con la casa de los Travers cuando la encontró, unos cuatrocientos metros más allá. En vez de terminar allí, ahora la carretera seguía más adelante y, otras casas, a los dos lados, estaban a pocos metros de distancia de la profunda galería que la rodeaba.

Era la primera casa, construida de esa manera, que Grace hubiera visto: solo tenía una planta y el tejado principal continuaba sin interrupción por los cuatro lados, cubriendo la galería. Después, en Australia, vio muchas casas como esa. Un estilo que hacía pensar en veranos calurosos.

Se podía salir corriendo desde la galería a través del extremo polvoriento de la senda de entrada, a través de una parcela de terreno — también propiedad de los Travers— cubierta de juncos y fresas silvestres, a través de la arena pisoteada y luego saltar —no, más bien, vadear— hasta meterse en el lago. Ahora era casi imposible ver el lago por culpa del caserón —una de las pocas

viviendas suburbanas de los alrededores, con garage para dos coches—, que cortaba la mismísima carretera.

¿Qué era lo que verdaderamente buscaba Grace cuando emprendió la expedición? Tal vez lo peor sería que consiguiera precisamente lo que buscaba: techo para refugiarse, ventanas con mosquitero, el lago enfrente, el bálsamo de arces y cedros detrás; la conservación perfecta, el pasado intacto, cuando nada de eso podía decirse de ella. A la larga sería menos hiriente encontrar algo tan venido a menos — todavía existente, pero sin relación con nada—, como ahora parecía la casa de los Travers, con las ventanas abuhardilladas añadidas y la sorprendente pintura azul.

¿Y qué habría pasado si hubiera desaparecido del todo? Estás enredándote. Si cualquiera se acerca a escucharte, lloras la pérdida. Pero quitarte de encima antiguos lastres o confusiones ¿no te proporcionaría cierta sensación de alivio?



Mr. Travers había construido la casa —es decir, la había hecho construir— como regalo de boda para Mrs. Travers. Cuando Grace la vio por primera vez, la casa tendría unos treinta años. Los hijos de Mrs. Travers se llevaban muchos años de diferencia: Gretchen, de veintiocho o veintinueve, ya estaba casada y era a su vez madre; Maury de veintiuno hacía su último año de *College*. Además estaba Neil, que mediaba la treintena. Pero Neil no era Travers. Era Neil Borrow. Mrs. Travers estuvo casada antes con un hombre que había muerto. Ella se ganaba la vida y mantenía a su hijo como profesora de inglés comercial en una escuela de secretariado. Cuando Mr. Travers hablaba de esa época de la vida de Mrs. Travers —cuando él todavía no la conocía—, hablaba de esos días como tiempos de penurias, casi como de trabajos forzados difíciles de soportar, en lugar de la vida holgada, que a él le haría muy feliz proporcionarle.

Mrs. Travers no decía en absoluto lo mismo.

Vivía con Neil en la ciudad de Pembroke, en una gran casa antigua dividida en departamentos, no lejos de las vías del tren. Y muchas de las anécdotas que contaba a la hora de las comidas eran de acontecimientos sucedidos allí, de los otros inquilinos y del propietario canadiense francés, cuyo áspero acento mezclado con el inglés imitaba. Los cuentos podían tener título, como los que Grace había leído de Thurber en *Antología del humor americano*, encontrado inexplicablemente en la estantería de la biblioteca, al fondo del aula del décimo curso. (En la estantería estaban también *El último de los barones* y *Dos años al pie del mástil*).

«La noche en que la vieja señora Cromarty salió al tejado». «Cómo cortejaba el cartero a Miss Flowers». «El perro que comía sardinas».

Mr. Travers nunca contaba anécdotas y tenía poco que decir durante las comidas pero, si te veía mirar —digamos— el suelo de piedra de la chimenea podía preguntar: «¿Te interesan las

piedras?»). Y te decía de dónde procedía cada una de ellas, cómo las buscó y buscó de ese granito rosa especial, porque Mrs. Travers se había maravillado ante una piedra igual que esa, atisbada en un corte de carretera. O te podía enseñar alguno de esos detalles no tan raros, que él había agregado al diseño de la casa: las baldas de la alacena esquinera de la cocina que giraban hacia fuera, el espacio para almacenar bajo los poyos de las ventanas. Era un hombre alto, encorvado, de voz suave y pelo fino estirado sobre el cuero cabelludo. Llevaba zapatillas de baño cuando se metía en el agua y, aunque con ropa corriente no parecía gordo, un rollo de carne blanca le asomaba por encima del bañador.

Grace trabajó ese verano en el hotel de Bailey's Falls, al norte del lago Little Sabot. A principios de verano la familia Travers fue a cenar allí. No se fijó en ellos, no estaban en una de sus mesas y aquella había sido una noche muy ajetreada. Ponía la mesa para un grupo recién llegado cuando se dio cuenta de

que alguien esperaba para hablarle.

Era Maury. Le dijo:

—Estaba pensando si querría salir conmigo alguna vez.

Grace apenas levantó la vista de los cubiertos que a toda prisa colocaba en su sitio.

—¿Es una apuesta?

Porque Maury hablaba en voz alta, parecía nervioso y estaba ahí tieso como si se viera forzado a hablar. Y se sabía que a veces grupos de jóvenes de las cabañas apostaban a quién conseguía salir con una camarera. No era del todo broma: si ellas aceptaban acudían a la cita, aunque con frecuencia solo fuera para apoltronarse ahí, sin invitar al cine, ni siquiera a tomar un café. De modo que se consideraba más bien vergonzoso, más bien poco serio que las chicas aceptaran.

—¿Cómo? —preguntó él apenado.

Y entonces sí, Grace interrumpió la tarea, levantó la vista y lo miró. En ese momento creyó saber cómo era el verdadero Maury. Asustadizo, violento, inocente, decidido.

—Vale —contestó sin titubear.

Podría querer decir, vale, poco a poco, sé que no es una apuesta, sé que no lo harías. O, vale, saldré contigo. Ella misma no sabía qué había querido decir. Pero él dio por descontado que Grace había aceptado y, en el acto, sin bajar la voz ni hacer caso de las miradas que echaban los comensales de alrededor, dijo que la recogería la noche siguiente al salir del trabajo.

Y sí la llevó al cine. Vieron *El padre de la novia*. A Grace no le gustó. Aborrecía a chicas como la Elizabeth Taylor de esa película, aborrecía a las niñas mimadas a quienes nunca se les pide nada, pero ellas sí engatusan y exigen. Maury le dijo que solo pretendía ser una comedia, pero Grace insistió

en que no era esa la cuestión. No fue capaz de aclarar cuál era la cuestión. Cualquiera habría dicho que era el hecho de que ella trabajara como camarera y fuera demasiado pobre para ir al *College* y que, si quisiera algo parecido a esa clase de boda, tendría que pasar años ahorrando para pagársela. (Maury sí lo pensó y se despertó en él un respeto casi reverencial por ella).

Grace no podía explicar ni entender que no era pura envidia lo que sentía, era rabia. Y no porque no pudiera comprar ni vestirse de esa manera. Así es como los hombres —la gente, todo el mundo— pensaba debería ser ella. Bonita, apreciada, mimada, egoísta, cabeza hueca. Así deben ser las chicas de quienes los hombres se enamoran. Después se convertiría en madre y se dedicaría ñoñamente a los bebés. Ya no sería egoísta, pero sí igual de cabeza hueca. Para siempre.

Echaba chispas con el tema, mientras estaba sentada al lado del muchacho que se había

enamorado de ella porque —al instante— creyó en la entereza y singularidad de su mente y su alma. Consideraba que su pobreza le daba un toque romántico. (Habría sabido que era pobre no solo por el trabajo que desempeñaba sino por su pronunciado acento de Ottawa Valley, acento del cual ella todavía no era consciente).

Él aceptó sus opiniones sobre la película. La verdad es que después de haber visto los esfuerzos por explicarse, Maury luchaba a su vez por decirle algo. Dijo haberse dado cuenta de que no era nada tan sencillo, tan *femenino*, como la envidia. Eso lo veía. Era evidente que Grace no aguantaba tanta frivolidad, no se conformaba con ser igual que la mayoría de las chicas. Era distinta.

Grace siempre recordaría lo que llevaba puesto esa noche. Falda campana azul oscuro, blusa blanca —a través de cuyos volantes calados podía verse el nacimiento de sus pechos—, cinturón elástico ancho rosado. Había sin duda cierta contradicción entre su

manera de vestir y en cómo quería que la juzgaran. Pero nada en ella era afectado, descarado ni rebuscado al estilo de la época. El dobladillo un poco irregular, las pulseras plateadas más baratas, el pelo largo, suelto y rizado que, cuando servía las mesas, llevaba recogido con una redecilla, le daban trazas de gitana.

Era distinta.

Maury le habló a su madre de Grace y la madre le dijo:

—Tienes que traer a esa Grace tuya a cenar.

Para ella todo era nuevo, todo delicioso. La verdad es que se enamoró de Mrs. Travers, tanto como Maury se había enamorado de ella. Desde luego no estaba en la naturaleza de Grace quedarse tan abiertamente sin habla, tan en actitud de veneración como estaba él.

A Grace la habían criado su tía y su tío, en



realidad sus tíos abuelos. La madre había muerto cuando tenía tres años y el padre se había marchado a Saskatchewan, donde tenía otra familia. Sus padres adoptivos eran cariñosos y hasta estaban orgullosos de ella, aunque los desconcertara, pero no eran dados a las conversaciones. El tío se ganaba la vida haciendo sillas de mimbre y le enseñó a Grace a tejer los asientos para que pudiera ayudarle. Cuando con el paso del tiempo él fue perdiendo la vista, las hacía ella. En esa época fue cuando consiguió el trabajo en Bailey's Falls durante el verano y, a pesar de lo duro que fue tanto para el tío como para la tía, la dejaron ir. Creían que debía tomarle gusto a la vida antes de establecerse.

Tenía veinte años y acababa de terminar el instituto. Habría terminado un año antes, pero tomó una decisión extraña. En la pequeñísima ciudad donde vivía —no estaba lejos de la Pembroke de Mrs. Travers— había un instituto de cinco cursos, que preparaba para los exámenes de funcionarios

gubernamentales y lo que entonces se llamaba «matriculación mayor». Nunca era necesario estudiar todas las asignaturas impartidas y, al final del primer año —que tendría que haber sido su último año, el décimo tercero—, Grace se presentó a los exámenes de historia, botánica, zoología, inglés, latín y francés. Sacó notas más altas de las exigidas. Pero allí apareció otra vez en septiembre, decidida a estudiar física, química, trigonometría, geometría y álgebra aunque esas asignaturas se consideraban demasiado difíciles para las chicas. Cuando terminó aquel año había completado todas las asignaturas del décimo tercer curso excepto griego, italiano, español y alemán porque en la escuela no había ningún profesor que los enseñara. Lo hizo estupendamente en las tres ramas de matemáticas y ciencias, si bien los resultados no fueron tan espectaculares como los del año anterior. Incluso pensó aprender por su cuenta griego, español, italiano y alemán para presentarse a los

exámenes del año siguiente. Pero el director de la escuela tuvo una conversación con ella y le dijo que no le serviría de nada, puesto que no iba a poder asistir al *College* y, en cualquier caso, ningún *College* exigía preparación tan completa. ¿Por qué lo hacía?, le preguntó. ¿Tenía algún proyecto?

Grace contestó que no. Que lo único que quería era aprender todo lo que pudiera por su cuenta. Antes de meterse de lleno en el oficio de tejedora de mimbre.

Era el director quien conocía al gerente de la posada y dijo que la recomendaría si quería probar el oficio de camarera durante un verano. También él habló de tomarle gusto a la vida.

De manera que, ni siquiera él, el director, creía que el aprendizaje tuviera nada que ver con la vida. Y cualquiera a quien Grace contara lo que había hecho —lo contaba para explicar por qué había tardado tanto en dejar el instituto—, decía algo así

como: «Tienes que haber estado loca».

Salvo Mrs. Travers, a quien habían mandado a una escuela comercial en vez de al *College* porque le dijeron que debía ser útil. Y lo que más desearía en ese momento, decía, era en cambio: —o en primer lugar— atiborrarse la cabeza de cosas inútiles.

—Aunque no tengas más remedio que trabajar para ganarte la vida —dijo—. Trenzar mimbre parece algo útil de hacer. Ya veremos...

Ya veremos ¿qué? Grace no quería en absoluto pensar en el futuro. Quería que la vida siguiera siendo como era. Cambió los turnos con otra chica para tener libres los domingos después del desayuno. Eso significaba trabajar hasta tarde los sábados. Significaba que había cambiado el tiempo que pasaba con Maury para pasarlo con la familia. Así pues, Maury y ella no podían ir nunca al cine ni tener una verdadera cita. Pero él la recogía cuando

terminaba su turno, alrededor de las once, y se iban a dar una vuelta en coche, paraban a comer un helado o una hamburguesa —Maury tenía la precaución de no llevarla a ningún bar porque Grace todavía no tenía veintiún años— y acababan aparcando en cualquier parte.

Los recuerdos que Grace tenía de esas sesiones de parking —que podían durar hasta la una o dos de la madrugada— eran más borrosos que los de los ratos pasados alrededor de la mesa de comedor de los Travers —cuando por fin todo el mundo se levantaba y se iba con cafés o bebidas frescas—, en el sofá de piel rojiza, en las mecedoras o en las sillas de mimbre protegidas con almohadones, al otro extremo de la habitación. (No era necesario enredarse en quitar la mesa ni fregar los platos: una mujer a quien Mrs. Travers llamaba «mi amiga, la habilidosa Mrs. Abel», iría a la mañana siguiente).

Maury siempre arrastraba cojines a la alfombra y allí se sentaba. Gretchen, que nunca se vestía para

la cena con nada que no fueran vaqueros o pantalones de fajina, solía sentarse con las piernas cruzadas en un sillón ancho. Tanto Maury como ella eran grandotes, anchos de hombros, con cierto parecido a la buena pinta de la madre: tenían el mismo pelo ondulado color caramelo, ojos cálidos color avellana. En el caso de Maury, hasta hoyuelos. «Guapo», decían las otras camareras de Maury. Le silbaban por lo bajo. «Guay, guay». Sin embargo Mrs. Travers no medía más de metro y medio y, bajo sus coloridas túnicas sueltas, no parecía gorda sino bien rellenita, como una niña que todavía no hubiera pegado el estirón. El brillo, la expresividad de sus ojos, su alegría expansiva siempre dispuesta a estallar, no se heredaba o no se podía heredar ni imitar. Tampoco el rojo desigual de las mejillas, que casi parecía sarpullido. Eso era seguramente consecuencia de salir hiciera el tiempo que hiciera sin preocuparse por el cutis y, como su silueta y sus túnicas, demostraba la independencia de su

personalidad.

Esas noches de domingo a veces, además de la familia, había invitados. Una pareja o alguna persona sola, en general de la edad de Mr. y Mrs. Travers y, también en general, parecidos a ellos porque las mujeres eran más vitales e ingeniosas, los hombres más callados, lerdos y tolerantes. Contaban historias divertidas, en las cuales se burlaban casi siempre de sí mismos. (Grace se enzarzaba tanto en esas charlas de sobremesa que, en algunas ocasiones, sentía náuseas también de sí misma y le resultaba difícil recordar por qué, en aquel entonces, le parecían tan insólitas. En su lugar de origen, la mayoría de las conversaciones animadas caían en bromas de mal gusto en las cuales, desde luego, ni su tía ni su tío participaban. En las raras ocasiones en que tenían invitados, las visitas elogiaban la comida, que ellos lamentaban no haber hecho mejor, hablaban del tiempo y anhelaban fervientemente que la reunión se diera por terminada lo antes posible).

Después de la cena, si el frío de la noche lo permitía, Mrs. Travers encendía la chimenea. Jugaban a lo que Mrs. Travers llamaba «bobos juegos de palabras», en los cuales la verdad es que era necesario ser bastante listo, hasta para inventar definiciones tontas.

Y era entonces cuando alguien que hubiera estado más bien callado durante la cena empezaba a lucirse. Podían armar aparentes trifulcas a propósito de afirmaciones disparatadas. Las iniciaba Wat, el marido de Gretchen, y, para deleite de Mrs. Travers y Maury, a los pocos segundos las seguía Grace. (Menos a Grace, a todos les hacía gracia que Maury gritara: «¿Lo veis? Os lo dije. Es muy lista»). Era Mrs. Travers misma quien señalaba el derrotero de esa invención de palabras con argumentos estrafalarios, garantizando que el juego no se convirtiera en algo demasiado serio ni ningún participante lo tomara a la tremenda.

La única vez que hubo un incidente y alguien se



sintió incómodo con el juego fue cuando llegó a cenar Mavis, casada con Neil, el hijo de Mrs. Travers. Mavis y sus dos hijos se alojaban no muy lejos, en la casa que sobre el lago tenían los padres de ella. Esa noche no estaban más que la familia y Grace porque esperaban que Mavis y Neil fueran con los hijos. Pero Mavis fue sola. Neil era médico y ese fin de semana estaba muy ocupado en Ottawa. Aunque para Mrs. Travers fuera una desilusión, se sobrepuso y preguntó con burlona consternación:

—¡No me vas a decir que los niños también están en Ottawa!

—Desgraciadamente no —contestó Mavis—. Pero no estaban precisamente encantadores. Estoy segura de que habrían chillado durante toda la cena. El bebé está muy quisquilloso con el calor y sabe Dios qué le pasa a Mikey.

Era una mujer esbelta y bronceada. Llevaba un vestido color púrpura y una cinta ancha también

púrpura haciendo juego, que le recogía el pelo negro hacia atrás. Bonita, pero con algún asomo de aburrimiento o disgusto ocultos en la comisura de los labios. Dejó casi toda la comida sin probar y dijo ser alérgica al curry.

—¡Ay, Mavis, qué vergüenza! —exclamó Mrs. Travers—. ¿Es nuevo eso?

—¡Oh, no! Hace años que me pasa, rio lo decía por educación. Pero después pasaba la mitad de la noche vomitando.

—Si me lo hubieras dicho... ¿Qué te puedo ofrecer?

—No te preocupes. Estoy bien así. De cualquier manera, entre el calor y las alegrías de la maternidad, no tengo ganas de comer.

Encendió un cigarrillo.

Después, cuando jugaban, se enzarzó en una discusión con Wat a propósito de una definición que

él había dado y, cuando el diccionario demostró que era correcta, dijo:

—¡Oh, lo siento! Supongo que vosotros me lleváis ventaja.

Y, al llegar el momento de que todos anotaran su palabra en un trozo de papel para el siguiente turno, sonrió y sacudió la cabeza:

—No se me ocurre ninguna.

—Pero, Mavis... —dijo Mrs. Travers.

—Vamos, Mavis. Cualquier palabra antigua sirve —insistió Mr. Travers.

—Es que yo no sé ninguna palabra antigua. Lo lamento. Me siento estúpida esta noche. Vosotros podéis seguir jugando sin mí.

Cosa que hicieron, simulando que todo marchaba bien, mientras Mavis fumaba y seguía sonriendo con su empeñosa, desdichada y dulcemente sufrida sonrisa. Al poco rato se levantó, dijo estar

cansadísima, no poder dejar más tiempo a los niños con los abuelos, haber hecho una visita muy agradable e instructiva y tener que volver a casa.

—La próxima Navidad tendré que regalaros un diccionario Oxford —añadió al salir sin dirigirse a nadie en particular, con cierto retintín enconado en la risa.

El diccionario de los Travers que Wat había usado era estadounidense.

Cuando se fue ninguno de ellos miró al otro. Mrs. Travers dijo:

—Gretchen, ¿te quedan fuerzas para hacernos a todos una taza de café?

Gretchen se fue a la cocina murmurando:

—¡Menudo tostón! ¡Por el amor de Dios!

—Bueno. Con los dos pequeños está desquiciada.

Un día a la semana, Grace tenía descanso entre la hora de recoger las mesas del desayuno y la de ponerlas para el almuerzo. Cuando Mrs. Travers lo supo empezó a recogerla en el coche en Bailey's Falls y la llevaba al lago durante ese tiempo libre. A esas horas, Maury estaba trabajando —en verano trabajaba en la reparación de la autopista 7—, Wat estaba en su despacho de Ottawa y Gretchen nadaba con los niños o salía a remar con ellos por el lago. En general, Mrs. Travers anunciaba que tenía compras que hacer, preparar la cena o escribir cartas y dejaba a Grace a solas en la gran sala comedor, con el eterno sofá gastado de piel y las estanterías atestadas de libros.

—Lee cualquier cosa que se te antoje —le decía — o acurrúcate y duermes si tienes ganas. Tienes un trabajo muy duro y debes estar cansada. Te aseguro que estarás de vuelta a tiempo.

Grace nunca dormía. Leía. Apenas se movía y, bajo los shorts, las piernas desnudas sudadas se

pegaban a la piel del sofá. Tal vez fuera por el intenso placer de la lectura. Casi nunca veía a Mrs. Travers hasta que llegaba la hora de que la llevara de vuelta al trabajo.

Mrs. Travers no entablaba conversación hasta dar tiempo para que la cabeza de Grace se librara del libro en el cual se hubiera enfrascado. Luego podía comentar que ella también lo había leído y decir lo que pensaba de él... Siempre de una manera a la vez sensata y desenfadada. De *Ana Karenina* decía por ejemplo: «No sé cuántas veces lo he leído, pero sé que al principio me identificaba con Kitty y después con Ana... ¡Ay, con Ana fue tremendo! Y ahora ¿sabes?, simpatizo siempre con Dolly. Con Dolly cuando se va al campo con el montón de niños, tiene que encontrar la manera de lavar tanta ropa y hay inconvenientes con las bañeras..., supongo que así cambian las simpatías conforme te vas haciendo mayor. De cualquier modo no me hagas caso. No me lo haces ¿verdad?»

—No sé si le hago demasiado caso a nadie — Grace se sorprendió a sí misma y la abochornó haberse mostrado engreída o infantil—. Pero me gusta oírla hablar.

Mrs. Travers se rio.

—Me gusta oírme a mí misma.

En aquella época, Maury empezó a hablar de matrimonio. Tardarían un buen tiempo, no sería hasta que él estuviera preparado para trabajar como ingeniero... Pero hablaba como si fuera algo que tanto ella como él daban por sentado. «Cuando estemos casados», decía. Y, en lugar de contradecirlo, Grace lo escuchaba con curiosidad.

Cuando estuvieran casados tendrían casa en Little Sabot Lake.

Ni demasiado cerca ni demasiado lejos de los padres. Desde luego no sería más que un sitio de veraneo. El resto del tiempo vivirían donde fuera

que los llevara su profesión de ingeniero. Podría ser cualquier parte: Perú, Iraq, los Territorios del Noroeste. A Grace le encantaba la idea de esos viajes, bastante más que la idea de lo que él llamaba con formal orgullo «nuestra propia casa». Nada de eso le parecía en absoluto real. Pero también es cierto que la idea de ayudar al tío, de llevar la vida de artesana de sillas en la misma ciudad y en la misma casa donde se había criado, tampoco le había parecido nunca real.

Maury le preguntaba siempre qué había contado de él a sus tíos, cuándo lo iba a llevar a casa para conocerlos. Hasta la manera de usar con tanta soltura esa palabra —«casa»— le sonaba un poco fuera de lugar, aunque con certeza ella también la hubiera usado. Le parecía más apropiado decir «la casa de mi tía y mi tío».

La verdad es que no había dicho nada en sus breves cartas semanales, excepto que salía con un muchacho que trabajaba allí en verano. Podía haber



dado la impresión de que él trabajaba en el hotel.

No es que nunca hubiera pensado en casarse. Esa posibilidad —casi una certeza— encajaba en sus ideas, junto con la vida dedicada a hacer sillas. A pesar del hecho de que nunca la había cortejado nadie, pensaba que —algún día— ocurriría, exactamente de esa manera, con el hombre que decidiera las cosas en el acto. Él la vería —a lo mejor había llevado una silla para arreglar— y al verla se habría enamorado. Sería guapo, como Maury. Apasionado, como Maury. Luego llegarían las intimidades físicas placenteras.

Y nada de eso había ocurrido. En el coche de Maury, en la hierba bajo las estrellas, ella estaba ávida. Y Maury estaba dispuesto, pero no ávido. Creía tener la responsabilidad de protegerla. Y la facilidad con que ella se le ofrecía lo desquiciaba. Tal vez sintiera que era falta de experiencia. Una entrega premeditada que no podía entender ni se ajustaba en absoluto a la idea que se había hecho de

ella. La misma Grace no podía entender que fuera tan calculadora: creía que sus demostraciones de deseo conducirían a los placeres que, en solitario y a fuerza de imaginación, conocía. Creía que era Maury quien debía tomar la iniciativa. Cosa que él no hacía.

Esos arrechuchos los dejaban a los dos perturbados y levemente furiosos o avergonzados. Para compensarse uno a otro, cuando se daban las buenas noches no paraban de besarse, apretarse, decirse ternezas. Para Grace era un alivio quedarse sola, meterse en la cama en la residencia y borrar las dos últimas horas de su mente. Y pensaba que también sería un alivio para Maury conducir por la autopista a solas, reacomodando las huellas que su Grace dejaba en él, de manera que le permitiera seguir perdidamente enamorado de ella.

La mayoría de las camareras se iban pasado el Día del Trabajo para volver a sus escuelas o *colleges*. Pero el hotel seguía abierto hasta el Día de

Acción de Gracias con personal reducido... Grace entre otros. Ese año se hablaba de volver a abrir a principios de diciembre para la temporada de invierno o, por lo menos, hasta Navidad. Pero nadie del personal de cocina ni de comedor parecía saber si de verdad lo harían. Grace escribió a sus tíos como si la temporada de Navidad fuera una certeza. No hablaba en absoluto de clausura alguna, a menos que existiera esa posibilidad después de Año Nuevo. Por lo tanto no debían esperarla.

¿Por qué lo hizo? No es que tuviera otros planes. Le había dicho a Maury que creía estar obligada a pasar ese año ayudando al tío e intentando buscar alguna persona que aprendiera a trenzar paja mientras él, Maury, hacía su último año de *College*. Incluso le prometió recibirlo de visita en Navidad para que pudiera conocer a su familia. Y él dijo que Navidad sería buen momento de formalizar el compromiso. Estaba ahorrando sus ganancias del verano para comprarle una sortija de diamantes.

Ella también había estado ahorrando su salario. Así podría tomar el autobús a Kingston y visitarlo durante el ciclo escolar.

Hablaba de eso y lo prometía con tanta facilidad... ¿Pero creía o quería que así fuera?

—Maury es un hombre cabal —decía Mrs. Travers—. Bueno, eso lo puedes ver tú misma. Será un marido cariñoso y sin complicaciones, como su padre. No como su hermano. Neil es muy brillante. No quiero decir que Maury no lo sea, no se llega por cierto a ingeniero sin tener un cerebro, o dos, en la cabeza. Pero Neil es..., profundo. —Se rio de sí misma—. «Profundas cuevas insondables oceánicas de la foca»... Pero ¿qué estoy diciendo? Durante mucho tiempo Neil y yo solo nos tuvimos uno a otro. Por eso creo que es tan particular.

Y no digo que no pueda ser divertido. Pero a veces las personas más divertidas son también melancólicas ¿verdad? Piensa en ellas. Aunque ¿qué

sentido tiene preocuparse por hijos ya crecidos? Neil me preocupa bastante, Maury muy poco. Y Gretchen no me preocupa en absoluto. Porque las mujeres siempre tienen algo que las hace salir adelante ¿no es así? Algo que los hombres no tienen.

La casa del lago nunca se cerraba hasta el Día de Acción de Gracias. Gretchen y los niños tenían por supuesto que volver a Ottawa por la escuela. Y Maury, cuyo trabajo había terminado, tenía que irse a Kingston. Mr. Travers solo iba los fines de semana. Pero generalmente, le dijo Mrs. Travers a Grace, ella se quedaba. A veces con invitados, otras sola.

Ese año cambió de planes. En septiembre se volvió a Ottawa con Mr. Travers. Fue una decisión repentina... Se suspendió la cena de fin de semana.

Maury contó que, de tanto en tanto, la madre tenía problemas nerviosos.

—Necesita descanso. Un par de veces ha tenido

que ingresar en el hospital donde la estabilizan. Siempre sale estupendamente.

Grace dijo que Mrs. Travers era la última persona en el mundo que se le hubiera ocurrido pudiera tener problemas de esa índole.

—¿Qué se los provoca?

—No creo que se sepa —contestó Maury. Pero al cabo de un instante añadió—: Podría ser el marido. Me refiero a su primer marido. Al padre de Neil. A lo que pasó con él y demás.

Lo ocurrido con el padre de Neil es que se había suicidado.

—Era muy inestable, creo. Tal vez no sea eso —continuó—. Puede ser otra cosa. Problemas que tienen las mujeres cuando llegan a su edad. Es normal... Ahora la pueden controlar con facilidad, con drogas. Han conseguido drogas magníficas. No hay por qué preocuparse.

Como había anticipado Maury, el Día de Acción de Gracias, Mrs. Travers ya había salido del hospital y se sentía bien. La comida de Acción de Gracias se haría como de costumbre en el lago. Y se celebraría el domingo —cosa que también era usual—, así empacaban y cerraban la casa el lunes. Para Grace fue una suerte porque su día libre seguía siendo el domingo.

Estaría toda la familia. No habría invitados, a menos que Grace fuera considerada una invitada. Neil, Mavis y los hijos se alojarían en casa de los padres de Mavis y comerían allí el lunes, pero pasarían el domingo en casa de los Travers.

Cuando Maury llegó con Grace al lago el domingo por la mañana, el pavo ya estaba en el horno. Por los niños la comida se servía temprano, alrededor de las cinco. En la mesada de la cocina estaban los pasteles: de ciruelas, manzana y frutos del bosque. Gretchen se hizo cargo de la cocina: sus movimientos eran igual de armónicos como cocinera

que como atleta. Mrs. Travers estaba sentada a la mesa de la cocina, tomaba café y con la hija menor de Gretchen, Dana, trabajaba en un rompecabezas.

—¡Hola, Grace! —saludó y se levantó para abrazarla.

Era la primera vez que lo hacía. Un movimiento torpe de la mano hizo que desparramara las piezas del rompecabezas.

Dana chilló:

—¡Abuela!

La hermana mayor, Janey, que la había estado observando con mirada crítica, recogió las piezas.

—Podemos volver a armarlas —dijo—. La abuela lo hizo sin querer.

—¿Dónde guardas la salsa de arándanos? —preguntó Gretchen.

—En la alacena —contestó Mrs. Travers,



apretando todavía los brazos de Grace, sin hacer caso del rompecabezas desarmado.

—¿En qué parte de la alacena?

—¡Ay, la salsa de arándanos! No importa..., la hago. Primero pongo los arándanos en un poco de agua. Luego los dejo con el fuego bajo... No, creo que primero los dejo en remojo...

—Está bien, pero no tengo tiempo para eso. ¿Quiere decir que no tienes salsa en conserva?

—Me parece que no. No debo tenerla porque la hago yo.

—Tendré que mandar a alguien a comprarla.

—¿Quieres pedírsela a Mrs. Woods?

—No. Apenas he hablado con ella. No me he atrevido. Alguien tendrá que ir a la tienda.

—Querida, es Día de Acción de Gracias —le recordó Mrs. Travers amablemente—. No habrá

nada abierto.

—Ese lugar de la carretera está siempre abierto —Gretchen había levantado la voz—. ¿Dónde está Wat?

—Ha salido con el bote de remos —gritó Mavis desde el dormitorio del fondo. Hizo que pareciera una advertencia porque estaba intentando dormir al bebé—. Se llevó a Mikey a remar.

Mavis había llegado al volante de su coche con los dos niños. Neil iría más tarde: tenía que hacer algunas llamadas telefónicas.

Y Mr. Travers se había ido a jugar al golf.

—Necesito que alguien vaya a la tienda —dijo Gretchen.

Esperó, pero del dormitorio no llegó ningún ofrecimiento. Levantó las cejas y miró a Grace.

—¿Sabes conducir? —preguntó.

Grace dijo que no.

Mrs. Travers miró alrededor en busca de su silla y se sentó con un suspiro de alivio.

—Pues bueno, puede conducir Maury. ¿Dónde está Maury? —volvió a preguntar Gretchen.

Maury estaba en el dormitorio de delante buscando su bañador, a pesar de que todos le habían dicho que el agua estaría demasiado fría para nadar. Dijo que la tienda no estaría abierta.

—Lo estará —afirmó Gretchen—. Venden gasolina. Y si ahí no tienen hay otra gasolinera justo antes de entrar en Perth..., la que vende helados.

Maury quería que Grace fuera con él, pero las dos niñas, Dana y Janey, la arrastraban para que viera el columpio que el abuelo había armado al lado de la casa, bajo el arce noruego.

Al bajar los escalones notó que se le rompía la tira de una de las sandalias. Se quitó las dos

sandalias y caminó sin ninguna dificultad por el suelo arenoso, los plátanos aplastados y las muchas hojas ensortijadas que ya habían caído.

Primero, ella empujó a las niñas en el columpio. Luego las niñas la empujaron a ella. Cuando saltó descalza del columpio cedió una de sus piernas y soltó un grito de dolor, sin saber qué había pasado.

Era el pie, no la pierna. El dolor le subía desde la planta del pie izquierdo, donde se había hecho un corte con el filo agudo de una concha de almeja.

—Dana trajo esas cochas —dijo Janey—. Iba a hacer una casa para su caracol.

—Se escapó —explicó Dana.

Gretchen, Mrs. Travers y hasta Mavis habían salido corriendo de la casa, creyendo que el grito lo había lanzado una de las niñas.

—Le sangra el pie. Todo el suelo está cubierto de sangre —dijo Dana.

Y Janey aclaró:

—Se ha cortado con una concha. Dana se dejó esas conchas ahí, le iba a hacer una casa a Iván. A Iván, su caracol.

Sacaron una jofaina con agua para lavar el corte y una toalla. Todos le preguntaban si le dolía mucho.

—No, no es para tanto —contestó Grace, que subía cojeando los escalones.

Las dos niñas competían para sostenerla y lo que hacían era cruzarse en su camino.

—¡Ay, qué lástima! Pero ¿por qué ibas descalza? —preguntó Gretchen.

—Se le rompió una correa de la sandalia —dijeron a la vez Dana y Janey, al tiempo que un descapotable color vino tinto daba un volantazo y, casi sin hacer ruido, se metía limpiamente en el sitio destinado a aparcar.

—Esto es lo que yo llamo sentido de la

oportunidad —dijo Mrs. Travers—. Aquí está el hombre que necesitamos. El médico.

Era Neil, a quien Grace veía por primera vez. Era alto, enjuto, rápido de movimientos.

—Tu maletín —le gritó Mrs. Travers alegremente—. Acabamos de conseguir un caso para ti.

—Bonito pedazo de trasto tienes —dijo Gretchen—. ¿Es nuevo?

—Es un capricho —contestó Neil.

—Se ha despertado el bebé —Mavis dio un suspiro de vago reproche y volvió a entrar en la casa.

Janey dijo con severidad:

—No se puede hacer nada con ese bebé despierto.

—Más vale que te calles —le advirtió Gretchen.

—No me digas que no lo has traído —dijo Mrs. Travers.

Pero Neil sacó de un tirón el maletín del asiento trasero y ella continuó:

—¡Ah, sí! Lo has traído. Menos mal. Nunca se sabe.

—¿Eres tú la paciente? —preguntó Neil a Dana—. ¿Qué te pasa? ¿Te has tragado un sapo?

—Es ella —dijo Dana cargada de dignidad—. Es Grace.

—Ya. Es ella la que se ha tragado un sapo.

—Se ha hecho un corte en el pie. Le sale sangre y más sangre.

—Se ha cortado con una concha de almeja —explicó Janey.

Neil pidió a sus sobrinas:

—Quitaros de en medio —se sentó un escalón

más abajo que Grace, le levantó el pie con mucho cuidado y pidió—: A ver, dame ese trapo o lo que sea.

También con mucho cuidado secó la sangre para echar una mirada al corte. Estaba tan cerca de ella que Grace notó el olor que había aprendido a distinguir ese verano en la posada: olor a licor con un toque de menta.

—Sí, ya lo creo que le sale sangre. Sangra y sangra. Eso es bueno, así se limpia mejor. ¿Te duele?

—Un poco —contestó Grace.

La miró a la cara un momento, escrutándola. Tal vez se preguntara si había notado el olor y qué le había hecho pensar.

—Sí, claro, ¡cómo no te va a doler! ¿Ves ese pellejo suelto? Tenemos que mirar debajo y ver si está limpio. Después te daré un par de puntos. Tengo



aquí algo que te voy a pasar para que no te duela tanto. —Miró a Gretchen—. Oye, quita al público de aquí.

Todavía no le había dicho una palabra a la madre, que no dejaba de repetir lo oportunamente que había llegado.

—Boy Scout. Siempre listo —dijo él.

Ni sus manos ni sus ojos parecían los de un borracho. Tampoco parecía el tío jovial que pretendió ser cuando hablaba con las niñas ni el mismo que, con típica labia de médico, se empeñó en tranquilizar a Grace. Tenía la frente alta y pálida, un mechón de pelo negro grisáceo muy rizado, ojos grises brillantes, boca ancha de labios finos que daban la impresión de hacer una mueca de enérgica impaciencia, deseo o dolor.

Cuando allí mismo en los escalones la herida estuvo vendada —Gretchen había vuelto a la cocina y se había llevado a las niñas con ella, pero Mrs.

Travers se quedó y observaba sin parpadear con los labios apretados, como si prometiera no interrumpir —, Neil dijo que lo mejor sería llevar a Grace al hospital de la ciudad.

—Para que le pongan la antitetánica.

—No parece tan grave —dijo Grace.

—No tiene nada que ver.

—De acuerdo —aceptó Mrs. Travers—. El tétanos..., es tremendo.

—No debemos demorarnos —afirmó Neil—. ¿De acuerdo, Grace? Yo te llevaré al coche.

La sujetó bajo un brazo. Grace se abrochó la correa de una sandalia y se las arregló para meter los dedos en la otra y poder arrastrarse. El vendaje estaba muy bien hecho y apretado.

—Está en rodaje —dijo él cuando estuvo sentada en el coche—. Preséntale mis disculpas —pidió a la madre.

¿A Gretchen? A Mavis.

Mrs. Travers bajó de la galería con su habitual aspecto de vago entusiasmo, desde luego ese día irreprímible, y puso la mano en la puerta del coche.

—¡Qué bien! ¡Muy bien! Eres una bendición caída del cielo, Grace. Tú te encargarás de mantenerlo alejado de la bebida hoy, ¿verdad? Sabrás cómo hacerlo.

Grace oyó esas palabras, casi sin hacer caso. Estaba demasiado consternada por el cambio de Mrs. Travers, por lo que parecía rigidez de movimientos, aire de benevolencia sin venir a cuento, llorosa alegría que le hacía lagrimear los ojos. Y una leve capa que parecía azúcar en la comisura de los labios.

El hospital estaba en Carleton Place a unos cinco kilómetros de distancia. Había una autopista que pasaba por encima de las vías del tren y la tomaron

a tal velocidad, que Grace tuvo la impresión de que al llegar al punto más alto, el coche había despegado del asfalto y volaban. Casi no había tráfico, no tenía miedo y, en cualquier caso, no podía hacer nada.

Neil conocía a la enfermera que estaba de turno en Urgencias y, después de llenar el formulario y dejar que echara una mirada al pie de Grace (buen trabajo, dijo ella sin mayor interés), pudo entrar y ponerle la inyección él mismo. («Ahora no te va a doler, pero puede dolerte luego»). Acababa de ponerle la inyección cuando volvió a entrar la enfermera en el cubículo y dijo:

—Hay un muchacho en la sala de espera que la llevará a casa.

—Dígale que todavía no está lista —contestó Neil—. No, dígame que ya nos hemos ido.

—Le he dicho que estaban ustedes aquí.

—Pero cuando ha vuelto se encontró con que nos

habíamos ido.

—Dice que es su hermano. ¿No va a ver su coche en el parking?

—Aparqué detrás, en el parking de los médicos.

—Bonita jugarreta —dijo la enfermera, mirándolo por encima del hombro.

Neil se dirigió a Grace.

—¿Verdad que no quieres volver todavía a casa?

—No —contestó Grace, como si hubiera visto escrita la palabra en la pared, frente a ella. Como si le estuvieran controlando la vista.

Una vez más Neil le ayudó a llegar al coche. Grace llevaba la correa de los dedos de la sandalia suelta y se dejó caer en la tapicería color crema. Tomaron por una calle trasera para salir del parking, un camino nada transitado, que salía de la ciudad. Grace sabía que no se encontrarían con Maury. No tenía que pensar en él.

Y mucho menos en Mavis.

Cuando más adelante contara ese pasaje, ese cambio en su vida, Grace podría decir —y decía—, que fue como si una puerta se hubiera cerrado de golpe tras ella. Pero en aquel momento no hubo ningún portazo: simplemente la recorrió una oleada de abandono; los derechos de quienes había dejado atrás quedaron neutralizados sin más.

Su recuerdo de ese día permaneció nítido y preciso aunque hubiera variaciones en los momentos en que más le gustaba demorarse.

E incluso en algunos de esos detalles debe haberse equivocado.

Primero circularon por la autopista A 7. Según lo que recordaba Grace no había ningún otro coche en la carretera y la velocidad cercana al vuelo sobrepasaba la permitida. Eso no puede haber sido verdad: tiene que haber habido gente en la carretera,

gente que volvería a su casa ese domingo por la mañana, después de pasar el Día de Acción de Gracias con la familia. Camino de la iglesia o de la iglesia a casa. Neil habría bajado la velocidad cuando cruzaran pueblos o alrededores de las ciudades o curvas de la antigua autopista. No estaba acostumbrada a viajar en descapotables, el viento en los ojos, el viento adueñado del pelo. Eso daba la ilusión de la constante velocidad, el vuelo perfecto... No frenético sino milagroso, sereno.

Y aunque hubiera borrado de su mente a Maury, a Mavis y al resto de la familia, algún retazo de Mrs. Travers seguía ahí, rondando, emitiendo un susurro con risa sofocada, extraña, avergonzada: su último mensaje.

«Sabrás cómo hacerlo».

Es natural que ni Grace ni Neil hablaran. Según recordaba, habría sido necesario gritar para poder oírse. Y, a decir verdad, lo que recuerda de lo que

debe ser el sexo, apenas se diferencia de sus ideas y sus fantasías en aquel momento. El encuentro fortuito, las señales mudas pero convincentes, el casi silencioso vuelo en el cual ella misma se veía más o menos como una cautiva. Una entrega etérea, que nada tenía que ver con la carne sino con una oleada de deseo.

Por fin se detuvieron en Kaladar y entraron en un hotel: el viejo hotel que todavía está ahí. Neil le cogió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella, acertó el paso para ajustarlo a su disparejo andar. La llevó al bar. Grace se dio cuenta de que era un bar aunque nunca había entrado en ninguno. (Bailey's Inn todavía no tenía licencia: se bebía en las habitaciones o en un llamado *night club* destartalado, al otro lado de la carretera). Ese era como ella esperaba: un recinto oscurecido falto de aire, con mesas y sillas al fondo puestas sin esmero después de una limpieza hecha de prisa y corriendo, olor a desinfectante que no quitaba el olor a cerveza,



whisky, cigarrillos, pipas, hombres.

No había nadie allí... A lo mejor no abrían hasta la tarde. ¿Pero no sería ya la tarde? Parecía fallarle la noción del tiempo.

De otra habitación salió un hombre, que se dirigió a Neil:

—¿Qué hay, doctor? —y se metió detrás de la barra.

Grace pensó que siempre sería así: fueran adonde fueran, habría alguien que ya conociera a Neil.

—Ya sabe usted que es domingo —dijo el hombre en voz alta, severa, casi a gritos, como si quisiera que lo oyeran en el parking—. No puedo servirle nada aquí los domingos. Y a ella no puedo servirle nada nunca. Ni siquiera debería estar aquí. ¿Me entiende?

—¡Oh, sí, señor!. ¡Claro que sí! —contestó Neil

—. Estoy completamente de acuerdo, señor.

Mientras hablaban, el hombre que estaba tras la barra había cogido una botella de whisky de un estante oculto, llenaba un vaso y se lo alcanzaba a Neil por encima del mostrador.

—¿Tienes sed? —preguntó el hombre a Grace.

Al mismo tiempo abría una Coca-Cola. Se la dio sin vaso.

Neil puso un billete en el mostrador y el hombre lo hizo desaparecer.

—Ya se lo he dicho. No puedo despachar.

—¿Y una coca? —preguntó Neil.

—No puedo vender nada.

El hombre ocultó la botella, Neil bebió de un trago lo que tenía en el vaso.

—Es usted una buena persona —dijo—. El espíritu de la ley.

—Llévese la coca. Cuanto antes se vaya ella, mejor me sentiré.

—Seguro —contestó Neil—. Es una buena chica. Es mi cuñada. Mi futura cuñada. Eso tengo entendido.

—¿Es verdad eso?

No volvieron a la autopista A7. Tomaron el camino rumbo al norte, que no estaba asfaltado, pero era aceptablemente ancho y estaba bien nivelado. En la manera de conducir de Neil el trago parecía haber tenido el efecto contrario al que se supone deben tener los tragos. Bajó la velocidad hasta la apropiada, incluso precavida, que exige ese tipo de camino.

—¿No te importa?

—Si no me importa ¿qué? —preguntó Grace.

—Que te arrastre hasta cualquier sitio por viejo que sea.

—No.

—Necesito tu compañía. ¿Cómo tienes el pie?

—Muy bien.

—Te debe doler un poco.

—No, de verdad que no. Está muy bien.

Neil le cogió la mano que no sostenía la botella de Coca Cola, le apretó su palma contra la boca, le pasó la lengua y la soltó.

—¿Creías que te estaba secuestrando con malas intenciones?

—No —mintió Grace, pensando qué diría la madre de Neil de esas palabras: «malas intenciones».

—Hubo un momento en que pudiste estar en lo cierto —dijo Neil, como si ella hubiera contestado que sí—. Pero hoy no. No lo creo. Hoy estás tan segura como en una iglesia.

El tono cambiado de su voz, que se había tornado íntima, sincera y serena; el recuerdo de sus labios apretados, la lengua que le había pasado por la piel habían afectado tanto a Grace que oía las palabras, sin entender el significado de lo que le decía. Sentía cientos, cientos de pasadas de lengua, una danza de súplicas por toda la piel. Pero decidió decir:

—Las iglesias no siempre son seguras.

—Es verdad. Es verdad.

—Y no soy tu cuñada.

—Futura. ¿No dije «futura»?

—Tampoco lo soy.

—¡Ah, bueno! Supongo que no me sorprende.  
No. No me sorprende.

Volvió a cambiar el tono de voz, que se volvió profesional.

—Estoy buscando una salida por aquí, a la derecha. Hay un camino que tendría que reconocer. ¿Conoces siquiera estos campos?

—No, estos alrededores no.

—¿No conoces Flower Station? ¿Oompah, Poland? ¿Snow Road?

Grace no había ni oído hablar de ellos.

—Hay alguien a quien quiero ver.

Doblaron a la derecha aunque Neil mascullaba dudas. No había señales. El camino era más estrecho y escabroso, con un puente de tablones y una sola dirección. Los árboles del bosque de maderas nobles entrelazaban las ramas en lo alto. Las hojas tardaban en marchitarse ese año por la temperatura inusualmente alta, de manera que las ramas todavía estaban verdes, excepto algunas aisladas que, de cuando en cuando, ondeaban como estandartes. Daban la sensación de santuario. A lo largo de

kilómetros Grace y Neil permanecieron callados. Los árboles se sucedían sin interrupción, el bosque no tenía fin. Pero en eso Neil rompió el silencio.

—¿Sabes conducir?

Grace contestó que no y él dijo:

—Creo que debes aprender.

Quiso decir que debía aprender en ese momento. Paró el coche, bajó, dio la vuelta hasta su lado y Grace tuvo que moverse para quedar al volante.

—Ningún sitio mejor que este.

—¿Y si pasa algo?

—No pasará nada. Si pasa ya nos las arreglaremos. Por eso elegí un trecho recto. Y no te preocupes, todo lo que tienes que hacer es con el pie derecho.

Estaban al principio de un largo túnel bajo los árboles, en un camino salpicado por la luz del sol.

No se molestó en explicarle cómo funcionaba un coche: simplemente le enseñó a poner el pie y le hizo practicar con los cambios de marcha. Luego le dijo:

—Bueno, ahora haz lo que te diga.

El primer arranque del coche la asustó. Trabajó los cambios y creyó que Neil daría por terminada la lección ahí mismo. Pero él se rio y dijo:

—¡So...!, calma, calma. Sigue.

Grace obedeció. Neil no comentó su manera de llevar el volante ni que el volante le hiciera olvidar el acelerador, excepto para decir:

—Sigue, sigue, mantente en el camino, no dejes que se pare el motor.

—¿Cuándo puedo parar?

—Hasta que no te diga cómo, no.

Le hizo seguir conduciendo hasta que salieron



del túnel y luego le dio instrucciones sobre los frenos. Apenas se detuvo, Grace abrió la puerta de modo que pudieran cambiar de asiento, pero Neil dijo:

—No. Esto es solo un respiro. No tardará en gustarte.

Al volver a ponerse en marcha Grace empezó a pensar que tal vez él tuviera razón. Su momentánea oleada de confianza por poco los hace caer en la cuneta. Aun así él seguía riéndose cuando tuvo que aferrarse al volante. Y la lección continuó.

No la dejó detenerse hasta que no hubieron hecho lo que parecían kilómetros ni tomado —despacio— varias curvas. Entonces Neil dijo que era mejor cambiar de turno porque, si no conducía, perdía el sentido de orientación.

Le preguntó cómo se sentía y, aunque temblaba de pies a cabeza, contestó:

—Perfectamente.

Él le recorrió el brazo desde el hombro hasta el codo y dijo:

—¡Qué mentirosa!

Más allá de eso no la tocó ni le hizo volver a sentir por ninguna parte el roce de su boca.

Tiene que haber recuperado el sentido de la orientación algunos kilómetros más adelante, cuando llegaron a un cruce, porque dobló a la izquierda. Los árboles se espaciaron, treparon por un camino escabroso una montaña larga y, al cabo de pocos kilómetros, llegaron a un pueblo o, mejor dicho, a un conjunto de construcciones levantadas a la orilla de la carretera. Una iglesia y una tienda, ninguna de las dos abiertas para servir a sus fines originales, pero probablemente habitadas a juzgar por los vehículos que había alrededor y las lastimosas cortinas de las ventanas. Un par de casas también en estado lamentable y, detrás de una de ellas, un granero

caído sobre sí mismo lleno de heno viejo oscuro que, como tripas hinchadas, asomaba entre las vigas resquebrajadas.

Neil lanzó una exclamación para festejar haber visto aquello, pero no se detuvo allí.

—¡Qué alivio! —dijo—. ¡Qué... alivio! Ahora sé. Gracias a ti.

—¿A mí?

—Por dejarme enseñarte a conducir. Me he serenado.

—¿Te has serenado? ¿En serio?

—Tan verdad como que estoy vivo.

Neil sonreía, pero no la miraba. Una vez cruzado el pueblo parecía muy ocupado mirando de un lado a otro, a través de los campos que se extendían a lo largo del camino. Hablaba como si hablara consigo mismo.

—Esto es. Tenía que ser. Ahora sabemos.

Y así siguió hasta que, evitando piedras y trechos de enebro, doblaron por un sendero que no corría derecho sino que rodeaba el campo. Al final del sendero había una casa... y no estaba en mejor estado que las del pueblo.

—Ya estamos. En este sitio no te voy a hacer entrar. No tardaré más de cinco minutos.

Tardó más.

Ella se quedó en el coche a la sombra de la casa. La puerta de entrada estaba abierta, solo la mosquitera estaba cerrada. La mosquitera tenía remiendos, alambres nuevos entretejidos con los viejos. Nadie se acercó a ella, ni siquiera un perro. Y con el coche parado el día se había cargado de un extraño silencio. Extraño porque una tarde tan calurosa era de esperar que estuviera llena de zumbidos, murmullos y gorjeos de insectos en la hierba, en los matorrales de enebro. Aunque no se

los viera por ninguna parte, sus ruidos tendrían que surgir de todo lo que creciera sobre la tierra, hasta alcanzar el horizonte. Pero el año estaba demasiado avanzado, tal vez fuera demasiado tarde hasta para oír graznar a los gansos que volaban rumbo al sur. Por ninguna parte oía nada.

Allí parecía que estuvieran en la cima del mundo o en una de las cimas. El campo caía en declive por todos lados, lo único visible eran los árboles de los alrededores porque crecían en terrenos más bajos.

¿A quién conocería él allí, quién viviría en esa casa? ¿Una mujer?

No parecía posible que la mujer que él deseaba viviera en semejante sitio, pero no había límite para las rarezas con las que ese día podía tropezar Grace. No había límites.

Algún tiempo atrás, esa había sido una casa de ladrillos, pero alguien había empezado a tirar abajo las paredes. Quedaron a la vista simples paredes de

madera. Los ladrillos que las cubrían estaban apilados de cualquier manera en el patio, quizás a la espera de venderlos. Los ladrillos que quedaban en ese lado de la casa formaban una fila diagonal de escalones. Grace, que no tenía nada que hacer, se echó hacia atrás y reclinó el respaldo para contarlos. Lo hacía tonta y rigurosamente a la vez, como se deshojan los pétalos de las margaritas, pero sin decir palabras tan poco recatadas como «me quiere», «no me quiere».

«Afortunada». «Desdichada». «Afortunada». «Desdichada». Es todo lo que se atrevía a decir.

Se dio cuenta de que era difícil seguir la pista de los ladrillos colocados en zigzag, sobre todo porque la fila desaparecía encima de la puerta.

Lo supo. ¿Qué otra cosa podía ser eso? Un reducto de contrabandistas. Pensó que el contrabandista estaría en casa: un viejo de piel curtida, demacrado, taciturno y desconfiado. La

noche de Halloween se quedaba en el escalón delantero con un rifle. Y pintaba números en los leños apilados junto a la puerta para saber si le robaban alguno. Pensaba en él —o en ese—, amodorrado por el calor en la habitación de tierra pero ordenada (sabía que sería así por los parches de la mosquitera). Se levantaría de la litera o el catre desvencijados con la colcha manchada encima, que alguna allegada ya muerta le había hecho mucho tiempo atrás.

Aunque ella no había estado nunca en casa de un contrabandista, en su tierra no estaba demasiado clara la frontera entre las maneras de vivir respetables y otras que no lo eran. Ella sabía cómo eran las cosas.

Qué raro haber pensado en casarse con Maury. Habría sido una suerte de traición. Una traición a sí misma. Pero no era traición haberse ido de paseo con Neil, porque tenían bastantes cosas en común. Y ella sabía cada vez más y más de él.

Le parecía ver en la puerta de entrada a su tío, encorvado y perplejo, mirándola como si ella se hubiera alejado años y años. Como si hubiera prometido volver a casa, luego olvidara la promesa y, al cabo de tanto tiempo, él debiera estar muerto y no lo estaba.

Intentaba hablar con él, pero él estaba perdido. Se estaba despertando y moviendo. Estaba otra vez en el coche con Neil, en la carretera. Se había quedado dormida con la boca abierta y tenía sed. Neil se volvió hacia ella un instante y —a pesar del viento que soplaba alrededor— Grace notó olor a whisky recién tomado.

Era verdad.

—¿Estás despierta? Dormías como un lirón cuando salí. Lo siento, tuve que hacer sociedad un rato. ¿Cómo está tu vejiga?

Lo cierto es que era un problema en el cual había



pensado cuando estaban parados frente a la casa. Vio un retrete al fondo, más allá de la casa, pero le dio vergüenza bajar y caminar hasta allí.

Neil dijo:

—Este parece buen sitio —y paró el coche.

Grace bajó y caminó entre varas de llantén y ásteres silvestres, para encontrar un lugar donde acuclillarse. Él se quedó entre esas flores al otro lado de la carretera, de espaldas a ella. Cuando Grace volvió al coche vio la botella en el suelo al lado de sus pies. Más de la tercera parte del contenido había desaparecido.

Él la vio mirar.

—¡Oh, no te preocupes! No he hecho más que poner un poco aquí —dijo y le enseñó una petaca—. Es más cómoda cuando conduzco.

En el suelo había también otra Coca-Cola. Neil le pidió que buscara en la guantera el abridor.

—Está fría —dijo sorprendida.

—De la nevera. En invierno cortan hielo de los lagos y lo almacenan en aserrín. Lo guarda bajo la casa.

—Creí ver a mi tío a la entrada de esa casa —contó Grace—. Estaba soñando.

—Podrías contarme algo de tu tío. Contarme dónde vives. En qué trabajas. Cualquier cosa. Lo único que quiero es oírte hablar.

Tenía más energía en la voz y le había cambiado la cara, pero no la expresión frenética de la borrachera. Era como si hubiera estado enfermo —no gravemente enfermo sino deprimido por el calor— y quisiera demostrar que ya estaba mejor. Tapó la petaca, la puso en el suelo y buscó la mano de Grace. La apretó levemente, como señal de camaradería.

—Es bastante mayor —dijo Grace—. En

realidad es tío abuelo. Es tejedor de paja..., es decir arregla sillas de paja. No te lo puedo explicar, pero te lo podría enseñar si tuviéramos alguna silla para arreglar...

—No veo ninguna.

Grace se rio:

—La verdad es que resulta aburrido.

—Entonces cuéntame qué te interesa. ¿Qué te interesa?

Grace contestó:

—Tú me interesas.

—¡Oh! ¿Qué te interesa de mí? —apartó la mano.

—Lo que vas a hacer ahora —contestó Grace muy decidida—.

—Y por qué.

—Estás hablando de la bebida. ¿Por qué bebo, verdad? —Volvió a destapar la petaca—. ¿Y por qué no me lo preguntas francamente?

—Porque sé lo que dirías.

—Pues dilo. ¿Qué diría?

—Dirías «¿qué otra cosa se puede hacer?». O algo por el estilo.

—Es verdad. Es lo que estaba a punto de decir. Pues bueno, entonces tú tendrías que decirme si estoy equivocado.

—No —dijo Grace—. No. No te lo diré.

Una vez dicho eso se quedó helada. Creía haber hablado en serio y en ese momento se dio cuenta de que había estado intentando impresionarlo con sus contestaciones, tratando de mostrarse tan mundana como él y, a medio camino, había llegado a esa vaga verdad. A esa falta de esperanza: auténtica, racional y eterna.

—¿No lo harás? No. No lo harás. Es un alivio. Tú eres un alivio, Grace.

Al rato Neil dijo:

—¿Sabes qué...? Tengo sueño. En cuanto encontremos un buen sitio me haré a un lado y dormiré. Un rato nada más. ¿No te molestará que lo haga?

—No. Creo que debes hacerlo.

—¿Me vigilarás?

—Sí.

—Así me gusta.

Encontró el sitio en una pequeña población llamada Fortune. Había un parque a las afueras al lado de un río y un espacio cubierto de gravilla para los coches. Echó el respaldo hacia atrás y se durmió en el acto. Caía la tarde, era cerca de la hora de la cena, prueba de que no era un día de verano. Poco antes alguien había estado haciendo su pícnic de

Acción de Gracias en el lugar: todavía salía humo de la fogata hecha al aire libre y el aire olía a hamburguesas. El olor no despertó precisamente el apetito de Grace: sí le hizo recordar haber tenido hambre en otras circunstancias.

Apenas se durmió, Grace bajó del coche. Con tantas paradas y arrancadas durante la clase de conducción tenía bastante polvo encima. Bajo un grifo al aire libre se lavó lo mejor que pudo los brazos, las manos y la cara. Luego, para no forzar el pie herido, caminó despacio por la orilla del río. Vio lo poco profundo que era y los juncos que rompían la superficie. Un letrero advertía que en ese lugar las blasfemias, las obscenidades y el lenguaje vulgar estaban prohibidos y serían castigados. Probó los columpios instalados de cara al oeste. Impulsó el columpio bien alto, miró el cielo despejado: verde tenue, dorado apagado, en el horizonte una franja color rosa chillón. Estaba refrescando.

Había creído en la existencia del acuerdo mutuo.

Bocas, lenguas, piel, cuerpos, choque de hueso con hueso. Arrebato. Pasión. Pero no era lo que les estaba destinado. Eso era un juego de niños, comparado con cómo lo conocía, con cómo y hasta dónde había llegado ahora a verlo por dentro.

Lo visto era definitivo. Como si estuviera al borde de una oscura masa de agua lisa, que se estirara más y más. Agua fría, desapasionada. Mirar ese agua fría, oscura, desapasionada y saber que no había nada más.

No era culpa de la bebida. En cualquier caso, el problema siempre era el mismo. La bebida, la necesidad de beber..., era solo una forma de evadirse, como todo lo demás.

Volvió al coche y trató de despertarlo. Neil se movió, pero no despertó. Grace se puso otra vez a caminar para mantener el calor y ejercitar el pie por el camino más fácil. Cayó en la cuenta de que a la mañana siguiente estaría otra vez sirviendo

desayunos.

Lo intentó una vez más, le dirigió palabras apremiantes. Él contestó con distintas promesas, balbuceos y, otra vez, se quedó dormido. Cuando oscureció del todo Grace se dio por vencida. Instalado el frío de la noche se le aclararon algunos otros hechos. Que no podían quedarse ahí, que a pesar de todo todavía estaban en este mundo. Que ella tenía que volver a Bailey's Falls. Con bastante dificultad lo empujó al asiento del acompañante. Si eso no lo despertaba era evidente que no lo despertaría nada. Tardó un rato en adivinar cómo se encendían los faros y luego empezó a mover el coche. Despacio, dando sacudidas, volvió a la carretera.

No tenía idea de qué dirección tomar y no había un alma en la calle a quien pudiera preguntar. Se limitó a seguir hasta el otro lado de la ciudad y allí, casi como una bendición, apareció la señal que, entre otros sitios, indicaba el camino a Bailey's



Falls. No estaba más que a catorce kilómetros.

Condujo a lo largo de la autovía de dos carriles, sin pasar nunca de los cincuenta kilómetros por hora. Había poco tráfico. Una o dos veces pasaron coches tocando la bocina y los pocos que se cruzó, también la tocaron. En un caso fue probablemente porque iba muy despacio; en otro porque no sabía cómo poner las luces bajas. No importaba. No podía detenerse para recobrar valor en medio de la carretera. No le quedaba más remedio que seguir adelante, como él le había dicho. Seguir adelante.

Al principio no reconoció Bailey's Falls porque venía desde una dirección desconocida para ella. Cuando lo reconoció se asustó más aún de lo que había estado a lo largo de los catorce kilómetros. Una cosa era conducir en territorio desconocido, otra doblar y entrar por los portones de la posada.

Estaba despierto cuando ella se detuvo en el parking. No demostró ninguna sorpresa al

encontrarse allí ni al ver lo que Grace había hecho. Dijo que lo habían despertado los bocinazos, hacía varios kilómetros, pero simuló seguir durmiendo porque lo importante era no sobresaltarla. Y no se preocupó. Sabía que sería capaz de arreglarse.

Grace le preguntó si ya estaba suficientemente despierto para conducir.

—Bien despierto. Tan lúcido como un dólar.

Le pidió que sacara el pie de la sandalia y lo apretó por distintos sitios antes de decir:

—Estupendo. No está caliente. No está hinchado. ¿Te duele el brazo? A lo mejor no.

La acompañó hasta la puerta y le agradeció la compañía. Ella seguía asombrada de estar de vuelta y a salvo. Apenas se dio cuenta de que había llegado el momento de despedirse.

La verdad es que hasta el día de hoy no sabe si llegaron a decir la palabra «adiós» o si él no hizo

más que rodearla con los brazos y apretarla con tanta fuerza, tan repetidamente, cambiando tanto de postura, que parecía necesitar más de dos brazos. Se sentía acosada por él, con su cuerpo fuerte y ágil, exigiendo y renunciando a la vez, como si quisiera decirle que había hecho mal en confiar en él, que todo era posible. Para luego decirle que no había hecho mal, que pretendía aplastarse contra ella y marcharse.

Por la mañana temprano el gerente golpeó la puerta de la habitación y llamó a Grace.

—Alguien al teléfono —dijo—. No te preocupes, solo querían saber si estabas aquí. Contesté que vendría a averiguarlo. Eso es todo.

Sería Maury, pensó ella. En todo caso cualquiera de los dos. Pero seguramente Maury. Ahora tendría que vérselas con Maury.

Cuando bajó a servir los desayunos —con bambas de lona— oyó hablar del accidente. Un

coche se había estrellado contra el pilar del puente a medio camino de la carretera a Little Sabot Lake. Se había estampado contra el pilar, quedó completamente destrozado y se incendió. Ningún otro coche estuvo involucrado en el accidente y, por lo visto, el conductor iba solo. Tendrían que identificarlo por el examen dental. Probablemente a esa hora ya lo habrían hecho.

—¡Vaya una manera de matarse! —exclamó el gerente—. ¡Más vale hacerse el harakiri!

—Puede haber sido un accidente —dijo el cocinero, optimista por naturaleza—. A lo mejor se quedó dormido.

—Sí. Claro.

A Grace le dolía el brazo como si le hubieran dado un golpe malintencionado. No podía mantener la bandeja en equilibrio, tuvo que llevarla delante de ella, sujetándola con las dos manos.

No tuvo que entendérselas con Maury cara a cara. Él le mandó una carta.

Di que él te obligó a hacerlo. Di que tú no querías ir.

Ella le contestó tres palabras:

Sí, quise ir.

Iba a añadir «Lo siento», pero se contuvo.

Mr. Travers fue a verla a la posada. Estuvo correcto, formal, firme, distante y nada antipático. Ahora lo veía en circunstancias en que él demostraba lo que era. Un hombre capaz de hacerse cargo de la situación, capaz de poner las cosas en su sitio. Dijo que era muy triste, que todos estaban muy tristes, pero que el alcoholismo era algo tremendo. Cuando Mrs. Travers estuviera un poco mejor se la llevaría de viaje, de vacaciones, a algún sitio de clima templado.

Después dijo tener que marcharse. Eran muchas

las cosas pendientes. En el momento de darle la mano dejó en ella un sobre.

—Todos esperamos que hagas buen uso de esto —explicó.

El cheque era de mil dólares. De inmediato pensó devolverlo o hacerlo trizas y todavía cree que habría sido un gesto de dignidad hacerlo. Pero al final, claro, le faltó valor. En aquellos tiempos era suficiente dinero para empezar una nueva vida.

# DEUDAS

Salieron de la ciudad alrededor de medianoche: Harry y Delphine en el asiento delantero, Eileen y Lauren detrás. El cielo estaba despejado, la nieve había caído de los árboles pero no se había derretido debajo de ellos ni en las rocas que asomaban al lado de la carretera. Harry detuvo el coche junto al puente.

—Es buen sitio.

—Alguien puede vernos parados aquí —dijo Eileen—. Pueden detenerse para ver qué estamos haciendo.

Él siguió conduciendo. Doblaron en el primer camino comarcal estrecho, donde todos bajaron del coche y caminaron cautelosamente un trecho breve por el arcén, entre cedros negros que parecían de encaje. Hacían crujir ligeramente la nieve aunque

debajo la tierra estaba blanda y enlodada. Lauren todavía llevaba el pijama bajo el abrigo, pero Eileen le había hecho ponerse las botas.

—¿Está bien aquí? —preguntó Eileen.

—No está muy lejos de la carretera.

—Está bastante lejos.

Era un año después de que Harry hubiera dejado el trabajo en una revista de actualidad porque estaba agotado. Había comprado el periódico semanal de esa pequeña ciudad, que recordaba de la infancia. La familia tenía una casa de veraneo sobre uno de los lagos de los alrededores y recordaba haber bebido su primera cerveza en el hotel de la calle principal. Lauren, Eileen y él fueron a cenar allí el primer domingo que estuvieron en la ciudad.

Pero el bar estaba cerrado. Eileen y Harry tuvieron que beber agua.

—¿Cómo?



Harry levantó las cejas mirando al dueño del hotel, que también hacía de camarero.

—¿Los domingos? No está permitido.

El dueño tenía un acento pronunciado y, al parecer, desdeñoso. Llevaba camisa y corbata, cárdigan y pantalones con aspecto de haberse criado juntos: flácido, arrugado, borroso como una cobertura exterior estrafalaria, agrisada como debía de ser la auténtica piel que tenía que haber debajo.

—En otros tiempos era distinto —dijo Harry.

Y en vista de que el hombre no replicó, continuó y pidió *roast beef* para todos.

—Cordial —dijo Eileen.

—Europeo —corrigió Harry—. Es un problema cultural. No se creen obligados a sonreír en todo momento.

Señaló cosas del comedor que seguían siendo las mismas: el techo alto, el ventilador que giraba

despacio, incluso una pintura al óleo borrosa de un perro cazador con un pájaro de plumas cobrizas en la boca.

Entraron otros comensales. Una fiesta familiar. Niñas pequeñas con calzado de diseño y volantes tiesos, un bebé que daba sus primeros pasos, un adolescente con traje muerto de vergüenza, varios padres y padres de padres: un anciano trastornado de piel curtida y una anciana desplomada de costado en una silla de ruedas con un ramillete de flores prendido al vestido. Cualquiera de las mujeres con vestidos floreados era del tamaño de cuatro Eileen juntas.

—Aniversario de boda —murmuró Harry.

Cuando salían se detuvo en la mesa para presentarse él y presentar a la familia, para decirles que era el nuevo dueño del periódico y para ofrecer sus felicitaciones. Esperaba que no tuvieran inconveniente en dar sus nombres. Harry era un

hombre de cara franca y aspecto juvenil, piel bronceada y brillante pelo castaño claro. El magnetismo de su buen talante y el aprecio general que despertaba se extendieron por la mesa..., aunque seguramente no alcanzaron al adolescente ni al matrimonio anciano. Preguntó cuántos años llevaban casados los homenajeados: sesenta y cinco años.

—¡Sesenta y cinco años! —exclamó Harry, tambaleándose ante la idea.

Preguntó si podía besar a la novia y lo hizo. Le tocó los labios, ella movió la cabeza y los de Harry llegaron hasta el largo lóbulo de la oreja.

—Ahora te toca a ti besar al novio —dijo a Eileen, que sonrió con gesto contenido y besó al anciano en la coronilla.

Harry pidió la receta para un matrimonio feliz.

—Mami no puede hablar —dijo una de las

mujeres grandotas—, pero déjeme preguntarle a papá —le gritó al padre al oído—: ¿Qué aconsejas para conseguir un matrimonio feliz?

Él arrugó el ceño con gesto de picardía.

—Es cuestión de mantenerle el pie en el cuello.

Todos los adultos se rieron y Harry dijo:

—Muy bien. En el periódico diré que siempre se aseguró de contar con el acuerdo de su mujer.

Ya fuera, Eileen comentó:

—¿Cómo se las arreglan para engordar tanto? No me lo explico. Tienes que comer día y noche para llegar a estar tan gordo.

—Rarezas —contestó Harry.

—Esas judías verdes eran guisantes en conserva —comentó Eileen—. En agosto. ¿No es en agosto cuando maduran las judías? ¿Y aquí, en medio del campo, donde se supone que se cultivan cosas?

—Rarezas, más que rarezas —dijo Harry alegremente.

Casi de inmediato hubo cambios en el hotel. En el antiguo comedor hicieron un falso techo: cuadrados de cartón sujetos con perfiles metálicos. Las grandes mesas redondas fueron reemplazadas por mesitas cuadradas y las pesadas sillas de madera por ligeras sillas metálicas con asientos tapizados de plástico marrón. Al bajar el techo hubo que reducir las ventanas a rectángulos apaisados. En una de ellas un letrero de neón decía:

«bienvenido a la CAFETERÍA».

A pesar del cartel, el dueño —llamado Mr. Palagian— nunca sonreía ni decía a nadie más palabras que las imprescindibles.

De todos modos la cafetería se llenaba de clientes a mediodía y a última hora de la tarde. Los clientes eran alumnos del instituto, la mayoría de noveno a undécimo curso. También iban algunos

estudiantes de la escuela de graduados. El gran atractivo del lugar era que allí podía fumar cualquiera. Lo que no podías era comprar cigarrillos si tenías aspecto de ser menor de dieciséis años. En ese aspecto Mr. Palagian era muy estricto. «No, tú no», decía con su voz pastosa y amenazante. «No, tú no».

Por esa época había contratado a una mujer. Si alguien demasiado joven intentaba comprarle cigarrillos, la mujer se echaba a reír.

«¿A quién vas a engañar, cara de niño?».

Pero, si alguien que tuviera más de dieciséis años recogía el dinero de los que tenían menos, podía comprar una docena de paquetes.

La letra de la ley, decía Harry.

Harry dejó de ir a almorzar allí —había demasiado ruido—, pero seguía yendo a desayunar. Esperaba que algún día Mr. Palagian se relajara y

contara su vida. Harry conservaba una carpeta llena de ideas para escribir libros y siempre estaba a la pesca de historias de vidas ajenas. Decía que cualquier persona como Mr. Palagian —o incluso como la camarera gorda que hablaba sin rodeos— podría esconder una tragedia o aventura, que se convirtiera en éxito de librería.

En la vida, decía Harry a Lauren, lo importante era ver el mundo con interés. Mantener los ojos abiertos y ver las posibilidades —ver a la humanidad— en cualquiera con quien tropezaras. Estar alerta. Si algo tenía que enseñarle era eso: estar alerta.

Lauren se hacía ella misma el desayuno, en general cereales con jarabe de arce en vez de leche. Eileen se llevaba el café a la cama y lo tomaba muy despacio. No tenía ganas de hablar. Debía ponerse en marcha para enfrentar el día, su trabajo en el despacho del periódico. Cuando creía haber adquirido suficiente energía —a veces después de

que Lauren hubiera salido rumbo a la escuela—, se tiraba de la cama, se daba una ducha y se vestía con cualquiera de sus provocativos conjuntos informales. Habitualmente acababa poniéndose un suéter grueso, una falda de piel corta y leotardos de colores chillones. Igual que Mr. Palagian, Eileen se las arreglaba para parecer distinta a cualquier otra persona de la ciudad, pero se diferenciaba de él en que era bonita, con su pelo negro bien corto, los pendientes muy finos de oro como signos de exclamación y los párpados ligeramente color malva. En el despacho del periódico su actitud era dinámica y la expresión, aunque remota, salpicada por estratégicas sonrisas vivaces.

Habían alquilado una casa en las afueras de la población. Más allá de su patio empezaba un parque natural turístico de salientes rocosas y laderas graníticas, tremedales de cedros, pequeños lagos y un bosque de arces flácidos, alerces y abetos. A Harry le encantaba. Decía que podrían despertarse



una mañana, mirar afuera y encontrar un alce en el patio. Lauren volvía de la escuela cuando el sol ya caía y la agradable tibieza del día otoñal acababa en chasco. La casa estaba helada y olía a la comida de la noche anterior, a granos de café rancios y a la basura que era tarea suya sacar. Harry amontonaba abono: al año siguiente pensaba hacer una huerta. Lauren llevaba el cubo de peladuras, corazones de manzana, granos de café y sobras hasta el bosque, donde podían aparecer un alce o un oso. Las hojas de los álamos amarilleaban, los alerces levantaban pinchos peludos anaranjados contra las oscuras hojas perennes. Tiraba la basura y le echaba tierra y hierba recortada encima, como Harry le había enseñado a hacer.

Su vida era muy distinta de la que llevaba hacía pocas semanas, cuando en tardes calurosas Eileen, Harry y ella cogían el coche para ir a nadar a cualquiera de los lagos. Al caer la tarde, Harry y ella hacían caminatas al azar alrededor del pueblo,

mientras Eileen lijaba, pintaba y empapelaba la casa, aduciendo que lo hacía más deprisa y mejor si estaba sola. Lo único que quería hiciera Harry era llevarse todas sus cajas llenas de papeles, el archivador y el escritorio a una pequeña habitación destartalada del sótano, para quitarlos de en medio. Lauren ayudaba a Harry.

Una de las cajas de cartón que eligió no era — cosa rara— nada pesada y parecía contener algo más ligero que los papeles, algo como tela o hilos. En el momento en que preguntaba «¿Qué es esto?», Harry vio lo que cogía y dijo:

—¡Eh...! ¡Oh, Dios!

Le quitó la caja de las manos, la metió en uno de los cajones del archivador y lo cerró de un golpe.

—¡Oh, Dios! —repitió.

Rara vez le había hablado con tanta brusquedad ni impaciencia. Miró alrededor como si alguien

hubiera estado observándolos y palmeó las manos contra los pantalones.

—Lo siento —dijo—. No esperaba que cogieras eso.

Apoyó los codos en lo alto del archivador y la frente en las manos.

—Ahora... —continuó—. Ahora podría inventar alguna mentira para contarte, pero te voy a decir la verdad. Porque creo que a los niños hay que decirles la verdad. Por lo menos, cuando ya tienen tu edad, hay que decirla. Pero en este caso tiene que ser un secreto. ¿De acuerdo?

Lauren contestó:

—De acuerdo.

Algo le hacía desear que no le contara nada.

—Ahí hay cenizas —dijo Harry. La voz se le quebró de manera muy peculiar cuando dijo la palabra «cenizas»—. No son unas cenizas

cualquiera. Son los restos incinerados de un bebé. Ese bebé nació antes que tú. ¿Me oyes? Siéntate.

Se sentó sobre una pila de libretas con tapas duras, donde estaban los escritos de Harry. Él levantó la cabeza y la miró.

—Verás..., lo que te voy a contar es terrible para Eileen y para mí, por eso tiene que ser un secreto. Por eso no te lo dijimos nunca, porque Eileen no puede soportar que se lo recuerden. ¿Entiendes ahora?

Lauren dijo lo que debía decir: «Sí».

—Bien..., lo que pasó es que tuvimos ese bebé antes de tenerte a ti. Era una niña y, cuando era muy pequeñina, Eileen se quedó embarazada. Fue una sorpresa tremenda para ella porque todavía estaba descubriendo la enorme carga de trabajo que da un bebé recién nacido y ahí estaba Eileen, sin dormir, vomitando, porque tenía náuseas. Y las náuseas no eran solo por la mañana, eran a mediodía y por la

noche. Y, embarazada como estaba, no sabía cómo arreglárselas. De manera que una noche que estaba fuera de sí, se le ocurrió la idea de que tenía que salir. Se metió en el coche y llevó a la pequeña con ella en el moisés. Ya había oscurecido, llovía, conducía a demasiada velocidad y no vio una curva. Así fue. La niña no estaba bien sujeta y salió disparada de la cuna. Eileen se quebró algunas costillas y sufrió varias lesiones. Por un tiempo creímos que perderíamos a las dos bebés.

Lanzó un profundo suspiro.

—Es decir, a la primera ya la habíamos perdido. Al saltar del moisés se mató. Pero no perdimos a la que Eileen esperaba. Porque. Esa eres tú. ¿Entiendes? Tú.

Lauren apenas asintió.

—Aparte del estado emocional de Eileen, la razón para no habértelo dicho es que podría haberte hecho sentir no ser muy bienvenida. En aquellas

circunstancias. Pero créeme, sí fuiste bienvenida. ¡Oh, Lauren! Lo fuiste. Lo eres.

Apartó los brazos del archivador, se acercó a Lauren y la abrazó. Olía a sudor y al vino que Eileen y él habían bebido. Lauren se sintió muy incómoda y abochornada. La historia no la afectó aunque las cenizas fueran un poco macabras. Pero sí dio crédito a las palabras del padre, cuando le dijo que el episodio había trastornado a Eileen.

—¿Es esa la razón de vuestras riñas? —preguntó como al descuido.

Él la soltó.

—Las riñas... —dijo con tristeza—. Supongo que algo de eso puede haber detrás. Detrás de su histerismo. Tú sabes que me siento muy mal con todo eso. Terriblemente mal.

Cuando salían a dar sus caminatas él le preguntaba a veces si estaba angustiada o triste por

lo que le había contado. Ella contestaba que «no» con voz firme y más bien impaciente. Él solo decía: «bien».

Cada calle tenía sus curiosidades: la mansión victoriana (ahora residencia de ancianos), la torre de ladrillos que era todo lo que quedaba de una fábrica de escobas, el cementerio cuya fundación se remontaba a 1842. Durante un par de días hubo una feria de otoño. Vieron camiones que surcaban uno tras otro la tierra, arrastraban una plataforma cargada de bloques de cemento que se deslizaban hacia delante, los hacían colear, se detenían y medían la distancia recorrida. Lauren y Harry eligieron cada uno un camión para jalearlo.

La verdad es que a Lauren le parecía que todo aquello tenía algo de artificioso, de tonto despilfarro de entusiasmo, que no tenía en cuenta el peso de lo cotidiano ni de la realidad que ella llevaba auestas desde que empezó la escuela, salió el periódico y cambió el clima. Un oso o un alce eran animales

salvajes auténticos, preocupados por sus necesidades, no por falsas emociones. Ella no volvería a saltar ni a gritar como en el predio de la feria, jaleando desde su camión. Alguien de la escuela podría verla y pensar que era un bicho raro.

Cosa que de cualquier manera casi pensaban ya.

En la escuela se aislaba por sabiduría y experiencia que, como ella medio adivinaba, podían pasar por inocencia o mojigatería. Las cosas que para otros eran misterios escandalosos, para ella no lo eran y no sabía cómo disimularlo. Eso es lo que la apartaba, tanto como saber pronunciar «L'Anse aux Meadows» y haber leído *El señor de los anillos*. Había tomado media botella de cerveza cuando tenía cinco años y dado una calada a un porro cuando tenía seis aunque ninguna de las dos cosas le hubieran gustado. A veces tomaba un poco de vino en la cena y eso sí le gustaba mucho. Sabía lo que era el sexo oral, conocía todos los métodos anticonceptivos y qué hacían los homosexuales.



Había visto a sus padres desnudos con toda naturalidad y a un grupo de sus amigos también desnudos alrededor de una fogata en los bosques. En aquellas mismas vacaciones se había escapado a hurtadillas con otros niños para ver cómo se metían a escondidas los padres en las tiendas, con señoras que no eran sus mujeres. Uno de los chicos le propuso practicar el sexo y ella aceptó, pero él no pudo hacer ningún avance; se enfadaron uno con otro y luego no quería ni verlo.

Allí todo eso era una carga para ella: le daba sensación de vergüenza y de una tristeza peculiar, hasta de padecimiento. Y no era mucho lo que podía hacer, salvo recordar que en la escuela debía llamar a Eileen y a Harry «mami» y «papi». Eso parecía hacerlos más altisonantes, pero no tan avispados. Sus marcados perfiles se borraban ligeramente cuando les llamaba así, sus personalidades quedaban ligeramente minimizadas. Cara a cara con ellos no tenía técnicas para conseguirlo. Ni siquiera

era capaz de reconocer que podría haber sido un consuelo.

La proximidad de la cafetería era irresistible para algunas compañeras de clase de Lauren, pero como no se atrevían a entrar, se colaban en el vestíbulo y se abrían paso hasta el tocador de señoras. Allí pasaban un cuarto o media hora arreglándose el pelo de distintas maneras, se pintaban los labios con rouges probablemente robados en Stedmans, se olían unas a otras muñecas y cuellos, rociados con todas las muestras de perfume disponibles en la droguería.

Cuando le pidieron a Lauren que las acompañara, sospechó que planeaban alguna trampa. Pero de todos modos aceptó porque, en esas tardes cada vez más cortas, no le gustaba nada volver sola a la casa al borde del bosque.

Apenas estuvieron dentro del vestíbulo, un par de esas niñas la sujetaron y la empujaron hasta la

mesa de recepción, donde en un banco alto estaba sentada la mujer del restaurante, que hacía cuentas con la calculadora.

El nombre de la mujer —Lauren lo sabía por Larry— era Delphine. Tenía bonito pelo largo, que podría ser rubio blanquecino o blanco del todo porque ya no era tan joven. Solía quitárselo de la cara y echárselo hacia atrás, como en ese momento hacía. Detrás de las gafas con montura oscura, los ojos de párpados caídos color púrpura. La frente ancha, como la silueta, pálida y lisa. Pero nada en su aspecto era indolente. Los ojos, que en ese momento había levantado, eran de un azul claro soso. Pasaba la vista de una chica a otra, como si ninguna actitud deleznable de ellas pudiera sorprenderla.

—Esta es —dijeron las chicas.

La mujer —Delphine— miró a Lauren.

—¿Lauren? ¿Estáis seguras?

Asombrada, Lauren dijo «sí».

—Bueno, yo les había preguntado si alguien de la escuela se llamaba Lauren —explicó Delphine, hablando como si las demás chicas ya estuvieran lejos, apartadas de su conversación con Lauren—. Lo pregunté por algo que encontré aquí. Alguien debe haberlo olvidado en la cafetería.

Abrió el cajón y sacó una cadena de oro. De la cadena colgaba un dije grabado con el nombre Lauren.

Lauren sacudió la cabeza.

—¿No es tuya? —preguntó Delphine—. ¡Qué lástima! Ya he preguntado a los críos del instituto. Tendré que dejarla por aquí. Alguien puede venir a buscarla.

Lauren dijo:

—Podrías poner un aviso en el periódico de papi.

No se dio cuenta de que podría haber dicho solo «en el periódico» hasta que, al día siguiente, al pasar al lado de un par de chicas a la entrada de la escuela, oyó una voz burlona que decía «el periódico de papi».

—Sí, podría —dijo Delphine—. Pero llegaría toda clase de gente diciendo que es suya. Incluso dando un nombre falso. Es de oro.

—Pero no podrían usarla —advirtió Lauren—, si no es su nombre verdadero.

—A lo mejor no. De todos modos no la voy a poner a la vista para que la reclamen.

Las otras chicas ya se iban camino del tocador.

—¡Eh, vosotras! —las llamó Delphine—. Eso está prohibido.

Ellas se dieron vuelta sorprendidas.

—¿Cómo que está prohibido?

—Porque está prohibido. Y ya está.

—Antes nunca nos impedía entrar.

—Antes era antes y ahora es ahora.

—Se supone que es público.

—No lo es —contestó Delphine—. El del Ayuntamiento es público. De manera que... ¡Andando!

—No me refería a ti —dijo a Lauren, que estaba a punto de seguir a las otras—. Siento que la cadena no sea tuya. Vuelve a pasar por aquí mañana o pasado. Si nadie ha preguntado por ella..., creo que..., bueno, al fin y al cabo tiene tu nombre.

Lauren volvió al día siguiente. La verdad es que la cadena le tenía sin cuidado. No se imaginaba andando por ahí con su nombre colgado al cuello. Lo único que quería era tener algo que hacer, ir a cualquier sitio. Podría haber ido a las oficinas del periódico pero, después de haber oído con qué tono

decían «el periódico de papi», tampoco quería ir allí.

Tenía decidido no entrar si, en vez de Delphine, era Mr. Palagian quien estaba tras el escritorio. Pero ahí estaba Delphine, regando una planta muy fea en el ventanal de la fachada.

—¡Qué bien, tú por aquí! —dijo Delphine—. No ha venido nadie a pedirla. Demos tiempo hasta el fin de semana, tengo el presentimiento de que será para ti. A esta hora del día puedes entrar siempre. No trabajo en la cafetería por las tardes. Si no estoy en recepción, no tienes más que llamar al timbre. Estaré dando vueltas por ahí.

—Muy bien —dijo Lauren y se dio vuelta para marcharse.

—¿Quieres quedarte un momento? Estaba pensando en tomar una taza de té. ¿Tomas té alguna vez? ¿Te lo permiten? ¿Prefieres una bebida fresca?

—Limonada —contestó Lauren—. Por favor.

—¿En vaso? ¿La quieres en vaso? ¿Con hielo?

—No, así como está. Gracias.

Pero de todos modos Delphine llevó un vaso con hielo.

—Me pareció que no estaba demasiado fresca.

Preguntó a Lauren dónde quería sentarse: en uno de los desgastados sillones de piel junto a la ventana o en el taburete alto detrás del escritorio. Lauren eligió el taburete y Delphine se sentó en el otro.

—¿Quieres contarme ahora qué has aprendido hoy en la escuela?

—Bueno...

Apareció una sonrisa en la cara franca de Delphine.

—Te lo pregunté en broma. Aborrecía a la gente que me preguntaba esas cosas. Por un lado, nunca



podía recordar haber aprendido nada ese día. Y, por otro, podía pasarlo muy bien sin hablar de la escuela cuando no estaba en ella. Dejemos eso.

A Lauren no le sorprendió el evidente deseo de Delphine de hacerse amigas. La habían educado para pensar que los niños y los adultos pueden hablar de igual a igual, aunque también había advertido que muchos adultos no lo entendían y que más valía no insistir en el asunto. Veía que Delphine estaba un poco nerviosa. Por eso hablaba sin parar, se reía en los momentos menos oportunos y recurría a la maniobra de meter la mano en el cajón y sacar una barra de chocolate.

—Un caprichito con la bebida. Conseguirá que merezca la pena volver a verme ¿eh?

Aunque le daba vergüenza ajena la conducta de la mujer, Lauren aceptó encantada la barra de chocolate. En casa nunca comía dulces.

—No tienes necesidad de comprarme para que

venga a verte —dijo—. Me gusta venir.

—¡Oh, oh! ¿De modo que yo no, yo no...? Eres toda una chavala. Pues muy bien... Devuélveme eso.

Intentó coger la barra de chocolate y Lauren la escamoteó para evitarlo. Entonces también Delphine se rio.

—Quería decir la próxima vez. La próxima vez no tienes por qué comprarme con golosinas.

—Sin embargo una golosina de vez en cuando no está mal. ¿No es así?

—Me gusta tener algo que hacer —dijo Lauren—. Y no volver sin más a casa.

—¿No vas de visita a casa de tus amigas?

—La verdad es que no tengo ninguna. He empezado a ir a esta escuela en septiembre.

—Bueno... Si el grupo que venía por aquí es muestra de lo que tienes para elegir, diría que más

vale no acercarse. ¿Te gusta este pueblo?

—Es pequeño. Tiene algunas cosas bonitas.

—Es un basural. Todos son basurales. A mi edad he visto tantos basurales que, a estas alturas, bien puedes decir que las ratas me han comido la nariz.

—Se dio golpecitos en la nariz de arriba abajo con los dedos. Las uñas hacían juego con los párpados —. Todavía está ahí —añadió sin demasiado convencimiento.

«Es un basural». Delphine decía cosas como esa. Hablaba con vehemencia: no discutía, afirmaba, sus juicios eran severos y arbitrarios. Hablaba de sí misma —de sus gustos, de sus condiciones físicas— como de un misterio prodigioso, algo único y decisivo.

Era alérgica a las remolachas. Hasta una gota de zumo de remolachas que le pasara por la garganta bastaba para que se le inflamaran los tejidos y acabara en el hospital, porque necesitaba una

operación de urgencia para poder respirar.

—¿Y tú? ¿Tienes alergia a algo? ¿No? Tanto mejor.

Creía que las mujeres debían mantener las manos cuidadas, hicieran el trabajo que hicieran. Le gustaba usar esmalte de uñas azul tinta o color ciruela. Le gustaba llevar pendientes, grandes y que tintinearán, incluso cuando estaba en el trabajo. No se conformaba con los que no eran más que un botón.

No le tenía miedo a las víboras, pero le provocaban extraños sentimientos los gatos. Creía que algún gato se le había echado encima cuando era bebé, atraído por el olor a leche.

—Y tú ¿qué? —preguntaba a Lauren—. ¿A qué le tienes miedo? ¿Cuál es tu color favorito? ¿El sol te broncea o te quema? ¿Te crece mucho el pelo o tarda en crecerse?

Lauren estaba acostumbrada a que se interesaran

por ella. Eileen y Harry se interesaban por ella — sobre todo Harry—, por sus ideas y opiniones, por lo que sentía ante cualquier cosa. Tanto interés le ponía a veces los nervios de punta. Pero nunca había tomado conciencia de que podría haber muchas otras cosas, hechos triviales, que podían ser deliciosamente importantes. Y nunca tenía la sensación —como le pasaba en casa—, de que hubiera nada detrás de las preguntas de Delphine, nunca tenía la sensación de que si no estaba alerta, le sonsacarían intimidades.

Delphine le enseñó chistes. Decía saber cientos de chistes, pero a Lauren solo le contaba los que eran inocentes. Harry no habría estado de acuerdo con que los chistes sobre las gentes de Terranova fueran inocentes y Lauren se reía por cumplir.

Lauren contó a Eileen y a Harry que después de la escuela iba a ver a una amiga. En realidad no era mentira. Ellos parecieron alegrarse. Pero pensando en los padres, Lauren no se llevó la cadena con su

nombre cuando Delphine le dijo que ya podía hacerlo. Simuló estar preocupada por si alguien a quien perteneciera pudiera todavía ir a buscarla.

Delphine conocía a Harry, le llevaba el desayuno en la cafetería y podría haberle hablado de las visitas de Lauren. Pero no lo hizo.

A veces ponía un cartel —«Llame al timbre para pedir servicio»— y se llevaba a Lauren a otros sitios del hotel. De tarde en tarde llegaban huéspedes y había que hacer las camas, limpiar los váteres y lavabos, pasar el aspirador por el suelo. Delphine no permitía que Lauren le ayudara.

—Tú quédate ahí y dame conversación —le decía—. Es un trabajo muy deprimente.

Pero la que hablaba era ella. Sin orden ni concierto hablaba de su vida. Los personajes aparecían y desaparecían. Daba por sentado que, sin preguntar. Lauren sabía quiénes eran. Las personas a quienes llamaba Mr. y Mrs. eran buenos patrones.

Viejo Tocino, Viejo Gilipollas («no repitas mis palabras»), otros de sus patrones, eran malas personas. Delphine había trabajado en hospitales («¿Cómo enfermera? ¿Me estás tomando el pelo?»), en tabacales, en restaurantes bastante buenos, en antros, en un campamento de leñadores donde cocinaba, en una parada de autobuses donde limpiaba. Había visto cosas demasiado sórdidas para hablar de ellas. Cuando la asaltaron en un local nocturno de comida rápida lo abandonó.

A veces tonteaba por ahí con Lorraine, a veces con Phil. Phil tenía la costumbre de llevarse cosas prestadas sin pedir las: en una ocasión se llevó una blusa de Delphine, se la puso para ir a un baile y sudó tanto que le pudrió los sobacos. Lorraine se había graduado en el instituto, pero cometió el grave error de casarse con un imbécil y seguramente lo lamentaba.

Delphine pudo haberse casado. Algunos hombres con quienes había salido se portaron bien, otros se

habían convertido en unos gandules, con otros no tenía la menor idea de qué había pasado. A ella le gustaba un muchacho llamado Tommy Kilbride, pero era católico.

—Probablemente tú no sepas lo que eso significa para una mujer.

—Significa que no puedes controlar la natalidad —dijo Lauren—. Eileen era católica, pero dejó de serlo porque no estaba de acuerdo con eso. Eileen, mi mamá.

—Dado lo ocurrido, tu mamá no tenía por qué preocuparse.

Lauren no entendió. Entonces pensó que Delphine debía de estar refiriéndose a ella —a Lauren—, que era hija única. Tenía que pensar que a Eileen y a Harry les habría gustado tener más hijos después de ella, pero que Eileen no pudo tenerlos. Hasta donde Lauren sabía no era ese el caso. Y dijo:



—Podrían haber tenido más si hubieran querido.  
Después de nacer yo.

—Eso es lo que tú crees ¿eh? —bromeó Delphine—: Es posible que no hayan podido tener ninguno. Pueden haberte adoptado.

—No. No me adoptaron. Sé que no me adoptaron.

Lauren estuvo a punto de contar lo ocurrido cuando Eileen estaba embarazada de ella, pero se contuvo porque Harry había insistido mucho en que era un secreto. Era supersticiosa en cuanto a romper una promesa, aunque había notado que a los adultos solía no importarles romper las suyas.

—No te pongas tan seria —dijo Delphine. Cogió la cara de Lauren con las manos y le pasó las uñas moradas por las mejillas—. Solo estaba bromeando.

La secadora de la lavandería del hotel estaba estropeada y Delphine tenía que tender las sábanas y

toallas lavadas. Como llovía, el mejor sitio para hacerlo era la antigua caballeriza. A través del pequeño patio de gravilla que había detrás del hotel, Lauren le ayudó a llevar los cestos llenos de ropa blanca hasta el granero de piedra vacío. Le habían puesto suelo de cemento, pero todavía se filtraba olor a tierra por las grietas de las paredes de piedra. Tierra húmeda, piel de caballos, restos intensos de meadas y cuero. Era un recinto vacío, solo estaban las sogas de la ropa más algunos escritorios y sillas rotos. Las pisadas hacían eco.

—Prueba a gritar tu nombre —dijo Delphine.

Lauren gritó:

—Del-phii-in.

—Tu nombre. ¿Qué te propones?

—El tuyo hace más eco —contestó Lauren y volvió a gritar—: Del-phii-in.

—No me gusta mi nombre —confesó Delphine

—. A nadie le gusta su nombre.

—A mí no me disgusta el mío.

—Lauren es bonito. Es un nombre bonito. Te eligieron un bonito nombre.

Delphine había desaparecido tras la sábana que estaba colgando. Lauren daba vueltas silbando.

—Esa tonada suena verdaderamente bien aquí — dijo Delphine—. Canta tu canción favorita.

A Lauren no se le ocurrió ninguna canción que fuera su favorita. Eso pareció asombrar a Delphine, tanto como le había asombrado que Lauren no supiera ningún chiste.

—Yo tengo montones.

Y empezó a cantar:

*Río de Luna, más de una milla de ancho...*

Era una canción que a veces cantaba Harry,

siempre burlándose de la canción o de sí mismo. La manera de cantar de Delphine era completamente distinta. Lauren sintió que la pena contenida en la voz de Delphine, la empujaba hacia las flameantes sábanas blancas. Las sábanas mismas parecían desintegrarse alrededor de ella —no, alrededor de Delphine y de ella— y creaban una atmósfera de profunda ternura. La canción de Delphine le hacía pensar en un par de brazos abiertos donde podía precipitarse. Pero, al mismo tiempo, el desborde de sus emociones le retorció el estómago, como una vaga amenaza de mareo.

*Esperando a la vuelta de la curva  
a mi arándano amigo...*

Lauren la interrumpió: cogió una silla sin asiento y la arrastró por el suelo.

—Hay algo que me interesa preguntaros —dijo muy decidida durante la cena a Eileen y a Harry—. ¿Hay alguna posibilidad de que yo sea adoptada?

—¿De dónde has sacado semejante idea? — preguntó Eileen.

Harry dejó de comer, levantó las cejas en señal de advertencia a Lauren y empezó a bromear:

—Si fuéramos a adoptar una criatura ¿crees que elegiríamos una capaz de hacer preguntas tan impertinentes?

Eileen se levantó, toqueteando la cremallera de la falda. Dejó caer la falda y luego se bajó los leotardos y la braga.

—Mira. Esto quiere decir algo.

El vientre que, cuando estaba vestida parecía chato, una vez desnuda se veía ligeramente regordete y caído. La piel, todavía un poco bronceada hasta donde llegaba la marca del bikini, tenía algunas estrías muy blancas, que brillaban a la luz de la cocina. Lauren las había visto antes sin fijarse en ellas: eran parte del cuerpo de Eileen, como los

lunares gemelos de las dos clavículas.

—Son resultado del estiramiento de la piel — dijo Eileen—. Te llevaba delante de mí —extendió la mano delante de su cuerpo hasta una distancia exagerada. ¿Estás convencida ahora?

Harry apoyó la cabeza contra Eileen y le acarició el vientre desnudo. Luego se enderezó y se dirigió a Lauren.

—En caso de que te estés preguntando por qué no hemos tenido más hijos, la respuesta es que tú eres la única hija que necesitamos. Eres lista, bonita y tienes sentido de humor. ¿Cómo podíamos estar seguros de tener otro hijo tan completo? Además no somos la familia típica. Nos gusta andar de un lado para otro. Probar cosas, ser flexibles. Tenemos una hija perfecta y adaptable. No hay necesidad de tentar a la suerte.

La expresión de Harry, que Eileen no podía ver, se dirigía a Lauren con más seriedad que sus

palabras. Una advertencia constante mezclada con decepción y sorpresa.

Si Eileen no hubiera estado ahí, Lauren lo habría cuestionado. ¿Y si hubieran perdido a los dos bebés en vez de a uno solo? ¿Y si ella no hubiera estado nunca en el vientre de Eileen y no fuera responsable de las estrías del vientre? ¿Cómo podía estar segura de no ser una sustitua? Si hubo una cosa importante que no sabía ¿por qué no podía haber otra?

La idea era inquietante, pero tenía su remoto encanto.

Lauren tenía tos cuando, al salir de la escuela, volvió a entrar en el vestíbulo del hotel.

—Vamos arriba —dijo Delphine—. Tengo un buen remedio para eso.

En el momento en que colgaba el cartel de «llame al timbre si necesita servicio», entró desde la cafetería Mr. Palagian. En un pie llevaba un zapato y

en el otro una chinela rajada para que cupiera el vendaje. En el sitio donde debía tener el dedo gordo había una mancha de sangre seca.

Lauren creyó que al ver a Mr. Palagian, Delphine quitaría el cartel, pero no lo hizo. Lo único que le dijo fue:

—Más vale que se cambie ese vendaje en cuanto pueda.

Mr. Palagian sacudió la cabeza, pero no la miró.

—Enseguida vuelvo —dijo Delphine.

Su cuarto estaba en el tercer piso, bajo el alero. Mientras subía tosiendo Lauren preguntó:

—¿Qué le ha pasado en el pie?

—¿En qué pie? Me imagino que alguien puede haberlo pisado. O puede haberse pegado él mismo con el talón del zapato.

Era una buhardilla de techo inclinado. Había una



cama de una plaza, un lavabo, una silla, una cómoda. En la silla una hornilla y encima la tetera. En la cómoda un despliegue abigarrado de cosméticos, peines, píldoras, una lata de té en bolsitas y una lata de chocolate de taza en polvo. La colcha de la cama era como las de los cuartos de huéspedes: de cloqué grueso a rayas blancas y cobrizas.

—No está muy ordenado ¿verdad? No paso mucho tiempo aquí.

Llenó la tetera en el lavabo y enchufó la hornilla. Después tiró de la colcha para quitar la manta.

—Quítate esa chaqueta. Envuélvete y abrígate bien con esto —tocó el radiador—. El calor tarda todo el día en subir hasta aquí.

Lauren hizo lo que le había dicho. Del cajón más alto de la cómoda sacó dos tazas y dos platos. Delphine midió el chocolate de taza y dijo:

—No lo hago más que con agua caliente.

Supongo que estás acostumbrada a la leche. No tomo leche con el té ni con nada. Si la subo aquí se pone agria. No tengo nevera.

—Es muy rico con agua —contestó Lauren aunque nunca lo había tomado.

De repente tuvo ganas de estar en casa, acurrucada en el sofá viendo televisión.

—Bueno, no te quedes ahí —la voz de Delphine sonaba ligeramente irritada y nerviosa—. Siéntate y ponte cómoda. La tetera no tardará mucho.

Lauren se sentó al borde de la cama. De pronto Delphine se dio vuelta, la cogió por debajo de los brazos —cosa que la hizo volver a toser— y la levantó hasta dejarla sentada de espaldas a la pared, con los pies apartados del suelo. Le quitó las botas y le apretó los pies para ver si los calcetines estaban húmedos.

No.

—¡Oye! Iba a darte algo para quitarte esa tos. ¿Dónde he puesto mi jarabe para la tos?

Del mismo cajón que las tazas sacó una botella, medio vacía, con un líquido color ámbar. Delphine llenó una cuchara.

—Vamos, abre la boca. No sabe tan mal.

Cuando ya se lo había tragado Lauren preguntó:

—¿Tenía whisky?

Delphine echó una ojeada a la botella, que no tenía etiqueta.

—No veo que lo diga. ¿Lo ves tú? ¿Va a darles un ataque a tu mamá y a tu papá si saben que te he dado una cucharada de whisky para quitarte la tos?

—Papá a veces me hace un ponche con whisky.

—¿Lo hace? ¿De verdad lo hace?

La tetera hervía y Delphine vertió el agua en las tazas. La removió deprisa, aplastó los grumos, habló

con ellos.

—Vamos, vamos, granujas. Vamos.

Simulaba jovialidad.

Algo raro le pasaba a Delphine ese día. Estaba demasiado aturullada y nerviosa, quizás enfadada. Su aspecto y carácter vehemente no parecían encajar en esa habitación.

—Miras alrededor de este sitio y sé lo que estás pensando —dijo—. Estás pensando «¡Uf, qué pobre debe ser! ¿Por qué no tiene más cosas?». Es que no me gusta acumular cosas. Por la simple razón de que he tenido muchas experiencias de tener que recogerlas y mudarme. Apenas crees que te has establecido, pasa algo y tienes que mudarte. En cambio ahorro. La gente se sorprendería si supiera la cantidad de dinero que tengo en el banco.

Dio su taza a Lauren y se sentó con mucho cuidado en la cabecera de la cama, con la espalda

apoyada en la almohada, sobre la sábana, solo con las medias. A Lauren le disgustaban los pies embutidos en medias de nailon. No le importaban los pies desnudos, los pies con calcetines, los pies calzados ni los pies con medias de nailon metidos en zapatos. Solo le disgustaban los pies con medias de nailon, descalzos, especialmente si tocaban otra tela. No era más que una rareza suya... Como la que sentía por los hongos o los cereales que flotaban en la leche.

—Cuando entraste esta tarde estaba muy triste —dijo Delphine—. Pensaba en una chica que conocía, pensaba que tendría que escribirle una carta si supiera dónde está. Se llamaba Joyce. Me gustaría saber qué ha sido de su vida.

El peso de Delphine había hundido el colchón y a Lauren le costaba no deslizarse hacia ella. El esfuerzo que hacía para no chocar con el cuerpo de Delphine la violentaba y le hacía empeñarse en hacer alarde de exceso de buenos modales.

—¿Cuándo la conociste? —preguntó—. ¿Cuando eras joven?

Delphine se rio.

—Sí. Cuando era joven. También ella era joven. Se tuvo que ir de su casa, andaba dando vueltas por ahí con ese muchacho y cayó en la trampa. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí, que se quedó embarazada.

—Eso es. Se dejó estar. Creyó que se pasaría. ¡Ja, Ja! Como la gripe. El muchacho con quien andaba ya tenía dos hijos con otra mujer con quien no estaba casado pero que, más o menos, figuraba como su mujer. Y siempre pensaba en volver con ella. Antes de que pudiera hacerlo lo trincaron. Y a ella también, a Joyce, porque mandada por él llevaba «chocolate» de un lado para otro. Lo metía en tubos de tampones. ¿Sabes cómo son? ¿Sabes qué es «chocolate»?

—Sí, claro, droga —contestó Lauren a las dos preguntas.

Delphine hizo un ruido gorgoteante al sorber su bebida.

—Todo esto es secreto de estado ¿entiendes?

No todos los grumos del chocolate en polvo se habían disuelto y Lauren no quería aplastarlos con la cucharilla, que todavía tendría sabor a lo que Delphine llamaba «jarabe para la tos».

—La soltaron con libertad condicional. No hay mal que por bien no venga. El hecho de estar embarazada le permitió zafar. Luego se metió con esos cristianos que conocía, un médico y su mujer, que cuidaban a las muchachas cuando tenían bebés y enseguida conseguían que alguien los adoptara. No era del todo decente: sacaban dinero de esos bebés pero, de cualquier manera, la salvaron de los asistentes sociales. Tuvo a su bebé y nunca lo vio. Lo único que supo es que era una niña.

Lauren miró alrededor en busca de un reloj. Por lo visto no había ninguno. El reloj de pulsera de Delphine estaba oculto bajo las mangas largas del suéter.

—Se marchó de allí y entre unas y otras cosas no tuvo un pensamiento para el bebé. Creyó que se casaría y tendría otros hijos. Pero bueno, tampoco sucedió tal cosa. No es que le importara tanto dado que sus relaciones siempre eran fortuitas. Incluso se sometió a un par de operaciones para no tenerlos. ¿Sabes de qué operaciones hablo?

—De abortos —contestó Lauren—. ¿Qué horas es?

—Eres una cría que no carece de información —dijo Delphine—. Sí, no te equivocas. Abortos. —Se levantó la manga para mirar el reloj—. Todavía no son las cinco. Iba a decirte que empezó a pensar en su niñita, a preguntarse qué habría sido de ella y a investigar para saberlo. Tuvo suerte y encontró a



aquellas mismas personas. A los cristianos. Tuvo que ponerse un tanto desagradable con ellos, pero consiguió algunos datos. Descubrió los nombres de quienes se habían quedado con ella.

Lauren se escabulló de la cama. Se acercó dando tropezones con la manta a la cómoda y dejó la taza encima.

—Tengo que irme —dijo y miró por la ventana—. Está nevando.

—¿Sí? ¿Qué tiene de particular? ¿No quieres saber el resto?

Lauren se estaba poniendo las botas. Trataba de hacerlo sin llamar la atención, para que Delphine no se fijara demasiado en ella.

—Se suponía que el hombre trabajaba para una revista. Fue allí. Le dijeron que no estaba, pero sabían adonde se había ido. No sabía qué nombre le habían puesto a la criatura, pero fue otra de las

cosas que consiguió averiguar. ¿Estás tratando de escapar de mí?

—Tengo que irme. No me siento bien del estómago. Me he pescado un resfrío.

Lauren pegó un tirón a la chaqueta que Delphine había colgado de un clavo colocado en lo alto de la puerta. Como no pudo descolgarla en el acto se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ni siquiera conozco a esa persona, a Joyce — dijo con acento lastimero.

Delphine puso los pies en el suelo, se levantó despacio de la cama y dejó su taza en la cómoda.

—Si te sientes mal del estómago debes quedarte acostada. Seguramente te has bebido eso demasiado deprisa.

—Lo que quiero es mi chaqueta.

Delphine descolgó la chaqueta, pero la mantuvo bien en alto. Lauren la cogió, pero Delphine no la

soltó.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿No estarás llorando, no? No creía que fueras un bebé llorón. Vale. Vale. Aquí está. Solo te estaba haciendo una broma.

Lauren metió los brazos en las mangas, pero sabía que no podría cerrarse la cremallera. Hundió las manos en los bolsillos.

—¿Todo en orden? —dijo Delphine—. ¿Ya estás bien? ¿Sigues siendo mi amiga?

—Gracias por el ponche de chocolate.

—No camines demasiado deprisa. Deja que se te asiente el estómago.

Delphine se inclinó. Lauren retrocedió, temerosa de que el pelo blanco, las flotantes cortinas de pelo blanco, se le metieran en la boca.

Si fueras tan vieja como para tener el pelo blanco, no tendrías que llevarlo tan largo.

—Sé que eres capaz de guardar un secreto, sé que mantienes nuestras entrevistas, charlas y todo en secreto. Más adelante comprenderás. Eres una chiquilla maravillosa. Venga.

Besó a Lauren en la cabeza.

—No te preocupes por nada.

La nieve caía en grandes copos, dejaba una capa esponjosa en las aceras, que se derretía y convertía en huellas oscuras por donde la gente caminaba, para enseguida volver a cubrirse de nieve. Los coches pasaban con prudencia, con los faros amarillos empañados. No veía muy bien por la espesura de la nevada y la falta de luz. No creía que nadie pudiera ver bien.

En el estómago tenía a la vez sensación de pesadez y vacío. Por lo visto no se libraría de esa sensación hasta que no comiera como es debido de modo que, en cuanto entró en casa, fue derecha a la

alacena de la cocina y se sirvió un cuenco del habitual cereal del desayuno. No quedaba jarabe de arce, pero encontró un poco de jarabe de maíz. Se quedó en la cocina fría, comió sin haberse quitado siquiera las botas ni la ropa de salir y miró el patio recién nevado. El resplandor de la nieve dejaba ver el exterior, a pesar de tener encendida la luz de la cocina. Se vio reflejada contra el fondo del patio nevado, las piedras oscuras coronadas de blanco y las ramas de hoja perenne ya caídas bajo el peso del manto blanco.

Apenas se había metido la última cucharada en la boca, cuando tuvo que salir corriendo al cuarto de baño y vomitarlo todo: copos de cereales casi enteros, salivazos de jarabe, hilos pegajosos de chocolate pálido.

Cuando volvieron los padres estaba echada en el sofá, mirando la televisión, todavía con las botas y la chaqueta puestas.

Eileen le quitó la ropa de encima, le llevó una manta y le tomó la temperatura —era normal—, luego le palpó la barriga para ver si estaba dura y le hizo doblar la pierna derecha hasta el pecho, por si le dolía el lado derecho. Eileen siempre tenía especial aprensión a los ataques de apendicitis porque una vez estaba en una fiesta —de esas fiestas que duran días— y una chica murió de un ataque de apendicitis, cuando todo el mundo estaba demasiado bebido para darse cuenta de que la chica tuviera ningún problema grave. Cuando se convenció de que lo de Lauren no tenía nada que ver con la apendicitis, se fue a preparar la cena. Harry se quedó acompañando a Lauren.

—Creo que tienes escuelitis —dijo—. Yo también la tuve. Solo que cuando era pequeño no se había inventado ninguna cura para eso. ¿Sabes cuál es la cura? Tirarse en el sofá y ver televisión.

Aunque no era verdad, a la mañana siguiente Lauren dijo que todavía se sentía mal. Se negó a

desayunar pero, en cuanto Eileen y Harry salieron de la casa, encontró un gran bollo de canela, que comió sin calentarlo mientras miraba televisión. Se limpió los dedos pegajosos en la manta que la cubría y trató de pensar en su futuro. Quería quedarse ahí mismo, dentro de la casa, en el sofá. Pero a menos que inventara alguna enfermedad auténtica, no creía que fuera posible.

El noticiero de la televisión había terminado y lo seguía uno de los culebrones diarios. Era un mundo con el que se había familiarizado cuando la última primavera tuvo bronquitis. A pesar de haber desertado de él, por lo visto no había cambiado mucho. Aparecía la mayoría de los mismos personajes —claro que en distintas circunstancias—, tenían la misma forma de conducirse (noble, implacable, sexy, triste), el mismo aspecto distante y las mismas frases sin terminar cuando se referían a accidentes o secretos. Durante un rato le divirtió verlos, pero luego se le cruzó por la cabeza algo que

le preocupaba. En esas historias niños y adultos resultaban pertenecer a familias completamente distintas de las que siempre habían considerado propias. Los extraños —que a veces eran locos y peligrosos— parecían salir de la nada, con sus catastróficos reclamos y emociones. Las vidas cambiaban como se da vuelta un guante.

Alguna vez eso pudo haberle parecido una posibilidad atractiva, pero ya no.

Eileen y Harry nunca cerraban las puertas. Imagínate, solía decir Harry, que vivimos en un sitio donde puedes salir y entrar sin echar llave a las puertas. Lauren se levantó y les echó llave, tanto a la principal como a la trasera. Después cerró las cortinas de todas las ventanas. No nevaba, pero tampoco se derretía la nieve. La nieve reciente ya tenía un toque grisáceo, como si hubiera envejecido durante la noche.

No había manera de cubrir las ventanitas de la



puerta principal. Había tres, con forma de lagrimones en diagonal. Eileen las odiaba. Había arrancado los papeles y pintado las paredes de esa casa barata con colores insólitos —azul de huevos de petirrojo, rosa amoratado, amarillo limón—, había quitado alfombras horribles y lijado el suelo, pero con los dichosos ventanucos no pudo hacer nada.

Harry decía que no estaban tan mal, que había uno para cada uno, justo a la altura conveniente para que pudieran mirar afuera. Los llamaba Mamá Osa, Papá Oso y Osezno.

Cuando acabó el culebrón y un hombre y una mujer empezaron a hablar de plantas de interior, Lauren cayó en un ligero sueño, tan ligero que apenas se enteró de haberse quedado dormida. Lo supo al despertar de soñar con un animal, una especie de comadreja o zorro peludo —no estaba segura—, que desde el patio miraba la casa a plena luz del día. En el sueño alguien le decía que era un

animal feroz porque no le asustaban los seres humanos ni las casas donde vivían.

Sonó el teléfono. Estaba segura de que sería Delphine. Delphine que quería saber cómo estaba, por qué estaba escondida, qué pensaba de la historia que le había contado, cuándo iba a pasar por el hotel.

Lo cierto es que era Eileen para saber cómo se sentía Lauren y el estado de su apéndice. Eileen dejó sonar el teléfono quince o dieciséis veces, luego salió corriendo de la oficina sin ponerse siquiera la chaqueta y cogió el coche para volver a casa. Encontró la puerta con la llave echada, la golpeó con el puño e hizo sonar el llamador. Apretó la cara contra el ventanuco Mamá Osa y gritó el nombre de Lauren. Oía la televisión. Fue por la puerta trasera, golpeó y volvió a gritar.

Como es lógico Lauren oyó todo eso con la cabeza metida debajo de la manta, pero tardó un rato

en darse cuenta de que era Eileen y no Delphine. Cuando se dio cuenta, fue sigilosamente hasta la cocina arrastrando la manta tras ella, todavía dudando si la voz no sería una triquiñuela.

—¡Dios mío! ¿Qué te pasa? —preguntó Eileen abrazándola—. ¿Por qué has echado llave a la puerta, por qué no contestabas el teléfono, a qué estás jugando?

Lauren aguantó quince minutos o más la seguidilla de abrazos y los gritos que Eileen pegaba. Luego se derrumbó y lo contó todo. Fue un gran alivio y hasta cuando se estremecía y lloraba, sentía que estaba trocando algo privado y complejo a cambio de seguridad y consuelo. No era posible contar toda la verdad porque, con absoluta franqueza, no podía confesársela ni a sí misma. No podía contar todo lo que habría querido porque ya no sabía qué quería.

Eileen telefoneó a Harry y le pidió que volviera

a casa. Tendría que volver caminando, ella no podía ir a buscarlo, no podía dejar sola a Lauren.

Fue a quitar la llave de la puerta principal y encontró un sobre sin sello, metido por la ranura del buzón. No tenía nada escrito salvo LAUREN.

—¿Oíste echar esto al buzón? —preguntó—. ¿Oíste a alguien en el porche? ¿Cómo coño pasó esto por la ranura?

Rasgó el sobre y sacó la cadena de oro con el nombre de Lauren.

—Me olvidé de contarte esa parte.

—Hay una nota.

—No la leas —gritó Lauren—. No la leas. No quiero saber lo que dice.

—No seas tonta. No va a morder. Dice que telefoneó a la escuela y que no estabas allí. Supuso que estabas enferma y aquí te manda un regalo para levantarte el ánimo. Dice que la había comprado

para ti, que no la había perdido nadie. ¿Qué quiere decir? Era para hacerte un regalo cuando en marzo cumplieras once años, pero que quiere dártela ya. ¿De dónde sacó la idea de que tu cumpleaños es en marzo? Tu cumpleaños es en junio.

—Ya lo sé —dijo Lauren con la voz sofocada, infantil, torpe, de cuando era niña.

—¿Lo ves? —dijo Eileen—. Lo confunde todo. Está loca.

—Sin embargo sabía vuestro apellido. Sabía dónde estabais. ¿Cómo lo sabía si no me habíais adoptado?

—No sé cómo demonios lo sabía, pero está equivocada. Lo confunde todo. Mira. Vamos a buscar tu partida de nacimiento. Naciste en el Hospital Wellesley de Toronto. Te llevaremos allí y podremos enseñarte la habitación.

Eileen volvió a mirar la nota y la estrujó.

—La muy puta. Llamar a la escuela... Venir a casa. Puta loca.

—Esconde eso —dijo Lauren señalando la cadena—. Escóndela. Quítala de mi vista. Ahora mismo.

Harry no estaba tan indignado como Eileen.

—Siempre me ha parecido una persona de bien —afirmó—. Nunca me dijo nada de esto.

—Claro que no —contestó Eileen—. Lo que quería era acercarse a Lauren. Tienes que ir y tener una conversación con ella. Si no vas, iré yo. Lo digo en serio. Y hoy mismo.

Harry dijo que iría él.

—La meteré en cintura. De una vez para siempre. No habrá más conflictos. ¡Qué vergüenza!

Eileen hizo un almuerzo ligero. Preparó hamburguesas con mayonesa y mostaza, como les gustaban a Harry y a Lauren. Lauren terminó las

suyas antes de darse cuenta de que seguramente había sido un error demostrar tanto apetito.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Harry—. ¿Irás esta tarde a la escuela?

—Todavía estoy resfriada.

Eileen intervino:

—No. Nada de volver a la escuela. Y yo me quedaré en casa con ella.

—No me parece en absoluto necesario —dijo Harry.

—Y dale esto —Eileen le metió el sobre en el bolsillo.

—No te molestes en mirarlo, es su estúpido regalo. Y dile que no vuelva a ocurrírsele nunca hacer nada semejante o se buscará problemas. Nunca nada más. Nunca más.

Lauren no tuvo que volver a la escuela, por lo

menos en ese pueblo.

Por la tarde Eileen llamó a la hermana de Harry —con quien Harry no hablaba por las críticas que el marido hacía de la manera vivir de Harry— y hablaron de la escuela adonde había ido esa hermana, una escuela privada de niñas en Toronto. Hubo otras llamadas y convinieron una cita.

—No es cuestión de dinero —dijo Eileen a Lauren—. Harry tiene bastante dinero. O lo puede conseguir. Tampoco se trata de este incidente. No mereces crecer en este pueblo de mierda. No mereces acabar pareciendo una palurda. Hace tiempo que lo pienso. Solo lo estaba dejando para cuando fueras un poco mayor.

Cuando Harry volvió dijo que, desde luego, dependía de lo que Lauren quisiera.

—¿Quieres irte de casa, Lauren? Creí que te gustaba estar aquí. Creí que tenías amigas.



—¿Amigas? —preguntó Eileen—. Tenía a esa mujer. Delphine. ¿Has conseguido que lo entienda? ¿Ha entendido el mensaje?

—Sí —contestó Harry—. Lo entendió.

—¿Le devolviste la chorrada?

—Si quieres llamarle así... Sí.

—¿No va a dar más la lata? ¿Ha entendido que no dé más la lata?

Harry encendió la radio y mientras cenaban escucharon el noticiero. Eileen abrió una botella de vino.

—¿Qué es esto? —preguntó Harry con voz más bien amenazante—. ¿Un festejo?

Lauren había aprendido a interpretar las señales y creyó adivinar lo que iba a pasar, el precio que habría de pagar por la milagrosa liberación: no volver nunca a la escuela ni pasar cerca del hotel, tal vez no poder andar en absoluto por las calles, no

salir nunca de la casa en las dos semanas que faltaban para Navidad.

El vino podía ser una señal. A veces. A veces no. Pero cuando Harry sacó la botella de gin y llenó medio vaso sin agregarle más que hielo —luego dejó de ponerle hielo—, la suerte estaba echada. Todo siguió siendo jovialidad, pero una jovialidad acerada como un cuchillo. Harry hablaba con Lauren, Eileen hablaba con Lauren, más que de costumbre. De vez en cuando hablaban entre ellos, casi normalmente. Pero en la habitación flotaba un desasosiego todavía no expresado en palabras. Lauren tenía la esperanza, o intentaba tenerla —más precisamente intentaba tenerla— de que, de alguna manera, impedirían que estallara la bronca. Y siempre creyó —y aún creía— no ser ella la única que tenía esa esperanza. Ellos también la tenían. En parte. Pero también estaban a la expectativa de lo que pudiera suceder. Nunca superaban la ansiedad por lo que vendría. Nunca había un momento, cuando

se notaba esa sensación en la cocina, en el cambio de atmósfera, en la deslumbrante luminosidad que hacía parecer todas las formas, todos los muebles y utensilios más agudos, más densos..., nunca había un momento al que no siguiera otro peor.

Lauren era incapaz de quedarse en su cuarto, tenía que estar donde estuvieran ellos, se les echaba encima, protestaba y lloraba hasta que cualquiera de los dos la cogía y la llevaba de vuelta a la cama diciéndole: «Ya está bien. No des la lata, no nos des la lata, son cosas nuestras, tenemos que hablar». «Hablar» quería decir dar vueltas por la casa, lanzar recriminaciones y enardecidas peroratas, gritos y desacuerdos, hasta que empezaban a tirarse ceniceros, platos y botellas uno a otro. Una vez Eileen salió afuera y se tiró en el patio, arrancando puñados de tierra y hierbas, mientras Harry silbaba desde la puerta principal: «Oh, es su estilo, le gusta dar el espectáculo». Otra vez se encerró en el cuarto de baño gritando: «Es la única manera de huir de

semejante tormento». Los dos amenazaban con tomar píldoras o recurrir a las cuchillas de afeitar.

«¡Dios mío!, no dejes que ocurra», dijo en una ocasión Eileen. «Por favor, por favor, acabemos con esto».

Y Harry contestó en voz alta y quejumbrosa que imitaba cruelmente la suya: «Eres tú quien lo hace..., tú eres la que tiene que acabar».

Lauren se empeñaba en adivinar por qué reñían. Siempre por algo nuevo (esa noche, tirada sobre la cama en la oscuridad, pensó que probablemente sería a propósito de su ida de casa, a propósito de la decisión que Eileen estaba tomando por su cuenta) y siempre sobre la misma cosa: la cosa que les pertenecía, que nunca podrían ceder.

También volvía sobre la idea de que en los dos había un espacio para la ternura —Harry no paraba de hacer bromas porque estaba triste; Eileen era eficiente y desdeñosa porque Harry la mantenía

apartada de algo— y de que si ella, Lauren, les explicara a cada uno de ellos lo que le pasaba al otro, las cosas mejorarían.

Al día siguiente estaban mudos, destrozados, avergonzados e inexplicablemente exaltados. «La gente tiene que hacer estas cosas, no es bueno reprimir los sentimientos», le había dicho Eileen a Lauren una vez. «Existe incluso la teoría de que reprimir la rabia provoca cáncer».

Harry llamaba rencillas a las peleas. «Lamento la rencilla», decía. «Eileen es una mujer muy voluble. Todo lo que puedo decirte, tesoro mío..., ay, todo lo que puedo decir es... que estas cosas pasan».

Lo cierto es que esa noche Lauren se quedó dormida antes de que ellos empezaran a agredirse. Incluso antes de estar segura de que lo harían. Cuando se fue a la cama, la botella de gin todavía no había hecho su aparición.

La despertó Harry.

—Lo siento, mi vida. ¿Serías capaz de levantarte y bajar?

—¿Ya es de día?

—No. Es muy tarde, pero aún de noche. Eileen y yo queremos hablar contigo. Tenemos que hablar contigo. Es sobre algo que tú ya sabes. Anda, ven. ¿Quieres las zapatillas?

—Odio las zapatillas —le recordó Lauren.

Bajó las escaleras delante de él. Harry estaba todavía vestido. Eileen, que los esperaba en el vestíbulo también vestida, le dijo:

—Además de nosotros hay aquí alguien a quien conoces.

Era Delphine. Estaba sentada en el sofá y llevaba una chaqueta de esquí encima de los habituales pantalones negros y el suéter. Lauren nunca la había visto con ropa de salir. Tenía las

facciones hundidas, la piel apergaminada y su postura era la de una mujer vencida.

—¿No podemos ir a la cocina? —preguntó Lauren.

No sabía por qué, pero la cocina le parecía un lugar más seguro. En cierto modo menos solemne. Y si todos se sentaban alrededor de la mesa habría donde apoyarse.

—Si Lauren quiere que vayamos a la cocina, iremos a la cocina —dijo Harry.

Cuando estuvieron sentados allí continuó:

—Lauren, he contado lo que te dije sobre el bebé. Sobre el bebé que teníamos antes de que tú nacieras y lo que pasó con él.

Esperó hasta que Lauren dijo:

—Sí.

—¿Puedo decir yo algo ahora? —intervino

Eileen—. ¿Puedo decirle algo a Lauren?

—Sí, claro que sí —contestó Harry.

—Harry no podía soportar la idea de tener otro niño —Eileen hablaba mirándose las manos, apoyadas en el regazo bajo la mesa—. No podía soportar la idea del caos doméstico. Tenía que dedicarse a sus escritos. Quería lograr sus objetivos y no podía hacerlo en medio del caos. Quería que abortara. Primero acepté, luego me negué, volví a aceptar. Pero no fui capaz de hacerlo, tuvimos una gresca. Cogí al bebé y subí al coche decidida a irme a casa de una amiga. No iba a demasiada velocidad y, desde luego, no estaba borracha. Todo se debió a la mala iluminación de la carretera y al mal tiempo.

—También a que la cuna no estaba bien sujeta en el coche —interrumpió Harry—. Pero dejemos eso. No insistí en el aborto. Puedo haber hablado de aborto, pero no habría tenido manera de obligarte. No le hablé de eso a Lauren porque le haría daño



oírlo. No puede dejar de hacérselo.

—Sí. Pero es la verdad —dijo Eileen—. Lauren puede asumirla, sabe que no se trataba de ella.

Lauren se sorprendió a sí misma, diciendo lo que pensaba.

—Era yo. ¿Quién iba a ser sino yo?

—Sí, pero no era yo quien quería hacerlo —replicó Eileen.

—No te negaste de plano —afirmó Harry.

Lauren estalló:

—¡Basta!

—Es precisamente lo que prometimos no hacer —dijo Harry—. ¿No es eso lo que prometimos no hacer? Y tendríamos que pedir disculpas a Delphine.

Mientras se desarrollaba la conversación, Delphine no había mirado a ninguno de ellos. No había acercado su silla a la mesa. No se dio por

aludida cuando Harry pronunció su nombre. No era solo la sensación de derrota lo que la mantenía callada. Era un lastre de terquedad, hasta de indignación, que ni Harry ni Eileen podían notar.

—Hablé con Delphine esta tarde, Lauren, le conté lo del bebé. Era su bebé. Nunca te dije que el bebé fuera adoptado porque solo serviría para que todo pareciera peor: que habíamos adoptado ese bebé y hasta qué punto metimos la pata. Llevábamos cinco años intentando tener un hijo, creíamos que no lo conseguiríamos nunca y decidimos adoptar un niño. Pero la auténtica madre era Delphine. Le llamamos Lauren. Luego te pusimos Lauren a ti... Creo que porque era nuestro nombre favorito y también porque nos daba la sensación de empezar de nuevo. Delphine quiso saber qué había sido de su hija, averiguó que la habíamos adoptado nosotros y, como es lógico, creyó equivocadamente que eras tú. Vino aquí para buscarte. Es todo muy amargo. Cuando le conté la verdad, como es natural, pidió

pruebas. Por eso le pedí que viniera esta noche, y le enseñé los documentos. Nunca pensó en secuestrarte ni nada semejante. Solo pretendía hacerse amiga tuya. Estaba muy sola y perturbada.

Delphine abrió de un tirón la cremallera de su chaqueta como si necesitara más aire.

—Y le conté que todavía teníamos..., que nunca llegamos a... ni encontramos el momento de... — señaló la caja de cartón, colocada ahí mismo, sobre la mesada—. También se la enseñé. Por eso esta noche como familia..., esta noche que lo hemos ventilado todo, vamos a salir a hacerlo. Para librarnos de todo esto: del suplicio y de la vergüenza. Delphine, Eileen y yo. Y queremos que tú vengas con nosotros..., ¿estás de acuerdo? ¿Te sientes bien?

Lauren contestó:

—Estaba dormida. Estoy resfriada.

—A pesar de eso puedes hacer lo que Harry te pide —dijo Eileen.

Delphine seguía sin levantar los ojos. Harry cogió la caja de la mesada, se la entregó y dijo:

—Tal vez seas tú quien deba llevarla. ¿Te sientes bien?

—Todo el mundo se siente bien —contestó Eileen en nombre de Delphine—. Anda, vamos.

Delphine estaba ahí inmóvil, de pie en la nieve, sosteniendo la caja. Por eso Eileen dijo:

—¿Quieres...?

Se la quitó respetuosamente de las manos. La abrió y, a punto estaba de dársela a Harry, cuando cambió de opinión y se la ofreció a Delphine. Delphine cogió un puñadito de cenizas, pero no la caja para hacerla circular. Eileen cogió otro puñadito y le pasó la caja a Harry, que cogió un puñadito más y, cuando iba a pasársela a Lauren,

Eileen dijo:

—No. Ella no tiene por qué hacerlo.

Lauren ya se había metido las manos en los bolsillos.

No había viento, de modo que las cenizas quedaron encima de la nieve, en el sitio donde Delphine, Eileen y Harry las habían dejado caer.

Habló Eileen como si tuviera la garganta irritada:

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Harry dijo con voz firme:

—Esta es Lauren, nuestra hija a quien todos quisimos: repitámoslo juntos.

Miró a Delphine, luego a Eileen y todos dijeron:

—Esta es Lauren...

Delphine hablaba en voz baja, balbuceaba;

Eileen lo hacía cargada de sinceridad; la voz de Harry era sonora, dominante, profunda y solemne.

—Le decimos adiós y la encomendamos a la nieve.

Al final Eileen dijo apresuradamente:

—Perdónanos nuestros pecados. Nuestras deudas. Perdónanos nuestras deudas.

Delphine se sentó con Lauren en el asiento trasero para hacer el camino de vuelta al pueblo. Harry había mantenido abierta la puerta del asiento delantero junto al suyo, pero ella pasó dando traspies a su lado y subió detrás. Ahora que no llevaba la caja cedió el asiento. Revolvió en el bolsillo de la chaqueta de esquí en busca de un Kleenex y, al hacerlo, sacó algo que cayó al suelo del coche. Soltó un gruñido involuntario y toqueteó a tientas para localizarlo, pero Lauren se le adelantó. Recogió uno de los pendientes que tan a menudo había visto usar a Delphine: pendientes de cuentas

de colores que le llegaban al hombro y destellaban entre el pelo. Pendientes que habría usado con seguridad esa tarde, pero había pensado convenía esconder en el bolsillo. Y el solo contacto con ese pendiente, el tacto de las brillantes cuentas frías que se deslizaban entre sus dedos, hizo que Lauren anhelara de pronto que una cantidad de cosas se desvanecieran, que Delphine volviera a ser la persona que era cuando la conoció, sentada detrás del escritorio del hotel, llamativa y vital.

Delphine no dijo una palabra pero, por primera vez en toda la noche, Lauren y ella se miraron cara a cara. Los ojos de Delphine se agrandaron y, por un instante, adquirieron la expresión familiar de broma y complicidad. Se encogió de hombros y metió el pendiente en el bolsillo. Eso fue todo: de ahí en adelante mantuvo la mirada en la nuca de Harry.

Cuando Harry disminuyó la velocidad para dejarla en el hotel, dijo:

—Nos gustaría que vinieras a cenar con nosotros cualquier noche que estés libre.

—Casi siempre estoy trabajando —contestó Delphine. Bajó del coche y se despidió—. Adiós —saludó—, sin dirigirse a ninguno en particular.

Con paso firme caminó por la acera nevada y fangosa hasta entrar en el hotel.

En el camino de vuelta a casa Eileen dijo:

—Sabía que no aceptaría la invitación.

Harry contestó:

—Bueno, pero habrá agradecido que la hayamos hecho.

—Le tenemos sin cuidado. Lo único que le importaba era Lauren, mientras creyó que era suya. Ahora tampoco ella le importa.

—Bueno, a nosotros sí nos importa —dijo Harry levantando la voz—. Es nuestra. Te queremos,



Lauren. Quiero decírtelo una vez más.

De ella. Nuestra.

Algo le pinchaba a Lauren en el tobillo desnudo. Se lo tocó y encontró abrojos, racimos enteros de abrojos, que se le habían pegado a las piernas del pantalón del pijama.

—Se me han clavado los abrojos que había bajo la nieve. Tengo *cientos* de abrojos.

—Te los quitaré cuando lleguemos a casa —dijo Eileen—. Ahora no puedo hacer nada para sacártelos.

Lauren arrancaba con desesperación los abrojos pegados al pijama. En cuanto conseguía despegarlos le quedaban colgando de los dedos. Trató de desprenderse los con la otra mano y también se le pegaron entre los dedos. Estaba tan harta de los abrojos, que le daban ganas de golpearse las manos y chillar a grito pelado. Pero sabía que lo único que

podía hacer era estarse quieta y esperar.

# DESENCUENTRO

## 1

—Me muero —dijo Robin una tarde hace ya años—. Me muero si no tienen listo el vestido.

Estaban en el porche con mosquitera de la casa de madera en Isaac Street. Willard Greig, que vivía al lado, jugaba al *rummy* en una mesa de juego con la hermana de Robin, Joanne. Robin estaba sentada con el ceño fruncido en el sofá, mirando una revista. El olor a nicotina competía con el olor a ketchup que borboteaba en alguna cocina de la calle.

Willard observó la sonrisa apenas esbozada de Joanne, antes de que preguntara con voz neutra:

—¿Qué dijiste?

—Dije que me muero —Robin estaba desafiante—. Me muero si no tienen listo el vestido para

mañana. Los de la tintorería, digo.

—Eso es lo que creí haber oído. ¿Te mueres?

Nunca era posible pescar a Joanne haciendo una observación semejante. Tenía la voz tan suave, su desdén era tan tremendamente discreto, la sonrisa —ahora borrada—, apenas un ligerísimo guiño en la comisura de los labios.

—Pues sí, me muero —afirmó Robin siempre desafiante—. Lo necesito.

—Lo *necesita*, se *muere*, va al teatro —dijo Joanne a Willard en tono confidencial.

—Te toca a ti, Joanne —le recordó Willard.

Los padres y el mismo Willard habían sido amigos de los padres de las niñas —seguía considerando que eran *las niñas*— y ahora, cuando los padres habían muerto, creía que era su deber velar por que, hasta donde fuera posible, las niñas no se tiraran de las greñas.

Joanne había cumplido treinta años, Robin veintiséis. Joanne tenía un cuerpo infantil, pecho escaso, la cara larga y hundida, el pelo castaño, lacio, fino. Nunca pretendía ser más que una persona con mala suerte, atrofiada a medio camino entre la infancia y la madurez femenina. Atrofiada y en cierto modo lisiada desde la infancia por un asma grave y rebelde. No era de esperar que una persona con ese aspecto, una persona que no podía dar un paso al aire libre en invierno ni quedarse sola de noche, pudiera ser tan intolerante y destructiva con las tonterías de otras más afortunadas. Ni sentir un caudal tan inagotable de desprecio. A Willard le parecía haber estado toda su vida viendo cómo a Robin se le llenaban los ojos de lágrimas rabiosas y oyendo a Joanne decir «¿Qué te pasa *ahora*?».

Esa noche Robin no sintió más que una ligera displicencia. Al día siguiente le tocaba ir a Stratford y ya creía estar fuera del alcance de Joanne.

—¿Qué vas a ver, Robin? —preguntó Willard,

para suavizar todo lo posible las cosas—. ¿Es de Shakespeare?

—Sí. *Como gustéis*.

—¿Y puedes seguir bien a Shakespeare?

Robin dijo que sí.

—Pues eres un prodigio.

Robin venía haciendo lo mismo desde hacía cinco años. Una obra de teatro cada verano. Tomó esa costumbre cuando vivía en Stratford, donde estudiaba enfermería. Fue con una compañera de estudio que había conseguido un par de entradas gratis gracias a una tía, que trabajaba en el vestuario del teatro. La chica estaba muerta de aburrimiento—representaban *El rey Lear*—, de modo que Robin no comentó qué le parecía a ella. De cualquier manera no habría sido capaz de expresarlo. Le habría gustado salir sola del teatro y no tener que hablar con nadie, por lo menos en veinticuatro horas.

Fue entonces cuando decidió volver. Y volver sola.

No sería difícil. El pueblo donde se había criado y donde después tuvo que buscar trabajo a causa de Joanne, no estaba más que a cincuenta kilómetros. Los vecinos del pueblo sabían que en Stratford representaban obras de Shakespeare, pero nunca oyeron decir que nadie fuera a ver ninguna. Las personas como Willard temían que el público las desdeñara y, además, tropezaban con el problema de que no podían entender el lenguaje de Shakespeare.

Y las personas como Joanne estaban seguras de que Shakespeare no podía gustarle a nadie. De modo que si alguien iba era porque quería mezclarse con las clases altas, que tampoco lo disfrutaban, pero simulaban hacerlo. Las pocas personas del pueblo que tenían costumbre de ir al teatro preferían ir al Royal Alex de Toronto, cuando llegaba alguna compañía musical de Broadway que estuviera de gira.

A Robin le gustaba tener una buena localidad, de modo que solo podía permitirse las sesiones matinales de los sábados. Elegía una obra que se representara algunos de los fines de semana que tenía libres en el hospital. Nunca la leía de antemano y tanto le daba que fuera comedia como tragedia. Hasta entonces no se había encontrado con ningún conocido en el teatro ni en las calles, cosa que le venía muy bien. Una de las enfermeras que trabajaba con ella le había dicho:

—Nunca tendría agallas para hacer todo eso sola.

Y el comentario hizo que Robin se diera cuenta de lo distinta que debía ser de la mayoría de la gente. Nunca se sentía más a sus anchas que en esas ocasiones, rodeada de extraños. Después del teatro se iba al centro del pueblo, caminando a lo largo del río, y buscaba algún sitio barato para comer: en general un sándwich, sentada en un banco ante la barra. A las ocho menos veinte tomaba el tren de



vuelta a casa. Eso era todo. Aun así esas pocas horas la colmaban de la certeza de que la vida a la cual volvía —que tan insatisfactoria y provisional parecía— podía ser fácilmente llevadera.

Y detrás de ella, detrás de esa vida, detrás de todo, estaba el resplandor que le transmitía la luz solar vista a través de las ventanillas del tren. La luz del sol y las sombras largas sobre la campiña veraniega, como reminiscencias de la obra que tenía en la cabeza...

El año anterior había visto *Antonio y Cleopatra*. Acabada la obra caminó a lo largo del río y se fijó en un cisne negro —el primero que hubiera visto nunca—, un intruso discreto que se deslizaba y alimentaba a corta distancia de los cisnes blancos. Tal vez fuera el fulgor de las alas blancas de los cisnes lo que la hizo pensar esa vez en un verdadero restaurante y no en la barra de un bar. Mantel blanco, flores frescas, un vaso de vino y algo novedoso para comer como mejillones o gallina de Cornualles.

Hizo el ademán de buscar la cartera y ver cuánto dinero tenía.

Y la cartera no estaba. El pequeño bolso de cachemira con cadena de plata que rara vez usaba y que, como siempre, llevaba colgado al hombro, había desaparecido. Había hecho casi todo el camino sola desde el teatro hasta el centro, sin darse cuenta de que le faltaba. Y el vestido no tenía bolsillos. No tenía billete de vuelta a casa, lápiz labial, peine ni dinero. Ni un céntimo.

Recordó que durante toda la representación estuvo sujetando el bolso encima de la falda, debajo del programa. Ahora tampoco tenía el programa. ¿Habrían caído las dos cosas al suelo? Pero no, recordaba haber tenido el bolso en el cubículo del tocador de señoras. Había colgado la cadena en la percha de la puerta. Y allí no lo había dejado. No. Se miró en el espejo por encima del lavabo, sacó el peine para retocarse el pelo. Tenía el pelo fino y oscuro, y, aunque habría querido verlo esponjado

como el de Jackie Kennedy y se ponía rizadoros por la noche, tenía tendencia a quedar lacio. Aparte de ese defecto le gustó lo que el espejo reflejaba. Los ojos eran de un verde grisáceo, las cejas negras y la piel estaba bronceada lo pretendiera o no. Todo eso y la cintura apretada, el vestido con falda larga verde pino de algodón brillante y pequeñas alforzas alrededor de las caderas, le quedaba bien.

Allí es donde lo dejó. En la mesada junto al lavabo. Se contempló satisfecha en el espejo, se dio vuelta para mirar por encima del hombro y echar un vistazo al escote en «V» de la espalda —creía tener una espalda bonita— y se aseguró de que no se le vieran los tirantes del sostén por ninguna parte.

Y en un arranque de vanidad, de tonta complacencia, salió del tocador de señoras y se dejó el bolso allí.

Trepó el terraplén del río hasta la calle y volvió por el camino más corto hasta el teatro. Caminó tan

deprisa como pudo. No había sombra en la calle y sí mucho tráfico al calor de la caída de la tarde. Casi corría. Le chorreaba el sudor por la parte interior de las sisas del vestido. Cruzó el parking de la panadería —ahora vacío— y trepó la colina. Allí arriba tampoco había sombra ni nadie a la vista alrededor del teatro.

Pero el teatro no estaba cerrado. En el vestíbulo desierto se detuvo un momento para recuperar la vista, encandilada por la luz del aire libre. Sentía los latidos del corazón y las gotas de humedad que le brotaban en el labio superior. Las taquillas estaban cerradas. El bar de los refrescos también. Las puertas interiores del teatro, con el cerrojo echado. Se metió en la escalera que bajaba a los cuartos de aseo. Los zapatos taconeaban en los escalones de mármol.

Que estén abiertos. Que estén abiertos. Que estén abiertos.

No. No había nada en la mesada lisa veteada, nada en los cestos de basura, nada en ninguna percha de la puerta.

Cuando subió, un hombre pasaba la fregona por el vestíbulo. Le dijo que podrían haber llevado el bolso a Objetos Perdidos, pero Objetos Perdidos estaba cerrado. A regañadientes interrumpió la limpieza y la guio escaleras abajo a un cubículo donde había varias sombrillas, paquetes, chaquetas, sombreros y hasta una estola color castaño de zorro, de aspecto casi repulsivo. Pero ningún bolso de cachemira para colgar al hombro.

—No hubo suerte —dijo el hombre.

—¿Podría estar bajo mi asiento? —rogó ella aunque estaba segura de que no podía estar allí.

—Aquello ya está barrido.

Lo único que le quedaba por hacer era subir las escaleras, cruzar el vestíbulo y salir a la calle.

Caminó en dirección contraria al parking en busca de sombra. Imaginaba a Joanne diciendo que el hombre de la limpieza ya habría escamoteado el bolso para llevárselo a su mujer o a su hija, que así era la gente de sitios como ese. Buscó un banco o cualquier alféizar bajo donde sentarse, mientras resolvía qué hacer. En ninguna parte vio nada parecido.

Un perrazo se le acercó por detrás y la golpeó al pasar. Era un perro marrón oscuro, arrogante, de patas largas y expresión terca.

—*Juno, Juno* —gritó un hombre—, mira por dónde vas. Es cachorra y ruda —dijo dirigiéndose a Robin—. Se cree dueña de la acera. No es agresiva. ¿La ha asustado?

—No —contestó Robin.

La pérdida del bolso la tenía tan preocupada que no se le había ocurrido pensar que, encima, la atacara un perro.

—La gente se asusta muchas veces si ve un Doberman. Los Doberman tienen fama de ser feroces y esta está entrenada para ser feroz cuando hace de perra guardiana, pero no cuando sale de paseo.

Robin apenas distinguía las razas de perros. Por el asma de Joanne nunca habían tenido perros ni gatos en la casa.

—No me ha hecho nada —dijo.

En vez de seguir hasta donde lo esperaba *Juno*, el amo le gritó que volviera. Le ajustó la correa que llevaba sujeta al collar.

—La solté en el césped. Allí en el teatro. Le gusta que la suelte. Pero aquí debe usar la correa. Me descuidé. ¿Se siente usted mal?

Robin ni siquiera se sorprendió ante el giro que había tomado la conversación.

—He perdido el bolso. Por culpa mía. Lo dejé en el tocador de señoras del teatro, volví a buscarlo,

pero había desaparecido. Al terminar la representación me lo dejé allí.

—¿Qué tocaba hoy?

—*Antonio y Cleopatra*. En el bolso tenía el dinero y el billete del tren para volver a casa.

—¿Vino en tren? ¿Para ver *Antonio y Cleopatra*?

—Sí.

Recordó las advertencias que su madre les hacía a Joanne y a ella sobre los viajes en tren o los viajes a cualquier parte: llevar siempre un par de billetes doblados y sujetos con un imperdible a la ropa interior. Y también no trabar conversación con un hombre extraño.

—¿Por qué sonrías? —preguntó el hombre.

—No lo sé.

—Bueno, pues siga sonriendo, porque me hará



feliz prestarle algún dinero para que tome el tren. ¿A qué hora sale?

Se lo dijo y él continuó:

—Muy bien. Pero antes tendrá usted que comer algo. O estará hambrienta y no disfrutará del viaje. No llevo nada encima porque cuando salgo a pasear a *Juno* nunca llevo dinero. Pero no estamos lejos de mi tienda. Venga conmigo y sacaré dinero de la caja.

Hasta ese momento Robin estaba demasiado preocupada para notar que el hombre hablaba con acento extranjero. ¿Qué era? No era francés ni holandés: los dos acentos que creía poder reconocer: el francés de la escuela y el holandés de los inmigrantes, que a veces iban al hospital. También tomó nota de que él hablaba de disfrutar del viaje en tren. Nadie a quien ella conociera diría que un adulto pudiera disfrutarlo. Pero él lo dijo como si fuera no solo natural sino necesario.

En la esquina de Downie Street, el hombre dijo:

—Doblemos por aquí. Mi casa está aquí al lado.

Dijo «casa», cuando antes había dicho «tienda». Tal vez la tienda estuviera en la casa.

No estaba inquieta. Después se preguntaría la razón para no estarlo. Sin titubear un instante había aceptado la ayuda ofrecida, permitido que la sacara del aprieto, encontrado muy natural que no llevara dinero cuando salía de paseo y que lo sacara de la caja en la tienda.

Una razón para no desconfiar podría ser su acento. Algunas enfermeras se burlaban del acento de los granjeros holandeses y del de sus mujeres, naturalmente a sus espaldas. Por eso Robin tenía el hábito de tratarlos con especial miramiento, como si tuvieran defectos en el habla o incluso algún retardo mental, aunque supiera que era un disparate. Por eso el acento de los extranjeros le inspiraba cierta tolerancia y les dedicaba mucha atención.

No se había detenido en absoluto a mirarlo de

cerca. Al principio estaba demasiado alterada y luego no fue fácil porque caminaban a la par. Era alto, de piernas largas y paso rápido. Algo que sí había notado es que el pelo, corto y alborotado, le brillaba a la luz del sol. Parecía de plata reluciente. Es decir, gris. La frente, amplia y despejada también brillaba al sol y tuvo la impresión de que era una generación mayor que ella: el tipo de persona cortés, si bien ligeramente impaciente, profesoral, mandona, que exigía respeto, de ninguna manera intimidación. Después, ya en el interior de la casa, pudo ver que el pelo gris estaba mezclado con rojo cobrizo — aunque la piel tenía un tono oliváceo impropio de los pelirrojos— y que en casa sus movimientos eran a veces torpes, como si no estuviera acostumbrado a estar acompañado en el lugar donde vivía. Probablemente no sería diez años mayor que ella.

Había confiado en él sin razón alguna. Pero no se equivocó cuando lo hizo.

La tienda estaba de verdad en la casa. Una casa

estrecha de ladrillos, reliquia de tiempos pasados, en una calle flanqueada por edificios construidos para instalar tiendas. Tenía la puerta principal, el escalón y la ventana de una casa corriente. En la ventana, convertida en escaparate, había un primoroso reloj de pie. Abrió la puerta con llave, pero no dio vuelta el cartel que decía «Cerrado». *Juno* se precipitó a entrar antes que ellos y él volvió a pedir disculpas en su nombre.

—Se cree en la obligación de verificar que aquí no haya nadie que no deba estar y de que nada haya cambiado desde que salimos.

El lugar estaba lleno de relojes. De madera oscura y de madera clara, con figuras pintadas y cúpulas doradas. Estaban en estantes, en el suelo, incluso en el mostrador, a través del cual podían hacerse las transacciones. Más atrás del mostrador había algunos colocados en bancos con el interior a la vista. *Juno* se deslizó entre ellos con mucha habilidad y se la oyó subir ruidosamente las

escaleras.

—¿Le interesan los relojes?

—No —contestó Robin, sin darse tiempo a pensar que era una falta de cortesía.

—Mejor, así me ahorro de soltar una perorata.

La guio por el recorrido que había hecho *Juno*, pasaron delante de una puerta que parecía ser un cuarto de aseo y subieron la empinada escalera. Llegaron a la cocina donde todo estaba limpio, reluciente y ordenado. *Juno* los esperaba moviendo la cola junto a una fuente roja puesta en el suelo.

—Espera —le dijo él—. Sí. Espera. ¿No ves que tenemos visitas? Se apartó para que Robin entrara en el cuarto grande de delante, con suelo de tablones pintados sin alfombra y ventanas sin cortinas, solo estores. Había una cadena de música de alta fidelidad, que ocupaba mucho espacio a lo largo de una de las paredes y, en la de enfrente, un

sofá de los que se convierten en cama. Un par de sillas de lona, una biblioteca con libros en el primer estante y revistas en los demás, cuidadosamente apiladas. Ni pinturas, ni almohadones, ni adornos a la vista. La habitación de un soltero: todo estudiado y necesario, proclamaba cierto austero bienestar. Muy distinta del único otro alojamiento de soltero que Robin conocía, el de Willard Greig, que más parecía un desamparado campamento, instalado a la buena de Dios, entre el moblaje de sus difuntos padres.

—¿Dónde quiere sentarse? —le preguntó—. ¿En el sofá? Es más cómodo que las sillas. Voy a prepararle una taza de café y lo toma aquí mientras hago algo para comer. ¿Qué hace normalmente desde que termina el teatro hasta la hora de tomar el tren de vuelta a casa?

Los extranjeros hablan de manera diferente, hacen una pequeña pausa entre palabra y palabra, igual que los actores.

—Camino —contestó Robin—. Y como algo.

—Pues hoy será lo mismo. ¿Se aburre cuando come sola?

—No. Pienso en la obra.

El café era muy fuerte, pero se acostumbró a él. Pensó que no debía ofrecer ayuda en la cocina, como habría hecho si hubiera sido una mujer. Se levantó casi de puntillas y cogió una revista. Mientras la elegía, sabía que sería inútil: todas estaban impresas en papel de periódico barato y en un idioma que no podía leer ni identificar.

Una vez que la tuvo abierta encima de la falda se dio cuenta de que ni siquiera podía identificar todas las letras.

Entró él con más café.

—¡Oh! —dijo—. ¿Sabe leer mi idioma?

Sonó sarcástico y evitó mirarla. Casi parecía

que en su casa se hubiera vuelto tímido.

—Ni siquiera sé qué idioma es.

—Es serbio. Hay quien lo llama serbocroata.

—¿Es usted de allí?

—Soy de Montenegro.

Ahora fue ella quien quedó desconcertada. No sabía dónde estaba Montenegro. ¿Al lado de Grecia? No, eso era Macedonia.

—Montenegro está en Yugoslavia —dijo él—. O eso nos cuentan. Pero nosotros no lo creemos.

—Pensaba que no era posible salir de esos países. De los países comunistas. Me sorprende que usted pudiera salir sin más ni más, como hace cualquiera en Occidente.

—¡Oh, no! Sí, sí se puede —hablaba como si el asunto no le interesara demasiado o lo hubiera olvidado—. Si uno se empeña, puede salir. Voy a



volver allí y espero poder marcharme otra vez. Ahora tengo que terminar la comida. O se irá muerta de hambre.

—Solo una cosa —dijo Robin—. ¿Por qué no puedo entender estas letras? Quiero decir, ¿qué letras son? ¿Es este el alfabeto que usan en su país de origen?

—Es alfabeto cirílico. Como el griego. Ahora estoy cocinando.

Se quedó con las páginas abiertas en el regazo, impresas en tan extrañas letras y pensó que había entrado en un mundo ajeno. Un trocito de mundo ajeno en Downie Street de Stratford. Montenegro. Alfabeto cirílico. Supuso que era una grosería seguir haciéndole preguntas. Hacerle sentir que era un bicho raro. Tendría que controlarse, aunque ahora querría acosarlo con una avalancha de preguntas.

Todos los relojes de abajo —o la mayoría de ellos— empezaron a dar la hora. Ya eran las siete.

—¿No hay algún tren más tarde? —preguntó él desde la cocina.

—Sí. A las diez menos cinco.

—¿No puede tomar ese? ¿Se preocupará alguien si se atrasa?

Contestó que no. Joanne se enfadaría, pero eso no quería decir que se preocupara.

La cena fue un guiso o sopa espesa servida en cuencos, pan y vino tinto.

—Stroganoff —dijo él—. Espero que le guste.

—Está delicioso —Robin era absolutamente sincera. No estaba tan convencida con el vino: le habría gustado más dulce—. ¿Es esto lo que se come en Montenegro?

—No exactamente. La cocina montenegrina no es muy buena. No somos famosos por nuestras comida.

En ese momento venía a cuento preguntar:

—¿Qué los hace famosos?

—¿Usted qué es?

—Canadiense.

—No digo eso. ¿Qué los hace famosos a ustedes?

La desconcertó, se sintió estúpida. Pero se rio.

—No lo sé. Creo que nada.

—Lo que hace famosos a los montenegrinos son los gritos, los alaridos y las peleas. Son como *Juno*. Necesitan disciplina.

Se levantó para poner algo de música. No le preguntó qué quería escuchar y se sintió aliviada. No quería que le preguntara cuáles eran sus compositores preferidos, cuando los dos únicos que se le ocurrirían serían Mozart y Beethoven. Y ni siquiera estaba segura de poder distinguirlos. La verdad es que le gustaba la música folklórica, pero pensó que hablar de esa preferencia podría

molestarle y parecerle un cumplido, porque la asociaría con la idea de algo pintoresco que ella se habría hecho de Montenegro.

Puso una especie de jazz.

Robin nunca había tenido amantes, ni siquiera novio. ¿Qué pasó o qué no pasó? No lo sabía. Existía sin duda el problema de Joanne pero, otras chicas que llevaban a cuestas cargas semejantes, se las habían arreglado. La razón podría ser no haberle prestado atención a tiempo al asunto. En el pueblo donde vivía, la mayoría de las muchachas estaban formalmente comprometidas antes de terminar el instituto. Algunas no lo terminaban, lo dejaban para casarse. Se daba por sentado que las chicas pertenecientes a una clase social superior —las pocas cuyos padres podían permitirse el lujo de mandarlas al *College*—, se distanciaban de los novios del instituto, antes de marcharse en busca de mejores perspectivas. A los muchachos descartados les echaban enseguida el zarpazo y, para las chicas

que no se habían lanzado a ellos con suficiente rapidez, las posibilidades eran escasas. Pasada cierta edad, cualquier hombre nuevo que apareciera, solía llegar ya equipado con su mujer.

Pero Robin tuvo su oportunidad. Se había ido para estudiar enfermería y eso le podría haber ofrecido un nuevo punto de partida. Las muchachas que estudiaban enfermería tenían los médicos a su alcance. También ahí falló. En su momento no se dio cuenta. Era demasiado serio. Tal vez fuera ese el problema. Tomaba demasiado en serio cosas como *El rey Lear*, en vez de aprovechar los bailes y los partidos de tenis. En una muchacha, el exceso de seriedad puede frustrar las citas. Sin embargo era difícil imaginar un solo caso en el que hubiera codiciado al hombre que cualquier otra hubiera conquistado. La verdad es que no recordaba a nadie con quien hubiera querido casarse.

No estaba en absoluto en contra del matrimonio. Simplemente esperaba como si fuera una chica de

quince años y, solo de vez en cuando, se le ocurría rebelarse contra su verdadera condición. De tarde en tarde alguna de las mujeres con quienes trabajaba concertaba una cita para presentarle a alguien y, en esos casos, luego le asustaba la perspectiva que había considerado aceptable. En los últimos tiempos hasta Willard la asustaba cuando hacía la broma de que algún día se mudaría a su casa y le ayudaría en el cuidado de Joanne.

Algunos ya la excusaban y hasta la elogiaban, dando por sentado que, desde siempre, había consagrado su vida a Joanne.

Cuando terminaron de cenar, él le preguntó si le gustaría dar un paseo a lo largo del río antes de tomar el tren. Aceptó y él dijo que no podrían hacerlo a menos que le dijera cómo se llamaba.

—Podría querer presentarla.

Ella dio su nombre.

—¿Robin, igual que el pájaro?<sup>[9]</sup>

—Igual que el tordo de pecho colorado — contestó sin darle importancia, como tantas otras veces antes.

Pero en esta ocasión se abochornó y pensó que lo mejor era seguir hablando con desenvoltura.

—Ahora le toca a usted decirme el suyo.

Se llamaba Daniel.

—Dando. Pero aquí, Daniel.

—Pues bien, aquí es aquí —dijo Robin con el tono de desfachatez adoptado desde que hiciera alusión al pecho colorado—. ¿Pero dónde es *allí*? En Montenegro..., ¿vivía en la ciudad o en el campo?

—Vivía en los montes.

Mientras estuvieron sentados en la habitación en lo alto de la tienda, estuvieron a cierta distancia y

nunca temió —ni deseó— que la distancia se alterara por algún movimiento brusco, torpe o tímido de él. En las pocas ocasiones que eso le había ocurrido con otros hombres se avergonzó por ellos.

Ahora la necesidad los obligaba a caminar bastante cerca uno de otro y, si se encontraran con alguien, podrían rozarse los brazos. O él tendría que colocarse ligeramente detrás de ella y su brazo o su pecho podrían tocarle por un instante la espalda. Esas posibilidades y la certeza de que la gente con quien se encontraran los consideraría una pareja, le producía algo como hormigueo o tensión que, a través de los hombros, le bajaba por el brazo.

Daniel le preguntó por *Antonio y Cleopatra*. ¿Le había gustado? (Sí). ¿Qué escena le había gustado más? Lo que se le cruzó por la cabeza a Robin fueron varios abrazos atrevidos y convincentes, pero no debía decirlo.

—La escena final, cuando él va a ponerle el



áspid en el cuerpo —estaba por decir «pecho», cambió de idea y dijo «cuerpo», que no sonó mucho mejor—, entra el viejo con el cesto de higos donde está el áspid y ellos bromean. Creo que me gustó porque no era de esperar. En ese momento, quiero decir. También me gustaron otras cosas, me gustó todo, pero eso era algo insólito.

—Sí. A mí también me gusta.

—¿Ha visto la obra?

—No. Ahora estoy ahorrando dinero. Pero en una época leí mucho a Shakespeare. Los estudiantes lo leen cuando estudian inglés. De día me dedicaba a estudiar relojería, de noche aprendía inglés. ¿Qué ha estudiado usted?

—Bastante poco. Y no en la escuela. Después aprendí lo que debía aprender: enfermería.

—Me figuro que es mucho lo que hay que aprender para ser enfermera.

Después hablaron del fresco de la noche, de cuánto se agradecía y de cómo se notaba con qué rapidez se alargaban las noches aunque todavía quedara agosto por delante. Hablaron de *Juno*, de que quiso salir con ellos, pero se había calmado de inmediato cuando él le recordó que debía quedarse a guardar la tienda. La conversación se parecía cada vez más a evasivas acordadas de antemano, a pantalla de lo que se hacía cada vez más inevitable, más necesario entre ellos.

Pero a la luz de la estación del tren cualquier gesto prometedor o misterio desapareció de inmediato. Había gente formando cola ante la ventanilla, él se puso detrás esperando que le llegara el turno y compró el billete. Caminaron hasta el andén, donde aguardaban los pasajeros.

—Si escribe su nombre completo y dirección en cualquier papel —dijo Robin—, le devolveré enseguida el dinero.

Ha llegado el momento de que ocurra, pensó ella. Y no *ocurrió* nada. No pasó nada. Adiós. Gracias. Le mandaré el dinero. No corre prisa. Gracias. No ha sido ninguna molestia. Gracias de cualquier modo. Adiós.

—Caminemos por aquí —dijo él.

Y caminaron a lo largo del andén, alejándose de la luz.

—No se preocupe por el dinero. Es tan poco que no merece la pena y de todas maneras podría no llegar porque me voy muy pronto. A veces el correo se atrasa mucho.

—¡Ah, no! Tengo que devolvérselo.

—Bueno, pues le diré cómo me lo puede devolver. ¿Me oye? —Sí.

—El verano próximo estaré aquí en el mismo sitio. En la misma tienda. A más tardar estaré aquí en junio. El verano que viene. Usted elegirá la obra,

vendrá aquí en tren y pasará por la tienda.

—¿Y entonces le pagaré?

—Sí, claro. Y yo haré la cena, tomaremos vino, le contaré qué me ha pasado durante el año y me contará lo que le haya pasado a usted. Y quiero otra cosa.

—¿Cuál?

—Que se ponga el mismo vestido. Su vestido verde. Y que se peine igual.

Robin se rio.

—¿Para reconocerme?

—Sí.

Estaban al final del andén cuando él dijo:

—Cuidado aquí —y luego—, ¿de acuerdo?

Bajaban a la gravilla.

—De acuerdo —contestó Robin con voz

entrecortada, fuera por las irregularidades del suelo de grava o porque en ese momento él la había sujetado por los hombros y le bajaba las manos por los brazos desnudos.

—Es importante que nos hayamos conocido — dijo Daniel—. Me parece. ¿No le parece a usted?

—Sí. Sí, sí.

Daniel le deslizó las manos bajo los brazos para acercarla más, le rodeó la cintura y se besaron una vez tras otra.

El lenguaje de los besos. Sutil, fascinante, audaz, arrobador. Cuando se apartaron los dos temblaban y a él le costó mucho esfuerzo controlar la voz, intentar hablar con naturalidad.

—No nos escribiremos cartas. Las cartas no son convenientes. Nos recordaremos uno a otro y nos encontraremos el año que viene. No tienes por qué avisarme, ven sin más. Si sigues sintiendo lo mismo,

no tienes más que venir.

Oían el tren. Él la ayudó a subir al andén y no la volvió a tocar. Caminó a paso vivo junto a ella, buscando a tientas en el bolsillo.

Antes de dejarla, le entregó un trozo de papel.

—Lo escribí cuando aún no habíamos salido de la tienda —dijo.

En el tren Robin leyó su nombre. «Danilo Adzic». Y las palabras: «Bjelojevici, mi pueblo».

Desde la estación caminó bajo la oscuridad de los árboles frondosos. Joanne no se había ido a la cama. Estaba jugando solitarios.

—Siento haber perdido el tren anterior. Ya he cenado. Comí Stroganoff.

—¡Ah!, entonces de eso es el olor.

—Tomé un vaso de vino.

—También eso lo huelo.

—Creo que me voy a ir derecha a la cama.

—Me parece que es lo mejor que puedes hacer.

«Tras las nubes de gloria», pensaba Robin cuando subía las escaleras. «De Dios que es nuestra morada»<sup>[10]</sup>.

Qué tonto era eso y hasta sacrílego, si se cree en el sacrilegio. Que la besen a una en el andén del ferrocarril y le pidan que vuelva al cabo de un año. ¿Qué diría Joanne si lo supiera? Un extranjero. Los extranjeros eligen chicas que nadie más quiere.

Durante un par de semanas las dos hermanas apenas hablaron. Luego, al ver que no había llamadas telefónicas ni llegaban cartas y que Robin solo salía para ir por la tarde a la biblioteca, Joanne se tranquilizó. Sabía que algo había cambiado, pero no creía que fuera serio. Empezó a hacerle bromas a Willard.

Delante de Robin dijo:

—¿Sabes, la niña, ahí donde la ves, se ha lanzado a tener aventuras en Stratford? Pues, sí. Para que lo sepas. Volvió a casa oliendo a bebida y a *gulash*. ¿Sabes a qué huele? A vómito.

Seguramente pensó que Robin habría ido a algún restaurante de mala muerte, que tuviera algunos platos europeos en el menú y que, para hacerse la fina, habría pedido un vaso de vino con la comida.

Robin fue a la biblioteca para informarse sobre Montenegro.

«Durante más de dos siglos», leyó, «los montenegrinos han luchado contra los turcos y los albaneses, lucha que para ellos es casi el único deber del hombre. (De ahí la reputación que tienen los montenegrinos de dignidad, belicosidad y aversión al trabajo. Lo último es motivo habitual de bromas en Yugoslavia)».

No pudo descubrir cuáles fueron esos dos siglos. Leyó historias de reyes, obispos, guerras, asesinatos



y el más célebre poema serbio llamado *El monte Garland*, escrito por un rey montenegrino. Apenas retenía una palabra de lo que leía. Excepto el nombre, el auténtico nombre de Montenegro, que no sabía cómo pronunciar. *Crna Gora*.

Miró mapas donde era bastante difícil encontrar hasta el país mismo pero, finalmente, gracias a una lupa consiguió familiarizarse con los nombres de varios pueblos (ninguno de ellos era Bjelojevici), con los ríos Moraca y Tara, y con las oscuras cadenas de montañas que parecía haber por todas partes menos en el valle Zeta.

Era difícil de explicar su necesidad de continuar las investigaciones y no lo intentaba (aunque desde luego se notaba su presencia y ensimismamiento en la biblioteca). Lo que pretendía —y lo que por lo menos a medias consiguió— fue localizar a Danilo en algún sitio y pasado real, pensar que esos nombres que aprendía debía conocerlos él, esa historia debió ser la que le enseñaron en la escuela,

que de niño o de joven debió de haber visitado alguno de esos sitios.

Y que quizá los estuviera visitando en ese momento. Cuando con los dedos tocaba un nombre impreso podía estar tocando el sitio mismo donde él estuviera.

Trató también de aprender en libros y diagramas cómo se fabricaban los relojes, pero en eso no tuvo ningún éxito.

Él seguía a su lado. Encontraba su recuerdo al despertar y en las treguas que el trabajo le permitía. Las celebraciones de Navidad transportaron sus pensamientos a la descripción de ceremonias de la Iglesia ortodoxa que había leído, a los sacerdotes barbudos con vestiduras doradas, las velas, el incienso, los profundamente acongojados cánticos en una lengua extraña. El tiempo frío y el hielo, allá lejos en medio del lago, le hacían pensar en el invierno de los montes. Sentía que estaba destinada

a conectarse con aquella desconocida parte del mundo, destinada a un sino distinto. Eran esas las palabras que se decía a sí misma. *Sino, amante. Novio, no. Amante.* A veces pensaba en su manera fortuita, renuente de referirse a entrar y salir de aquel país y temía por él, lo imaginaba envuelto en oscuras conspiraciones, argumentos cinematográficos y peligros. Era probablemente conveniente que él hubiera decidido no escribir cartas. Su vida entera, pensaba Robin, se habría consumido entre escribir esas cartas y esperar contestación. Escribir y esperar, esperar y escribir. Y desde luego angustiarse si no llegaban.

Ahora tenía algo para llevar con ella siempre. Era consciente del fulgor que había en ella, en su cuerpo, en su voz y en todo lo demás. La hacía caminar de un modo distinto, sonreír sin razón alguna y mimar a los pacientes con una ternura inusual. Sentía el placer de demorarse en cualquier detalle y podía hacerlo mientras cumplía sus tareas,

mientras cenaba con Joanne. La pared desnuda de la habitación, los rectángulos veteados de luz que se reflejaban en ella a través de los listones de las persianas. El papel ordinario de las revistas y sus ilustraciones pasadas de moda, en lugar de fotografías. El cuenco grueso descascarado con el ribete amarillo alrededor, donde sirvió el Stroganoff. El color chocolate del hocico de *Juno*, sus patas fuertes y flacas. Luego el aire fresco de las calles, la fragancia de los macizos municipales florecidos, los faroles junto al río, alrededor de los cuales se lanzaba y circulaba toda una población de minúsculos bichos.

El vacío en el pecho, luego el momento de la despedida cuando él volvió con el billete. Pero después la caminata, los pasos medidos, la bajada del andén a la gravilla. A través de las suelas finas de los zapatos le hacían daño los guijarros filosos.

Nada se marchitaba para ella por repetitiva que pudiera ser la secuencia. Sus recuerdos y el bordado

de sus recuerdos seguían labrando un surco cada vez más profundo.

«Es importante que nos hayamos conocido».

«Sí. Sí».

Y, sin embargo, cuando llegó junio se dejó estar. Todavía no había decidido qué obra iba a ver ni había encargado la entrada. Al final pensó que lo mejor era elegir la fecha del aniversario, el mismo día que el año anterior. Ese día la obra que estaría en escena era *Como gustéis*. Se le ocurrió que no tenía más que ir a Downie Street sin hacer caso de la función. Estaría demasiado preocupada y excitada para enterarse de nada. Pero por superstición no quiso alterar la norma del día. Consiguió la entrada. Y llevó el vestido verde a la tintorería. No lo había usado desde aquel día, pero quería que estuviera flamante, vistoso, como nuevo.

La mujer que planchaba en la tintorería había faltado varios días esa semana. Tenía al hijo

enfermo. Pero le prometieron que volvería, que el sábado por la mañana estaría el vestido listo.

—Me muero —dijo Robin—. Me muero si el vestido no está listo mañana.

Miró a Joanne y a Willard, que jugaban rummy en la mesa. Los había visto tan a menudo hacer lo mismo... Y ahora era posible que no volviera a verlos. ¡Qué lejos estaban los dos de las tensiones, los desafíos y los a va tares de su vida!

El vestido no estuvo listo. El niño seguía enfermo. Robin consideró la posibilidad de llevarse el vestido y plancharlo ella misma, pero pensó que estaba demasiado nerviosa para hacerlo bien. Sobre todo si Joanne la estaba mirando. Se fue al centro del pueblo, a la única tienda decente de ropa y creyó tener la suerte de encontrar otro vestido verde, un conjunto igual de apropiado, pero hecho con líneas rectas y sin mangas. El color no era verde pino sino verde lima. La vendedora le dijo que era el color

del año y que las faldas largas y las cinturas apretadas estaban pasadas de moda.

Por la ventanilla del tren vio que empezaba a llover. Ni siquiera llevaba paraguas. Sentada frente a ella había una pasajera que conocía, una mujer a quien habían extirpado la vesícula hacía pocos meses en el hospital. La mujer tenía una hija casada en Stratford. Era de esas personas convencidas de que si dos personas conocidas se encuentran en el tren, yendo al mismo sitio, deben entablar conversación.

—Mi hija me espera —dijo—. Podemos llevarla adonde vaya. Con más razón si está lloviendo.

No llovía cuando llegaron a Stratford, había salido el sol y hacía mucho calor. De todas maneras a Robin no le quedó más remedio que aceptar la invitación. Se sentó en el asiento trasero con dos niños que comían polos. Fue un milagro que no acabaran manchándole el vestido con chorretes de

naranja o fresa.

No fue capaz de esperar a que terminara la función. Tiritaba con el aire acondicionado del teatro porque el vestido era de tela muy ligera y no tenía mangas. O sería por lo nerviosa que estaba. Recorrió la fila de butacas pidiendo disculpas, subió por el pasillo de escalones irregulares y salió a la luz del vestíbulo. Llovía otra vez y mucho. Sola en el tocador de señoras, el mismo donde había perdido el bolso, se arregló el pelo. La humedad estaba acabando con su esmerado peinado, el pelo que se había rizado para que estuviera suave, le caía en negros mechones ralos ensortijados alrededor de la cara. Tendría que haber llevado laca. Hizo lo que pudo y se echó el pelo hacia atrás.

Cuando salió no llovía y había vuelto a brillar el sol, que se reflejaba en el asfalto mojado. Se puso en marcha. Sentía las piernas débiles como en aquellas ocasiones en que debía pasar a la pizarra de la escuela para resolver un problema de



matemáticas. O ponerse frente a la clase para recitar algo de memoria. Llegó a la esquina de Downie Street demasiado pronto. En pocos minutos podría cambiar su vida. No estaba preparada, pero no podía soportar el retraso. En la segunda bocacalle vio delante de ella la curiosa casita, mantenida en su sitio por los edificios convencionales de tiendas que tenía a cada lado.

Se acercaba, se acercaba cada vez más. La puerta estaba abierta, como las de casi todas las tiendas de la calle. No eran muchas las que tenían aire acondicionado. No había más que las puertas mosquitera para mantener las mosca a raya.

Dos escalones arriba y estuvo ante la puerta. Pero en ese momento no la abrió para que sus ojos se acostumbraran a la semioscuridad interior y no tropezar cuando entrara.

Ahí estaba él, en su zona de trabajo tras el mostrador, ocupado bajo una única bombilla. Estaba

inclinado hacia delante, lo veía de perfil, enfrascado en el trabajo que hacía en un reloj. Robin temía un cambio. Temía no recordarlo tal como era. O que Montenegro hubiera alterado algo: un corte de pelo distinto, barba. Pero no, era el mismo. La bombilla de trabajo que relucía en su cabeza mostraba el mismo pelo erizado, con reflejos como antes, plateado con tintes rojo cobrizo. Los hombros anchos, ligeramente caídos, las mangas remangadas que dejaban los músculos del antebrazo desnudos. Expresión reconcentrada, aplicación, perfecta conciencia de lo que fuera estuviera haciendo, del mecanismo en el cual trabajaba. El mismo aspecto que ella tenía en la cabeza aunque nunca lo hubiera visto trabajar en sus relojes. Había imaginado esa mirada puesta en ella.

No. No quería entrar. Quería que se levantara él, que fuera hacia ella, que le abriera la puerta. Lo llamó. Daniel. A último momento no se atrevió a llamarle Danilo, por miedo a pronunciar mal las

sílabas extranjeras.

No la oyó o tardó en levantar la vista, a lo mejor para no interrumpir lo que hacía. Después sí la levantó, pero no para mirarla: pareció buscar algo que en ese momento necesitaba. Entonces la vio. Quitó cuidadosamente algo del camino, se apartó de la mesa de trabajo, se levantó y fue de mala gana hacia ella.

Inclinó ligeramente la cabeza en su dirección.

Robin tenía la mano dispuesta a abrir la puerta, pero no lo hizo.

Esperó a que él hablara, cosa que no hizo. Volvió a inclinar la cabeza. Parecía perturbado. Se quedó inmóvil. Apartó los ojos de ella, miró alrededor: miró el conjunto de relojes, como si pudieran darle alguna información o apoyo. Cuando volvió a mirarla se estremeció e, involuntariamente —o quizá no—, dejó al descubierto los dientes. Como si haberla visto le hubiera dado un susto de

muerte; la certeza de estar en peligro.

Y ella seguía allí, petrificada, pensando en la posibilidad de que todo fuera una broma, un juego.

Daniel volvió a avanzar hacia ella, después de haber tomado una decisión. Ya no la miraba, pero se movía con paso resuelto y —eso creyó Robin— con gesto de repulsión puso la mano en la puerta de madera que estaba entreabierta y se la cerró en la cara.

Era cortar por lo sano. Aterrorizada comprendió lo que hacía. Montó el numerito porque era más fácil librarse de ella de esa manera que dar ninguna explicación, que vérselas con su desconcierto y sus enredos femeninos, sus sentimientos heridos, su probable desvanecimiento, sus lágrimas.

Vergüenza, tremenda vergüenza era lo que sentía. Una mujer más segura de sí misma, más experimentada habría montado en cólera y se habría marchado hecha una furia. «Que se vaya al cuerno».

En el trabajo, Robin había oído hablar a una mujer del hombre que la había abandonado. «No se puede confiar en nadie que lleve pantalones». Esa mujer actuó como si no la pillara por sorpresa. Y en el fondo Robin tampoco estaba sorprendida, pero sí avergonzada de sí misma. Tendría que haber entendido aquellas palabras del verano anterior, la promesa y la despedida en la estación como un capricho absurdo, una amabilidad innecesaria con una hembra solitaria que había perdido el bolso e iba sola al teatro. Él se habría arrepentido de lo dicho antes de volver a casa y rogado que no lo tomara en serio.

Era muy posible que se hubiera llevado una esposa de Montenegro, una mujer que estaría arriba... Eso explicaría la expresión de alarma en su cara, el estremecimiento de temor. Si había pensado en Robin habría sido por el temor de que hiciera lo que había hecho: soñar sus lánguidos delirios virginales, hacer sus bobalicones planes.

Seguramente ya les habría tomado el pelo a otras mujeres y habría encontrado la manera de librarse de ellas. Una de las maneras era esa. Más cruel que amable. Sin disculpas, explicaciones ni esperanzas. Simular no reconocerla y, si eso no funcionaba, cerrarle la puerta en la cara. Cuanto antes consiguiera que lo aborreciera mejor.

Y, sin embargo, a algunos se les hacía cuesta arriba.

Exactamente. Y ahí estaba ella, llorando. Se las arregló para contenerse en las calles pero, en la senda junto al río, lloraba. El mismo cisne negro que nadaba solo, las mismas familias de patitos y sus padres haciendo *cua cua*, el sol reflejado en el agua. Era mejor no intentar eludirlo, mejor no ignorar el golpe. Si por un momento lo hiciera, tendría que aguantar otro golpe, sentir un golpazo agobiante en el pecho.

—Este año has sido más puntual —dijo Joanne

— ¿Qué tal la función?

—No la vi entera. En el momento de entrar en el teatro se me metió un bicho en el ojo. Parpadeé y parpadeé pero no pude librarme de él, tuve que levantarme, meterme en el tocador y tratar de quitármelo con agua. Después debo haber dejado parte de él en la toalla y restregado el otro ojo.

—Parece que hubieras dado una buena zurra a tus ojos. Cuando entraste pensé que la obra habría sido un verdadero dramón. Más vale que te laves la cara con agua y sal.

—Es lo que iba a hacer.

Había otras cosas que iba a hacer..., o no hacer. No volver nunca a Stratford, no volver a caminar nunca por esas calles, no volver a ir nunca al teatro. No volver a usar nunca vestidos verdes, ni lima ni pino. Evitar oír ninguna noticia de Montenegro, cosa que no sería difícil.

Ya ha llegado el auténtico invierno y el lago está helado casi hasta donde rompen las aguas. El hielo está encrespado en algunos sitios como si grandes olas hubieran quedado congeladas a punto de romper. Los empleados quitan las luces navideñas colocadas al aire libre. Se habla de gripe. Los ojos de la gente lagrimean cuando caminan contra el viento. La mayoría de las mujeres llevan el uniforme invernal, pantalones forrados y chaquetas gruesas.

Pero Robin no. Cuando sale del ascensor para hacer la ronda en el tercer y último piso del hospital lleva un abrigo negro largo, falda gris de lana y una blusa de seda gris lilácea. El pelo espeso, lacio, gris carbón, le cae hasta los hombros y tiene diminutos diamantes en las orejas. (Sigue siendo extraño que algunas de las mujeres más bonitas, mejor vestidas del pueblo sigan solteras). Ya no tiene que vestirse de enfermera porque trabaja a tiempo parcial y solo



en ese piso.

Se puede tomar el ascensor hasta el tercer piso como en cualquier sitio, pero bajar es más difícil. La enfermera que está detrás del escritorio tiene que tocar un botón oculto para dar paso. Es la sala de psiquiatría aunque rara vez se la llama así. Mira al oeste, por encima del lago, igual que el piso de Robin, por eso la llaman el Hotel del Ocaso. Algunas personas mayores la llaman el Royal York. Son pacientes internados por periodos cortos, pero muchos vuelven. Aquellos cuyos delirios, síndromes o padecimientos son permanentes se alojan en otro sitio, en la Residencia del Condado, llamado formalmente Residencia de Atención a Largo Plazo, que está fuera del pueblo.

En cuarenta años el pueblo no ha crecido demasiado, pero ha cambiado. Hay dos grandes almacenes. Sin embargo, las tiendas de siempre siguen luchando. Hay casas nuevas —una urbanización para gente mayor— allá fuera en los

acantilados y dos de los antiguos caserones han sido divididos en pisos. Robin ha tenido la suerte de conseguir uno de ellos. Han acondicionado la casa de Isaac Street, donde Joanne y ella vivían, y convertido en oficina inmobiliaria. La casa de Willard sigue estando más o menos igual. Hace pocos años, Willard sufrió un derrame cerebral y aunque se recuperó camina con dos bastones. Cuando estuvo en el hospital, Robin lo veía a menudo. Él hablaba de lo buenas vecinas que habían sido Joanne y ella y de cómo se divertían jugando a las cartas.

Joanne había muerto hacía dieciocho años y, después de vender la casa, Robin se apartó de las viejas relaciones. Ya no iba a la iglesia y, excepto a quienes se convertían en pacientes del hospital, apenas veía a nadie que conociera cuando era joven ni a quienes habían ido a la escuela con ella.

A esas alturas de su vida han vuelto a aparecer posibilidades —limitadas— de casarse. Hay viudos

que la rondan, hombres que se han quedado solos. En general quieren una mujer que tenga experiencia matrimonial aunque tampoco les viene mal alguien que tenga un buen trabajo. Pero Robin ha dejado bien claro que no está interesada. Quienes la conocen desde que era joven dicen que nunca le ha interesado, que ella es como es. Algunas de las personas a quienes ahora conoce creen que debe de ser lesbiana pero que, al haber crecido en un ambiente tan conservador y agobiante, no es capaz de reconocerlo.

En el pueblo hay otra clase de gente y es de esa gente de quien se hace amiga. Algunas personas viven juntas sin estar casadas. Otras han nacido en India, Egipto, Filipinas o Corea. Las viejas normas de vida, las reglas de antaño perduran hasta cierto punto, pero muchas de estas personas hacen su vida sin saber siquiera que existan esas normas. Es posible comprar cualquier estilo de comida que se quiera y, en una agradable mañana de domingo es

posible sentarse a una mesa en la acera, tomar un café exótico y disfrutar del tañido de las campanas sin pensar, ni por asomo, en rezar. La playa ya no está rodeada de almacenes de ferrocarril ni de burdeles: se puede caminar por el paseo entarimado de kilómetro y medio a lo largo del lago. Existe la Sociedad Coral y la Sociedad Teatral. Robin se mantiene todavía muy activa en la Sociedad Teatral aunque no siempre esté en escena como estaba antes. Hace varios años protagonizó a Hedda Gabler<sup>[11]</sup>, La opinión general es que era una obra desagradable, pero que ella había hecho su papel de manera brillante. Un trabajo especialmente estupendo puesto que el personaje —se decía— era todo lo contrario de lo en la vida real era la misma Robin.

Mucha gente de aquí va ahora a Stratford. En cambio ella va al teatro de Niagara-on-the-Lake.

Robin advierte las tres camillas alineadas contra

la pared opuesta.

—¿Qué pasa? —pregunta a Coral, la enfermera que está tras el escritorio.

—Es provisorio —contesta Coral con tono reservado—. Es por la redistribución.

Robin va a colgar su abrigo y bolso en el armario, al otro lado del escritorio. Coral le explica cuáles de esos casos son de Perth County. Es un intercambio dispuesto a raíz del hacinamiento de pacientes que tienen allí. Ocurrió que a alguien se le cruzaron los cables y la residencia del condado todavía no está preparada para recibirlos, por eso se ha decidido dejarlos ahí por el momento.

—¿Puedo acercarme y saludarlos?

—Como te parezca. La última vez que miré estaban todos idos.

Las tres camillas tienen las barandillas levantadas, los pacientes yacen inmóviles. Coral

tenía razón, todos parecían dormir. Dos viejas y un viejo. Robin se aparta y luego vuelve sobre sus pasos. Se queda mirando al hombre. Tiene la boca abierta y, si es que la tenía, le han quitado la dentadura postiza. Todavía le queda pelo blanco muy corto. La piel caída, los pómulos hundidos. Pero la frente, aún amplia, conserva cierto aspecto autoritario y —como la última vez que lo viera— perturbado. Manchas pálidas y marchitas, casi plateadas de piel, probablemente en donde le han extirpado lunares cancerosos. El cuerpo consumido, las piernas casi no se marcan bajo los cobertores, pero todavía cierta prestancia en el pecho y los hombros, muy parecidos a como los recordaba.

Lee la tarjeta sujeta a los pies de la camilla.

«Alexander Adzic».

Danilo. Daniel.

Tal vez ese fuera su segundo nombre. Alexander. O había mentido, tomado la precaución de decir una

mentira o una mentira a medias, desde el principio hasta casi el final.

Vuelve al escritorio y habla con Carol.

—¿Hay algún informe de ese hombre?

—¿Por qué? ¿Lo conoces?

—Creo que podría conocerlo.

—Veré si lo hay. Puedo pedirlo.

—No hay prisa —dice Robin—. Cuando tengas tiempo. Es solo por curiosidad. Más vale que me vaya y vea a mis pacientes.

Es obligación de Robin hablar con esos pacientes dos veces a la semana, escribir informes sobre cómo evolucionan sus delirios y depresiones, si las pastillas dan resultado y si las visitas que les hacen parientes o compañeros afectan su temperamento. Lleva años trabajando en ese piso, desde que en los setenta volvió a imponerse la práctica de mantener a los pacientes psiquiátricos

cerca de la familia. Sabe que muchos de ellos vuelven allí. Había hecho varios cursos extra para tratar casos de psiquiatría pero, de cualquier manera, lo hace por instinto. En cierto momento, después de volver de Stratford sin haber visto *Como gustéis*, se sintió atraída por ese trabajo. Algo — aunque no fuera lo que esperaba— le cambió la vida.

Siempre deja a Mr. Wray para el final porque, en general, reclama más tiempo. No siempre puede dedicarle tanto como quisiera: depende de los problemas de los demás. Ese día todos se están reponiendo, gracias a las pastillas, y todos piden disculpas por los jaleos que han armado. Pero Mr. Wray —cree que su contribución al descubrimiento del ADN nunca ha sido premiado ni reconocido— está desolado por una carta dirigida a James Watson<sup>[12]</sup>, Jim, le llama él.

—Esa carta que le mandé a Jim —dice—. Sabía



muy bien que no debía mandar esa carta sin conservar copia. Pero ayer revisé mis archivos y adivine... Dígame usted.

—Mejor es que me lo diga usted a mí —contesta Robin.

—No estaba. No estaba. La habían robado.

—Puede haberse traspapelado. Echaré un vistazo.

—No me sorprende. Tendría que haberme dado por vencido hace tiempo. Estoy luchando contra los Peces Gordos y ¿quién ha podido vencerlos nunca a *Ellos*? Dígame la verdad. ¿Debo darme por vencido?

—Eso tiene que decidirlo usted. Usted solo.

Una vez más Mr. Wray empieza a perorar sobre los detalles de su infortunio. No era un hombre de ciencia, era agrimensor, pero tiene que haber estado al día de los avances científicos toda su vida. La

información que le ha dado, incluso los esquemas que se ha apañado en hacer con un lápiz desafilado, son sin duda correctos. Solo la historia de que lo han timado es torpe y predecible. Y probablemente se deba a las películas o la televisión.

Pero a Robin le gusta oír la historia cuando explica cómo se suelta la espiral, las dos hebras se separan y quedan flotando cada una por su lado. Lo explica con tanta elegancia, con tanta expresividad en las manos... Cada hebra inicia el viaje para llegar a la cita y reproducirse, de acuerdo con sus propias instrucciones.

A él también le gusta, se embelesa con ella, se le llenan los ojos de lágrimas. Robin siempre le da las gracias por la explicación y desearía que pudiera detenerse ahí pero, naturalmente, no puede.

A pesar de todo Robin cree que está mejorando. Si empieza a hurgar en los vericuetos de la injusticia, a demorarse en algo como el robo de la

carta, quiere decir que seguramente está mejorando.

Con darle un poco de ánimo, con un ligero cambio en su actitud hacia él, es posible que se enamorara de ella. Ya le ha pasado con un par de pacientes. Los dos estaban casados. Pero eso no evitó que se acostara con ellos, una vez que fueron dados de alta. En esa época sus sentimientos estaban alterados. Los hombres sentían gratitud, ella buena voluntad, unos y otros cierta suerte de nostalgia fuera de lugar.

No es que se arrepienta. Ya hay pocas cosas que le den remordimiento. Desde luego no su vida sexual, esporádica y secreta pero, en resumidas cuentas, consoladora. El esfuerzo hecho para mantenerla en secreto casi no había merecido la pena, en vista de la opinión que la gente se había formado de ella. Y las personas con quienes ahora se relacionaba tenían la misma opinión —categórica y equivocada—, que quienes la conocían desde hacía mucho tiempo.

Coral le entrega un impreso.

—No es gran cosa —dice.

Robin le da las gracias, lo dobla y lo lleva al armario para guardarlo en el bolso. Quiere estar sola cuando lo lea. Pero no puede esperar a volver a casa. Se va a la sala de descanso, que antes fuera la sala de oración. Por el momento no hay nadie y todo está en silencio.

Adzic, Alexander. Nacido el 3 de julio de 1924 en Bjelojevici, Yugoslavia. Emigrado a Canadá el 29 de mayo de 1962 a cargo del hermano Danilo Adzic —nacido en Bjelojevici el 3 de julio de 1924—, ciudadano canadiense.

Alexander Adzic vivió con su hermano Danilo hasta la muerte de este último el 7 de septiembre de 1995. Ingresó en la Residencia de Atención a Pacientes de Perth

County el 25 de septiembre de 1995 y desde esa fecha ha estado allí.

Alexander Adzic parece haber sido sordomudo de nacimiento o haber padecido alguna enfermedad poco después. En su infancia no había centros educativos especializados disponibles. Coeficiente intelectual nunca determinado, pero hacía reparación de relojes. No aprendió el lenguaje de los signos. Dependiente del hermano y, según todas las apariencias, emocionalmente inaccesible para los demás. Apatía, falta de apetito, hostilidad ocasional, regresión general desde su ingreso.

Hostil.

Hermanos.

Mellizos.

Robin quería presentar ese trozo de papel a

alguien, a alguna autoridad.

Esto es absurdo. No lo acepto.

Y, sin embargo...

Shakespeare tendría que haberla preparado. Los mellizos suelen ser motivo de equívocos y desastres en Shakespeare. Esos trucos se suponen medios para llegar a un fin. Y al final se resuelven los misterios, se perdonan las picardías, el verdadero amor o algo parecido renace y quienes han sido defraudados hacen el favor de no quejarse.

Debió de haber salido a hacer algún recado. Algún recado breve. No dejaría mucho tiempo al hermano a cargo de la tienda. A lo mejor la puerta mosquitera estaba enganchada: en ningún momento intentó abrirla. A lo mejor le había pedido al hermano que la enganchara y no la abriera, mientras él sacaba a pasear a *Juno* alrededor de la manzana. Ella se había preguntado por qué no estaba *Juno* allí.

Si hubiera llegado un poco después. Un poco antes. Si hubiera esperado a que terminara la función o hubiera renunciado a ella desde el principio. Si no se hubiera preocupado por el pelo.

¿Y en tal caso? ¿Cómo se las habrían arreglado con Alexander y Joanne? Por cómo se portó Alexander aquel día no parecía poder soportar ninguna intrusión, ningún cambio. Y con certeza Joanne habría sufrido. Menos por tener al sordomudo en casa, que porque Robin se hubiera casado con un extranjero.

Era difícil especular sobre cómo habrían sido entonces las cosas.

Todo se malogró en un día, en un par de minutos, no a trancas y barrancas, riñas, esperanzas y pérdidas, como a la larga suelen malograrse las cosas. Y, si es verdad que por lo general las cosas se malogran, ¿no es mejor cortar por lo sano?

Pero nadie lo ve así para sí mismo. Al menos

Robin no. Aún ahora añora su oportunidad. No va a dejar un instante de agradecer el equívoco. Y sin embargo agradecía haberlo descubierto. Por lo menos eso: descubrir el equívoco que lo encaja todo, incluso el preciso momento en que interviene el destino.

Con seguridad estaban en otro mundo. Como cualquier mundo tramado en el escenario. Su endeble acuerdo, la ceremonia de los besos, la insensata fe que los envolvió y les hizo pensar que las cosas se deslizarían sobre ruedas como las habían planeado. En tales casos un palmo de desvío en una u otra dirección y todo se va al traste.

Robin había tenido pacientes convencidos de que peines y cepillos de dientes debían colocarse en el debido orden, de que los zapatos tienen que mirar en la debida dirección, de que los pasos deben contarse o les caería encima alguna suerte de castigo.



Si había fallado en ese aspecto, debió de ser en lo del vestido verde. Por culpa de la mujer de la tintorería, del niño enfermo, se puso el vestido equivocado.

Querría podérselo contar a alguien. A él.

# PODERES

## **Dar un respiro a Dante**

13 de marzo de 1927. Ahora, justo cuando estamos a la vista de la primavera, aprieta el invierno. Violentas tormentas bloquean las carreteras, las escuelas están cerradas. Y una persona mayor que dicen salió a dar un paseo es probable que se haya congelado. Hoy fui con mis botas para la nieve por en medio de la calle y no había más huellas que las mías. Cuando volvía de la tienda mis huellas estaban completamente cubiertas. Se debe a que el lago no está helado como de costumbre, el viento del oeste se carga de humedad y nos la descarga en forma de nieve. Fui a tomar un café y a hacer un par de cosas imprescindibles. ¿A quién encuentro en la tienda? Nada menos que a Tessa Netterby, a quien no veo desde hace por lo menos un año. Me sentí mal por no haber ido nunca a verla. Traté de mantener cierta

amistad con ella después de que dejara la escuela. Creo que era la única que lo hacía. Estaba envuelta en un enorme chal y parecía salida de un libro de cuentos. La verdad es que parece muy desproporcionada, con su cara rechoncha, la mata de pelo negro rizado y los hombros anchos, aunque no debe de medir más de metro y medio de altura. Sonrió. La misma Tessa de siempre. Le pregunté cómo estaba. Siempre hay que hacerlo cuando la ves, no solo por formulismo sino por el grave ataque sufrido —fuera de lo que fuera—, cuando a los catorce años hubo de dejar la escuela. Pero también hay que hacerlo porque no se te ocurre mucho más que decir. No vive en el mundo donde vivimos el resto de nosotros. No va a ningún club, no puede participar en ningún deporte ni lleva una vida social normal. Eso sí, engatusa a la gente, cosa que no tiene nada de malo. Pero yo no sabría cómo explicarlo, probablemente ella tampoco.

Mr. McWilliams ayudaba a Mrs. McWilliams en

la tienda porque los empleados no habían podido llegar. Él es bromista por naturaleza y empezó a tomarle el pelo a Tessa. Le preguntó por qué si sabía que la tormenta se echaba encima no nos había avisado a los demás. Mrs. McWilliams le dijo que dejara de molestar. Tessa no se dio por aludida y pidió una lata de sardinas. Cosa bastante absurda, no veo la razón para que no pueda cocinar como todo el mundo.

La gran noticia que oí en la tienda es que se había hundido el tejado del Salón de los Caballeros de Pytias. Ahí está nuestro escenario para *Los gondoleros*<sup>[13]</sup>, que pensábamos representar a fines de marzo. El Salón del Pueblo es demasiado pequeño y la antigua Casa de la Opera se utiliza ahora para almacenar ataúdes de Hay's Furniture. Esta noche estaba programado un ensayo, pero no sé quién podrá llegar allí ni cómo acabará la cosa.

16 de marzo. Decisión de suspender *Los*

*gondoleros* por este año y que solo seis de nosotros ensayemos en el Salón de la Escuela Dominical, de modo que nos dimos por vencidos y fuimos a tomar un café a casa de Wilf. Wilf anunció haberse propuesto que esta fuera su última actuación porque los ensayos le quitaban mucho tiempo. Tendríamos que buscar otro tenor. Sería un golpe porque él es el mejor.

Me parecía divertido llamar a un médico por su nombre de pila aunque solo tuviera alrededor de treinta años. Su casa había pertenecido al doctor Coggan y mucha gente le sigue llamando así. Estaba construida para ser la casa de un médico, con el ala de la consulta separada. Pero Wilf la hizo reconstruir y echó abajo algunos de los tabiques, de manera que es muy amplia y luminosa. Sid Ralston le toma el pelo y dice que la está acondicionando para instalar allí a una esposa. Era un tema muy delicado con Ginny ahí presente, pero probablemente Sid no lo supiera. (Ginny había

recibido tres propuestas de matrimonio. La primera de Wilf Rubstone, luego de Tommy Shuttles, después de Ewan McKay. Un médico, un optometrista, un pastor. Ginny es ocho meses mayor que yo, pero no tengo la menor esperanza de estar a su altura. Creo que les coquetea aunque siempre se haga la tonta y, cada vez que le proponen matrimonio, recibe la propuesta como si no se la esperara. Creo que es la manera de tomarlo todo en broma y darles a entender que su propuesta no será bien recibida, en vez de despacharlos y ponerlos en ridículo).

Si alguna vez estoy gravemente enferma espero poder destruir este diario o repasarlo y tachar cualquier mezquindad que diga en él, por si muero.

No sé por qué, seguimos hablando con relativa formalidad y la conversación giró en torno a lo que aprendimos en la escuela y a lo mucho que ya habíamos olvidado. Alguien recordó el Club de Debate que una vez hubo en el pueblo y de cómo se fue a pique después de la guerra, cuando todo el

mundo tuvo coche para dar vueltas por ahí, cines a su alcance y se empezó a jugar al golf. ¡Qué temas más serios se tocaban! «¿Qué es más importante para formar al ser humano, la ciencia o la literatura?». ¿Puede hoy alguien imaginar a la gente reunirse para hablar de semejantes cosas? Nos sentiríamos idiotas si, sin premeditación alguna, nos sentáramos y habláramos de eso. Ginny dijo que por lo menos debíamos formar un Club de Lectura y la idea nos llevó a los libros importantes que siempre nos proponíamos leer sin llegar nunca a hacerlo. Los Clásicos de Harvard que llevaban años y años ahí mismo, detrás de las puertas de cristal del living. ¿Por qué no *Guerra y paz?*, dije. Pero Ginny afirmó haberlo leído ya. Entonces acordamos votar entre *El paraíso perdido* y *La divina comedia*. Ganó *La divina comedia*. Todo lo que sabíamos de ella es que tiene poco de comedia y que está escrita en italiano aunque, naturalmente, la leeríamos en inglés. Sid creía que estaba escrita en latín y dijo que, con

lo que había leído en la clase de Miss Hurt, le bastaba para toda la vida. Todos le gruñimos y pretendió conocerla de punta a punta. De cualquier modo, ahora que se ha suspendido la representación de *Los gondoleros*, bien podíamos encontrar tiempo y reunimos cada dos semanas para alentarnos unos a otros.

Wilf nos enseñó toda la casa. El comedor está a un lado del recibidor, el living a otro, la cocina tiene armarios empotrados, fregador doble y el más moderno de los hornos eléctricos. Hay un cuarto de aseo nuevo al fondo del recibidor, un cuarto de baño con diseño funcional, armarios suficientemente amplios para meterse uno dentro, provistos de espejos de cuerpo entero en el interior de las puertas. Suelos de roble dorado por todas partes. Cuando volví a casa me pareció un cuchitril y los revestimientos de madera tan oscuros, tan pasados de moda... Durante el desayuno le di la lata a mi padre hablándole de que podríamos construir una



solana al lado del comedor, para tener por lo menos una habitación bien iluminada y moderna. (Olvidé decir que Wilf ha agregado una solana en el lado opuesto del que da a la consulta y el conjunto queda muy equilibrado). Padre preguntó para qué la necesitábamos, si ya teníamos dos galerías donde tomar el sol, por la mañana y por la tarde. De manera que no creo vaya a llegar a ninguna parte con mi proyecto de hacer mejoras en la casa.

1 de abril. Lo primero que hice cuando desperté fue gastarle una broma a Padre. Salí a todo correr al pasillo, gritando que un murciélago se había metido en mi cuarto por la chimenea. Él salió chorreando agua del cuarto de baño, con los tirantes caídos y la cara llena de espuma. Me dijo que dejara de chillar y de hacerme la histérica, y que fuera a buscar la escoba. La busqué y me escondí en la escalera trasera, simulando estar aterrorizada, mientras él daba escobazos a diestra y siniestra, sin las gafas puestas, en busca del murciélago. Al final me dio

lástima y pegué un alarido: «¡Qué la inocencia te valga!»<sup>[14]</sup>.

Luego llamó Ginny por teléfono y me dijo: «Nancy, ¿qué voy a hacer? Se me está cayendo el pelo, está todo en la almohada, mechones de mi bonito pelo desparramados por la almohada... Estoy medio calva, nunca podré salir de casa, ¿quieres venir para aquí enseguida y ver si podemos hacer una peluca con esto?».

Contesté con bastante frialdad: «No tienes más que coger un poco de harina y agua, y pegártelo otra vez. ¿Y no tiene gracia que te haya pasado la mañana del Día de los Inocentes?».

Ahora viene la parte que no tengo tanta prisa por hacer constar.

Fui caminando a casa de Wilf sin esperar siquiera el desayuno porque sé que se va temprano al hospital. Él mismo abrió la puerta principal con chaleco y en mangas de camisa. No me detuve a

pensar que la consulta todavía estaría cerrada. Esa vieja que tiene para que le atienda la casa —ni siquiera sé cómo se llama— trajinaba en la cocina. Supongo que debía haber sido ella quien abriera la puerta, pero él estaba ahí mismo en el recibidor, dispuesto a irse. «¡Hola, Nancy!», saludó.

No dije una palabra, puse cara de sufrimiento y me apreté la garganta.

«¿Qué te pasa, Nancy?».

Más apretones a la garganta, un graznido lastimero y sacudidas de cabeza para dar a entender que no podía hablar. Oh, de pena.

«Entra», dice Wilf y me lleva por el pasillo lateral hasta la puerta de la casa que da a la consulta. Vi que la vieja miraba a hurtadillas, pero no me di por enterada y seguí con la farsa.

«Vamos a ver», dice él, me empuja para sentarme en el sillón de los pacientes y enciende las

luces. Las persianas de la ventana todavía estaban bajas y el lugar apestaba a antiséptico o algo por el estilo. Sacó una de las paletas que se usan para aplastar la lengua contra el paladar y el instrumento que tiene para mirar e iluminar la garganta.

«Abre la boca todo lo que puedas».

Pero, justo cuando está a punto de presionar la lengua con la espátula, grito: «Que la inocencia te valga».

No esbozó el menor asomo de sonrisa. Hizo a un lado la espátula, apagó con ademán brusco la luz del instrumento y no dijo una palabra hasta que no abrió de un tirón la puerta exterior de la consulta. Entonces me increpó: «Da la casualidad de que tengo enfermos esperándome, Nancy. ¿Cuándo vas a aprender a sentar cabeza?».

Salí de allí con el rabo entre las piernas. No tuve valor para preguntarle por qué no podía encajar una broma. Sin duda la chismosa de la cocina divulgará

por todo el pueblo lo indignado que estaba y cómo tuve que escabullirme humillada. Me he sentido mal todo el día. Y da la maldita casualidad de que me he sentido enferma, con fiebre y un ligero dolor de garganta. De modo que lo único que he hecho ha sido quedarme en el cuarto de delante, taparme las piernas con una manta y leer al viejo Dante. Mañana noche es la reunión del Club de Lectura y debo estar mucho más adelantada que los demás. Lo malo es que no me entra nada en la cabeza porque, mientras leía no dejaba de pensar en la estupidez que había hecho.

Y lo oía decir sin parar con voz cortante que cuándo iba a sentar cabeza. Pero luego, para mis adentros, imaginé que discutía con él, sosteniendo que no tiene nada de malo divertirse un poco en la vida. Creo que el padre era pastor. ¿Habría que tenerlo en cuenta? Las familias de los pastores cambian tanto de sitio, que nunca tienen tiempo de entrar en una pandilla de chicos que crecen juntos,

se entienden y se hacen trastadas unos a otros.

Lo veo ahora mismo abrir la puerta con su chaleco y su camisa almidonada. Alto y fino como un cuchillo. El pelo con la raya bien hecha y el bigote impecable. Qué desastre.

¿Debo escribirle una nota para explicarle que una broma no es, en mi opinión, una injuria grave? ¿O debo escribir solo un digno pedido de disculpa?

No puedo consultar con Ginny porque Wilf le propuso matrimonio y eso significa que la considera una persona con más méritos que yo. Y estoy de un humor que me pregunto si, a la chita callando, ella no me estará desprestigiando ante él. (Aunque lo haya rechazado).

4 de abril. Wilf no apareció en el Club de Lectura porque algún viejo tuvo un derrame cerebral. Le escribí una nota. Traté de que fuera de arrepentimiento, pero no demasiado rastrera. Eso me irrita más que nada. No la nota sino lo que hice.

12 de abril. Me llevé la sorpresa de mi vida estúpida y breve cuando a mediodía atendí la puerta. Padre acababa de volver y estaba sentado a la espera de la comida. Y ahí encontré a Wilf. Nunca contestó la nota que le escribí. Me había resignado a que se propusiera seguir disgustado conmigo para siempre y a que en el futuro lo único que me quedara por hacer fuera prescindir de él, puesto que no tenía otra salida.

Preguntó si interrumpía mi comida.

No habría podido hacerlo porque me había prometido no comer hasta que no bajara dos kilos y medio. Mientras mi padre y Mrs. Box comían, me encerré arriba y eché una ojeada a Dante.

Contesté que no.

Él dijo: «Bueno, ¿qué te parece si vamos a dar una vuelta juntos?». Podríamos ver pasar el hielo por el río, sugirió. Siguió hablando, me contó que había pasado la mayor parte de la noche en pie y que

a la una en punto tenía que abrir la consulta, de modo que no tenía tiempo de echar una cabezada y que el aire fresco le haría recuperarse. No dijo por qué había pasado la noche en pie, de manera que imaginé habría nacido un niño y él creía que me abochornaría si me lo contara.

Le dije que acaba de empezar mi cuota diaria de lectura.

«Dale un respiro a Dante», contestó.

Recogí el abrigo, dije a mi padre que iba a salir y subí al coche de Wilf. Fuimos hasta North Bridge, donde se había reunido un grupo de personas, la mayoría hombres y muchachos, que aprovechaban la hora del almuerzo para ver el hielo. Este año no hay grandes trozos de hielo porque el invierno ha empezado muy tarde. Aun así los que había, golpeaban contra los pilares del puente, se alejaban rechinando y armando barullo como de costumbre, mientras pequeños torrentes de agua se deslizaban



entre ellos. No había nada que hacer más que mirar el espectáculo, como si estuviera hipnotizada, y sentir que se me enfriaban los pies. El hielo podía estarse resquebrajando, pero el invierno no da señales de ceder todavía y la primavera parece lejana. No entiendo cómo demonios a la gente le gusta quedarse ahí, contemplando durante horas la escena, de tanto como le divierte.

Wilf tampoco tardó en cansarse de ella. Volvimos al coche y nos quedamos sin saber de qué hablar, hasta que decidí coger el toro por las astas y le pregunté si había recibido mi nota.

Contestó «sí».

Dije haberme sentido una imbécil por lo que había hecho (era verdad, pero tal vez el tono sonó más contrito de lo que yo habría querido).

«No te preocupes».

Dio vuelta el coche, nos dirigimos al pueblo y

dijo:

«Pensaba preguntarte si querías casarte conmigo. Pero no quería hacerlo así. Quería preparar mejor el terreno. Encontrar un momento más oportuno».

«¿Quieres decir que lo pensabas y ya no lo piensas? ¿O quieres decir que lo sigues pensando?».

Juro que cuando lo dije no lo estaba provocando. Lo que realmente quería era aclarar las cosas.

«Quiero decir que te lo pregunto».

El «sí» se me escapó de la boca antes de haber podido siquiera recuperarme de la sorpresa. No sé cómo explicarlo. Dije «sí» en tono muy cariñoso y educado, pero no demasiado ansioso. Más como «sí, aceptaría una taza de té». Ni siquiera me mostré sorprendida. Pareció que quisiera superar lo antes posible ese momento, para luego poder relajarnos y actuar con más naturalidad. Aunque lo cierto es que nunca había estado precisamente relajada y natural

con Wilf. En un tiempo más bien me desconcertaba y me parecía a la vez intimidante y cómico. Luego, después del desafortunado Día de los Inocentes, solo sentí vergüenza. Espero no estar dando a entender que dije sí, que me casaría con él, para superar el sofoco. Sí recuerdo haber pensado que debía retractarme del «sí» y decir que necesitaba tiempo para pensarlo, pero habría sido difícil hacerlo sin que acabáramos los dos metidos en una situación más embarazosa que nunca. Y no sé qué es lo que debo pensar.

Estoy comprometida con Wilf. No puedo creerlo. ¿Le pasa lo mismo a todo el mundo?

14 de abril. Wilf vino para hablar con mi padre y yo fui a hablar con Ginny. Sin rodeos confesé que me sentía muy incómoda contándoselo y luego que esperaba no le molestara a ella ser mi dama de honor. Ginny dijo que no le molestaría en absoluto, las dos nos pusimos bastante sentimentales, nos abrazamos y moqueamos un poco.

«¿Qué tienen que ver los novios con las amigas?», dijo.

Me dejé llevar por uno de mis arranques de falta de miramientos y dije que, de cualquier modo, era culpa suya.

Dije no poder soportar que al pobre hombre lo hubieran rechazado dos muchachas.

30 de mayo. No he escrito nada durante tanto tiempo porque estoy metida en la vorágine de cosas que hay por hacer. La boda está prevista para el 10 de julio. El traje me lo hace Miss Cornish, que me vuelve loca obligándome a estar de pie en ropa interior, toda clavada de alfileres, mientras me pide que me esté quieta. Es blanco roto y no tendrá cola porque temo tropezar con ella y caerme. Luego está el ajuar con media docena de camisones de verano, un quimono japonés de moaré estampado color lila y tres pijamas de invierno, todo comprado en el Simpson's de Toronto. Los pijamas no parecen

ideales para el ajuar, pero los camisones no abrigan y, además, los aborrezco porque siempre acaban enredados en la cintura. Un montón de enaguas de seda y otras cosuchas, todo color melocotón o crudo. Ginny dice que debo acumular tanto como sea posible porque, si hay guerra en China, escaseará mucho la seda. Siempre está al día con las noticias. Su traje de dama de honor es azul pálido.

Mrs. Box hizo ayer el pastel. Se supone que tarda seis semanas en madurar, de modo que llegaremos por los pelos. Tuve que amasar porque decían que daba buena suerte y la masa estaba tan cargada de fruta, que creí se me iba a dislocar el brazo. Ollie estaba aquí, de manera que se hizo cargo del asunto y amasaba un poco en mi lugar cuando Mrs. B. no miraba. No sé qué clase de suerte traerá haber amasado el pastel.

Ollie es primo de Wilf y está aquí de visita por un par de meses. Como Wilf no tiene ningún hermano, él —Ollie— será el padrino. Tiene siete

meses más que yo; él y yo parecemos criaturas al lado de Wilf (no puedo imaginar que Wilf haya sido nunca una criatura). Él —Ollie— ha estado en un sanatorio de tuberculosos tres años, pero ya está mejor. Allí le colapsaron un pulmón. Había oído hablar de eso y creí que, de ahí en adelante, tendría que funcionar con un solo pulmón. Pero por lo visto no es así. Colapsan el pulmón para que deje de funcionar por un tiempo y enquistan la infección de modo que quede latente, mientras aplican el tratamiento medicinal. (¡Hay que ver cómo me voy convirtiendo en una verdadera autoridad de la medicina, ahora que soy la prometida de un médico!). Mientras Wilf explicaba eso, Ollie se llevó las manos a los oídos. Dice que prefiere no pensar en lo que se hizo y finge para sí mismo estar hueco, como una muñeca de celuloide. Como persona es todo lo contrario que Wilf, pero parecen llevarse muy bien.

Gracias a Dios vamos a tener un pastel glaseado

profesionalmente en una panadería. De lo contrario no creo que Mrs. Box soportara la tensión.

11 de junio. Menos de un mes por delante. Ni siquiera debería estar escribiendo aquí, debía estar haciendo la lista de regalos de boda. No puedo creer que todo esto sea cosa mía. Wilf está detrás de mí para elegir el empapelado. Creí que todas las habitaciones estaban enlucidas y pintadas de blanco porque le gustaban así pero, por lo visto, las dejó blancas para que su mujer eligiera el papel. Temo haberme quedado pasmada ante la tarea que tenía por delante y, sin embargo, reuní fuerzas y le dije que me parecía mucha consideración de su parte pero que era incapaz de saber lo que quería hasta que no viviera allí. (Debe de haber querido que todo estuviera listo cuando volviéramos de la luna de miel). Conseguí dejarlo para más adelante.

Sigo yendo a la fábrica dos días por semana. En el fondo esperaba seguir haciéndolo incluso después de estar casada, pero Padre dijo que de ninguna

manera. Continuó hablando como si no fuera del todo decente contratar a una mujer casada, a menos que hubiera enviudado o pasara estrecheces. Le recordé que no se trataba de ningún contrato puesto que, de todos modos, no me pagaba. Entonces dijo que de entrada le había resultado muy violento decir que, cuando me casara, habría impedimentos.

«Temporadas durante las cuales no querrás exhibirte en público», añadió.

«¡Oh, no sé de qué hablas!», contesté ruborizada como una idiota.

Se le ha metido en la cabeza (a mi padre) lo conveniente que sería que Ollie se hiciera cargo de mis obligaciones y espera de verdad (mi padre), que Ollie pueda meterse en el negocio y, con el tiempo, hacerse cargo de él. Es posible que haya querido verme casada con alguien que pudiera hacerlo... La verdad: piensa que Wilf es un fachendoso. Y como Ollie no tiene ocupación fija, es inteligente y



educado (no sé en dónde ni hasta qué punto ha recibido educación, pero es obvio que sabe más que casi nadie de los alrededores) puede parecer una elección estupenda. Por esa razón tuve que llevarlo a la oficina ayer, enseñarle los libros etcétera. Padre se hizo cargo de él, lo presentó a los hombres y a cualquiera que por casualidad anduviera por ahí y todo pareció marchar bien. Ollie puso mucha atención, adoptó una actitud muy formal en el despacho, se mostró jovial y bromista con los hombres (sin pasarse), hasta cambió, en la precisa medida, su manera de hablar. Padre se quedó encantado y ufano. Cuando le di las buenas noches me dijo: «Me parece un verdadero golpe de suerte que ese joven haya aparecido por aquí. Es un individuo en busca de futuro y de un lugar donde sentirse en casa».

No lo contradije, pero creo que hay tantas posibilidades de que Ollie se establezca aquí y se dedique a dirigir un molino como de que yo entre en

las Ziegfeld Follies.

Ollie no puede evitar montar sus numeritos.

En un momento pensé que Ginny me lo quitaría de las manos. Es muy leída, fuma y aunque va a la iglesia, sus opiniones son de las que muchas personas considerarían dignas de una atea. Y me ha dicho que Ollie no tiene mala pinta aunque sea más bien bajo (diría que mide algo más de un metro setenta). Tiene los ojos azules que a ella le gustan y el pelo color caramelo, con una onda que le cae sobre la frente y parece hecha con la intención de ser seductora. Él estuvo como es natural muy simpático con ella cuando se conocieron, le hizo hablar mucho y cuando Ginny se marchó dijo: «Tu amiguita es toda una intelectual ¿no?».

*Amiguita.* Ginny es casi tan alta como él y por cierto me dieron ganas de decírselo. Pero es bastante mezquino señalar algo que tenga que ver con la altura a un hombre que, en ese aspecto, anda

algo escaso. De modo que no abrí la boca. No sabía qué decir sobre lo de «intelectual». En mi opinión Ginny es una intelectual (y ya que estamos, ¿habrá leído Ollie *Guerra y paz*?) pero, por su tono, no pude saber si de verdad quería decir que lo era o que no lo era. Lo único que se me ocurre es que, si lo era, a él le tenía sin cuidado y, si actuaba como si lo fuera, también le tenía sin cuidado. Debí haber dicho algo cortante o desagradable como «Eres demasiado profundo para mí» pero, como de costumbre, no se me ocurrió hasta más tarde. Y lo peor es que apenas lo dijo, en secreto, en el fondo de mi alma tuve una corazonada con respecto a Ginny y, mientras la defendía (para mis adentros), también sentí con alguna malevolencia que estaba de acuerdo con él. No sé si de aquí en adelante Ginny me seguirá pareciendo tan lista.

Wilf estaba ahí mismo y tiene que haber oído toda la conversación, pero no dijo nada. Podría haberle preguntado si no le habían dado ganas de

salir en defensa de la muchacha a quien una vez propusiera matrimonio, pero nunca le había confiado del todo lo que sabía del asunto. A menudo se limita a escucharnos hablar a Ollie y a mí, con la cabeza echada hacia delante (como tiene que hacer con la mayoría de las personas, ¡es tan alto!) y una leve sonrisa en la cara. Ni siquiera estoy segura de si es una sonrisa o, simplemente, que su boca es así. Por las tardes vienen los dos y solemos acabar en que Padre juega con Wilf a las cartas, mientras Ollie y yo hacemos el tonto y hablamos. O Wilf, Ollie y yo jugamos una partida de *bridge* de tres. (A Padre nunca le ha gustado el *bridge* porque le parece muy ceremonioso). A veces Wilf recibe una llamada del hospital o de Elsie Bainton (el ama de llaves cuyo nombre nunca puedo recordar y no me queda más remedio que gritar para preguntárselo a Mrs. Box) y tiene que marcharse. Otras veces cuando acabamos de jugar a las cartas se sienta al piano y toca de oído. Hasta en la oscuridad. Padre sale a la galería,

se sienta con Ollie y conmigo, todos nos mecemos y escuchamos. Parece que Wilf tocara el piano solo para él y no que lo tocara para nosotros. Le tiene sin cuidado que escuchemos o no ni que empecemos a charlar. Y a veces lo hacemos porque se puede poner un poco clásico demás para el gusto de Padre, cuya pieza favorita es «Mi antigua tierra de Kentucky». Parece impacientarse, ese tipo de música le hace sentir que el mundo se le viene encima y, para aplacarlo, iniciamos cualquier conversación. Entonces él —Padre— es quien se empeña en decirle a Wilf cómo disfrutamos con el piano y Wilf, distraído, da las gracias amablemente. Ollie y yo sabemos que no es necesario decir nada porque nos consta que, en ese momento, a él no le interesan ni poco ni mucho nuestras opiniones.

Una vez pesqué a Ollie cantando en voz muy baja, al compás de la interpretación de Wilf.

«Amanece la mañana y Peer Gynt bosteza...».

«¿Qué dices?», susurré.

«No, nada», contestó Ollie. «Es lo que está tocando Wilf».

Le pedí deletrearlo. P-e-e-r G-y-n-t.

Debería aprender música, es algo que Wilf y yo podríamos tener en común.

El tiempo se ha puesto de pronto caluroso. La peonías han brotado del todo en grandes capullos y las flores de los arbustos de rosas mosqueta caen como si fueran copos de nieve. Mrs. Box insiste en que, si el tiempo sigue así, todo estará seco cuando llegue la fecha de la boda.

Mientras escribo ya me he tomado tres tazas de café y ni siquiera me he arreglado el pelo. Mrs. Box dice: «Bien pronto vas a tener que cambiar de costumbres».

Lo dice porque Elsie Thingamabob le ha dicho a Wilf que se va a jubilar, de modo que deberé

hacerme cargo de la casa.

Pues bueno, voy a cambiar mis costumbres y le diré «adiós» al diario. Al menos por el momento. Con frecuencia tenía la sensación de que algo verdaderamente inesperado ocurriría en mi vida y de que sería importante tenerlo todo registrado. ¿Era solo una sensación?

Una muchacha con blusón marinero

—No creas que puedes estar holgazaneando por aquí. Tengo una sorpresa para ti —dijo Nancy.

Ollie contestó:

—Estás llena de sorpresas.

Eso fue un domingo y Ollie pensaba seguir holgazaneando. La vitalidad de Nancy era algo que no siempre le gustaba.

Suponía que Nancy no tardaría en necesitarla porque —con sus modos impasibles y rutinarios—, Wilf contaba con ella para los quehaceres de la

casa.

Desde la iglesia Wilf se había ido directamente al hospital y Ollie a comer con Nancy y su padre. Los domingos hacían una comida fría... Mrs. Box fue ese día a su iglesia y pasó la tarde tomándose un largo descanso en su casita particular. Ollie le había ayudado a Nancy a poner la cocina en orden. Desde el comedor se oían sonoros ronquidos.

—Tu padre —dijo Ollie después de echar una mirada—. Se ha quedado dormido en la mecedora con el *Saturday Evening Post* en las rodillas.

—Nunca reconoce que se va dormir los domingos por la tarde —comentó Nancy—, siempre cree que va a leer.

Nancy llevaba un delantal atado a la cintura, no el delantal formal que se usa para trabajar en serio en la cocina. Se lo quitó, lo colgó en el picaporte de la puerta y se esponjó el pelo frente a un espejito que había al lado.



—Estoy hecha un desastre —dijo con voz lastimera, pero no contrariada.

—Es verdad. No puedo imaginar qué le ha llamado la atención a Wilf en ti.

—¡Cuidado o te la vas a cargar!

Lo llevó afuera, rodearon los arbustos de rosales, pasaron bajo el arce donde —ya se lo había dicho dos o tres veces— tenía el columpio cuando era pequeña. Era domingo y no había nadie cortando el césped. Tampoco había nadie en los patios traseros. Las casas tenían aspecto de enclaustradas, ufanas, protegidas como si en el interior no hubiera más que personas dignas —semejantes al padre de Nancy—, de momento sordas para el mundo, mientras disfrutaban de «su bien merecido descanso».

No quería decir que el pueblo estuviera del todo en calma. Eran las tardes de los domingos cuando la gente de campo y de los pueblo rurales bajaba a la

playa, a unos cuatrocientos metros de distancia al fondo de un risco. Había una mezcla del ruido producido por el deslizamiento del agua, los chillidos de niños que se agachaban y chapoteaban, las bocinas de coches, los pitidos del camión de helados, los alaridos de muchachos jóvenes arrebatados por querer llamar la atención y los de las madres arrebatadas por el afán de vigilar a los pequeños. Todo eso aventado junto, en confusa algarabía.

Al final de la senda, al otro lado de una calle más modesta sin asfaltar, había un edificio vacío que Nancy dijo era el antiguo depósito de hielo. Detrás, un solar también vacío, un puente de tablones sobre la acequia seca y luego la carretera donde solo cabía un coche o, más bien, calesines tirados por caballos. Una barrera de arbustos espinosos con pequeñas hojas verdes, salpicados de flores rosadas secas, flanqueaba los dos lados de la carretera. Ni dejaban pasar una pizca de brisa ni daban sombra y las

ramas trataban de engancharse en las mangas de la camisa de Ollie.

—Rosas silvestres —contestó Nancy cuando él preguntó qué demonios eran.

—Imagino que esta es la sorpresa.

—Ya verás.

Ollie se sofocaba en ese túnel y habría querido que Nancy desacelerara el paso. A veces le sorprendía el tiempo que perdía con esa chica, que no tenía nada de extraordinaria, excepto quizá ser caprichosa, desenfadada y egoísta. A lo mejor lo que le gustaba era sacarla de quicio. Era un poco más lista que la mayoría de las muchachas y por eso lo haría.

Lo que de lejos veía era el tejado de una casa con algunos árboles plantados donde es debido para que dieran sombra y, como no tenía la menor esperanza de sacarle a Nancy ninguna otra

información, se conformó con la esperanza de poder sentarse allí cuando llegaran, en algún sitio fresco.

—Tenemos compañía —dijo Nancy—. Debí haberlo sabido.

Al final de la carretera, en la rotonda para dar la vuelta, había un Modelo T venido a menos.

—Por suerte es uno solo —agregó Nancy—. Esperemos que estén acabando.

La decorosa casa de una planta —construida con los ladrillos llamados «blancos» en esa parte del país y «amarillos» en el lugar donde vivía Ollie— tenía dos niveles en una de las fachadas. Cuando se acercaron al coche no salió nadie para ver qué querían. (El coche era color habano sucio). No había cerco, solo una alambrada caída alrededor del terreno, cuyo césped estaba sin cortar. Y no había ningún camino pavimentado que llevara de la verja hasta la puerta, apenas un sendero de tierra. Eso era corriente fuera del pueblo: pocos granjeros hacían

un caminito y también eran pocos los que tenían cortadora de césped.

Parecía que hubiera habido macizos de flores: por lo menos se veían flores tiesas blancas y doradas aquí y allí entre las hierbas altas. Eran margaritas, estaba segurísimo, pero no se iba a molestar en preguntarle a Nancy ni a correr el riesgo de que le hiciera burlonas consideraciones.

Nancy lo condujo hasta una reliquia de tiempos mejores y más reposados: el columpio de madera despintado pero entero, con dos asientos frente a frente. La hierba no estaba pisoteada alrededor, por lo visto el columpio no se usaba demasiado. Le daban sombra un par de árboles cargados de hojas. Apenas se hubo sentado, Nancy volvió a saltar de él y, abrazada a los dos asientos, empezó a mover el trasto de un lado a otro.

—Esto le hará saber que estamos aquí —dijo Nancy.

—¿A quién?

—A Tessa.

—¿Es una amiga tuya?

—Sí, claro.

—¿Una anciana dama amiga? —preguntó Ollie sin mayor interés.

Había tenido muchas ocasiones de ver lo pródiga que era Nancy con lo que llamaba «el gracejo de su personalidad». Podría haber leído la expresión en ciertos libros para niñas y fijarla en la memoria. Se acordó de sus inocentes chanzas con los viejos del molino.

—Tessa y yo fuimos juntas a la escuela. Tessa y menda.

Eso lo llevó a pensar en otra cosa: cómo había tratado Nancy de engancharlo con Ginny.

—¿Y qué tiene de interesante?

—Ya lo verás. ¡Ay!

Saltó del columpio y corrió hasta una bomba de mano próxima a la casa. Empezó a bombear vigorosamente. Tuvo que bombear mucho y con fuerza antes de que saliera agua. Y ni siquiera entonces pareció cansada. Siguió bombeando un rato para llenar, hasta que desbordó, un jarro de hojalata que esperaba colgado de su clavo y lo llevó al columpio. Por la ansiedad de su mirada, Ollie creyó que se la iba a ofrecer de inmediato, pero lo cierto es que se lo acercó a los labios y bebió tan campante.

—No es agua del pueblo —dijo, ofreciéndosela—. Es agua de aljibe. Deliciosa.

Era una chica capaz de beber agua sin potabilizar en un viejo jarro de hojalata colgado en el aljibe. (Las calamidades sufridas en su cuerpo lo habían hecho más precavido de lo que podrían ser otros hombres jóvenes ante ese tipo de riesgos).

Desde luego a Nancy le gustaba lucirse. Pero era sincera y temeraria por naturaleza. Además desbordaba auténtica convicción de tener mucha suerte en la vida.

No diría lo mismo de él. Sin embargo tenía la idea —no podía hablar del asunto sin tomarlo a broma— de estar destinado a algo insólito, de que su vida tenía algún sentido. Tal vez fuera eso lo que los unía. La diferencia es que él seguiría adelante, no se conformaría con menos. Y ella tendría que hacerlo —como ya lo había hecho— por ser mujer. La idea de tener más posibilidades de elección de las que nunca tendrían las chicas, le hacía sentirse de repente cómodo, le hacía sentirse piadoso y pícaro con ella. Había momentos en que, cuando le tomaba el pelo y se lo dejaba tomar, entre broma y broma, el tiempo pasaba sin que se diera cuenta entre chispeantes bromas y no necesitaba preguntarse por qué lo perdía con ella.

El agua estaba, sí, deliciosa y maravillosamente



fresca.

—La gente viene a ver a Tessa —dijo Nancy, sentada frente a él—. Nunca sabes si va a haber alguien aquí.

—¿Sí?

Se le ocurrió la peregrina idea de que ella pudiera ser tan perversa, tan independiente como para ser amiga de una muchacha que fuera casi una prostituta, una prostituta rural ocasional. Tan desprejuiciada como para ser amiga de una muchacha que había tomado por mal camino.

Nancy leyó sus pensamientos..., a veces era muy lista.

—¡Ah, no! No quise decir eso. Es la idea más retorcida que he oído nunca. Tessa es la última chica de este mundo..., bueno, ya verás.

Se había puesto colorada.

Alguien abrió la puerta y, sin las habituales

prolongadas despedidas —ni ninguna despedida audible—, salieron por el sendero un hombre y una mujer de mediana edad, estropeados aunque no del todo lisiados. Igual que el coche. Miraron el columpio, vieron a Nancy y a Ollie, pero no dijeron nada. Cosa bastante extraña, tampoco Nancy dijo nada, no los llamó ni los saludó. La pareja se apartó para acercarse uno a cada lado del vehículo, subieron a él y se alejaron.

Entonces sí salió una figura entre las sombras de la entrada y Nancy gritó:

—¡Hola, Tessa!

La mujer tenía el físico de un niño robusto. La cabeza grande cubierta de pelo negro rizado, hombros anchos, piernas rechonchas. Las llevaba desnudas e iba vestida con ropa estrafalaria: un blusón de marinero y falda. Por lo menos resultaba estrafalaria para un día tan caluroso y porque ya no era una escolar. Es muy probable que hubiera sido el

conjunto que usaba cuando iba a la escuela y, por ahorrativa, se lo ponía para estar en casa. Esas cosas nunca se usaban para salir y, en opinión de Ollie, no podían favorecer la figura de ninguna muchacha. Parecía desgarbada con esa vestimenta, ni más ni menos que la mayoría de las escolares.

Nancy le hizo acercarse y lo presentó. Con el tono insinuante que en general le gusta a las chicas, Ollie dijo a Tessa que había oído hablar mucho de ella.

—No, no ha oído nada —intervino Nancy—. No creas una palabra de lo que dice. La verdad es que lo he traído conmigo porque no sé qué hacer con él.

Tessa tenía los párpados pesados y los ojos no muy grandes, pero el color era de un sorprendente y profundo azul claro. Cuando los levantó para mirar a Ollie destellaron sin asomo de amabilidad ni animosidad particular, ni siquiera con curiosidad. Eran muy profundos, serenos y a él le fue imposible

seguir diciendo tonterías por cumplir.

—Más vale que entréis —dijo y se adelantó—. Espero que no os moleste que termine de batir la mantequilla. Estaba haciéndolo cuando llegaron mis últimas visitas y sí tuve que interrumpirlo, pero si no lo sigo ahora la mantequilla podría estropearse.

—Batir un domingo, ¡qué niña más depravada! —se escandalizó Nancy—. Ya ves, Ollie. Así se hace la mantequilla. Apuesto a que creías que salía ya hecha de la vaca, envuelta y lista para ir a la tienda. Sigue con lo tuyo —dijo a Tessa—. Si te cansas, déjame probar un rato. La verdad es que vine para invitarte a mi boda.

—He oído hablar de eso —contestó Tessa.

—Te mandé una invitación, pero no sé si le habrás hecho caso. Pensé que era mejor venir y ponerte el pie en el cuello hasta que prometas ir.

Fueron derechos a la cocina. Las persianas

estaban bajadas hasta el alféizar. En lo alto un ventilador hacía circular el aire. Olía a guisado, platillos con matamoscas, queroseno, trapos de cocina. Todos esos olores se habrían impregnando en las paredes y el suelo de madera durante décadas. Pero alguien —sin duda la chica casi cascarrabias dedicada a la batidora— se había tomado el trabajo de pintar la alacenas y las puertas de azul verdoso.

Alrededor de la batidora había periódicos repartidos para proteger el suelo, desgastado y hundido por las zonas más pisadas en torno a la mesa y al fogón. Ollie era lo bastante educado para ofrecer ayuda a cualquier chica granjera que batiera mantequilla pero, en este caso, no estaba seguro de sí mismo. Esta Tessa no parecía una muchacha huraña, aunque sí mayor de lo que era, además de sencilla y reservada hasta el extremo de intimidar. Al cabo de un rato, incluso Nancy se llamó a sosiego en su presencia.

La mantequilla quedó lista. Nancy saltó para

echarle una mirada, lo llamó y le pidió que hiciera lo mismo. A Ollie le sorprendió el color pálido, apenas amarillento. Pero no dijo nada. Suponía que Nancy se burlaría de su ignorancia. Las dos chicas colocaron el trozo pringoso encima de un trapo sobre la mesa, lo golpearon con paletas de madera y lo cubrieron del todo con el trapo. Tessa levantó una trampilla en el suelo y las dos bajaron los escalones que llevaban al sótano, sótano que él no se había dado cuenta existiera. Nancy pegó un grito porque casi pierde pie. A Ollie se le ocurrió la idea de que Tessa se las habría arreglado mejor sola, pero aceptó concederle algún privilegio a Nancy como se lo concedería a cualquier chiquillo simpático y caprichoso. Tessa dejó que Nancy recogiera los papeles del suelo, mientras ella abría los botellines de limonada que había subido del sótano. Sacó un trozo de hielo del depósito que tenía en el rincón, le quitó bajo el agua el serrín y lo aporreó con un martillo en el fregador para echar los trozos en

vasos. Una vez más Ollie se abstuvo de ofrecer ayuda.

—Ahora, Tessa —dijo Nancy después de tomar un sorbo de limonada—. Ha llegado la hora. Hazme un favor. Por favor, házmelo.

Tessa se bebió la limonada.

—Anda, dile a Ollie —insistió Nancy—. Dile lo que lleva en los bolsillos. Empieza por el derecho.

Tessa contestó sin levantar los ojos:

—Bueno, espero que lleve la cartera.

—Sigue —pidió Nancy.

—Sí, tiene razón —dijo Ollie—. Llevo la cartera. ¿Tienes que adivinar ahora qué tengo en ella? Porque no es mucho.

—No importa. Dile qué otra cosa, Tessa. En el bolsillo derecho.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Ollie.

—Tessa —continuó Nancy amablemente—. Vamos, Tessa, me conoces. Acuérdate de que somos viejas amigas, somos amigas desde el primer año de escuela. Hazlo por mí.

—¿Esto es un juego? ¿Es un juego que habéis organizado entre las dos?

Nancy se rio de él.

—¡Qué más da! ¿Qué tienes ahí que pueda avergonzarte? ¿Tienes un calcetín viejo maloliente?

—Un lápiz —dijo Tessa muy tranquila—. Un poco de dinero. Monedas. No puedo decir de qué valor. ¿Un trozo de papel con algo escrito? ¿Algo impreso?

—Vacía el bolsillo, Ollie —gritó Nancy—. Vacíalo.

—¡Ah!, y un pedazo de chicle —dijo Tessa—. Creo que un pedazo de chicle. Eso es todo.

El chicle estaba sin envolver y cubierto de



pelusa.

—Había olvidado que estuviera ahí —dijo Ollie aunque no era verdad.

Del bolsillo salieron un cabo de lápiz, unas cuantas monedas, el recorte doblado y manoseado de un periódico.

—No sé quién me lo dio —admitió Ollie, al tiempo que Nancy se lo arrebató y lo desdobló.

—«Estamos en el mercado en busca de manuscritos valiosos tanto en poesía como en prosa» —leyó Nancy en voz alta—. «Serán considerados con atención...».

Ollie se lo arrancó de las manos.

—Me lo *dio* alguien. Querían mi opinión, para saber si creía que se trataba de una organización en la que se podía confiar.

—¡Ay!, Ollie.

—Ni siquiera sabía que todavía lo tuviera ahí. Igual que el chicle.

—¿No te sorprende?

—Claro que sí. Lo había olvidado.

—Te pregunto si no te sorprende Tessa. ¿No te sorprenden las cosas que *sabe*?

Ollie consiguió sonreír a Tessa aunque estaba muy desazonado. No era culpa de ella.

—Es lo que muchos tipos tendrían en el bolsillo —dijo—. ¿Monedas? Naturalmente. Un lápiz...

—¿Y el chicle? —preguntó Nancy.

—Es posible.

—¿Y el papel con el impreso? Tessa dijo «impreso».

—Dijo un trozo de papel. No sabía qué decía. ¿Verdad que no, Tessa?

Tessa sacudió la cabeza. Miró la puerta, a la escucha.

—Creo que viene un coche por el sendero.

Tenía razón. Ya lo oían todos. Nancy fue a mirar a hurtadillas a través de las cortinas y, en ese momento, Tessa dedicó a Ollie una sonrisa inesperada. No era una sonrisa de complicidad, de disculpa ni de coquetería. Podría ser una sonrisa de bienvenida, pero sin intención provocativa explícita. No era más que para ofrecer cierta calidez, cierta buena disposición que había en ella. Al mismo tiempo hizo un movimiento con sus hombros anchos, un movimiento que transmitía placidez como si la sonrisa se extendiera a toda su curiosa personalidad.

—¡Ay, caramba!

Pero tuvo que controlar su excitación y Ollie su desconcertada atracción y su sorpresa.

Tessa abrió la puerta en el momento en que un

hombre bajaba del coche. El hombre se quedó esperando en la verja hasta que Nancy y Ollie salieron al sendero. Tendría unos sesenta y tantos años, era cargado de hombros, severo de talante, llevaba traje de verano blanco y chambergo. El coche era un cupé nuevo modelo.

Hizo una inclinación de cabeza a Nancy y a Ollie, con el debido respeto y la falta de curiosidad que demostraría, si estuviera sosteniéndoles la puerta para que salieran de la consulta de un médico.

No hacía mucho que la puerta de Tessa se había cerrado tras él, cuando apareció otro coche al final del sendero.

—A hacer cola —dijo Nancy—. Los domingos por la tarde hay mucho trajín. Sobre todo en verano. La gente hace kilómetros para venir a verla.

—¿Y que les diga lo que tienen en los bolsillos?

Nancy lo dejó pasar.

—La mayoría de ellos preguntan por algo que han perdido. Cosas valiosas. O por lo menos valiosas para ellos.

—¿Y ella cobra?

—No lo creo.

—Tiene que cobrar.

—¿Por qué va a tener que cobrar?

—¿No es pobre?

—No es una muerta de hambre.

—Es posible que muy a menudo no acierte.

—Supongo que sí acierta, si no acertara la gente no seguiría viniendo a verla, ¿no es así?

El tono de la conversación iba cambiando mientras caminaban entre los arbustos de rosales por el brillante túnel falto de aire. Se quitaban el sudor de la cara y perdían energía para provocarse uno a otro.

Ollie dijo:

—No lo *entiendo*.

—No creo que nadie lo entienda. No se trata solo de cosas que la gente haya perdido. Ha encontrado cadáveres.

—¿*Cadáveres*?

—Hubo un hombre que se suponía caminaba por las vías del tren cuando lo pilló una tormenta de nieve y murió congelado. No podían encontrarlo y ella les dijo que buscaran por el lago, al final del risco. Y lo encontraron. Nada de caminar por las vías del tren. En una ocasión se perdió una vaca y ella dijo que se había ahogado.

—¿Sí? Si eso es verdad ¿por qué no lo ha investigado nadie? Quiero decir científicamente.

—Es absolutamente cierto.

—No quiero decir que no confíe en ella. Pero quiero saber cómo lo hace. ¿Nunca se lo has

preguntado?

Nancy lo sorprendió:

—¿No habría sido una impertinencia?

Ahora pareció ser ella quien estaba harta de la conversación.

Él insistió:

—¿Ya veía cosas cuando iba a la escuela?

—No. O no lo sé. Desde luego no lo dejó trascender.

—¿Era como todo el mundo?

—No era exactamente igual que todo el mundo. Pero ¿quién lo es? Yo nunca he creído serlo. La única diferencia de Tessa era la de vivir donde vive y tener que ordeñar a la vaca por la mañana antes de ir a la escuela, cosa que no hacíamos ninguno de los demás. Siempre quise ser amiga suya.

—Seguro —dijo Ollie en tono ligeramente

irónico.

Nancy continuó como si no lo hubiera oído.

—Se me ocurre que empezó... Pienso que tiene que haber empezado cuando estuvo enferma. En segundo año del instituto se enfermó, tenía ataques. Dejó la escuela, nunca volvió y fue entonces cuando decidió apartarse de las cosas.

—Ataques. ¿Ataques de epilepsia?

—Nunca lo he oído decir. ¡Ay! —se alejó de él —. He estado verdaderamente desagradable.

Ollie se detuvo.

—¿Por qué?

Nancy también se detuvo.

—Te traje aquí para demostrarte que también tenemos cosas excepcionales. Ella. Tessa. Es decir, para alardear con Tessa.

—Bueno, y eso ¿qué importa?



—Porque crees que no tenemos nada que merezca la pena. Crees que solo merecemos burlas. Todos nosotros, todos los que somos de aquí. Por eso quería alardear con ella. Como si fuera un bicho raro.

—Yo no le llamaría «bicho raro».

—Sin embargo esa era mi intención. Debería darme cabezazos contra la pared.

—Tampoco es para tanto.

—Debería ir y pedirle perdón.

—Yo no lo haría.

—¿No lo harías?

—No.

Esa tarde Ollie ayudó a Nancy a preparar una cena fría. Mrs. Box había dejado un pollo hecho y ensaladas de gelatina en la nevera. Nancy había hecho un bizcochuelo con merengue para servirlo

con fresas. Lo llevaron todo a la galería, donde por la tarde daba sombra. Entre el plato principal y el postre, Ollie llevó los platos y las fuentes de ensalada a la cocina.

Sin venir a cuento dijo:

—Me pregunto si a alguno de ellos se le ocurre llevarle algún capricho. Un pollo o fresas...

Nancy mojaba las fresas de mejor aspecto en el zumo de la fruta. Al cabo de un instante dijo:

—¿Cómo dices?

—A esa chica. A Tessa.

—¡Ah! —contestó Nancy—. Tiene pollos, si quiere puede matar uno. No me sorprendería que también tuviera una parcela de fresas. La mayoría de la gente de campo la tiene.

Su arranque de contrición en el camino de vuelta la había tranquilizado y había dado la cosa por terminada.

—No solo no es un bicho raro —dijo Ollie—. Es que ella no se considera un bicho raro.

—No, claro que no.

—Está conforme con ser lo que es. Tiene unos ojos que llaman la atención.

Nancy le preguntó a Wilf si quería tocar el piano, mientras ella se afanaba por acabar de preparar el postre.

—Tengo que batir la crema y con este calor tardaré un siglo.

Wilf dijo que podían esperar. Estaba cansado.

Sin embargo, tocó cuando acabaron con los platos y ya oscurecía. El padre de Nancy no iba a los servicios vespertinos de la iglesia —pensaba que era pedir demasiado—, pero los domingos no permitía ninguna clase de juegos de cartas ni de salón. Mientras Wilf tocaba, volvió a hojear el *Post*. Nancy se sentó en los escalones de la galería, fuera

de su vista, y fumó un cigarrillo con la esperanza de que el padre no notara el olor.

—Cuando esté casada —dijo a Ollie que estaba inclinado contra la barandilla—, cuando esté casada fumaré siempre que quiera.

Como es natural Ollie no fumaba por lo de los pulmones.

Se rio y dijo:

—¡Vaya, vaya! ¿Es esa la razón?

Wilf tocaba de oído «Pequeña serenata nocturna».

—Lo hace bien. Tiene buenas manos. Sin embargo las chicas decían que les faltaba calidez.

Pero no estaba pensando en Wilf, en Nancy ni en su tipo de matrimonio. Pensaba en Tessa, en su rareza y serenidad. Pensaba en lo que podría estar haciendo en esa larga tarde calurosa, al final del sendero de rosas silvestres. ¿Todavía tendría

visitantes, estaría todavía ocupada en resolver los problemas de la vida de la gente? ¿O saldría para sentarse en el columpio y lo haría chirriar atrás y adelante, sin más compañía que la luna creciente?

No tardaría en descubrir que pasaba las tardes llevando cubos de agua desde la bomba hasta las tomateras, protegiendo los guisantes y las patatas. Y si quería tener alguna posibilidad de hablar con ella, esas tendrían que ser también sus tareas.

Durante ese tiempo Nancy estaba cada vez más enredada con los preparativos de la boda, sin dedicarle un pensamiento a Tessa y casi ninguno a él, salvo para reprocharle un par de veces que nunca estaba por ahí cuando lo necesitaba.

*29 de abril*

*Querido Ollie:*

*Creía que sabríamos algo de ti a la vuelta de Quebec y me sorprende que no*

*haya sido así (ni siquiera en Navidad), pero creo haber descubierto por qué. He empezado a escribirte varias veces, pero lo postergaba hasta poner mis sentimientos en orden. Podría decir que el artículo, cuento o como le quieras llamar en Sábado Noche está bien escrito y estoy segura de que es un triunfo personal haber entrado en una revista. A Padre no le ha gustado la referencia al «puertecito» lacustre y le gustaría recordarte que esta es la mejor bahía y la que más movimiento tiene a este lado del lago Hurón. Y yo no estoy segura de que me guste la palabra «prosaico». No sé si este es un sitio más prosaico que cualquier otro y ¿qué esperabas que fuera? ¿Poético?*

*Sin embargo, el mayor problema es Tessa y lo que esto signifique para su vida. Imagino que no pensaste en eso. No he*

*conseguido hablar con ella por teléfono y no puedo ponerme tras el volante de un coche con demasiada facilidad (dejo las razones libradas a tu imaginación), para ir a verla. De todos modos por lo que he oído está agobiada de gente que sí va a verla y es el peor de los momentos posibles para que los coches entren en donde vive. Las grúas han estado sacando gente de la acequia (cosa que nadie les agradece y lo único que consiguen es una conferencia sobre las condiciones de atraso en que vivimos). La carretera está hecha un desastre, llena de baches sin reparación posible. Las rosas silvestres serán con toda certeza cosa del pasado. El concejo del Ayuntamiento ya está alborotado por lo que acabará costando arreglar la carretera y mucha gente está furiosa porque cree que Tessa está detrás de la propaganda y*

*recogiendo dinero. No creen que lo haga gratuitamente y muchos piensan que, si alguien hace dinero con esto, eres tú. Cito a Padre cuando lo digo: sé que no eres persona con mentalidad de mercenario. Para ti es toda la gloria de haber conseguido la publicación. Perdóname si esto te toca. Es legítimo ser ambicioso pero, ¿y los demás qué?*

*A lo mejor esperabas una carta de enhorabuena. Espero me disculpes, no tenía más remedio que desahogarme.*

*Sin embargo, solo una cosa más. Quiero preguntarte, ¿siempre pensaste escribir eso? Ahora me entero de que fuiste y viniste por tu cuenta varias veces a casa de Tessa. Nunca hablaste de estar reuniendo Material (creo que así le habrías llamado tú) y, hasta donde recuerdo, despachaste toda la experiencia con la mayor desfachatez.*



*Y en ninguna parte del artículo tienes una palabra para decir que fui yo quien te llevó allí y quien te presentó a Tessa. No agradeces nada de eso, así como tampoco lo has agradecido ni reconocido en privado. Y pienso hasta qué punto has sido sincero con Tessa sobre tus intenciones, ni si le pediste permiso para ejercitar —ahora te cito a ti— tu Curiosidad Científica. ¿Le dijiste lo que estabas haciendo con ella? ¿O simplemente ibas y venías, mientras nos usabas a las Gentes Prosaicas de aquí para lanzar tu Carrera de Escritor?*

*Muy buena suerte Ollie. Espero no volver a saber nada de ti. (Nunca hemos tenido el honor de saber nada de ti, ni siquiera una vez).*

*Tu prima política, Nancy*

*Querida Nancy:*

*Nancy, debo decir que me parece estás enredando la madeja por gusto. Tessa estaba destinada a que alguien la descubriera y escribiera sobre ella. ¿Y por qué no iba a ser yo ese alguien? La idea de escribir un artículo fue tomando forma en mi cabeza poco a poco, a medida que hablaba con ella. Y desde luego me guiaba la Curiosidad Científica, cosa que está en mi naturaleza y de la cual no tengo por qué disculparme. Pareces creer que debía haberte pedido permiso o mantenido informada de todos mis planes y movimientos, en una época en la que tú estabas metida en el monumental trajín del traje de novia, las despedidas de soltera, la cantidad de bandejas que te regalaban y sabe Dios qué otras cosas.*

*En cuanto a Tessa, estás completamente equivocada si crees que me olvidado de ella*

*una vez aparecido el artículo o que no he tenido en cuenta si puede afectar su vida. He recibido una nota suya que no pinta, en absoluto, las cosas tan complicadas como las pintas tú. En todo caso no tendrá que aguantar su vida allí por mucho tiempo. Estoy en contacto con algunas personas que han leído el artículo y están muy interesadas. Aquí se hacen justificadas investigaciones sobre esas cuestiones aunque la mayoría se hacen en Estados Unidos. Creo que hay más dinero disponible para gastar en este tipo de cosas y más interés auténtico al otro lado de la frontera. Por eso estoy estudiando ciertas posibilidades —para Tessa como objeto de investigación y para mí como periodista científico dedicado al tema— en Boston, Baltimore o quizás en Carolina del Norte.*

*Lamento que tengas tan mala opinión de*

*mí. No hablas —salvo un velado (¿feliz?) anuncio— de cómo va tu vida de casada. De Wilf ni una palabra, pero supongo que lo llevaste contigo a Quebec y espero que hayáis disfrutado el viaje. Confío en que siga tan próspero como siempre.*

*Atentamente,*

*Ollie*

*Querida Tessa:*

*Al parecer has hecho desconectar el teléfono, cosa que puede haber sido necesaria dada la celebridad de que gozas. No quiero que creas lo digo con malevolencia. Estos días las cosas no suelen salirme como pretendo. Estoy embarazada —no sé si lo sabes— y por lo visto eso me hace estar muy susceptible y nerviosa.*

*Supongo que estás pasando una época de mucho trajín, enredada con tanta gente como ahora va a verte. Debe ser difícil seguir tu rutina normal. Si tienes ocasión, me gustaría mucho verte. De modo que esta es en realidad una invitación para que, si alguna vez vienes al pueblo, pases por aquí (en la tienda he oído decir que ahora te haces llevar todas las provisiones). Nunca has visto mi casa nueva por dentro, quiero decir recién decorada y nueva para mí. Ahora que lo pienso ni siquiera mi antigua casa. Siempre era yo la que se escapaba para verte. Y tampoco tan a menudo como habría querido. La vida es siempre demasiado complicada... Entre ganar y gastar despilfarramos nuestras energías. ¿Por qué nos afanamos tanto y dejamos de hacer cosas que nos gustaría —o debería gustarnos— hacer? ¿Te acuerdas cómo*

*aplastábamos la mantequilla con las viejas paletas de madera? Me encantaba hacerlo. Eso fue cuando llevé a Ollie a verte y confío en que no lo lamentes.*

*Ahora, Tessa, espero que no creas que me estoy inmiscuyendo ni metiéndome en lo que no es cosa mía, pero Ollie me ha contado por carta que está en contacto con ciertas personas, que hacen investigación o algo por el estilo en Estados Unidos. Supongo que también estará en contacto contigo a propósito de eso. No sé a qué tipo de investigación se refiere, pero debo decir que cuando leí esa parte de la carta, me quedé helada. Tuve la corazonada de que no es conveniente para ti marcharte de aquí —si eso es en lo que estás pensando—, para irte a un sitio donde nadie te conozca ni piense en ti como amiga o persona normal. Sentí que debía decírtelo.*

*Hay otra cosa que siento debo decirte aunque no sé cómo hacerlo. Ahí va. Ollie no es por cierto mala persona, pero manipula —y ahora que lo pienso no solo a las mujeres sino también a los hombres—, lo sabe pero, lo que no hace es asumir la responsabilidad de lo que hace. Para decirlo con franqueza no imagino peor suerte que enamorarse de él. Parece pensar en formar de alguna manera equipo contigo para escribir sobre ti, hacer esos experimentos o lo que se tercié. Será muy cordial y natural, pero tú puedes confundir su forma de actuar con algo más que eso. Por favor, no te enfades conmigo por decírtelo. Ven a verme,*

*Nancy*

*Querida Nancy:*

*Por favor, no te preocupes por mí. Ollie*

*se ha mantenido en contacto conmigo sobre todas estas cosas. Para cuando recibas esta nota nos habremos casado y a lo mejor ya estamos en Estados Unidos. Lamento no ver tu nueva casa por dentro.*

*Atentamente,*

*Tessa*

## **Un agujero en la cabeza**

Las colinas del centro de Michigan están cubiertas de bosques de roble. La primera y única visita de Nancy a la zona fue en el otoño de 1968, cuando las hojas de los robles habían cambiado de color pero todavía colgaban de los árboles. Estaba acostumbrada a terrenos con arbustos de madera noble, no a los bosques, con gran cantidad de arces, cuyos colores otoñales eran el rojo y el dorado. Los colores más oscuros —ladrillo y granate— de las grandes hojas de los robles no le levantaban el



ánimo ni siquiera a la luz del sol.

La colina donde se levantaba el hospital privado estaba completamente pelada, sin árboles, alejada de cualquier ciudad, pueblo, hasta de cualquier granja habitada. Era el tipo de edificio que, en algunas ciudades pequeñas, suele *remozarse* para convertirlo en hospital, después de haber sido la casa solariega de una familia ilustre, cuyos miembros han muerto o no pueden mantenerla. Dos series de ventanas en saliente a cada lado de la puerta principal, dormitorios en todo el tercer piso. Viejos ladrillos sucios, falta total de arbustos, cercos o huertos de manzanos. Únicamente la hierba cortada al ras y un parking de gravilla.

Ningún sitio donde poder esconderse, si a alguien se le ocurría escapar.

Semejante idea no se le habría pasado por la cabeza —o no tan pronto— en los días anteriores a que Wilf enfermara.

Aparcó el coche al lado de otros pocos y se preguntó si serían del personal o de las visitas. ¿Cuántos visitantes llegarían a un sitio tan aislado?

Había que subir varios escalones para leer el letrero de la puerta principal, advirtiendo que había que entrar por la lateral. Ya cerca vio rejas en algunas ventanas. No las había en las salientes, que estaban sin cortinas, sino en algunas de las de arriba y en otras abajo, en lo que en parte sería un semisótano.

La puerta por donde le habían anunciado debía entrar estaba en ese nivel más bajo. Llamó al timbre, golpeó, volvió a intentar con el timbre. Creyó oírlo sonar, pero no estaba segura porque dentro había mucho jaleo. Probó con la aldaba y, para su sorpresa —a pesar de las rejas en las ventanas—, la puerta se abrió. Se encontró en el umbral de la cocina, la gran cocina ajetreada de una institución, donde un montón de personas fregaban y ponían orden después del almuerzo.

Las ventanas de la cocina estaban desnudas. El techo alto amplificaba el ruido, todas las paredes y alacenas eran blancas. Encendieron una cantidad de luces aunque la luz clara del día otoñal estuviera en su apogeo.

Como es lógico, enseguida notaron su presencia. Pero nadie pareció tener prisa por recibirla ni preguntarle qué hacía allí.

Hubo algo que le resultó familiar. Además de la luz despiadada y del ruido, tuvo la misma sensación que ahora tenía en su casa y que deben de haber advertido, quizá con más intensidad aún, otras personas que entraban en ella.

La sensación de que algo se había estropeado sin remedio, que era imposible recomponer, que era cuestión de resistir. Muchas personas que entran en sitios así abandonan de inmediato, no saben cómo soportarlo, les parece intolerable o se asustan, tienen que salir huyendo.

Apareció un hombre con delantal blanco empujando un carrito donde llevaba un cubo de basura. No podía decir si venía a recibirla o solo se cruzaba en su camino, pero sonreía y parecía amable. Por eso le dijo quién era y a quién iba a ver. La escuchó, sacudió varias veces la cabeza, sonrió más abiertamente, meneó otra vez la cabeza y se llevó los dedos a la boca para indicarle que no podía hablar o que estaba prohibido hacerlo —como en algunos juegos— y siguió su camino, dando tropezones con el carrito por la rampa que bajaba a un segundo sótano.

Debía de ser un paciente, no un empleado. Tenía que ser la clase de lugar donde, si los enfermos pueden, los ponen a trabajar. La idea es que es bueno para ellos y tal vez lo sea.

Por fin apareció una persona de aspecto responsable, una mujer que tendría la edad de Nancy, con traje negro —no llevaba la bata blanca que cubría a la mayoría del resto del personal— y

Nancy volvió a contarle todo. Que había recibido una carta, que un interno —un residente, decían ellos— había dado su nombre (el de Nancy), como la persona con quien era necesario ponerse en contacto.

Nancy tenía razón cuando pensó que las personas que estaban en la cocina no eran empleados.

—Pero parece que les gusta trabajar aquí —dijo la matrona—. Sienten que recuperan la dignidad.

Condujo a Nancy a su despacho, sonriendo a diestra y siniestra. Era una habitación al lado de la cocina. Mientras hablaban quedó claro que tenía que vérselas con toda clase de interrupciones: decidir cuestiones referidas al trabajo de la cocina, atender quejas cada vez que cualquiera con delantal blanco aparecía en el umbral de la puerta, mirando a hurtadillas. También tenía que manejar los archivos, las facturas o avisos enganchados en clavos por las paredes manera muy poco profesional.

—Repasamos los registros antiguos que tenemos y sacamos los nombres dados como parientes...

—No soy pariente —dijo Nancy.

—Pariente o lo que sea, escribimos cartas iguales a la que ha recibido usted para tener alguna pauta de cómo quieren que se manejen esos casos. Debo decir que no llegan muchas contestaciones. Ha sido muy amable de su parte hacer todo ese trayecto.

Nancy preguntó qué quería decir con lo de «esos casos».

La matrona dijo que allí había personas durante años que, a lo mejor, no eran de la zona.

—Debe comprender que soy nueva aquí —agregó—, pero le diré que sé.

Según ella, el lugar había sido literalmente un batiburrillo de auténticos enfermos mentales, seniles o de quienes nunca evolucionaron con normalidad en uno u otro sentido; de aquellos cuyas familias no

podían o no querían hacerse cargo de ellos. Siempre había habido, y seguía habiendo, un amplio abanico. Los casos más graves estaban bajo vigilancia en el ala norte.

Originalmente había sido un hospital privado, cuyo dueño y director era médico. Cuando murió, la familia —la familia del médico— se izo cargo de él y demostró tener peculiares métodos de hacer las cois. En parte se convirtió en hospital de caridad; se hacían arreglos sospechosos para conseguir subsidios en casos de pacientes que no eran en absoluto de caridad. Algunos de ellos, que todavía aparecían en los libros, habían muerto; otros no tenían motivo ni historia para estar allí. Y desde luego muchos trabajaban y así pagaban la manutención. Puede haber sido —lo era— beneficioso para su moral, pero e todas maneras era una irregularidad y estaba contra la ley.

Lo cierto es que se hizo una investigación a fondo y el lugar iba ser clausurado. Además el

edificio estaba obsoleto. La capacidad habitacional era demasiado escasa, ahora no se hacían así las cosas, los casos graves serían trasladados a una gran instalación en Flint o Lansing —todavía no estaba del todo resuelto—, otros podrían ir a residencias para minusválidos o a hogares de acogida, según las tendencias modernas. Y estaban los que podrían arreglárselas si eran alojados en casa de parientes.

Tessa estaba considerada una de estas últimas. Parece que hubiera necesitado algún tratamiento de electroshock cuando ingresó pero, desde hacía mucho tiempo, recibía medicación más suave.

—¿Tratamiento de electroshock? —preguntó Nancy.

—Tal vez *electroterapia* —contestó la matrona, como si hiciera alguna diferencia—. Dice usted que no es pariente suya. Eso quiere decir que no tiene intención de llevársela.

—Tengo marido —adujo Nancy—, un marido



que debía estar en un sitio como este, supongo, pero lo cuido en casa.

—Ah, ya —dijo la matrona con un suspiro que no era de descreimiento, pero tampoco de amabilidad—. El problema es que por lo visto ni siquiera es ciudadana de Estados Unidos. Ella misma no cree serlo... ¿Supongo por lo tanto que no le interesa verla?

—Sí —contestó Nancy—. Sí, me interesa. Por eso he venido.

—Ah, bien. Está en la otra esquina. En la panadería. Hace años que hornea aquí en la panadería. Creo que antes hubo un panadero contratado. Pero cuando se marchó no contrataron a ningún otro. No lo necesitaban puesto que estaba Tessa.

En el momento de levantarse añadió:

—Vamos. Tal vez convenga que al cabo de un

rato entre yo y diga que quiero hablar con usted. Y usted aprovechará para escapar. Tessa es bastante lista, sabe de dónde sopla el viento y podría alterarse si ve que se va sin ella. En cambio así, yo le proporcionaré la oportunidad de escabullirse.

Tessa no tenía el pelo del todo gris. Llevaba los rizos recogidos en la nuca, bien sujetos con una redecilla que dejaba despejada la frente sin arrugas, amplia y luminosa, todavía más amplia y pálida que antes. La silueta también se había ensanchado. Tenía pechos grandes y tan firmes de aspecto que parecían de piedra, enfundados en su uniforme de panadera y, a pesar de esa carga, a pesar de la postura —estaba inclinada sobre una mesa, alisando un gran bollo de masa—, mantenía los hombros derechos y majestuosos.

Estaba en la panadería sin más compañía que una chiquilla —todavía no podía considerársela mujer— alta, delgada, bien formada, cuya bonita cara no dejaba de retorcerse ni de hacer muecas

extrañas.

—¡Oh, Nancy! ¡Tú aquí! —dijo Tessa. Hablaba con naturalidad aunque con el jadeo y el espontáneo tono bonachón de quien está entrada en carnes—. Deja ya de hacer guiños, Elinor. No seas tonta. Ve y tráele una silla a mi amiga.

Al ver que Nancy iba a abrazarla, como se hace ahora, se ruborizó:

—¡Oh, estoy cubierta de harina! Y además Elinor podría darte un mordisco. A Elinor no le hace gracia que nadie se ponga demasiado cariñosa conmigo.

Elinor volvió enseguida con una silla. Nancy se propuso mirarla a la cara y hablarle afectuosamente.

—Muchas gracias, Elinor.

—No habla —aclaró Tessa—. Pero es una buena ayudante. No me las podría arreglar sin ella, ¿no es así, Elinor?

—Y bien —dijo Nancy—. Me ha sorprendido que me reconocieras. He decaído mucho desde que no nos vemos.

—Sí. No estaba segura de que vinieras.

—Supongo que incluso podría haber muerto. ¿Te acuerdas de Ginny Ross? Ha muerto.

—Sí.

Base de masa es lo que estaba haciendo Tessa. Cortó un redondel, lo echó en un molde metálico, lo levantó y con mucha destreza lo hizo girar con una mano mientras lo recortaba con el cuchillo que tenía en la otra. Lo hizo rápidamente varias veces.

Preguntó:

—¿Wilf no ha muerto?

—No, no ha muerto. Pero está un poco chalado, Tessa.

Nancy se dio cuenta demasiado tarde de que

había dicho algo poco oportuno y trató de aligerar el comentario:

—Le ha dado por hacer cosas raras, pobre Wolfie.

Desde hacía años intentaba llamar Wolfie a Wilf. Le parecía que el nombre se ajustaba a su mandíbula larga, al bigote y a los ojos severos. Pero a él no le gustaba, sospechaba que el nombre era burlón, de modo que dejó de llamarle así. Ahora a él ya no le importaba y a Nancy le hacía sentir que era más expresiva y tierna con él. Dadas las circunstancias facilitaba las cosas.

—Por ejemplo, aborrece las alfombras.

—¿A las alfombras?

—Da vueltas por la habitación así —dijo Nancy dibujando un rectángulo en el aire—. Tuve que apartar los muebles de las paredes.

De repente, en cierto modo disculpándose, se

rio.

—Aquí hay algunos que hacen lo mismo — comentó Tessa inclinando la cabeza, con tono confidencial—. No quieren que haya nada entre ellos y la pared.

—Y es muy dependiente. «¿Dónde está Nancy?», pregunta sin parar. No confía en nadie más que en mí.

—¿Es violento? —Tessa seguía hablando como una profesional, una entendida.

—No. Pero sí está susceptible. Cree que entra gente y le esconde cosas. Cree que le cambian los relojes de hora y hasta la fecha de los periódicos. Luego reacciona si hablo de enfermedades de cualquiera y hace un diagnóstico preciso. La mente humana es algo muy misterioso.

Vaya. Otra bonita falta de tacto.

—Está confundido, pero no es violento.

—Eso es una suerte.

Tessa dejó el molde en la mesa y empezó a rellenarlo a cucharadas de dulce sacadas de una lata sin marca, cuya etiqueta decía «Moras». El relleno parecía más bien fino y pegajoso.

—Mira, Elinor. Aquí tienes tus recortes.

Elinor estaba de pie detrás de la silla de Nancy. Nancy se había cuidado de no darse vuelta y mirar. Elinor se deslizó alrededor de la mesa de amasar sin levantar los ojos y se dedicó a juntar y moldear los trozos de masa cortados con el cuchillo.

—En cambio ese hombre ha muerto —dijo Tessa—. Es lo único que sé.

—¿De qué hombre estás hablando?

—Del hombre ese. De ese amigo tuyo.

—¿De *Ollie*? ¿Quieres decir que Ollie ha muerto?

—¿No lo sabías?

—No. No.

—Creí que lo sabrías. ¿No lo sabía Wilf?

—No lo *sabe* —contestó Nancy automáticamente, en defensa de su marido, para dejarlo entre los vivos.

—Creí que lo sabría. ¿No eran parientes?

Nancy no respondió. Tendría que haber pensado que Ollie había muerto si Tessa estaba donde estaba.

—Supongo que se habrá reservado la noticia — dijo Tessa.

—Wilf siempre se ha destacado por ser reservado. ¿Dónde murió? ¿Estabas con él?

Tessa meneó la cabeza para decir «No» o «No lo sé».

—Bueno ¿cuándo? ¿Qué te dijeron?



—No me lo ha dicho nadie. Nunca me dirán nada.

—¡Ay, Tessa!

—Tuve un agujero en la cabeza. Lo tuve mucho tiempo.

—¿Fue como lo que te pasaba antes? —preguntó Nancy—. ¿Te acuerdas cómo era?

—Me dieron gas.

—¿Quién? —preguntó Nancy con obstinación—. ¿Qué quieres decir con eso de que te dieron gas?

—Los que estaban a cargo de esto. Me pusieron inyecciones.

—Dijiste gas.

—Me pusieron inyecciones y también me dieron gas. Para curarme la cabeza. Y para que no recordara. Recuerdo ciertas cosas, pero tengo dificultades para saber cuánto tiempo hace de eso.

Tuve ese agujero en la cabeza durante mucho tiempo.

—¿Ollie murió antes o después de que llegaras aquí? ¿No recuerdas cómo murió?

—Lo vi. Tenía la cabeza envuelta en una chaqueta negra. Atada con una cuerda alrededor del cuello. Alguien se la ató —apretó los labios un instante—. Ese alguien tendría que haber ido a la silla eléctrica.

—A lo mejor tuviste un mal sueño. O puedes haber confundido las cosas.

Tessa levantó la cabeza como si quisiera dejar algo en claro.

—Eso no. Eso no lo he confundido.

Los tratamientos de shock, pensó Nancy. ¿Los tratamientos de shock dejan lagunas en la memoria? Algo habría en las historias clínicas. Volvería a hablar con la matrona.

Se fijó en lo que estaba haciendo Elinor con los

recortes de masa desechados. Los había modelado ingeniosamente, pegándoles cabezas, orejas y rabos. Ratoncitos de masa.

Con movimientos precisos y rápidos, Tessa hizo muescas en la tapa de los pasteles para que pasara el aire y los metió en el horno. Los ratones también fueron a parar al horno en una asadera aparte.

Luego Tessa extendió las manos y esperó a que Elinor buscara un trapo húmedo y le limpiara todo rastro de masa o harina.

—Silla —dijo Tessa en voz baja.

Elinor llevó una silla y la puso al extremo de la mesa, cerca de la de Nancy, para que Tessa se sentara.

—¿Querías ir y hacernos una taza de té? —pidió Tessa—. No te preocupes, le echaremos una ojeada a tus especialidades. Vigilaremos tus ratoncillos. Olvidemos todo lo que hemos hablado

—dijo dirigiéndose a Nancy—. La última vez que supe de ti, ¿no esperabas un niño? ¿Fue nene o nena?

—Nene —contestó Nancy—. Eso fue hace años. Después tuve dos nenas. Ahora todos son ya mayores.

—Aquí uno no se entera de cómo pasa el tiempo. Eso puede o no ser una bendición. No lo sé. ¿Y qué hacen tus hijos?

—El hijo...

—¿Cómo se llama?

—Alan. También estudió medicina.

—Es médico. Eso es buena noticia.

—Las dos hijas están casadas. Bueno, y Alan también está casado.

—¿Y cómo se llaman tus hijas?

—Susan y Patricia. Las dos estudiaron enfermería.

—Elegiste bonitos nombres.

Llegó el té —la tetera siempre se mantenía hirviendo allí— y Tessa lo sirvió.

—No es la porcelana más fina del mundo —dijo y reservó para ella una taza ligeramente desportillada.

—Está muy bien. Tessa. ¿Te acuerdas de las cosas que eras capaz de hacer? Eras capaz de... Sabías cosas. Cuando alguien perdía algo eras capaz de decir dónde estaba.

—¡Oh, no! Lo aparentaba.

—No habrías podido.

—Me da jaqueca hablar de eso.

—Lo siento.

La matrona apareció en el umbral de la puerta.

—No quiero molestarla mientras toma el té —dijo dirigiéndose a Nancy—. Pero si no le importa

pasar por mi despacho cuando haya terminado...

Tessa casi no dio lugar a que la mujer no pudiera oír.

—Eso es para que no tengas que despedirte de mí. —Parecía acostumbrada a la conocida triquiñuela—. Es un truco de ella. Todo el mundo lo sabe. Yo sabía que no habías venido para llevarme contigo. ¿Cómo ibas a llevarme contigo?

—No puedo hacer nada por ti, Tessa. Tengo que ocuparme de Wilf.

—Desde luego.

—Se lo merece. Ha sido un buen marido conmigo, todo lo bueno que ha podido ser. Me juré a mí misma que no lo llevaría a ninguna institución.

—No. A ninguna institución —afirmó Tessa.

—Oh, qué cosa más estúpida he dicho.

Tessa sonreía y en su sonrisa Nancy vio lo

mismo que la dejaba perpleja hacía años. No era exactamente aire de superioridad, pero sí de una bondad extraordinaria, inexplicable.

—Ha sido muy cariñoso de tu parte venir a verme, Nancy. Como verás he conservado la buena salud. Ya es algo. Más vale que pases por el despacho y hables con esa mujer.

—No tengo la menor intención de pasar a verla. No me voy a escabullir. ¡Ya lo creo que me despediré de ti!

De modo que ya no había manera de preguntarle a la matrona nada de lo que Tessa le había contado y, en todo caso, no sabía si debía hacerlo... Era como escudarse a espaldas de Tessa y podría acarrearle alguna represalia. En sitios como ese nunca se sabe en qué pueden consistir las represalias.

—Bueno, no digas adiós hasta no comer alguno de los ratoncillos de Elinor. Un ratón ciego de Elinor. Ella quiere que lo hagas. Ahora te ha tomado

simpatía. Y no te preocupes..., me aseguro de que sus manos estén sanas y limpias.

Nancy comió el ratón y le dijo a Elinor que estaba muy rico. Elinor aceptó darle la mano y Tessa hizo lo mismo.

—Si no estuviera muerto —dijo Tessa con tono firme y razonable—, ¿cómo no iba a venir para llevarme con él? Dijo que lo haría.

Nancy asintió.

—Te escribiré —prometió.

Y pensaba de verdad hacerlo, pero Wilf se convirtió en una carga tan tremenda en cuanto Nancy volvió a casa... Y la visita a Michigan se convirtió en su mente en algo tan perturbador y a la vez tan irreal, que nunca lo hizo.

**Un cuadrado, un círculo, una  
estrella**



Un día de fines de verano en los años setenta, una mujer caminaba por Vancouver, ciudad donde nunca había estado y a donde no pensaba volver. Había caminado desde su céntrico hotel por Burrard Street Bridge y, al rato, se encontró en la Cuarta Avenida. En esa época la Cuarta Avenida era una calle dedicada a pequeñas tiendas que vendían incienso, cristales, enormes flores de papel, afiches de Salvador Dalí y White Rabbit<sup>[15]</sup>. Y también de ropa barata chillona y ligera o de color terroso y pesada como mantas, fabricadas en países pobres y legendarios del mundo. La música que ponen en esas tiendas aturde al pasar. Casi parece golpear. Lo mismo que las dulzonas fragancias exóticas, la indolente presencia de chicas y chicos, mujeres y hombres jóvenes que, prácticamente, instalan su casa en la acera. La mujer ha oído hablar y ha leído cosas de esa joven cultura, como creía se llamaba. Se había puesto en evidencia hacía algunos años y se decía que se iba eclipsando. Pero nunca había tenido

que abrirse camino a través de semejante concentración de esos ejemplares ni, por lo visto, se había encontrado sola en ese ambiente.

Tenía sesenta y siete años, era tan delgada que las caderas y el pecho casi habían desaparecido. Caminaba con paso atrevido, la cabeza echada hacia delante, se volvía a un lado y otro con aire desafiante e inquisitivo.

Parecía no haber una sola persona a la vista que no fuera treinta años menor que ella.

Una muchacha y un muchacho se le acercaron con solemnidad que, sin embargo, algo tenía de bobería. Llevaban aros de cintas trenzadas alrededor de la cabeza. Querían que les comprara un minúsculo rollo de papel.

Ella preguntó si ahí encontraría su destino.

—Tal vez—dijo la muchacha.

El muchacho la reconvino:

—Encontrará la sabiduría.

—¡Ah, bueno! En ese caso... —dijo Nancy y puso un dólar en la gorra que le extendían.

—Ahora díganme sus nombres —pidió con una sonrisa burlona que no pudo evitar y que no le devolvieron.

—Adam y Eve —dijo la chica, al tiempo que cogía el billete y lo hacía desaparecer en alguna parte de sus ropajes.

—*Adam and Eve and Finch-me-Tight* —dijo Nancy—. *Went down to the river on Saturday night*<sup>[16]</sup>...

La pareja retrocedió con profundo desdén y hastío.

Tanto mejor. Siguió caminando.

¿Alguna ley me impide estar aquí?

Un café de mala muerte tenía un cartel en la

ventana. No había comido nada desde que tomara el desayuno en el hotel. Eran más de la cuatro de la tarde. Se detuvo para ver qué anunciaban.

«Bendita sea la hierba». Detrás de esas palabras garabateadas había un ser con pelo fino que se le volaba hacia atrás desde las mejillas y la frente. Pelo de aspecto reseco, castaño rojizo pálido. Llévalo siempre más pálido que tu color natural, le había dicho la peluquera. Nancy tenía el pelo oscuro, castaño oscuro, casi negro.

No, no era así. Ahora su color natural era blanco.

Pasa pocas veces en la vida —por lo menos en la vida de una mujer— que se encuentre consigo misma sin aviso previo. Era como esos sueños cuando se veía andando tan tranquila por la calle en camisón. O sin nada encima más que la chaqueta del pijama.

Durante los últimos diez o quince años dedicaba

por cierto mucho tiempo a observarse la cara bajo una luz despiadada, para ver mejor qué maquillaje le sentaría bien o decidir si había llegado definitivamente la hora de teñirse el pelo. Pero nunca había sentido un sobresalto como ese, el momento durante el cual vio no solo nuevas manchas preocupantes o algún deterioro que ya no podía ignorar, sino a una extraña completamente desconocida.

Alguien a quien no conocía ni quería conocer.

Por supuesto suavizó su expresión de inmediato y la cosa mejoró. Podría decirse que se reconoció a sí misma. Y sin demora echó una ojeada alrededor en busca de una esperanza, como si no pudiera perder un minuto. Necesitaba rociarse el pelo con laca para que no se le volara de esa manera. Necesitaba un delineador de labios de matiz más definido. Coral brillante —difícil de encontrar— en vez del descarnado, más elegante y apagado marrón rosado. La decisión de encontrar lo que necesitaba

en el acto la hizo mirar en torno —había visto una droguería tres o cuatro manzanas atrás— y el deseo de tener que pasar otra vez delante de Adam-Eve le hicieron cruzar la calle.

Si eso no se le hubiera ocurrido, el encuentro no se habría producido nunca.

Otra persona mayor venía por la acera. Un hombre no muy alto, pero erguido y musculoso, calvo en la coronilla, ribeteada de bonito pelo blanco, que volaba igual que el suyo. Una camisa de mezclilla y cuello abierto, chaqueta vieja y pantalones. Nada que pareciera estar tratando de imitar a los jóvenes de la calle: ni coleta, ni pañuelo, ni vaqueros. Y, sin embargo, imposible confundirlo con el tipo de hombre que había visto a diario las últimas dos semanas.

Lo supo casi al instante. Era Ollie. Pero ella se detuvo en seco, con sobradas razones para pensar que no podía ser verdad.

«Ollie. Vivo. Ollie».

Él dijo:

—¡Nancy!

La expresión de la cara de Nancy (superado el momento de terror, que él no pareció notar), debía parecerse mucho a la expresión de Ollie. Incredulidad, alegría, pedido de disculpas.

¿De qué se disculpaba? ¿Del hecho de no haberse distanciado como amigos, de no haberse puesto en contacto en todos esos años? ¿O por los cambios sufridos en cada uno de ellos, por la manera en que se presentaban ahora, ya sin esperanzas?

Sin duda Nancy tenía más razones para sobresaltarse que él. Pero, por el momento, no sacaría eso a relucir. Por lo menos hasta que los dos supieran a qué atenerse.

—Solo vine a pasar aquí la noche. Es decir,

anoche y esta noche —dijo Nancy—. He hecho un crucero por Alaska. Con otras viudas viejas. Como sabrás murió Wilf. Hace casi un año. Estoy muerta de hambre. He caminado y caminado, y casi no sé cómo he ido a parar aquí —y añadió como una tonta—, no sabía que vivieras aquí.

Porque creía que ya no vivía en ninguna parte. Pero tampoco sabía con absoluta certeza que hubiera muerto. Hasta donde pudo adivinar, Wilf no tuvo noticia de su muerte, ni siquiera en el poco tiempo que duró su incursión a Michigan para ver a Tessa. Aunque nunca pudo sonsacarle gran cosa a Wolf. Se escabullía hasta ponerse fuera de su alcance.

Ollie estaba diciendo que no vivía en Vancouver, también él estaba de paso en la ciudad. Había ido por razones de salud al hospital, nada de particular, para someterse a un examen rutinario. Vivía en Texada Island. Dónde estaba ese sitio era demasiado complicado de explicar. Bastaba decir que desde Vancouver era necesario tomar tres barcos y tres



transbordadores para llegar allí.

La llevó a una furgoneta Volkswagen color blanco sucio, aparcada en una calle lateral, y fueron a un restaurante. Nancy pensó que la furgoneta olía a océano, algas, pescado y goma. Resultó que ahora él no comía más que pescado, nunca carne. El restaurante —que no tenía más que media docena de mesitas— era japonés. Detrás del mostrador, un muchacho japonés, con dulce cara abatida de sacerdote joven cortaba pescado en trozos finos a una velocidad de vértigo. Ollie le gritó:

—¿Cómo van las cosas, Pete?

Y el joven contestó:

—Fan-tás-ti-cas —con voz burlona de estadounidense y sin perder ni pizca el ritmo.

Nancy sintió un estremecimiento de malestar: ¿era porque Ollie había llamado al muchacho por su nombre y él no había llamado a Ollie por el suyo?

¿Porque confiaba en que Ollie no hubiera notado que ella sí lo había notado? Algunas personas —algunos hombres— hacen gala de tener amigos en tiendas y restaurantes.

No podía soportar la idea de comer pescado crudo, de modo que pidió fideos. No estaba acostumbrada a los palillos —no parecían iguales a los chinos que había usado una o dos veces—, pero era lo único que ponían en la mesa.

Ya instalados, tendría que hablar de Tessa. Pero sería más decoroso esperar a que lo hiciera él.

De modo que empezó a hablar del crucero. Dijo que no volvería a hacer ningún otro aunque le fuera la vida en ello. No se trataba del tiempo aunque a veces fuera malo, lloviera y la niebla impidiera ver. Paisajes tuvieron de sobra, más que de sobra, para que le alcanzaran mientras viviera. Montaña tras montaña, isla tras isla, rocas, agua y árboles. Todo el mundo decía «¿No es una maravilla?», «¿No es

sensacional?».

Sensacional,            sensacional,            sensacional.  
Maravilloso.

Vieron osos. Vieron focas, vieron leones marinos, una ballena. Todo el mundo hacía fotos. Sudaban, despotricaban, temían que sus fabulosas cámaras no funcionaran bien. Luego desembarcar y hacer la gira en el famoso tren hasta el famoso pueblo de las minas de oro, más fotos y actores disfrazados al estilo de fines del siglo XIX. ¿Qué hacía toda esa gente ahí? Hacía cola para comprar caramelos de leche.

Cantaban en el tren. Y en el barco a empinar el codo. Algunos desde la hora del desayuno. Juegos de cartas, juegos de azar. Baile todas las noches con diez viejas y un viejo.

—Todos emperifollados, ellas cubiertas de lentejuelas y emperejiladas como perritos en exhibición. Te digo que la competencia era delirante.

Ollie se rio en varios momentos de la historia aunque Nancy lo pescó algunas veces mirando al mostrador y no a ella, con expresión ausente y ansiosa. Él había terminado la sopa y estaría esperando el plato siguiente. A lo mejor, como otros hombres, se sentía desairado cuando la comida demoraba en llegar.

Nancy seguía sin poder coger los fideos.

—Y yo no dejaba de pensar, Dios Todopoderoso, ¿qué, pero qué demonios hago yo aquí? Todo el mundo me había estado diciendo que me marchara. Wilf no estaba en sus cabales desde hacía años, lo cuidaba en casa. Cuando murió, la gente me decía que debía buscar compañía. Asociarme al Club de Lectores para Mayores, al Senderismo para Mayores, al Taller de Pintura a la Acuarela. Incluso a los Visitadores Voluntarios, que van y se inmiscuyen en la vida de pobres criaturas desvalidas ingresadas en el hospital. Yo no tenía ganas de hacer ninguna de esas cosas y entonces

todo el mundo empezó a decir «toma distancia, toma distancia, toma distancia». Incluso mis hijos. Necesitas tomarte auténticas vacaciones. Le di vueltas y vueltas al asunto. La verdad es que no sabía cómo tomar distancia y a alguien se le ocurrió decir, «haz un crucero». Entonces pensé, bueno voy a hacer un crucero.

—Interesante —dijo Ollie—, no creo que por la pérdida de una mujer se me hubiera ocurrido nunca hacer un crucero.

A Nancy casi la da un vuelco el corazón.

—Muy inteligente de tu parte.

Esperaba que Ollie dijera algo de Tessa, pero lo que hizo fue intentar convencerla de que probara el pescado.

No quiso. Dejó de comer y encendió un cigarrillo.

Dijo que siempre había estado pendiente y a la

espera de ver algo más que él hubiera escrito, después del artículo que tanto furor hizo. El artículo demostraba que era un buen escritor.

Ollie pareció quedar desconcertado por un momento, como si no recordara de qué hablaba. Luego sacudió la cabeza, al parecer asombrado, y dijo que de eso habían pasado muchos, muchos años.

—No era lo que yo de verdad quería.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nancy—. Ya no eres como eras ¿verdad? No pareces el mismo.

—Claro que no.

—Quiero decir hay algo física y básicamente diferente. Tienes otra constitución. Los hombros. ¿O no te recuerdo bien?

Ollie dijo que era precisamente eso. Se había dado cuenta de que buscaba otro tipo de vida física. No. Lo que pasó, en ese orden, es que reaparecieron los viejos demonios (Nancy supuso que se refería a

la tuberculosis) y se dio cuenta de que lo estaba haciendo todo mal, de modo que cambió. Hacía ya muchos años. Fue aprendiz de un fabricante de barcos. Después se enganchó con un hombre que hacía pesca submarina. Buscó barcos para un multimillonario. En Oregón. Trabajó para hacer el camino de vuelta a Canadá y vagabundeo por ahí — en Vancouver— un tiempo, hasta que eligió un terreno en Sechelt, al borde del lago, donde todavía los precios eran baratos. Se metió en el negocio de los kayaks. Construcción, alquiler, venta, entrenamiento. Llegó un momento en que le pareció que Sechelt se estaba poblando demasiado y le dejó sus tierras prácticamente por nada a un amigo. Era la única persona que él conociera con tierras en Sechelt, que no hubiera hecho dinero.

—Pero el dinero no cuenta en mi vida.

Oyó hablar de tierras que se podían comprar en Texada Island.

Y ahora casi nunca salía de allí. Hacía cualquier cosa para ganarse la vida. Todavía tenía algunos negocios relacionados con kayaks y la pesca. Lo contrataban como tío mañicas, constructor o carpintero.

—Voy tirando —dijo.

Le describió la casa que se había levantado, por fuera con pinta de choza, pero deliciosa por dentro. Por lo menos para él. Un desván dormitorio con ventanuco redondo. Todo lo que necesitaba al alcance de la mano, a la vista, nada en alacenas. Hacía una breve caminata y llegaba a la bañera hundida en la tierra, en medio de un macizo de hierbas frescas. Llevaba agua caliente en cubos y se demoraba allí bajo las estrellas, incluso en invierno.

Cultivaba verduras que compartía con el ciervo.

Mientras le contaba todo eso, Nancy tenía una sensación desagradable. No era incredulidad, a pesar de discrepancias fundamentales. Era más la



sensación de creciente perplejidad, luego de decepción. Hablaba como oía hablar a otros hombres. (Por ejemplo, un hombre con quien había pasado bastante tiempo durante el crucero, donde no siempre se mantuvo tan distante, tan insociable como había querido hacerle creer a Ollie). Son muchos los hombres que nunca tienen una palabra que decir de sus vidas, más allá de cuándo y dónde. Pero había otros, más al día, que soltaban esas peroratas en apariencia informales pero estudiadas, en las cuales se decía que la vida era sin duda una senda con altibajos, pero que los infortunios señalaban el camino de días mejores, lecciones que aprendíamos y que, sin duda, a la mañana siguiente llegaría la alegría.

A Nancy no le importaba que hablaran así otros hombres —mientras tanto ella pensaba en cualquier cosa—, pero si lo hacía Ollie inclinado sobre la mesita desvencijada y la fuente de madera con alarmantes trozos de pescado, la embargaba la

tristeza.

No era el mismo. Verdaderamente no era el mismo.

¿Y de ella qué? El problema es que *ella* sí era la misma. Cuando hablaba del crucero estaba muy excitada. Le gustaba escucharse a sí misma, le gustaba cómo le iba saliendo el relato aunque en otros tiempos no hablara así con Ollie: era más bien como le habría gustado hablar y a veces había imaginado hablar con él, después de que se hubiera ido. (Una vez que se le pasó el enfado, desde luego). Ocurría algo que le hacía pensar habría querido contar a Ollie. Cuando hablaba como a ella le gustaba con otras personas, a veces decía más de lo que debía. Podía ver lo que pensaban. «Sarcástica», «crítica», incluso «implacable». Wilf no habría usado esas palabras, pero quizá las pensara, nunca pudo saberlo. Ginny se reiría, pero no como de costumbre. En su vida de soltera de mediana edad se había vuelto reservada, afable y caritativa. (El

secreto se descubrió poco antes de morir, cuando reconoció haberse convertido al budismo).

Nancy echó mucho de menos a Ollie, sin entender exactamente qué echaba de menos. Algo preocupante lo consumía, algo como unos grados de fiebre, algo de lo que ella no podía sacar partido. Visto en retrospectiva, las cosas que la sacaban de quicio durante el poco tiempo que se trataron, resultaron ser solamente las cosas que dejaba traslucir.

Ahora hablaba con sinceridad. Sonreía con los ojos. Recordó su habilidad para ser seductor. Pero nunca creyó que la usara con ella.

Tenía un poco de miedo de que él dijera algo así como «te estoy aburriendo, ¿verdad?» o «¿No es alucinante la vida?».

—He tenido una suerte increíble —dijo Ollie—. Suerte en mi vida. Ya sé que hay quien dirá que no. Dirán que no me he apegado a nada o que no he

hecho dinero. Dicen que perdí el tiempo vagabundeando. Pero no es verdad —levantó las cejas—. Oí el llamado. Lo oí. Oí el llamado para zafar, para zafar de la maraña. Zafar del «hay-que-hacer-algo-importante». Zafar de la maraña del ego.

Y siempre tuve suerte. Incluso la suerte de que me tumbara la tuberculosis. Me apartó del *College* donde me habrían atiborrado la cabeza con un montón de disparates. Y me habría evitado ser reclutado si la guerra hubiera estallado antes.

—De todos modos no te habrían reclutado porque eras un hombre casado.

En cierto momento estuvo de un talante suficientemente receloso como para preguntar en voz alta a Wilf si no era esa la razón para que se hubiera casado. «Las razones de otras personas no son de mi incumbencia», contestó Wilf. Añadió que en cualquier caso no iba a estallar ninguna guerra. Y no la hubo hasta una década después.

—Bueno, sí —dijo Ollie—. Pero eso no fue un trámite del todo oficial. Yo iba por delante de los tiempos, Nancy. Pero siempre se me olvida que no estaba legalmente casado. Tal vez porque Tessa era el tipo de mujer muy profunda y seria. Si estabas con ella, estabas con ella. Con Tessa las cosas no fueron fáciles.

—¡Vaya! —Nancy hablaba con toda la ligereza posible—. ¡Vaya! ¡Tessa y tú!

—La Gran Depresión acabó con todo.

Lo que quería decir, lo que siguió diciendo, es que gran parte del interés y, por lo tanto, las subvenciones para la investigación se agotaron. Hubo un cambio de ideas, la comunidad científica se apartó de lo que deben de haber considerado una frivolidad. Algunos experimentos siguieron adelante por un tiempo, pero a trancas y barrancas e, incluso los que parecían más interesados, los más comprometidos —las personas que se habían puesto

en contacto con él, dijo Ollie, como si no hubiera sido él quien se había puesto en contacto con ellas —, esas personas fueron las primeras en ponerse fuera del alcance, no contestaban sus cartas ni lo buscaban, hasta que finalmente hicieron mandar una nota a las secretarias, dando por terminadas las conversaciones. En cuanto soplaron otros vientos, esas personas los trataron a Tessa y a él de mala manera, dijeron que eran fastidiosos y oportunistas.

—Academicistas —añadió Ollie—. Después de todo lo que habíamos pasado, poniéndonos a su disposición. No los puedo aguantar.

—Yo creía que estabas tratando sobre todo con médicos.

—Médicos. Empresarios de carrera.  
Académicos.

Para sacarlo de los vericuetos de antiguas heridas y mal humor —había aprendido a hacer eso con los hombres—, Nancy le preguntó por los

experimentos.

La mayoría de ellos tenía que ver con cartas. No con cartas corrientes sino con cartas especiales de percepción extrasensorial, que tienen sus propios símbolos. Una cruz, un círculo, una estrella, líneas onduladas, un cuadrado. Ponía una carta con cada símbolo boca arriba encima de la mesa, barajaba el resto del mazo y lo dejaba boca abajo. Tessa debía decir qué símbolo hacía pareja con la primera carta del mazo. Esa era la prueba que abría el juego. El juego a ciegas era igual pero, las cinco cartas clave colocadas en la mesa, estaban boca abajo. Seguían otras pruebas de creciente dificultad. A veces usaban dados o monedas. A veces solo imágenes mentales. Series de imágenes mentales, sin nada escrito. El sujeto y el examinador podían estar en la misma habitación, en habitaciones separadas o a cuatrocientos metros de distancia.

Luego se medía el promedio de éxitos de Tessa con los resultados conseguidos por puro azar. Ley de

las probabilidades, que él creía eran del veinte por ciento.

En la habitación no había nada más que una silla, una mesa y una luz. Como en las habitaciones donde hacen los interrogatorios. Tessa salía de las sesiones estrujada. Los símbolos la perseguían durante horas, mirara adonde mirara. Empezaron los dolores de cabeza.

Y los resultados no eran concluyentes. Despertaban toda clase de objeciones, no a propósito de Tessa sino en cuanto a si las pruebas no eran defectuosas. Se decía que las personas tienen preferencias. Por ejemplo, cuando tiran una moneda, la mayoría de ellas adivinan si es cara o cruz. Lo adivinan y ya está. Eso es todo. Y añadió lo que ya había dicho antes sobre el clima de entonces, el clima intelectual, que dejaba esas investigaciones para el reino de la frivolidad.

Caía la tarde. En la puerta del restaurante



pusieron el cartel de *cerrado*. Ollie tuvo dificultades para leer la cuenta. Resultó que el problema médico por el cual había ido a Vancouver era de la vista. Nancy se rio, le quitó la cuenta de las manos y pagó.

—Pero, claro, hombre, ¿no soy una viuda rica?

Como por lo que Nancy veía no habían agotado la conversación —ni mucho menos— fueron a pie a Denny's para tomar un café.

—¿No prefieres un sitio más elegante? —preguntó Ollie—. ¿No estás pensando en un trago?

Nancy contestó rápidamente que ya había bebido bastante en el barco para que le durara un tiempo.

—Yo lo he hecho para que me dure toda la vida —dijo Ollie—. No he probado el alcohol desde hace quince años. Quince años y nueve meses para ser precisos. Siempre reconoces a un antiguo borracho si cuenta los meses.

Los parapsicólogos, Tessa y él hicieron unos

cuantos amigos durante el periodo de experimentos. Conocieron personas que se ganaban la vida con sus facultades. No se interesaban por la llamada ciencia sino por lo que llamaban predicción, adivinación de pensamiento, telepatía o entretenimiento psíquico. Algunos se establecían en un buen sitio, actuaban fuera de casa o ante cualquier fachada y se quedaban años allí. Eran los que daban consejos personales, predecían el futuro, hacían astrología y cierto tipo de curas. Otros ofrecían espectáculos públicos. Es decir, se arremangaban y organizaban reuniones, al estilo de Chautauqua<sup>[17]</sup>, en las cuales se daban conferencias, se hacían lecturas, se montaban escenas de Shakespeare, se cantaba ópera y se pasaban diapositivas de viajes (Educación, no Sensacionalismo) hasta, en escala descendente, llegar a borracheras carnavalescas mezcladas con episodios burlescos, de hipnotismo y mujeres casi desnudas envueltas en serpientes. Como es natural Tessa y Ollie se consideraban incluidos en la

primera categoría. Educación y no sensacionalismo era lo que tenían en mente. Pero la ocasión no era propicia. Esa suerte de categoría superior estaba casi agotada. Podía escucharse música y adquirir cierta educación en la radio, y la gente ya había visto todo lo que necesitaba ver de documentales de viajes en el salón de la iglesia.

La única manera que descubrieron para ganar algún dinero fue incorporarse a los espectáculos ambulantes, trabajar en salas de pueblo o en las ferias de otoño. Compartían el escenario con hipnotizadores, damas encantadoras de serpientes, señores que monologaban diciendo obscenidades y mujeres desnudas cubiertas de plumas. También esa clase de cosas estaban de capa caída, pero la guerra que se echaba encima les dio cierto extraño impulso. Su vida se prolongó artificialmente cuando el racionamiento de gasolina impidió a la gente ir a los cabarés de la ciudad o a los grandes cines. Todavía no había llegado la televisión para entretenerla en

los sofás de casa con sus mágicas proezas. A principios de los años cincuenta aparecieron Ed Sullivan y demás... Ese fue el final definitivo.

Por un tiempo los habían seguido multitudes, los salones estaban llenos. A veces Ollie lo pasaba bien, enfervorizaba al público con alguna conferencia breve, sincera y fascinante. No tardó en convertirse en parte del espectáculo. Tuvieron que inventar algo un poco más atractivo, más dramático o efectista, de lo que Tessa había estado haciendo sola. Y hubo otro factor que fue necesario considerar. Aguantó bien el tipo hasta donde sus nervios y entereza física llegaban pero, sus facultades —cualquiera que fueran—, probaron no ser tan certeras. Empezó a fallar. Tenía que concentrarse como nunca antes y, aun así, la cosa no funcionaba. Los dolores de cabeza persistían.

Es verdad lo que la mayor parte de la gente sospecha. Esos espectáculos están basados en triquiñuelas. Llenos de imposturas, llenos de

engaños. A veces no son más que eso. Pero la gente —la mayoría de la gente— tiene la esperanza de que, de vez en cuando, algo sea verdad. La esperanza de que no todo sea impostura. Intérpretes como Tessa, auténticos y honorables, son conscientes de esa esperanza, la entienden —¿quién podría entenderla mejor?—, y por eso empiezan a recurrir a ciertos trucos y rutinas, que garantizan los resultados buscados. Porque todas, todas las noches hay que lograr los mismos resultados.

A veces los medios son primitivos, evidentes. Como la mujer metida en el cajón y supuestamente serruchada en dos mitades. O el micrófono oculto. Lo más probable es que se use un código, pergeñado entre la persona que está en escena y la pareja que está en la sala. Esos códigos pueden ser una forma de arte en sí mismos. Son secretos, no hay nada escrito.

Nancy preguntó si su código —el suyo y el de Tessa— era arte en sí mismo.

—Tenía categoría —contestó él y se le iluminó la cara—. Tenía clase —y añadió—: También podíamos ser muy sensibleros. Yo usaba una capa negra.

—Ollie. ¿De verdad? ¿Una capa negra?

—Absolutamente cierto. Una capa negra. Pedía un voluntario, me quitaba la capa, los envolvía a él o a ella, después de que a Tessa le hubiera vendado los ojos (lo hacía alguien del público para garantizar que fuera un vendaje bien hecho) y yo le gritaba: «¿A quién he metido en la capa?» o «¿Quién es la persona metida en la capa?». O decía «abrigo». O decía «trapo negro»<sup>[18]</sup>. O «¿Que tengo aquí?». O «¿A quién ves?». «¿De qué color tiene el pelo?». «¿Es alta o baja?». Podía decirlo con palabras o con una minúscula inflexión de voz.

Y entraba en más y más detalles. Ese era nuestro lance de apertura.

—Tendrías que escribir todo eso.

—Sí, lo intenté. Pensé en una suerte de revelación. Pero después pensé, de todas maneras ¿a quién puede importarle? Hay personas que quieren que las engañen, otras no quieren que las engañen. No se basan en la evidencia. Otra cosa que se me ocurrió fue una novela de misterio. Es un entorno natural. Pensé que haríamos un montón de dinero y podríamos salir adelante. Y pensé en un guión cinematográfico. ¿Viste la película de Fellini...?

Nancy dijo que no.

—Da igual. Bazofia. No me refiero a la película de Fellini. Me refiero a las ideas que yo tenía. En ese entonces.

—Háblame de Tessa.

—Tendría que habértelo dicho por carta. ¿No te escribí?

—No.

—Debo haberle escrito a Wilf.

—Me lo habría dicho.

—Bueno. A lo mejor no. Pasaba entonces por muy mal momento.

—¿Qué año era?

Ollie no se acordaba. En plena guerra de Corea. Harry Truman era presidente. Al principio pareció que Tessa no tenía más que una gripe. Pero no se reponía, estaba cada vez más débil y se cubrió de misteriosos cardenales. Tenía leucemia.

Estaban refugiados en un pueblo de montaña y era un verano muy caluroso. Tenían pensado estar en California antes del invierno. Y ni siquiera iban a llegar a la función siguiente. Las personas con quienes viajaban se fueron sin ellos. Ollie consiguió trabajo temporal en la radio del pueblo. Había adquirido buena voz durante los espectáculos que ofrecía con Tessa. Leía por radio las noticias y un



montón de anuncios. También escribía algunos. El hombre que habitualmente hacía ese trabajo estaba de baja, sometido a una cura de desintoxicación, o algo así, en un hospital para alcohólicos.

Tessa y él se mudaron del hotel a un apartamento amueblado. Naturalmente no había aire acondicionado, pero tuvieron la suerte de que tuviera un balconcito cubierto por la copa de un árbol. Ollie empujó el sofá hasta allí para que Tessa recibiera aire fresco. No quería llevarla al hospital—desde luego el dinero también influyó porque no tenían seguro de ningún tipo—, pero además pensaba que estaría más tranquila allí, donde podía ver revolotear las hojas de los árboles. Al final tuvo que ingresarla y allí murió al cabo de un par de semanas.

—¿Está enterrada allí? —preguntó Nancy—. ¿No se te ocurrió que te mandaríamos dinero?

—No —contestó Ollie—. A ninguno de los dos,

quiero decir que no se me ocurrió pedirlo. Creía que era responsabilidad mía. La hice cremar. Me largué del pueblo con las cenizas. Me las arreglé para llegar a la Costa. Fue casi la última cosa que me dijo: quería que la cremaran y esparcieran las cenizas en el océano Pacífico.

Y eso es lo que hice, dijo. Recordaba la costa de Oregón, la franja de playa entre el océano y la carretera, la niebla y el frío del amanecer, el olor a agua del mar, el bramido melancólico de las olas. Se había quitado los zapatos y los calcetines. Con las piernas del pantalón arremangadas entró en el agua mientras las gaviotas iban tras él, por si tenía algo para ellas. Pero no tenía más que a Tessa.

—Pero, Ollie... —dijo Nancy. Y no pudo seguir.

—Después de eso me convertí en un borracho. Me desahogaba a mi manera pero, durante mucho tiempo, estuve hecho una calamidad. Hasta que me largué.

No levantó la cabeza para mirar a Nancy. Se produjo un momento de tensión, mientras él toqueteaba el cenicero.

—Supongo que te diste cuenta de que la vida continúa —dijo Nancy.

Ollie suspiró. Reproche y alivio.

—Tienes una lengua muy mordaz, Nancy.

La llevó de vuelta al hotel donde se alojaba. Los cambios de la furgoneta chirriaban y el vehículo entero se sacudía y vibraba.

El hotel no era demasiado caro ni lujoso: no había portero a la vista ni se vislumbraban montones de flores de aspecto carnívoro dentro. Y sin embargo Ollie dijo:

—Apuesto a que desde hace mucho no aparece por aquí un cacharro viejo como este.

Nancy no pudo evitar reírse ni estar de acuerdo con él.

—Y de tu ferry ¿qué?

—Ya lo he perdido. Hace siglos.

—¿Dónde vas a dormir?

—En casa de unos amigos de Horseshoe Bay. O me quedaré por aquí para no despertarlos. He dormido aquí muchas veces.

La habitación de Nancy tenía dos camas. Camas gemelas. Le echarían un par de miradas mal intencionadas por llevarlo con ella, pero estaba segura de poder enfrentarlas. Aunque la verdad fuera muy distinta de lo que nadie pudiera pensar.

Ella tomó aliento antes de decidirse.

—No, Nancy.

Todo el tiempo había esperado que él dijera una palabra que fuera cierta. Toda esa tarde y es posible que gran parte de su vida. Nancy la esperaba y Ollie acababa de decirla.

No.

Podría haberla tomado como rechazo de una oferta que no había llegado a hacer. Podría haberla sorprendido por arrogante, por fría. Pero la verdad es que lo oído era puro y tierno, y, en ese momento tan cargado de significado como ninguna otra palabra que le hubiera dicho nunca. «No».

Nancy sabía lo peligroso que era decir nada. El peligro de su propio deseo porque realmente no sabía qué clase de deseo era, ni de qué serviría. Habían rehuido el deseo —de lo que fuera—, hacía años y con toda certeza volverían a hacerlo ahora que eran viejos... No del todo viejos, pero lo suficiente para que pareciera antiestético y absurdo. Y sería bastante lamentable perder el tiempo acostándose juntos.

—No —repitió él, con humildad pero sin turbación—. No saldría bien.

Claro que no. Y una de las razones es que lo

primero que haría al llegar a casa sería escribir a aquel lugar de Michigan, averiguar qué había sido de Tessa y volverla a llevar al lugar donde pertenecía.

«Si sabes viajar ligero de equipaje el camino es fácil».

El trozo de papel que Adam-and-Eve le habían vendido seguía en el bolsillo de la chaqueta. Cuando por fin lo sacó, casi un año después porque no se había vuelto a poner esa chaqueta, se quedó perpleja y le irritaron las palabras estampadas en él.

El camino no fue fácil. La carta a Michigan se la devolvieron sin abrir. Por lo visto el tal hospital ya no existía. Pero Nancy descubrió que podían hacerse averiguaciones y las hizo. Había autoridades a quienes era posible escribir, registros que era posible desempolvar. No se dio por vencida. No estaba dispuesta a admitir que las huellas se hubieran borrado.

En el caso de Ollie tal vez estuviera dispuesta a admitirlo. Había mandado una carta a Texada Island: pensó que esa dirección bastaría, dado las escasas personas que vivían allí. Cualquiera de ellas sería fácil de encontrar. Pero le devolvieron la carta, con tres palabras escritas en el sobre: «Cambio de domicilio».

No pudo soportar la idea de abrirla y volver a leer lo que había escrito. Estaba segura de que más de lo debido.

Está sentada en el viejo sillón reclinable de Wilf en la solana de su casa. No tiene intención de dormirse. Son las últimas horas de una luminosa tarde de otoño. Era el día de la Copa Gray y se suponía que debía estar en una picada, donde cada uno contribuía con algún plato, para ver el partido por televisión. A último momento adujo un pretexto y no fue. La gente se está acostumbrando a que haga esas cosas aunque hay quienes siguen diciendo estar preocupados por ella. Pero, cuando sí aparece, se

imponen los antiguos hábitos o necesidades y, a veces, no puede evitar participar con gusto en la fiesta. Entonces dejan de preocuparse por un tiempo.

Los hijos dicen tener la esperanza de que no le haya dado por Vivir en el Pasado.

Ella cree estar haciendo lo que quiere hacer si le da tiempo: no se trata tanto de vivir en el pasado como de abrirlo y dedicarle una profunda mirada.

No cree estar dormida cuando se encuentra entrando en otra habitación. La solana, la luminosa habitación que tiene tras ella, se ha reducido hasta convertirse en un pasillo oscuro. La llave del hotel está en la puerta de la habitación, como cree acostumbraban estar, aunque no haya estado allí nunca en su vida.

Es un sitio pobretón. Una habitación de mala muerte, para viajeros de mala muerte. Bombilla en el techo, riel con un par de perchas de alambre, cortina estampada con flores rosas y amarillas, que



se puede correr para quitar de la vista la ropa colgada. La tela floreada debe de estar pensada para dar un toque de optimismo y hasta de alegría a la habitación pero, por alguna razón, tiene el efecto contrario.

Ollie se desploma en la cama, tan brusca y pesadamente, que los muelles hacen un penoso chirrido. Parece que Tessa y él estuvieran rodando en coche por ahí y él hubiera conducido todo el trayecto. Hoy, con los primeros calores y el polvo de la primavera, le ha resultado tremendamente cansador. Ella no puede conducir. Ha hecho mucho ruido al abrir la maleta y más ruido detrás del tabique delgado que separa el cuarto de baño. Él simula dormir cuando ella sale pero, por la rendija de los párpados la ve mirarse al espejo de la cómoda, moteado de manchas en los sitios donde ha saltado el azogue. Lleva una falda de satén amarillo que le llega a los tobillos, un bolero negro, chal negro estampado con rosas y flecos de medio metro

de largo. La vestimenta es idea suya y no es original ni la favorece. Tiene el cutis rosado pero curtido. El pelo está sujeto con horquillas y fijado con laca, los rizos encrespados aplastados forman un casco negro. Los párpados color púrpura, las pestañas tiesas y sombreadas. Alas de cuervo. Los párpados caídos y pesados, como castigados, sobre sus ojos apagados. Toda ella parece abrumada por la ropa, el pelo y el maquillaje.

Le llega cierto ruido —de queja o impaciencia—, que no era intención de Ollie hacer. Tessa se acerca a la cama y se inclina para quitarle los zapatos.

Él le pide que no se moleste.

—Tengo que salir dentro de un minuto —dice Ollie—. Tengo que salir y verlos.

«Verlos» significa ver a la gente del teatro, a los organizadores del espectáculo, sean quienes sean.

Tessa no dice nada. Está mirándose frente al espejo. Lleva la carga de la pesada vestimenta, la pesada cabellera (es una peluca) y de su ánimo, camina por la habitación como si hubiera cosas que hacer, pero no puede ponerse a hacer nada.

Ni siquiera cuando se agachó para quitarle los zapatos miró a Ollie a la cara. Y si él cerró los ojos al instante de tirarse en la cama —piensa ella—, debe de haber sido también para evitar mirarla a la cara. Se han convertido en una pareja de profesionales, duermen, comen y viajan juntos, atados juntos a los ritmos de la respiración de cada uno. Y, sin embargo, nunca, nunca —salvo cuando se ven obligados por la responsabilidad compartida frente al público—, pueden mirarse uno a otro a la cara, porque temen ver algo demasiado horroroso».

No hay suficiente espacio en ninguna pared para apoyar la cómoda del espejo desazogado: parte de la cómoda tapa la ventana y la luz que podría entrar. La mira un momento con recelo, luego hace acopio

de fuerzas para correrla unos centímetros hacia la habitación. Recobra el aliento y abre la sucia cortina de red. En la esquina más alejada del alféizar, en un lugar habitualmente tapado por la cortina y la cómoda, hay un montoncito de moscas muertas.

Alguien que ha ocupado hace poco la habitación ha dedicado tiempo a matar esas moscas, luego ha juntado todos los cuerpos de las moscas muertas y ha encontrado ese sitio para esconderlas. Están apiladas con mucho esmero en forma de pirámide, que no se mantiene del todo firme.

Pega un grito al verlas. Sin repugnancia ni alarma sino sorprendida y, casi podría decirse, con placer.

—¡Ay, ay, ay!

Las moscas la fascinan como si fueran las joyas en que se convierten si se ponen bajo el microscopio, puros destellos azul y esmeralda, alas de gasa centelleantes. Grita «ay», pero no puede ser

porque vea el centelleo de los insectos en el alféizar. No tiene microscopio. Y muertas, las moscas han perdido todo brillo.

Es porque las había visto ahí, había visto la pila de minúsculos cuerpos muertos, todos hechos un revoltijo, convirtiéndose juntos en polvo, escondidos en ese rincón. Las había visto en ese sitio antes de poner la mano en la cómoda ni correr la cortina. Sabía que estaban allí, de la misma manera que sabe otras cosas.

No lo hacía desde mucho tiempo atrás. No sabía nada, confiaba en triquiñuelas y ardides ensayados. Casi había olvidado, dudaba, que alguna vez hubiera habido ninguna otra manera de saber nada.

Despertó a Ollie, interrumpió su rato de sueño inquieto.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Te ha picado algo?

—No —contesta Tessa.

Y señala las moscas.

—*Sabía que estaban ahí.*

Ollie entiende en el acto lo que eso significa para ella, qué alivio debe haber sido, aunque no puede compartir del todo su alegría. Porque también él casi ha olvidado algunas cosas: casi ha olvidado que haya creído nunca en sus facultades, ahora solo está ansioso por ella y por él, porque su impostura funcione bien.

—¿Cuándo lo supiste?

—Cuando miré el espejo. Cuando miré la ventana. No sé cuándo.

Tessa está tan feliz... Nunca se había sentido feliz ni desdichada por lo que hacía: lo daba por sentado. Ahora le brillan los ojos, parece que les hubieran sacado alguna basurita de dentro. Su voz suena como si se hubiera enjuagado la garganta con

agua fresca.

—Sí, sí —dice él.

Tessa le echa los brazos al cuello y aprieta con tanta fuerza la cabeza contra el pecho de Ollie, que hace crujir los papeles que lleva en el bolsillo.

Son papeles secretos que ha conseguido de un hombre a quien ha encontrado en una de esas ciudades: un médico, conocido por buscar personas que estén de viaje y a veces complacerlos, prestándoles servicios que van más allá de lo conveniente. Ollie le ha dicho al médico que está preocupado por su mujer, que se queda en la cama mirando al techo horas y horas, con aspecto de ansiosa concentración en la cara; que se pasa días sin decir palabra, salvo las necesarias frente al público (todo eso es verdad). Le pregunta al médico si sus extraordinarias facultades no tendrán que ver con la amenaza de un desequilibrio mental y físico. Ha tenido ataques en el pasado y él piensa si no

estará a punto de tenerlos otra vez. No es una persona malintencionada ni con malas costumbres, pero tampoco es una persona normal. Es una persona excepcional y vivir con una persona excepcional puede crear una tirantez, una tirantez más profunda de la que puede soportar un hombre normal. El médico lo entiende y le ha hablado de un lugar donde podría internarla para que descansara.

Mientras se aprieta contra él, Ollie teme que Tessa le pregunte qué es ese ruido que no puede dejar de oír. No quiere decir «papeles» y que ella le pregunte «¿qué papeles?».

Pero si de verdad ha recuperado sus facultades —es lo que piensa al tiempo que vuelve a sentir la casi olvidada y fascinante admiración por ella—, si ella vuelve a ser como era ¿no es posible que pueda saber lo que hay en esos papeles sin haber puesto nunca sus ojos encima?

Tessa sí sabe algo, pero trata de no saber.



Porque si es eso lo que significa recuperar lo que una vez tuvo —el uso de sus ojos para ver las profundidades y las revelaciones instantáneas de su lengua—, ¿no estaría mejor sin' esas facultades?

Y si la cuestión es que ella las ha abandonado y no que ellas la hayan abandonado ¿no sería bienvenido el cambio?

Podrían hacer otra cosa, piensa, podrían llevar otra vida.

Ollie se dice a sí mismo que se libraré de los papeles en cuanto pueda, olvidará la idea, también él es capaz de tener esperanza y honor.

Sí, sí. Tessa cree desaparecida toda amenaza del leve crujido que ha sentido bajo la mejilla.

La sensación de haber sido liberada ilumina todo el ambiente. Tan despejado, tan convincente, que la conocida figura se desvanece ante su acometida, se desliza como viejas hojas polvorientas.

En la profundidad de ese momento acecha cierta inestabilidad, que Nancy está resuelta a ignorar. Es inútil. Ya tiene conciencia de que está siendo apartada, arrastrada lejos de esas dos personas, de vuelta en sí misma. Parece que alguien sereno y decidido —¿sería Wilf?— ha asumido la tarea de sacarla de esa habitación con sus perchas de alambre y su cortina floreada. Cariñosa e inexorablemente la aleja de lo que empieza a derrumbarse tras ella, a derrumbarse y ensombrecerse, convertido en algo parecido al hollín, a la levedad de la ceniza.



ALICE ANN MUNRO, de nacimiento Alice Ann Laidlaw (Wingham, Ontario, 10 de julio de 1931) es una narradora canadiense, sobre todo de relatos.

Está considerada como una de las escritoras actuales más destacadas en lengua inglesa. En 2013, le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura. Vivió primero en una granja al oeste de esa zona canadiense, en una época de depresión económica; esta vida tan elemental fue decisiva como trasfondo en una parte de sus relatos.

Conoció muy joven a Michael Munro, en la Universidad de Western Ontario. Para pagarse los estudios, trabajó como camarera, recolectora de tabaco y en una biblioteca. Se casó en 1951, y se instalaron en Vancouver. Tuvo su primera hija a los 21 años. Luego, ya con sus tres hijas, en 1963 se trasladó a Victoria, donde llevó con su marido una librería.

Se divorció en 1972, y al regresar a su estado natal se convirtió en una fructífera escritora-residente en su antigua universidad. Volvió a casarse en 1976, con Gerald Fremlin. A partir de entonces, consolidó su carrera de escritora, ya bien orientada.

Munro, que no se ha prodigado en la prensa, ha reconocido el influjo inicial de grandes escritoras —Katherine Anne Porter, Flannery O'Connor, Carson McCullers o Eudora Welty—, así como de dos narradores: James Agee y especialmente William Maxwell. Sus relatos breves se centran en las relaciones humanas analizadas a través de la

lente de la vida cotidiana. Por esto, y por su alta calidad, ha sido llamada «la Chéjov canadiense».

Ha ganado tres veces el premio canadiense a la creación literaria, Premio Literario Governor General's. En 1998, ganó el National Book Critics Circle estadounidense por *El amor de una mujer generosa*. En España fue premiada con el Premio Reino de Redonda en 2005

# Notas

[1] Juego de palabras intraducible. *Highway* significa «camino», *robbers* significa «asaltantes», *buggery* es «cabronería» y *supply* es «suministro». (N. de la T.) <<

[2] Lizzie Borden es un personaje que vivió en Falls River, Massachussetts, a fines del siglo XIX. Acusada y absuelta de haber asesinado al padre y a la madrastra, su caso ha sido y sigue siendo tema de numerosos libros, ensayos, obras de cinc y teatro, canciones, un ballet y una ópera. (N. de la T.) <<



[3] En inglés hay un juego de palabras entre dos que se pronuncian exactamente igual, imposible de traducir: *write* significa «escribir» y *right* significa «bien». (N. de la T.) <<

[4] Hermana del poeta William Wordsworth muy unida a él, ambos amantes de la naturaleza. (N. de la T.) <<

[5] Juego de palabras intraducible: en inglés *stars* son «estrellas» y *stairs* son «escaleras». (N. de la T.) <<

[6] En inglés se prestan a confusión *wake* que significa «velatorio», *watt* que significa «espera» y *weight* que significa «peso». (N. de la T.) <<

[7] La más famosa de las profetisas inglesa, que vivió en tiempos de Enrique VIII e Isabel I. Predijo la derrota de la Armada Invencible y el Gran Incendio de Londres de 1666. (N. de la T.) <<

[8] Samuel Pepys, político inglés del siglo XVII. Escribió un diario que se hizo célebre porque cubre una época turbulenta de la historia de Inglaterra (Cromwell, el Gran Incendio de Londres, la peste etcétera). Su joven mujer descubre el enredo amoroso que en un momento dado tiene con Deborah Willet. (N. de la T.) <<

[9] En inglés, «tordo». (N. de la T.) <<

[<sup>10</sup>] Alusión a la oda de William Wordsworth  
*Indicios de inmortalidad*. (N. de la T.) <<



[<sup>11</sup>] Protagonista de la obra de teatro homónima del dramaturgo noruego Henrik Johan Ibsen (1828-1906). (N. de la T.) <<

[12] Uno de los descubridores de la molécula del ADN en 1953. (N. de la T.) <<

[13] Opereta del compositor inglés Arthur Sullivan, nacido en 1842 y muerto en 1900. (N. de la T.) <<

[<sup>14</sup>] En Canadá el Día de los Inocentes es el 1 de abril. (N. de la T.) <<

[15] Cadena de tiendas de regalos. (N. de la T.) <<

[16] Equivalente inglés del castellano «Juan y Pinchamé se fueron a bañar, Juan se ahogó, ¿quién quedó?» (N. de la T.) <<

[17] Pueblo del sudoeste de Nueva York a orillas del lago del mismo nombre, donde se hacían reuniones anuales veraniegas para ofrecer conferencias, conciertos y demás. (N. de la T.) <<

[18] Juego de palabras intraducible: en inglés *cloak* es «capa»; *coat* es «abrigo»; *cloth* es «trapo» o «tela». (N. de la T.) <<